BRANDON Q. MORRIS
LA
PERTURBACIÓN
CIENCIA FICCIÓN DURA

LA PERTURBACIÓN

Ciencia ficción dura

Espacio Exterior

Libro 1

Traducido por

NICOLAY GIRALDO LEIVA

Índice

La perturbación
Al abrigo de la hoguera
Otros Títulos De Brandon Q. Morris
Nueva guía de la teoría cuántica
Extracto: La perturbación 2

La perturbación

NUBES HÚMEDAS SE cernían sobre el fin del universo. Christine pasó la mano por la pantalla. El pequeño laboratorio no tenía calefacción por la noche y, al comenzar su turno, hacía tanto frío que la humedad se condensaba en las superficies de cristal. Su breve rayo de esperanza se desvaneció. Las manchas de la pantalla no eran por la condensación, sino el reflejo de los datos. Las imágenes que debían mostrar los resultados de la extrapolación de doce horas eran inutilizables.

Nerviosa, Christine tamborileó con los dedos en el reposabrazos. No debería ser tan impaciente. Shepherd-1 ni siquiera había llegado a su posición en la línea focal. Aaron y David se estaban encargando de recuperar las sondas Sheep descarriadas. Pero ella había realizado los cálculos. Ya había suficientes sondas en aquella zona de 1,3 kilómetros para mostrar una imagen nítida. Así que resultaba de lo más extraño, por no decir imposible, que la extrapolación algorítmica solo reflejara manchas.

Exportó los datos de las sondas a la pantalla y se puso las gafas. Sheep-1 había recogido suficiente luz para una evaluación decente. Sheep-2 también mostraba una imagen clara. Sheep-3, Sheep-4, Sheep-5 y Sheep-6 estaban muy bien. Sheep-7 indicaba un fallo total, aunque el sistema debería adaptarse a tales incidentes. Mantuvo pulsada la tecla de desplazamiento. Las tablas se desplegaron por la pantalla de derecha a izquierda. Los números se veían borrosos, pero aun así tenía la sensación de poder recordar cada uno de ellos. Era un don que tenía desde niña. Cuando su padre escondía algo en el puño, ella siempre acertaba. Todavía recordaba la expresión de asombro de su padre, pero no el color de sus ojos. ¿Eran azules como los suyos?

La pantalla se detuvo en Sheep-56. Fue la última sonda en entregar datos del primer grupo. Christine pasó de la lista a la imagen sin procesar. A simple vista, lo único que veía era negro. Aumentó el contraste. Las estrellas parpadearon en los bordes de la imagen. Sin embargo, no eran lo que estaba buscando. En el centro emergía un disco negro que no contenía ni un solo punto de luz. Era el Sol, que el telescopio de la sonda bloqueaba automáticamente. Alrededor del disco había un estrecho círculo, un anillo de Einstein. Estaba formado por la luz del objeto que querían observar, desviada y enfocada por la gravitación del propio Sol. El objeto no revelaría su auténtica forma, ni sus verdaderas propiedades, hasta que hubieran evaluado los datos de todas las sondas. Cada sonda Sheep aportaba su contribución, pero lo que contaba era la visión del conjunto.

Christine cerró el archivo. La pantalla volvió a mostrar la imagen

borrosa. Hoy no era su día. Tecleó una breve descripción, la vinculó a la imagen y la envió al CapCom a través de la antena de largo alcance. Su mensaje llegaría a la Tierra dentro de 4,3 días. Tal vez los científicos tendrían una idea de cómo quitar el velo. Christine tragó saliva, que le supo amarga. Debía ser por la decepción. Había imaginado ese momento todos los días durante los últimos veinte años; fue la única razón por la que se hizo astrónoma, renunció a formar una familia y emprendió una larga travesía hasta allí. La luz aparecería en aquella pantalla, y ella sería la primera humana en ver el fin del universo, el cual era también su inicio.

—¿Lo tienes?

El dedo de Aaron estaba sobre el gatillo.

—Un momento. Se tambalea. El propulsor debe estar descentrado —contestó Benjamin—. No consigo fijar el objetivo.

—¿Un impacto de meteorito?

—Meteoroide. Solo se convierten en meteoritos en la atmósfera terrestre. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Nunca me lo has dicho, Ben.

—Benjamin. Tío, ya deberías saberlo.

Benjamin pronunciaba su nombre en francés. ¿Por qué no permitía que le llamara Ben? Así sería mucho más fácil.

—Ya lo tengo en la mira —afimró Benjamin—. Fuego.

Aaron presionó el botón. Un invisible rayo láser salió disparado por el morro de la sonda Dog que Benjamin controlaba a distancia. Esperaban que impactara en la vela solar de Sheep-23 y corrigiera el rumbo de aquella Sheep. Normalmente, las sondas Dog realizaban esa tarea de forma autónoma, pero era evidente que no podían lidiar con las oscilaciones.

—Bien —exclamó Benjamin—. Las coordenadas del objetivo se mueven en la dirección correcta.

—Esperemos no haber compensado en exceso —dijo Aaron.

—El peligro es de veintitrés por ciento.

—Tan optimista como siempre.

Benjamin no contestó. Aaron se echó hacia atrás, juntó las manos detrás de la cabeza y observó a la caprichosa Sheep-23. La sonda consistía en un armazón de aluminio de unos tres metros con una sección transversal cuadrada de casi diez centímetros de diámetro. Unas velas solares cubiertas de células solares sobresalían por todos lados, recordándole a Aaron las hojas de una planta. Desde lejos, o de un vistazo fugaz, se podría confundir la sonda con una rama arrancada de algún árbol exótico. Las velas utilizaban la presión de la radiación del Sol para acelerar la sonda, siempre que hubiera una radiación solar significativa. Allí, su estrella natal era una de tantas estrellas y ni siquiera era el objeto más brillante del negro firmamento.

Sheep-23 giraba lentamente sobre su eje. Las oscilaciones parecían haberse detenido. Para asegurarse, Aaron consultó los datos de los sensores de posición de la sonda.

—¡Ja!, lo logramos —exclamó.

—Lo único que hiciste fue presionar un botón —respondió Benjamin por radio.

Por algún motivo inexplicable, los ingenieros habían separado el

control remoto de los satélites de los disparadores de los láseres y de los telescopios instalados en ellos. ¿Quién era tan paranoico como para imaginar que uno de los miembros del equipo se volviera loco y disparara a los demás con los láseres? Cualquier persona comprometida con un viaje tan largo nunca pondría en peligro el proyecto. Robarse en secreto un primer y curioso vistazo a través del telescopio era lo único que él y sus compañeros podrían hacer. Pero no les serviría de nada, porque la imagen final seguiría requiriendo horas de procesamiento.

Aaron estaba solo en su cuarto. Allí era donde se sentía más cómodo. Llevaban casi veinte años volando juntos. No necesitaban verse todos los días. Probablemente por eso discutían tan poco. Los psicólogos de la Tierra habían hecho un gran trabajo. A veces le irritaba el pesimismo de Benjamin, al que él llamaba realismo, aunque reconocía que también le ponía los pies en la tierra. Porque era un auténtico optimista. Reprimió un bostezo y se abrochó los pantalones. Quizá debería pasar algún tiempo con alguien para evitar volverse totalmente antisocial.

—¿Qué te parece si cenamos juntos? —le preguntó a Benjamin.

—Dame veinte minutos. Todavía tengo que girar a Sheep-23 para que podamos incluirla de nuevo en la matriz.

•

SUBIR HASTA LA sala de control hizo sudar a Aaron. La gravedad artificial creada por la rotación de la nave actuaba en dirección hacia el exterior, por lo que llegar hasta la sala de control, situada en el centro, semejaba como una subida de casi cien metros. Ese era el radio del anillo en el que se encontraban sus cuatro dormitorios y el laboratorio de astronomía.

Miró hacia arriba. El estrecho pasadizo parecía interminable. Subió peldaño a peldaño. La fuerza que tiraba de él hacia abajo se debilitaba a cada paso, pero el aire parecía ser cada vez más rarificado. ¿Era imaginación suya o una mala ingeniería? ¿Y por qué se daba cuenta hasta ahora?

De pronto, apareció un anillo verde brillante que rodeaba todo el pasadizo, indicándole que había llegado. Encima de él había una escotilla que tenía que deslizar hacia un lado. Se movió sin esfuerzo. Aaron subió los últimos peldaños y se introdujo por ella. Flotaba, porque allí casi no había gravedad, en un cuarto bajo que estaba iluminado con luz indirecta y parecía extrañamente distorsionado. Eso se debía a que el techo y el suelo estaban curvados. Él se hallaba en una capa esférica que rodeaba el corazón de la nave. En este nivel se encontraban las tres salas de recreo, la cocina y el taller. Olía a

comida. ¿Tal vez David o Christine habrían cocinado? Se le hizo la boca agua. De repente, tenía apetito. No recordaba la última vez que se le había despertado el apetito.

Aaron miró el agujero por el que acababa de meterse. Era negro puro y demasiado pequeño para que cupiera por él. Resultaba fácil perder el sentido de la perspectiva en ese entorno. Se imaginó a un gusano arrastrándose por el agujero. El asco le erizó los pelos de la nuca. Cerró la escotilla con rapidez. La cual desapareció por completo en el suelo, como si nunca hubiera habido un agujero. Si no fuera por las tiras de luz que señalaban las escotillas, no sabría cómo volver a su cápsula.

—A la cocina —dijo.

Una flecha azul brillaba en el suelo. Aaron habría jurado que era por la derecha, pero la nave indicaba a la izquierda. Su sentido de la orientación debió verse afectado sin la referencia del agujero. Aaron giró a la izquierda y avanzó con zancadas flotantes. La flecha siempre iba unos pasos por delante de él, como si pudiera anticiparse a sus movimientos. ¡Había pasado por allí tantas veces! No obstante, en esa ocasión, le resultaba ajeno. Subía y bajaba al mismo tiempo. Era un truco de la relatividad. Aaron imaginó el centro esférico de la nave desde el exterior. Eso le ayudó a orientarse.

Y allí estaba la cocina, dividida por una delgada pared. La flecha desapareció y se abrió una puerta.

—Bienvenido, Aaron —saludó la nave.

La cocina estaba vacía. Nadie había preparado la cena. O él había imaginado el aroma, o la nave lo había creado artificialmente.

De repente, oyó pasos. Se giró y vio a Benjamin. Benjamin flotaba en un ángulo de 90 grados con respecto a la pared, como si caminara por ella. El ingeniero era de menor estatura que Aaron, pero igual de atlético. Tenía el cabello negro y corto, y se peinaba con una marcada raya al lado. Sus ojos eran de un color café suave. Ojos de vaca, le habían dicho sus amigos en la unidad.

Benjamin inhaló con fuerza.

—Qué bien huele —dijo—. ¿Has cocinado algo?

Así que no se lo había imaginado.

—No, como puedes ver, no lo he hecho —aclaró Aaron.

—Entonces la nave debe haber creado el aroma.

—Para estimular nuestro apetito, tal vez. El frecuente consumo de alimentos se supone que es sano.

—Hola, chicos, ¿habéis hecho algo para cenar?

Era Christine, la astrónoma. Siempre aparecía cuando menos se la esperaba.

—No, lo siento. El olor nos atrajo hasta aquí —contestó Aaron.

—Vaya, pues cocinemos algo —dijo Christine en voz baja pero

clara.

Ella se acercó a los estantes que estaban a la altura de su cintura y abrió un cajón tras otro.

—Tenemos arroz —informó—. Y pasta.

Luego, se dirigió a la nevera. Cuando abrió la puerta, salió vapor, como si estuviera lleno de nitrógeno líquido.

—Oh, la nevera está vacía —se lamentó Christine.

—¿Disculpa? —le preguntó Aaron.

Anteayer había llenado de verduras frescas. Lo recordaba con claridad. Ocho zanahorias, cuatro calabacines, varios aguacates y un rábano. Él mismo los había contado.

—Nave, ¿y nuestros víveres? —interrogó Christine.

—Lo siento, ha habido un incidente con el sistema de refrigeración, que también afectó a las salas de cultivo hidropónico —respondió la voz de la nave desde un altavoz en el techo.

—¿Cuándo se solucionará el problema?

—Ya está arreglado, aunque todos los alimentos perecederos han sido reciclados como medida de precaución.

—¿Cuándo los obtendremos de nuevo?

—Dado que los cuartos de cultivo han tenido que reiniciarse, calculo que unas ocho semanas. Mientras tanto, hay disponibles paquetes de alimentos deshidratados.

Genial. Tendrían que comer alimentos envasados durante ocho semanas.

—Aún podríamos cocinar pasta —comentó Christine.

—Gracias, pero ya he perdido el apetito —murmuró Benjamin.

AARON TOCÓ CON precaución el papel de aluminio y retiró enseguida la mano porque estaba muy caliente. Se cubrió los dedos con la manga mientras sujetaba la bandeja. Luego pinchó con el cuchillo de la mano derecha. Dobló el papel, sopló y lo retiró.

La comida precocinada, supuestamente pollo cajún con judías negras, tenía un aspecto extraño, pero olía bien. Cogió un bocado con el tenedor. Tenía una consistencia cremosa. No tenía fibras de carne. Fuera lo que fuera, no tenía nada que ver con el pollo. Sin embargo, el sabor era fascinante. Algo debía de tener que estimulaba sus papilas gustativas.

—Está rico —admitió Christine—. Y Benjamin se lo pierde.

—Había olvidado lo bueno que está esto —exclamó Aaron—. Nada que ver con la bazofia procesada que teníamos que comer en el ejército.

El pollo cajún resultaba saciante. Se comió menos de la mitad

antes de empujar la bandeja de plástico al centro de la mesa. Se oyó un zumbido. La mesa se abrió y la bandeja desapareció.

—Enhorabuena, nave —dijo él.

—Gracias, Aaron.

—¿Puedes darme la receta?

—Lo siento, no conozco ninguna receta.

—¿Quieres cocinarlo tú? —exclamó Christine—. Debe haber otros cinco mil paquetes almacenados.

—Aquí no, pero en casa tal vez.

—¡En casa!

Su tono desdeñoso sorprendió a Aaron. Una vez les había comentado que huía de algo. Al parecer, la dolorosa experiencia que la había traído hasta allí seguía doliéndole, incluso veinte años después.

—¿Cómo va tu investigación?

A ella le gustaba hablar de su trabajo. Christine se echó la larga trenza por encima del hombro y se ajustó las gafas. Tenía 47 años, dos más que Aaron, pero parecía no haber envejecido en absoluto durante el largo viaje. No tenía arrugas en la cara ni un solo mechón de canas. Supuso que así era cuando se veían todo el tiempo. Permanecían jóvenes juntos. Extraño, en realidad, que nunca se hubieran acostado. ¿Era su actitud? Tal vez se trataba de un comportamiento natural cuando tres hombres y una mujer permanecían juntos durante tanto tiempo, un vestigio de la evolución, un mecanismo de autoprotección, en lugar de que todos los hombres se mataran por ella, prefería estar sola.

—No he obtenido nada, absolutamente nada —dijo ella.

Le temblaba la voz. Su fracaso le molestaba. Él nunca imaginó que ella fuera tan impaciente.

—Las sondas aún no están en sus posiciones óptimas —apuntó él.

—Ese no es el problema —contestó ella—. Aun así deberíamos ver algo, sin detalles, pero algo.

—¿Le pasa algo a los fotorreceptores?

—¿Todos a la vez? Entonces al menos veríamos negro, y me refiero a negro nítido. Incluso la nada puede ser enfocada.

—Ah, ¿entonces estás viendo algo?

—Sombras —afirmó Christine—, o una nebulosa. Pero no está enfocada, todo está un poco borroso.

—Eso suena... complicado.

—Imagina que alguien te oculta algo que realmente quieres ver, detrás de una cortina casi invisible pero opaca. Y la agita constantemente para que ni siquiera puedas ver los pliegues.

—Eso es cruel.

—¿Verdad que sí?

Ella le sonrió. La sonrisa de su compañera de tripulación la transformó en una hermosa mujer. Ese era un territorio peligroso. Rápidamente bajó la mirada.

—Si no puedes identificar la cortina, no la puedes apartar —dijo él.

—Entonces tengo que averiguar de qué está hecha la cortina.

—Tiene sentido. Dime en qué puedo ayudar.

—Gracias, Aaron, te lo diré. Ponme el grupo en la posición correcta. Una vez que haya retirado la cortina, necesitaré recibir tanta información como sea posible.

—¿Qué es lo que esperas en realidad, Christine?

Ella dudó. Probablemente se preguntaba hasta qué punto podía confiar en él. Él no pensaría que fuera estúpida o que estuviera loca, dijera lo que dijera. Todos tenían sus razones para hacer este viaje. La suya... él apartó ese pensamiento de su mente.

—Yo... seremos capaces de ver la superficie de TRAPPIST-1.

Lástima. Sí, ese era uno de los objetivos oficiales de la misión Lente gravitacional solar (SGL por sus siglas en inglés). La búsqueda de vida extraterrestre, tal vez no estamos solos en el universo, bla, bla, bla. Pero si realmente encontraran vida, no tendría ninguna implicación práctica, porque estaría demasiado lejos para una comunicación significativa. La lente gravitacional solar era capaz de mucho más.

—Vale —dijo Christine—, eso no es todo. Quiero... Quiero ver el inicio. El inicio de todo. La nada de la cual venimos. Nos podremos acercar a este punto como cualquiera lo ha hecho nunca.

—¿Este punto?

—La nada. El Big Bang que salió de ella.

Por supuesto. Era científica. Él no. Era piloto militar. Sus padres eran judíos ortodoxos, pero él no era creyente y nunca lo había sido. Sin embargo, buscaba lo que había creado algo de la nada. Él quería –no, necesitaba– formular una pregunta: ¿por qué dejaste morir a mi mujer cuando estaba en la guerra? ¿Por qué no me ocurrió a mí?

—¿PUEDO ayudarle?

Rachel miró al corpulento hombre que le cerraba el paso. Parecía un turista con sus pálidos pantalones cortos y su camiseta. ¿Se habría perdido? El primer recorrido ya estaba en marcha. Rachel miró el tatuaje electrónico de su muñeca. Eran casi las diez. Si ese tío no iba pronto, llegaría tarde a su primer día en su nuevo trabajo.

—¿Puedo ayudarle? —repitió ella.

Su voz delató su irritación. Se suponía que los empleados de la NASA debían ser amables con los turistas. Pero al hombre no pareció molestarle su tono. Ni siquiera se volvió. Unas gotas de sudor brillaban en la grasa de su nuca. Pasaba una tarjeta de plástico repetidamente por el escáner. El aparato emitió dos pitidos y el hombre tiró de la manilla de la puerta. ¿No se daba cuenta de que no tenía acceso autorizado?

—Señor —dijo Rachel—. Me temo que se ha equivocado de sitio. Su tarjeta no funciona.

Se dio la vuelta. Por fin la había oído. Tal vez llegaría a tiempo después de todo. Tenía la frente brillante, con algunos pelos finos pegados a ella. Tenía los ojos pequeños, las mejillas regordetas y una mirada de ligero pánico. Le recordaba a un niño que se hubiera perdido y acabara de encontrar ayuda.

—Pero tiene que funcionar —dijo el hombre—. Seguridad me la acaba de entregar. Tengo que llegar a tiempo.

Había una mirada suplicante en sus ojos cuando le tendió la tarjeta. Rachel era igual de nueva pero, por lo visto, irradiaba la experiencia de una veterana empleada de la NASA. Cogió la tarjeta y la leyó. La tarjeta ponía «invitado».

—Soy Charles Dickinson —explicó el hombre en respuesta a su mirada interrogante—. Vengo de Alpha Omega. Es la...

—Lo sé —le interrumpió Rachel—, la organización responsable del proyecto SGL.

—Algunas personas creen que Alpha Omega es un lugar —apuntó el hombre, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Rachel estuvo tentada de retroceder un paso para evitar que la salpicara.

—Hoy hace calor —se disculpó el hombre, haciéndose a un lado.

Él debió notar su retroceso. Bueno, era observador, ya era algo. Sobre todo, si iban a trabajar juntos durante los próximos años. Nunca había esperado que le dieran rienda suelta. ¿Pero que Alpha Omega le enviara una niñera en su primer día? La misión debía de ser muy importante para ellos.

—Soy Rachel Schmidt —se presentó, sin tender la mano—. La nueva CapCom de la misión.

—Encantado —respondió él—. Supongo que nos veremos con frecuencia.

Acercó su tatuaje al escáner de tarjetas. El aparato emitió un pitido y se oyó un clic metálico. Rachel empujó la puerta.

—Consiga uno de estos tatuajes —le recomendó ella—. No siempre estaré para abrirle la puerta, señor Dickinson.

—Charles —pidió él—. Por favor, tutéame y llámame Charles. O Charlie, si lo prefieres.

Rachel sostuvo la puerta mientras el gordo pasaba. Ella frunció el ceño, esto estaba yendo demasiado rápido. Pero, por otro lado, la misión estaba programada para al menos otros cuatro años. No podría evitar conocer a Charles en ese periodo. Se enteraría de lo que hacía con su familia, él le hablaría de sus vacaciones y de sus hijos, y ella lo mantendría a distancia con generalizaciones, porque su vida fuera del trabajo no era asunto de nadie. Sin embargo, al final, tendría que llamarle por su nombre de pila, así que más le valía empezar ya.

—Rachel —dijo ella—. Llámame Rachel. No Ray, Rach o Rachy.

Charles se rio y caminó por el estrecho pasillo. Ella le siguió. Olía a pintura. La luz era demasiado intensa y hacía un frío glacial.

—Entendido. ¿Sabías que Rachel significa algo así como oveja madre?

Sí, sus compañeros de clase no judíos se lo habían recordado a menudo. Rachel negó con la cabeza.

—Nunca lo había oído —dijo, tratando de no delatarse con algún gesto.

—¿En serio?

Charles se detuvo bruscamente y Rachel casi chocó con él. Ella asintió.

—Me parece muy notable —apuntó él—, porque nuestra nave se llama Shepherd-1 y las sondas son todas de clase Sheep.

—Qué casualidad —murmuró ella.

Un escalofrío le recorrió la espalda, porque en realidad no había pensado en eso. Si lo hubiera hecho, podría haberlo descartado como una coincidencia, pero al oírlo de Charles sonaba como si hubiera algún misterio detrás.

RACHEL SE RECOSTÓ en la silla. Un técnico vestido con un mono naranja tanteaba la parte posterior de la pantalla de la derecha. Parecía que habían renovado el COM, el Centro de Operaciones de la Misión, especialmente para ella. Rachel se volvió hacia su izquierda.

Una fila detrás de ella, Alison estaba tumbada en su mesa, tirando de un cable. Alison era la MOM, Administradora de Operaciones de la Misión (MOM, por sus siglas en inglés) y, por tanto, su superior directa. Esperaba que los técnicos controlaran pronto aquel caos. ¡Y ella se había apresurado para llegar a tiempo a su primer turno!

Aún podía oír los sollozos de Alishondra. Le había roto el corazón dejar a su hija llorando con su abuela. Debería haber empezado a hacerlo antes. Pero había disfrutado tanto de la compañía de Alishondra desde la separación que no quería dejarla marchar. Alishondra quería mucho a su abuela. Probablemente hacía tiempo que se había calmado. Rachel miró el tatuaje. Eran más de las doce. No, no debía llamar a su hija todavía. Seguramente estaría durmiendo la siesta.

Alguien le dio un golpecito en la rodilla. Rachel se sobresaltó. Era el técnico.

—¿Señora? Siento molestarla. He terminado. Ya puede ingresar.

—Gracias —dijo Rachel, enderezándose.

El técnico se alejó. Devendra, el jefe de vuelo, le hizo señas para que se acercara. Rachel acercó su teclado e introdujo sus datos de acceso. En su pantalla se abrieron varias notificaciones de estado sobre el Shepherd-1 y la tripulación de cuatro personas. Las cuatro estaban durmiendo. Sus temperaturas eran un poco bajas, pero dentro de lo esperado.

«No, Rachel, presta atención», se reprendió a sí misma. Se trataba de una misión muy especial. Lo que estaba viendo era su estado de hacía cuatro días. Ese fue el tiempo que le tardó la Red de Espacio Profundo en recibir los datos. Shepherd-1 era la primera expedición tripulada más allá del sistema solar.

Llamó a los datos de sus cuatro astronautas. Aaron, Benjamin, Christine y David, bonitos nombres. Rachel abrió sus expedientes personales. Benjamin, ingeniero diplomado, era francés. Lo primero que le preguntó fue cómo prefería que le llamaran y si debía pronunciar su nombre en francés. En la foto parecía un vagabundo. Seguramente alguien le había hecho la foto justo después de una agotadora sesión de entrenamiento. Aaron era israelí. El Ministerio de Defensa israelí era uno de los socios de la misión, junto con la NASA y Alpha Omega. Parecía fuerte y seguro de sí mismo. La única mención a su pasado era que había servido en las Fuerzas Especiales. David era el único cuyo apodo se mencionaba en el expediente: Dave. Supuestamente tenía formación naval. Con 38 años, era el miembro más joven de la tripulación. Eso significaba que solo tenía 18 años cuando la misión comenzó oficialmente. Christine era la única mujer a bordo y la única investigadora científica. Rachel sintió una conexión inmediata con ella. Le bastaba con mirar su foto para ver en ella a la

hermana que nunca tuvo. La biografía de Christine podía ser la suya propia: el padre que solo la reconocía cuando destacaba, la madre que descargaba en ella todos sus problemas personales, era casi como si Christine fuera un duplicado de Rachel. Aunque eso no era cierto, por supuesto.

—¿Un poco más de investigación antes del gran día?

Rachel se estremeció y cerró el módulo del personal. Charles estaba a su lado, mirando la pantalla. Los datos personales de la tripulación no eran asunto suyo.

—Lo siento, pero esto es interno —dijo ella en tono cortante.

—Lo siento. No pretendía entrometerme.

Ella le miró a la cara. El sudor se le había secado. Sus palabras habían hecho que aparecieran profundas arrugas en su frente. Ella no se había dado cuenta de que era capaz de eso.

—Yo me siento allí —informó él.

Charles señaló un escritorio en la parte delantera derecha con un cartel que ponía «Operaciones científicas». Cuanto más cerca te sentabas de la parte delantera, menos importante eras. Pero eso no parecía aplicarse a Charles. No sabía cómo lo sabía. Pero incluso MOM le había saludado con un respeto.

La habitación se oscureció abruptamente.

—Señal de Dog-1 —anunció una voz masculina.

Dos de las tres pantallas gigantes al frente del COM se habían apagado. La función de los satélites Dog era supervisar a las numerosas sondas Sheep. En cada grupo de Sheeps había uno o dos Dogs. La pantalla central mostraba lo que estaba viendo Dog-1. Era Shepherd-1, la nave espacial más rápida y potente jamás construida por la humanidad.

—Estupenda —exclamó Charles.

Siendo un empleado de Alpha Omega, ya debía haber visto la nave. Aunque Rachel también conocía las especificaciones, y seguía fascinada. Shepherd-1 parecía un modelo de átomo forjado en el infierno. Su estructura parecía brillar al rojo vivo, probablemente porque estaban observando una imagen en infrarrojo. Tenía un núcleo esférico rodeado por cinco módulos de menor tamaño que lo rodeaban usando radios finos y de aspecto excepcionalmente frágil.

—Me encantaría subir a bordo —admitió Rachel, y acto seguido se arrepintió de haberlo dicho.

Sus deseos no eran asunto de nadie, y menos de Charles, que ni siquiera era empleado de la NASA. Como CapCom, su principal responsabilidad era con la tripulación, y pretendía cumplir ese papel. Hacerse amiga de uno de sus colegas sería un obstáculo.

—La primera tanda está completa —informó David, su navegante.

Señaló un par de símbolos que parpadeaban en la pared. Un punto de luz roja apareció donde señalaba con la punta del dedo.

—¿Podéis verlo?

Movió la mano arriba y abajo y el punto de luz se movió en un arco pequeño.

—Esta es el área de enfoque —explicaba David—. Solo tiene 1,3 kilómetros de ancho. Hemos conseguido concentrar el grupo en esta zona.

Ya conocían esos hechos. Y no podían atribuirse el mérito de la perfecta navegación de las sondas, excepto quizá de Sheep-23. Pero Aaron lo entendía. David era su navegante, así que tenía que dar ese tipo de declaraciones.

—En realidad, fue el propio grupo el que consiguió mantenerse tan unido —dijo Benjamin.

Aaron le guiñó el ojo. Déjalo, trataba de decirle, pero Benjamin no podía o no quería entenderlo.

—Bueno, Aaron y yo tuvimos que ayudar un poco a Sheep-23, pero por lo demás fueron los Dogs los que hicieron el trabajo —seguía diciendo Benjamin.

—Lo sé —admitió David—, pero estábamos de respaldo todo el tiempo. Si algo sucediera...

—... no podríamos haber intervenido, porque el Shepherd habría sido demasiado lento y luego demasiado rápido para el resto —contradijo Benjamin.

Tenía razón. La enorme nave hubiera tardado más en alcanzar la velocidad de crucero que una sonda con una masa de 200 kilogramos, y también hubiera tardado más en desacelerar.

—Eso es irrelevante en este momento —intervino Christine.

La astrónoma estaba de pie. Ella caminó hasta la pared donde David proyectaba la imagen del grupo, y apartó la imagen con su mano.

—Este es nuestro problema ahora —afirmó ella.

—¿Eso? —preguntó David.

—Esta es la imagen resultante de las observaciones del grupo.

—Pero ahí no hay nada.

—Precisamente, David. Necesitamos trabajar en ello con suma urgencia, antes del próximo contacto con el COM, de ser posible.

¿Por qué tenía tanta prisa? Christine había sido la personificación de la calma durante los últimos veinte años.

—Si os preguntáis por qué tengo tanta prisa, es porque llevamos veinte años viajando. El proyecto es una inversión enorme. La financiación de nuestra expedición impidió a la NASA ir a Saturno. Así que la humanidad merece algunas respuestas, ¿no creéis? Al menos, deberíamos hacer un par de preguntas inteligentes a los de Control de Misión. Tienen muchos más recursos para abordar el problema.

Aaron frunció el ceño. El argumento le parecía razonable, estaba casi convencido. Pero eso no importaba. Él también quería ver resultados lo antes posible.

—Tú eres la astrónoma —comentó Benjamin—. No sé lo que puedo aportar como ingeniero.

—¿No ayudaste a desarrollar la arquitectura del Lofar NG? —inquirió Christine—. Deberías conocer los posibles problemas de una matriz de telescopios.

—Eso era un radiotelescopio con antenas bastante primitivas.

—Anda ya, sabes muy bien que la única diferencia es la frecuencia de la radiación electromagnética.

—Sí, Christine, pero odio programar. Prefiero construir cosas.

—Entonces, ¿estás diciendo que el problema no es el *hardware*, sino los algoritmos que evalúan los datos?

—Sí, tenemos que asumir que es así —respondió Benjamin.

Aaron tuvo que darle la razón. Era muy poco probable que todos los aparatos de medición del grupo se hubieran desajustado durante el viaje.

—Puedo echarle un vistazo al *software* contigo —sugirió Aaron.

Sin embargo, Christine no se rendía.

—¿Cuál es el margen de error del sistema? Es decir, ¿qué proporción puede fallar sin poner en peligro la misión? —interrogó ella.

Ella debería saberlo.

—Un tercio —contestó David.

—¿Y los errores sistemáticos?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó David.

—Suponiendo que la navegación esté un poco desajustada.

Así que era por eso. Por supuesto. Si el grupo no había llegado a la zona de enfoque, no podrían obtener una imagen nítida. David se sonrojó. Aquello era un flagrante voto de desconfianza, dado que él era el responsable de la navegación.

—Yo... descarto esa posibilidad. Ninguna de las sondas muestra desviación alguna. Lo he comprobado una y otra vez.

A David le temblaban las manos. Se sentó y se las puso sobre el regazo.

—David, no pretendía acusarte. El grupo navega usando un número de púlsares. Sus propiedades cambian constantemente. Si la

luz de un faro se hace más brillante de repente, los barcos que dependen de ella se desvían de su rumbo, aunque el faro no haya cambiado de posición.

—Los púlsares se seleccionaron por su estabilidad —respondió tranquilamente David.

Era un endeble argumento. Por muy estable que hubiera sido un cuerpo celeste en el pasado, siempre podía cambiar.

—No sería culpa tuya. Los de Control de Misión deberían advertir algo así y avisarnos —aseveró Christine—. Deberíamos preguntar.

—Podemos repasar el algoritmo juntos más tarde, si quieres —contestó Aaron.

—Por supuesto —dijo Christine—. Aunque antes planteemos la cuestión a los del Control de Misión. Me gustaría aclarar esto lo antes posible.

—APAGAR LUCES.

David se quedó solo en la negrura del espacio. A su alrededor, titilaban estrellas lejanas.

—Mostrar grupo uno.

Al menos, diez cruces rojas se iluminaron frente a él. Se dio la vuelta y vio más símbolos de sondas. Estaba en el centro del grupo.

—Vectores de estado.

Todas las sondas dispararon sus láseres. O eso era lo que parecía. Unas finas líneas verdes indicaban la dirección en la que se movían por el espacio. Las líneas rojas simbolizaban su vector de velocidad actual. Salvo en el caso de Sheep-23, todos los vectores parecían ir en paralelo. Los acercó con un gesto de la mano. Sí, incluso de cerca todo estaba bien. Christine debía de haber cometido algún error.

—Mostrar la línea de enfoque.

Un área cilíndrica se llenó de una niebla rojiza. Era la zona donde las sondas podían captar una imagen nítida. Todas las sondas estaban dentro de la zona. ¡Perfecto! Había hecho un buen trabajo. David se frotó las manos. No volvería a cometer un error como el de aquella conducción nocturna con Rick.

Se levantó y se dio la vuelta. La línea de enfoque apuntaba en dirección a una estrella blanca bastante brillante. De allí habían venido. Cerca de ella, en la Tierra, en el Cementerio Nacional de Baltimore, estaba enterrado su amigo Rick. Había muerto por culpa de David, aunque nadie le había responsabilizado de ello. De eso hacía ya mucho tiempo.

En la realidad virtual, la complejidad de su navegación no era tan evidente. La línea de enfoque tenía que pasar por el centro gravitatorio del sistema solar, justo un poco a un lado del centro del Sol, que era sobre todo culpa de Júpiter. Además, todo el sistema se movía a 960.000 kilómetros por hora alrededor del centro de la galaxia. Mantener un telescopio apuntando a un objetivo en esas condiciones era un auténtico logro, y ellos lo habían conseguido.

David se dio la vuelta. Tener que mirar al Sol siempre le entristecía de algún modo. Ahora volvía a mirar al oscuro abismo del cosmos.

—Mostrar fuentes de rayos X —ordenó él.

La simulación añadió varias esferas azules pulsantes en su campo de visión. Las contó. Eran diecisiete. Diecisiete púlsares cuya radiación de rayos X cambiaba de forma que permitía a las sondas triangular sus posiciones. Diecisiete faros que seguían siendo visibles a gran distancia, un lujo que solo podían permitirse las naves espaciales.

David inspeccionó uno de los púlsares más de cerca. El sistema

registró su atención y mostró la designación del objeto, PSR B1919+21, así como los datos relevantes para determinar su posición. PSR B1919+21 era un clásico. Cualquiera que se interesara por las estrellas de neutrones conocía su periodo, 1.337 segundos. Los valores eran correctos. David pasó a otro púlsar. PSR J0437-4715 giraba tan rápido que las sondas recibían 174 impulsos de rayos X por segundo. También aquí los valores eran los que recordaba. Se había aprendido los diecisiete de memoria, para evitar errores desde un principio.

¿Qué otra cosa podría causar un error? ¿Un desplazamiento al rojo de las frecuencias? Volaban rápido, pero los algoritmos ya tenían en cuenta el efecto Doppler resultante. ¿Y una perturbación relativista? Eso significaría que había una masa desconocida entre ellos y los púlsares, que estaba atrayendo los rayos X hacia su pozo de potencial y, por tanto, alargando el tiempo que tardaban en alcanzarlos. Pero habían elegido deliberadamente púlsares en todas las direcciones. Así que la masa desconocida e invisible tendría que estar en sus inmediaciones. Podía descartar un planeta desconocido. Un agujero negro con la masa de un planeta era una posibilidad. Sería un descubrimiento sensacional, los astrónomos llevaban mucho tiempo intentando demostrar la existencia de agujeros negros de esa clase.

—Simular un objeto puntual con la masa de Júpiter en una órbita de mil unidades astronómicas —ordenó él.

1000 UA, que era mil veces la distancia entre la Tierra y el Sol, lo que situaba al agujero negro 450 UA más lejos que donde estaban ellos. David no tenía ni idea de si aquello era realista, pero por algo había que empezar. La representación se desdibujó brevemente y luego reaparecieron todas las estrellas y la bandada entera. A simple vista, nada había cambiado.

—Mostrar las desviaciones causadas por el objeto simulado.

La línea de enfoque debería cambiar como mínimo. David la siguió, aunque no captó ninguna desviación. Debía ser tan pequeña que el sistema no podía mostrarla. Entonces, el agujero negro tendría que estar más cerca del Sol. Pero si estuviera demasiado cerca, los astrónomos ya habrían observado su efecto en los planetas exteriores. Las extrañas desviaciones en las órbitas de los objetos transneptunianos se habían explicado en gran medida cuando por fin se encontró el legendario noveno planeta, un objeto del tamaño de Marte que ahora se llama Unity en todos los idiomas del mundo.

—Acercar el objeto simulado setecientas unidades astronómicas.

La representación se disolvió en un millón de puntos de luz, como si el universo se desmoronara en polvo de estrellas. Luego se reconstituyó. David se dio la vuelta. ¿Hacia dónde apuntaba la línea de enfoque? Si el agujero negro ficticio tenía algún efecto, debería haber desplazado la línea de enfoque. Marte se expandió y pasó

volando junto a él. La Tierra casi le golpea. Se sobresaltó, porque la simulación era muy convincente. No pudo ver a Venus porque estaba detrás del Sol. Mercurio pasó del tamaño de una pelota de tenis al de una de baloncesto. Luego, deslizándose a lo largo del cilindro de la zona de enfoque, llegó al núcleo del Sol, y lo atravesó precisamente por su centro geométrico, no por su centro de gravedad.

¿Era ese el origen del problema de Christine? Si un agujero negro de la masa de Júpiter estuviera dentro del sistema solar, desplazaría la zona de enfoque –la simulación lo demostraba– y las imágenes de la lente gravitatoria solar saldrían desenfocadas. Sin ninguna duda. Pero ¿existía un agujero negro? Si nadie lo había descubierto, porque solo influía imperceptiblemente en el movimiento de los demás planetas, ¿cómo iban a demostrar su existencia? Un momento. No había tenido en cuenta que el sistema solar no era estático. Todo se movía, a diferentes velocidades. La imagen registrada por la bandada cambiaría con el tiempo. Seguiría siendo borrosa, pero la naturaleza de la borrosidad cambiaría. No te darías cuenta si no la buscaras. Pero si supieras dónde mirar, sería posible demostrar la existencia del agujero negro.

Eso sí que sería algo. Aunque nunca pudieran vislumbrar TRAPPIST-1 o el principio del universo, sería el descubridor de un agujero negro cerca de la Tierra. Tal vez podría nombrarlo en honor de su amigo. Tenía que hablar enseguida con Christine. Ella tenía los datos de las mediciones que podrían probar el cambio periódico.

—DSN EN LÍNEA —dijo un joven con un acento irlandés.

Rachel se puso de pie.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz femenina detrás de ella.

Ella se dio la vuelta. El asiento había permanecido vacío ayer, pero hoy estaba siendo ocupado por una atractiva mujer de mediana edad de piel oscura, largo cabello negro, y labial rojo. Debía ser nueva. Rachel le dio una mirada al rótulo de su mesa. Ponía «Analista de sistemas». Sin nombre. Así que la mujer pertenecía a algún tipo de servicio secreto. Sus agentes solían sentarse detrás de la pantalla semitransparente. ¿Estaba ya lleno atrás?

—Soy Aurora —se presentó la desconocida, levantándose y tendiéndole la mano con una sonrisa amistosa.

—Rachel, CapCom, encantada —le respondió—. Mi primera comunicación de Shepherd-1 está a punto de llegar. En la pantalla central.

—Gracias, gracias. Soy nueva.

—No hay problema.

Rachel se volvió hacia el frente.

—Madrid está en directo —informó el irlandés de la Deep Space Network.

Era inminente. El proyector gimió de manera anticipatoria. Y allí estaban. Cuatro caras mirándolos. La primera impresión de Rachel fue que el vídeo estaba grabado desde arriba, pero eso era ilusorio. Los cuatro astronautas flotaban ingrávidos sobre el suelo.

—Muy original —dijo Aurora tras ella—. Oh, lo siento.

Rachel se volvió hacia ella.

—No te preocupes, no es en directo, están demasiado lejos para eso.

¿Y Charles? Inspeccionó las primeras filas. Si los servicios secretos estaban allí, Alpha Omega también debía de estarlo. Sin embargo, su mesa con el cartel de «Operaciones científicas» se hallaba vacía.

—¡Hola, Tierra! ¡Hola, MOM!, ¡hola CapCom!

La voz de Christine sonaba tenue. Probablemente el volumen estaba muy alto porque ella hablaba muy bajo. El vídeo se colgaba. Los datos debían de estar llegando en directo. La boca de Christine se abrió y se cerró bruscamente. Rachel la saludó con la mano, aunque sabía que Christine no podía verla. La astronauta le devolvió el saludo. Rachel sonrió ante la coincidencia. Christine le caía bien. Como astrónoma, era la comandante de la nave porque el proyecto SGL era una misión de investigación científica.

Había habido un profundo debate sobre si merecía la pena enviar

una tripulación a un viaje tan largo. Aaron, Benjamin, Christine y David eran el compromiso al que finalmente habían llegado. Alpha Omega había cubierto el coste de su entrenamiento, pero ¿qué trago amargo se había tragado la NASA para que eso ocurriera? No era asunto suyo, aunque Rachel tenía la sensación de que esta pregunta volvería a surgir.

Christine presentó su informe. Fue muy profesional y no olvidó elogiar a sus colegas en los momentos oportunos. Ya no se admiten periodistas en el COM, pero si así fuera, probablemente la transmisión les habría aburrido para que se marcharan. ¿Una misión espacial? Emocionante, sí, aunque solo cuando las cosas iban mal. Para la mayoría de la gente, el principio del universo se hallaba demasiado lejos. El hecho de que pudieran ser capaces de resolver una de las cuestiones fundamentales de la física –incluso de la existencia humana– solo valía la pena comentarlo una vez que tuvieran la respuesta. Rachel suspiró y Christine suspiró casi al mismo tiempo. ¿Qué acababa de decir? Debería prestar más atención, porque pronto tendría que enviar a la tripulación una respuesta desde el Control de Misión.

—Esperamos su respuesta —dijo Christine para finalizar—. Muchas gracias por vuestro apoyo.

Todos los presentes aplaudieron, por costumbre.

—Ya lo habéis oído —intervino MOM—. Manos a la obra. ¿O hay preguntas? ¿Alguien necesita aclaraciones sobre sus responsabilidades?

Nadie intervino.

—Bien. Quiero la información necesaria lista en dos horas para que el CapCom pueda grabar nuestra respuesta. ¡A trabajar!

BIEN. Si los de Control de Misión insistían, él haría las comprobaciones necesarias. Ya sabía que el viaje era inútil, pero al menos supuso un cambio.

—Desenganchar soportes —ordenó.

Benjamin oyó un raspado metálico, como si alguien estuviera arañando el exterior de su cabina con una aguja. Un sonido literalmente escalofriante.

—Soportes desenganchados —respondió la nave.

—Control manual.

—Recomiendo el automático, Benjamin. Activar el control manual aumentará el peligro de accidente en un 0,05 por ciento.

La nave pronunció su nombre correctamente. Acento parisino, inconfundible. Si tan solo pudiera conseguir que sus compañeros de tripulación lo hicieran.

—Control manual —insistió.

No iba a dejar que la nave le tratara con condescendencia. Pero se sentía orgulloso. ¡Solo un 0,05 por ciento de peligro! La nave había calculado recientemente un 0,2 %. Desde entonces, había pilotado la cápsula manualmente cinco veces. La reducción del riesgo calculado era su recompensa.

—Cediendo el control.

—Gracias, Shepherd-1.

Disparó los propulsores direccionales del morro de la cápsula, utilizando el *joystick* del reposabrazos derecho. La cápsula se distanció muy lentamente de la nave nodriza, como una perla que se desprende de un brazalete. Era un diseño práctico. Si alguna vez se peleaban, podían volar en sus propias cabinas. Pero esa no era la razón técnica. Se trataba de redundancia. Si un asteroide golpeaba su cápsula, el resto de la tripulación ni siquiera lo sentiría. Y no podían esperar ayuda de la Tierra.

Benjamin se abrió el botón superior de los pantalones. Así estaba más cómodo. Sospechaba que había engordado, aunque la comida no era muy buena. Eso le preocupaba porque se enorgullecía de su físico. Probablemente no estaba entrenando lo suficiente. Por fortuna, nadie podía verle.

A continuación, llegó la parte más peligrosa de la excursión. La nave había transferido impulso a la cápsula al soltarla. Seguía siendo ingrávida, pero se alejaba de la nave a la velocidad a la que giraba el anillo que la rodeaba. Si quería llegar a la bandada, tenía que ajustar su velocidad y rumbo.

Aplicó con precaución el impulso lateral. Si sobreviraba, la cápsula

entraría en barrena. Pero no podía permitirse demasiado tiempo porque entonces el vuelo duraría demasiado. Benjamin entrecerró los ojos para leer los datos de vuelo en pantalla. Necesitaba gafas. Veinte años en el espacio le habían pasado factura. La línea roja se acercaba lentamente a la línea verde. Entonces oyó un satisfactorio ding-dong. Lo logró. Puso el propulsor direccional derecho a una potencia constante y activó el propulsor principal. La inercia le presionó contra el reposabrazos izquierdo mientras la cápsula volaba en una curva alargada alrededor de Shepherd-1 hacia la bandada.

SHEPHERD-1 YA SOLO era visible como un símbolo en la pantalla de navegación. Benjamin se inclinó hacia delante y pulsó el botón que apagaba la pantalla. Luego se acercó al panel de control del soporte vital. Oxígeno, dióxido de carbono, humedad, temperatura: los desactivó todos. La cápsula era lo bastante grande como para poder respirar durante días sin el acondicionador de aire, y si la temperatura bajaba demasiado, podía ponerse el traje espacial.

Todo quedó en silencio. Tenía la piel de gallina en los brazos. Hacía tiempo que quería probarlo. La cápsula no estaba completamente a oscuras; unos pequeños diodos luminosos daban más o menos la misma luz que la luna en una noche nublada. Pero no se atrevió a apagar la cápsula por completo. David era el que mejor conocía la tecnología y le dijo que no podía garantizar un reinicio sin problemas.

Pero el silencio en sí era una experiencia. Era abrumador. ¿Se debía a que llevaba veinte años sometido a un ruido constante? Sentía algo más que eso, una consciencia existencial. No podría soportarlo mucho más tiempo. ¿No debería oír latir su corazón? ¿O estaba muerto y aún no se había dado cuenta? Respiraba con dificultad. El contenido de oxígeno del aire parecía mínimo. Se acercó a la consola de soporte vital. No podía soportarlo, necesitaba aire fresco.

Ba-bum, ba-bum, ba-bum.

Ahí estaban, 63 latidos por minuto. El silencio debió de ahogar por un momento los latidos de su corazón. Estaba vivo. Ahora podía volver a respirar. Su respiración se hizo más lenta. Podía hacerlo, solo tenía que acostumbrarse. Era la razón por la que se había ofrecido voluntario para este vuelo: para estar solo. ¿Dónde podría estar más solo que ahí, a 80.000 millones de kilómetros de la Tierra?

Ba-bum, ba-bum, ba-bum.

Contó. Sus latidos disminuyeron a 59 latidos por minuto, luego a 56. Sintió sueño y cerró los ojos. Aún no había oscurecido del todo. Una cortina de color rojo oscuro llenó su campo de visión. Una

estrella fugaz la atravesaba, presumiblemente radiación cósmica.

Cincuenta y dos latidos por minuto. Podría bajarlos. Solo que no sabía hasta cuánto. Antes, siempre se había detenido en 40. Nunca había sido lo suficientemente valiente como para ir más allá. ¿Era este el momento? ¿No era por eso por lo que estaba aquí? ¿Qué pasaría si siguiera hasta donde fuera posible? Siempre había sentido que algo completamente nuevo comenzaría. Algo que ningún humano había experimentado jamás. Benjamin nunca se lo había contado a nadie. Asumirían que estaba loco, que era un bicho raro esotérico. Pero él era todo lo contrario. Creía en lo que era real. Y eso incluía su habilidad para controlar su cuerpo con su mente.

Estaba completamente relajado. No había impresiones, ni dolor, ni sentimientos, ni pensamientos. La cortina roja ondulaba. Era interesante, pero nada más. Dejó que el sonido de los latidos de su corazón penetrara en la quietud. Su pulso era de 45 latidos por minuto. Volvió a quedarse en silencio.

—No, olvídalo —dijo en voz alta. «Te perderás el gran espectáculo. Alguien va a apartar el telón. No querrás perdértelo».

Abrió los ojos. Sobre él estaba el panel de control del soporte vital. Lo activó. La cápsula se llenó de ruido. Se tapó los oídos con las manos hasta que volvió a acostumbrarse.

PIIING. Piiing. Piing. Ping. Se estaba acercando. La frecuencia aumentaba. La cápsula, sigilosa, se había acercado a Sheep-18. Todo bajo control manual. Podía estar orgulloso de sí mismo. Pero ahora cedió el control al sistema automatizado. Él mismo era prescindible, pero si golpeaba una de las sondas del grupo, podía poner en peligro todo el proyecto.

Ping, ping, ping, ping. Debía estar al alcance de Sheep-18.

—Extendiendo el brazo de la pinza —informó el sistema automático.

Plong.

—Brazo de la pinza acoplado.

—Gracias —dijo Benjamin—. Le echaré un vistazo.

Dar las gracias al sistema automatizado era un poco raro. Sin embargo, se sentía mal cuando no lo hacía. Lo había intentado una vez.

Benjamin se enderezó, se soltó el cinturón y se abrochó los pantalones. Podía utilizar el exotraje para inspeccionar la sonda. Era un traje espacial relativamente rígido que colgaba del exterior de la cápsula, por lo que tenía que meterse en él desde dentro. No podía moverse libremente con el traje, pero podía prescindir de la

preparación habitual para evitar el síndrome de descompresión.

Bajó flotando un nivel hasta el taller. El retrete estaba a la izquierda. Hizo una pausa, pero ahora no tenía ganas, así que no se molestó en ponerse el pañal, aunque era algo rutinario. Había un agujero en la pared para subir al traje, sellado por una trampilla corredera. Benjamin la abrió y se quitó los zapatos. La gravedad cero era una verdadera ventaja en aquel momento. Podía tumbarse horizontalmente en el aire e introducirse con los pies por delante en el agujero. Tanteó las piernas del traje con los pies. Luego se introdujo. Por un momento sintió claustrofobia. El exotraje era una mini nave espacial equipada con todo lo que necesitaba una nave, excepto un retrete. Pero no podía desplazarse en ella. Él formaba parte de la nave.

—Shepherd-1, estoy comenzando la inspección de la Sheep-18.

—Vale, Ben —dijo Aaron—. Lo siento, Benjamin. Ten cuidado.

¿Qué podría salir mal? Tanteó los controles con la mano izquierda. El botón cuadrado le desconectaba de la cápsula. Lo pulsó. Las notificaciones de estado aparecieron frente a su cara. Todo estaba en verde. Podía arrancar. Volvió a pulsar el botón. Su cabeza golpeó el suave interior acolchado. Se estaba moviendo. Benjamin se concentró. Estaba dentro de un robot humanoide, pero tenía que dirigir la máquina como si fuera una nave espacial.

Se orientó. Utilizó el dedo meñique para girar el traje lentamente. El brazo de agarre que había sujetado la sonda sobresalía del vientre de la cápsula. Se dio un empujón mínimo. El traje flotó hacia el brazo de agarre. Benjamin extendió los brazos. Diez metros, cinco. Su brazo derecho estaba en una posición óptima. La mano del traje tocó el brazo de agarre en la articulación. Lo agarró. Los músculos artificiales reaccionaron un poco más despacio de lo esperado, pero consiguió agarrarlo. Su cuerpo giró. Debía tener cuidado de no dañar la sonda. Agarró el brazo con la mano izquierda y se apartó suavemente de él con los pies. Ahora estaba boca abajo sobre él. Desde lejos debía de parecer un gorila gigante haciendo gimnasia.

Se acercó lentamente al doblar los brazos. Los propulsores químicos de la sonda estaban a medio metro de su cara. El brazo de agarre había cogido a Sheep-18 por su extremo. Benjamin alcanzó con la mano derecha la varilla que formaba el cuerpo de la sonda. Se arrastró lentamente a lo largo de ella, con cuidado de no dañar las velas solares. Le interesaba el otro extremo. Allí se encontraba el telescopio que captaba las imágenes. O, mejor dicho, los telescopios, porque la sonda funcionaba en varias longitudes de onda, desde los rayos X hasta la luz óptica. También utilizaba el detector de rayos X para la navegación de púlsares. Si el telescopio estuviera desalineado, tendría un efecto drástico.

En realidad, eso era imposible. El sistema lo habría registrado. Su

visita aquí era superflua. Pero la idea de David de un agujero negro cerca del sistema solar había conmocionado tanto a los de Control de Misión, que habían ordenado una inspección manual.

Ahí. Benjamin casi no lo ve. El dispositivo era apenas reconocible como un telescopio. No tenía lente. La lente real estaba a 80.000 millones de kilómetros. El telescopio no era más que un colector de luz, un detector muy eficaz al fondo de un cilindro que lo protegía de la luz ambiente.

A primera vista, todo parecía ir bien. Sin embargo, una desviación de un milímetro bastaría para que el telescopio fuera inútil. Así que Benjamin deslizó el dedo por su visor para mostrar una plantilla virtual. Mostraba con precisión dónde debía estar el telescopio en cada momento y superponía la plantilla a la realidad. Era una representación fascinante. Benjamin nunca había utilizado la plantilla. Se ajustaba sola cada vez que él hacía el más mínimo movimiento.

Tenía que acercarse lo más posible para que el instrumento hiciera su trabajo. Él era básicamente un control remoto de un sofisticado *software*. El *software* lo usaba a él para comparar la realidad con la teoría. Quizá podrían haber utilizado un dron en su lugar. Porque los humanos también era máquinas bastante eficientes, a pesar de todas sus carencias físicas.

Una flecha en su visor le dirigió alrededor de la sonda. Una zona roja le advirtió de la vela solar en su camino. Siguió las instrucciones del programa de control. En la parte inferior izquierda vio un indicador de éxito. Estaba al 78 por ciento y mostraba un círculo que se llenaba lentamente. Incluso habían tenido en cuenta la necesidad de motivación del ayudante humano. Benjamin escrutó el telescopio desde todos los ángulos y se sintió necesario. Eso era importante. Le dio la esperanza de que su viaje, de veinte años, no había sido en vano. El proyecto tenía las mismas posibilidades de éxito, aunque Christine siguiera sin tener una imagen clara.

La cápsula se estremeció al chocar con el brazo de sujeción. Dos soportes metálicos salieron disparados a ambos lados y fijaron la esfera en su sitio. Un mecanismo la hizo girar para que las esclusas de ambos lados quedaran alineadas con el anillo. El mundo giraba a su alrededor. Se estabilizó y cerró los ojos un instante. Esa era siempre la parte más difícil para Benjamin. Se sentía a merced de la nave.

Solo treinta segundos después, un sonoro gong indicó que el acoplamiento había sido un éxito. Benjamin se inclinó hacia delante, pero no vio a nadie. ¿Se habrían olvidado de él?

La pantalla frente a su asiento se encendió. Apareció la cara de

Aaron.

—Me alegro de verte —le dijo—. Estábamos un poco distraídos.

Podía oír a David y Christine a lo lejos. No podía oír lo que decían, pero parecía una discusión en voz baja.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Ya hemos evaluado tus datos y Christine no está muy satisfecha.

—¿Hubo cambios que pusieran en peligro la misión?

—No, todo lo contrario. Los telescopios están alineados.

—Entonces, ¿no sirvió para nada?

—No, Benjamin. Ahora sabemos que el problema no es el grupo. Así que supongo que tendremos que probar la idea de David.

—Un agujero negro orbitando alrededor del Sol.

—Sí.

—Suena emocionante. ¿Por qué está enfadada Christine?

—Dice que retrasará la misión real —susurró Aaron, mirando a Christine mientras hablaba.

—Pero si unos datos defectuosos están obstaculizando el proyecto, ¿no tiene sentido investigar?

—Díselo a Christine. Está bastante enfadada. Y tiene razón, en cierto modo. Si realmente hay un agujero negro, todo lo demás pasará a un segundo plano. Ya puedo vernos poniendo rumbo hacia él.

No era una idea terrible. ¿No pasaba el tiempo más despacio en órbita alrededor de un agujero negro? Viajarían al futuro.

—A mí me parece genial, la verdad.

—¿Genial? Ese argumento no convencerá a Christine. Aunque no importa, los de Control de Misión tienen la última palabra. Tampoco podamos amotinarnos.

—¿Amotinarnos? ¡Anda ya! Mmm, hablando de motines, ¿queréis jugar una partida de Piratas VR más tarde?

—¡NO lo diréis en serio! —exclamó Christine.

La nave proyectaba un nuevo mensaje de los de Control de Misión en la pared de la cocina. Estaba furiosa. ¡Todo era culpa de David, con sus estúpidas ideas!

—¿Estáis oyendo esto...?

—Shh —chistó Aaron.

—La presencia de un agujero negro en el sistema solar no solo sería una novedad, también podría ser extremadamente peligrosa.

Un hombre, alto y delgado, vestido de traje había tomado el micrófono. Nunca había hablado con ellos. Normalmente, Rachel, su CapCom, era la única responsable de comunicarse con los astronautas. El hombre llevaba un logotipo de la NASA en la solapa. Debía de ser uno de los jefes. Que hubiera cogido el micrófono demostraba lo espectacular que la Tierra creía que era su supuesto descubrimiento, y solo eran conjeturas. ¡Ojalá no hubiera compartido la idea de David con sus superiores! Podría haber hecho uso de su discreción como comandante de la misión, pero eso se habría sentido como un abuso de poder. Y finalmente esto fue lo que consiguió.

—Así que tenemos que hacer todo lo humanamente posible para aclarar la situación. Por desgracia, eso tiene prioridad sobre su misión original —continuó el hombre sin nombre.

Prioridad, ¡como si solo se tratara de eso! Si había entendido bien, perderían semanas de datos del grupo.

—Imaginad un agujero negro cerca de nosotros. Si orbita a 700 UA, podríamos estar allí en diez años para comprobarlo —apuntó David.

—Ya lo sabemos todo sobre los agujeros negros —protestó Christine.

—En teoría, sí. No obstante, ver un fenómeno así con vuestros propios ojos, ¿no os parece emocionante?

Sí, todos estaban emocionados. Incluso ella. Pero un vistazo al principio del universo eclipsaría todo lo demás, sin duda.

—No se trata de eso, en el caso de la Tierra —dijo ella—. Lo consideran como un peligro. Y perderemos un tiempo precioso.

—¿Lo puedo reproducir de nuevo? —preguntó Aaron.

Ni siquiera se había dado cuenta de que la imagen del hombre de la NASA se había congelado. Tenía la boca abierta. Pudo ver dos dientes de oro en la mandíbula superior. El resto eran antinaturalmente blancos. Christine bajó la mirada. Demasiada información.

—Hazlo y punto —contestó Benjamin.

La boca del hombre de la NASA se cerró.

—Hemos elaborado un plan provisional —explicó el hombre—. Según nuestros cálculos, debería bastar con redirigir la mitad de la bandada hacia la supuesta órbita del agujero negro. Esperamos una ocultación, y lo habremos logrado.

No era una mala estrategia. El agujero negro, si existía, tendría que ocultar un objeto en algún momento. Aunque no pudieran ver el agujero negro en sí, se revelaría haciendo desaparecer brevemente una estrella lejana en su sombra. Tener más de veinte ojos observando simultáneamente desde diferentes direcciones aumentaría las posibilidades de observar una ocultación.

—Aunque, para que el procedimiento sea más eficiente, tenemos que desplazar las sondas fuera de la zona de enfoque y distribuirlas por un área mayor —dijo el hombre.

Mierda. Mierda. Mierda. Eso les llevaría mucho tiempo. La bandada no podía ser detenida. Se alejaba constantemente del Sol. Si la dispersaban como un rebaño de ovejas sobre un gran pastizal, estarían mucho más alejadas una vez que las arrearan de vuelta al área de enfoque.

—Protesto formalmente —aseveró Christine, sabiendo que nadie la estaba oyendo desde el Control de Misión.

—Podemos ponerlo en nuestra respuesta —comentó Aaron.

Debería haber sido ella quien lo dijera, ¿no era la comandante acaso? Christine no se lo echó en cara a Aaron. Ahora mismo no se comportaba como una comandante, sino más bien como una niña decepcionada. No podía con aquella rabia. Se acumuló en su boca como saliva amarga. Tosió.

—Seguramente estáis impacientes.

Ahora era su CapCom, Rachel, la que se dirigía a ellos.

—Es comprensible. Nosotros también queremos ver resultados. Pero no podemos desperdiciar la oportunidad de observar un agujero negro de cerca. Y tampoco es descartable que suponga un peligro para la humanidad.

Si es que existía, debía de llevar más de cuatro mil millones de años orbitando pacíficamente alrededor del Sol. Y nunca había molestado a nadie. Ni siquiera sabían que estaba ahí. ¿Y ahora, de repente, se suponía que era un peligro? Menuda ridiculez. La NASA solo quería sacarle más dinero al Congreso con los resultados más sensacionales posibles. Christine tragó saliva varias veces y la rabia se abrió paso hasta su estómago. Su CapCom no podía hacer nada al respecto, solo era el portavoz de Control de Misión.

—Me aseguraré, personalmente, de que cualquier maniobra adicional se planifique para que se complete lo antes posible —les prometió Rachel—. Podéis contar con ello.

El vídeo terminó. Christine se levantó. Se aclaró la garganta.

—¿¡Sabéis que...!? —empezó. ¿Qué era lo que quería decir?—. Nah, olvidadlo. Haremos lo que digan los de la Tierra. ¿Tenemos todo lo que necesitamos, Aaron?

Aaron asintió.

—Pues manos a la obra.

David se acercó a ella. David, que había provocado aquello. No podía seguir enfadada con él. Ella habría hecho lo mismo en su lugar. Consiguió sonreír.

—Lo siento, Christine, sé lo mucho que este proyecto significa para ti —se disculpó, tendiendo la mano.

¿De verdad lo sabía? Pero era un gesto muy amable por su parte. Ella respondió a su apretón.

—Gracias, David. No te preocupes.

RACHEL SE DIO toda la prisa que pudo. El tráfico en la I-10 había vuelto a ser infernal. El puente que un carguero destruyó un año antes, durante el huracán Imelda, aún no estaba reparado. Y justo ese día era la próxima transmisión a Shepherd-1. A las diez. Había planeado pasar una mañana relajada con un desayuno de lujo, pero entonces se había fijado en el charco que había en el suelo de la cocina. El frigorífico. Llamó a un técnico enseguida, pero luego tardó en encontrar a un vecino que estuviera en casa cuando llegara.

El sudor le corría por la espalda bajo la blusa. La distancia desde el aparcamiento parecía más larga que la jornada anterior. Entró en el edificio de control sin aliento. La puerta estaba cerrada. Delante de ella, había un hombre bajo y gordo. Llevaba una gorra de béisbol. Su abultado cuello brillaba por el sudor.

Debió de oírla porque se dio la vuelta. Era Charles.

—¿También has llegado tarde? ¿Te ha costado levantarte?

Le guiñó un ojo. Si seguía así, tendría que denunciarlo por acoso.

—Atasco en la I-10.

Rachel se colgó el bolso del hombro y buscó su tarjeta. No estaba. Mierda. Levantó la vista y se dio cuenta de que Charles le estaba mirando el escote. Se sonrojó. Entonces, recordó su tatuaje. Lo acercó al aparato. Sonó un pitido y abrió la puerta.

—Las damas primero —dijo Charles.

Rachel negó con la cabeza. Ya podía sentir sus ojos en su culo.

—Por favor —contestó ella.

Sonó un poco más brusco de lo previsto. Charles obedeció. Ella le siguió. La puerta se cerró tras ellos. Inmediatamente empezó a temblar. El aire acondicionado debía de estar a menos de 10 grados. Tenía que seguir moviéndose o el sudor de su piel se convertiría en una capa de hielo. Charles se quitó la gorra y sacudió la cabeza. Llevaba una cadena de oro alrededor del cuello y el movimiento hizo que el colgante se deslizara hasta su espalda. Reconoció dos letras griegas, alfa y omega. ¿Llevaba el logotipo de su empresa en una cadena de oro?

—Alpha Omega, ¿qué es, en realidad? —le preguntó ella.

—Una corporación internacional —respondió Charles—, con activos por un total de...

—No me refería a eso… El fundador, dicen que es muy carismático.

Charles miró hacia atrás y se echó a reír.

—No hagas caso de los rumores. Ilan es solo un buen tío que hizo una destacada contribución a la reconciliación de India y Pakistán.

Estamos muy orgullosos de ello.

—¿Estamos?

—Ya sabes, sus empleados.

—Una fuerte identidad corporativa, supongo. Llevas el logotipo de tu empresa en una cadena del cuello.

—Qué observadora, Rachel. Pero muchos lo hacemos. Demuestra nuestro compromiso con la empresa.

—Tienes que admitir que parece un poco... religioso.

Charles volvió a reír.

—Supongo que sí. Pero Alpha Omega es ideológicamente neutral. Queremos unir a todas las religiones, pacíficamente, como hizo Ilan con India y Pakistán. ¿Sabías que el nombre Ilan significa «luz brillante», en hebreo, y «buena persona» en árabe?

—Interesante. Entonces, ¿dónde encaja el proyecto SGL? Tengo entendido que Alpha Omega ha invertido mucho dinero.

—¿No es evidente? Se trata de los orígenes del mundo, de la creación. Hemos buscado a Dios por todas partes, en vano. Esta es nuestra última oportunidad.

—¿No estaban de acuerdo todas las religiones en que Dios se encuentra en la mente de las personas?

—Y ese es el problema. Las religiones, básicamente, se rindieron. Ilan cree que debe haber algo más, alguna prueba definitiva de Dios.

ALINEAR, mover, disparar. Benjamin puso a la vista la siguiente sonda. Solo veía en pantalla eran pequeñas cruces parpadeantes que cambiaban de color según su posición y velocidad. Cuando dio la orden de disparar, un corto rayo atravesó el espacio hasta alcanzar la sonda. Le recordó a un antiguo juego de ordenador que había probado una vez en un museo. La única diferencia era que Aaron tenía que pulsar el botón de disparo. Por desgracia, no había forma de evitar esa separación.

—Fuego —ordenó él.

No pasó nada.

—¿Estás dormido, Aaron?

—Oh, lo siento, me distraje un momento.

—Oye, ¿te estás tocando en secreto en el trabajo?

—Joder, Benjamin. Estoy pulsando el maldito botón.

Una cruz amarilla en pantalla emitía una raya, que volaba hacia una cruz roja y fallaba. Las cruces amarillas eran los Dogs que controlaban el grupo de Sheeps, simbolizado por las cruces rojas.

—Pulsé demasiado tarde. Un momento.

Alineó la sonda Dog con su *joystick*. La palanca vibró. La sonda tenía una Sheep en el punto de la mira. Se aseguró de que era el objetivo correcto, Sheep-15.

—Fuego —ordenó.

Esta vez, Aaron reaccionó de inmediato. La raya se movió por la pantalla. Dio en el blanco. La cruz roja se tornó verde. En realidad, un pulso láser había alcanzado una de las velas solares de la sonda objetivo. El objetivo ahora cambiaría de dirección, un poco. La bandada disponía de propulsores químicos, aunque su combustible casi se había agotado durante la primera maniobra de corrección hacia el Sol. Ahora tenían que ser muy frugales con él. Los Dogs obtenían su energía para los láseres de generadores termoeléctricos de radioisótopos de larga duración, RTG, por sus siglas en inglés. Con ellos podrían dirigir el grupo durante algunos años más.

—Próximo objetivo —le recordó la nave.

Era un juego, pero del que no podía salir. Un solo impacto no bastaba para crear el efecto deseado. Tenía que seguir ajustando el rumbo de cada sonda, cada Sheep, bombardeándola con láseres. El sistema automático de la nave comprobaba y ajustaba continuamente el plan, en función de la precisión de sus impactos. En el largo viaje hasta aquí, los Dogs habían realizado esta tarea solos. Pero no podían hacer frente a ajustes de rumbo tan extremos en un corto espacio de tiempo. Eso iba más allá de las capacidades de las IA de aprendizaje

automático incorporadas, que solo entendían un objetivo: llevar a la bandada a la zona de enfoque a una distancia de 550 UA del Sol.

—Fuego —ordenó Benjamin.

Aaron respondió tan rápido como si hubiera anticipado la orden. Probablemente estaba siguiendo los movimientos de los Dogs en su propia pantalla, lo que significaba que podía ver cuándo el láser se alineaba con una sonda. Era una pena que no se pudieran ver los haces volando por el espacio, como en las películas. Pero a distancias tan cortas, un observador no notaría nada de todos modos. El láser alcanzó su objetivo mientras el dedo de Aaron seguía en el gatillo. La representación esquemática en pantalla se quedó atrás respecto a la realidad.

La cruz que representaba la sonda objetivo se volvió verde. Sus nuevos datos de rumbo correspondían al plan.

—Próximo objetivo —instó la nave.

Otra cruz roja parpadeó cerca de la verde. El *software* había seleccionado un blanco en una posición que significaba que el láser del Dog solo tenía que ajustarse un poco. Benjamin movió el *joystick* hacia la derecha hasta que vibró.

—Fuego —repitió.

—A tu servicio —bromeó Aaron.

El objetivo se puso verde. Benjamin miró el reloj situado en el borde de la pantalla. Llevaba tres horas allí sentado.

—¿Cuántos objetivos quedan? —preguntó.

—Ni idea —respondió Aaron—. ¿Cómo voy a saberlo?

—Le preguntaba a la nave.

—Pues, por lo visto, te ignora.

—Próximo objetivo —dijo la nave.

—Porque respondiste, Aaron. La nave es educada.

—Solo intentaba ser útil, ¿y qué obtengo por ello? Me sermoneas.

—Ja. No has sido de ninguna ayuda.

—Próximo objetivo —repitió la nave.

—Solo quiero que sepas que no estás solo, Benjamin.

Aaron pronunciaba su nombre perfectamente. ¿Cómo lo había aprendido de repente?

—¿Cómo voy pensar que estaba solo cuando, constantemente, te estoy dándote órdenes?

—¿¡Órdenes!? —dijo Aaron como un ligero quejido—. Y yo que creía que eran peticiones, de un amigo. ¡Menuda decepción!

—Próximo objetivo —intervino la nave de nuevo.

¿Había una ligera irritación en la voz del sistema? Agarró el *joystick* y giró la sonda Dog unos diez grados. La palanca vibró.

—Aaron, por favor, ¿serías tan amable de pulsar el botón de disparo?

—Por supuesto, amigo mío.

—Próximo objetivo —dijo impasible la nave.

Benjamin bostezó. Se desplazó por la lista de objetivos que había al lado de la pantalla. Debía de haber miles. Christine tenía razón. Ese agujero negro les mantendría ocupados más tiempo del previsto.

—¿CREES que valió la pena, Dave?

Benjamin se sentó al lado de Dave, que podría convertirse en el hombre del momento, si le daban la razón. Todo el equipo llevaban tres días pendientes del mismo acontecimiento: que el agujero negro pasara por delante de una estrella. Shepherd-1 estaba evaluando las primeras grabaciones. Christine les había invitado a la sala de control porque el programa informático debía terminar en unos minutos.

—No tengo ni idea. Casi espero que no encontremos nada —dijo David.

—¿Por Christine?

David asintió.

—No imaginé que se lo tomaría tan mal. ¿Es normal?

—Yo la comprendo. Ha esperado, durante veinte años, por la primera imagen. Todo parecía ir muy bien, y de pronto...

—Bueno, no muy bien. La lente gravitacional solo nos daba imágenes borrosas.

—Es verdad. Sí, podría haberse mostrado un poco más comedida.

—Ella es la comandante. Tengo la sensación de que le molestó mi descubrimiento —susurró David.

—No, ella no es así. Ninguno de nosotros lo es. —O, al menos, eso esperaba.

—No sé —dijo David—. Nos conocemos desde hace mucho, pero ¿nos conocemos de verdad? Eso solo se descubre durante una crisis.

Benjamin dio un golpecito en el codo de David y señaló. Christine se acercaba. Ella sonrió. ¿Esperaba que todo quedara en nada? ¿Sabía ya algo? ¿O era solo autocontrol?

—Bueno, ¿estáis emocionados? —les preguntó.

—En realidad no —reconoció Benjamin.

—Son solo los resultados de los tres primeros días —dijo David.

—Eso es también lo que me digo a mí misma —contestó Christine.

Estaba emocionada. Siguió alisándose el cuello de la blusa. Normalmente, no prestaba mucha atención a su ropa.

—¿Esperas que encontremos algo? —inquirió Benjamin.

Christine se subió las gafas y se alisó la trenza.

—Eso estaría bien, porque así sabría por fin por qué el telescopio no funciona como debería —dijo ella—. Pero eso nos costaría mucho tiempo.

Eso parecía sincero y razonable. La idea de que se les pudiera negar una visión del principio de los tiempos debería ser terrible para ella.

—El ordenador ha terminado —informó Aaron.

—Cambia a la pantalla principal —pidió Benjamin.

—Hay... nada —dijo Aaron—. El ordenador indica que no ha habido una ocultación.

Christine suspiró. Se levantó y se alejó por la estancia. Benjamin sintió que debía decir algo, impedir que se fuera, pero no se le ocurrió nada. Tenían que ser pacientes.

ESE TRABAJO ERA DIFERENTE. Desde que empezó a trabajar allí, ningún medio de comunicación había informado sobre la misión. En su descanso vespertino, se dirigió a la sala de observación. Normalmente, la mitad de los asientos detrás de la pantalla translúcida estaban reservados para periodistas. Esta vez solo había representantes de los servicios militares y secretos. Amablemente, la invitaron a salir.

Dada la situación, le parecía extraño que una entidad externa fuera responsable de las operaciones científicas. Si la misión era una amenaza para la seguridad nacional, ¿por qué implicar a una empresa privada, y darles acceso privilegiado a los datos científicos?

—¿Charles?

Los cuatro miembros de la tripulación estaban dormidos. O dormían hacía cuatro días, cuando sus constantes vitales fueron transmitidas por Shepherd-1. Rachel se inclinó sobre el escritorio del gordo. Sabía el efecto que causaba en él. Charles no podía dejar de mirarle el escote. Era tan predecible. Finalmente, suspiró y se obligó a mirarla a la cara.

—¿Dime?

—Alpha Omega.

—¿Sí?

—¿Cómo llegaste a la empresa?

Se levantó. Ahora estaba demasiado cerca de ella. Ella podía oler su desodorante. Era caro, pero no pudo identificar la marca. Ella dio un paso atrás.

Charles se apoyó en el alféizar y apoyó parte de su trasero en él. Rachel nunca había visto la ventana abierta. Siempre estaba tapada con una persiana metálica.

—No quiero molestarte si estás ocupado... —dijo ella.

Charles se pasó el dedo índice por el labio superior, como si estuviera inspeccionando un puro.

—No, no importa. Ahora mismo no está pasando gran cosa.

Señaló hacia la pantalla central, que solo mostraba unas filas de números que cambiaban lentamente.

—Lo mismo digo. Los largos periodos entre transmisiones son molestos. Es como hablar con muñecas. No es una conversación real.

—¿Muñecas?

Charles la miró como si acabara de hacer una comparación absurda. O una que daba en el clavo.

—Tuve tres muñecas. Ninguna me respondía —explicó Rachel—. Un día, me rendí y me limité a ignorarlas.

—Mi nieta tiene una muñeca que mantiene conversaciones muy inteligentes con ella.

—Eso es un fraude. Yo seguiría jugando con muñecas si me respondieran.

—No, es el futuro. En Alpha Omega... —Él se detuvo de pronto.

—¿Sí?

—Nada. ¿Querías saber cómo conseguí el trabajo? Es sencillo, me presenté y me contrataron.

—¿En el departamento de Investigación?

—¿Por qué dices eso?

—Representas a Operaciones Científicas.

—Ah, claro. No, estoy en *marketing*.

—Para el departamento de Investigación.

—Toda la empresa es un departamento de Investigación. Inventamos cosas y vendemos los permisos al mejor postor. No me digas que no estás familiarizada con el concepto.

—No interesa mucho la economía.

—¿Y en la gente?

—No sería CapCom si no lo fuera así, Charles.

—Entonces también debería interesarte la economía. Da forma a todos los aspectos de nuestras vidas.

NADA. Christine repasó las observaciones manualmente. Quería estar segura. El ordenador no cometía errores, pero los humanos cometían errores de programación. De todos modos, tenía tiempo de sobra. Había algunos resultados atípicos en los valores, aunque todos se debían a problemas técnicos. Allí. El 9 de abril, a las 11:27 hora estándar, Sheep-17 había perdido momentáneamente de vista a una estrella que estaba observando.

Examinó los datos con más detenimiento. La caída del brillo había sido brusca y casi del cien por cien. Era inusual. Las ocultaciones se producían a lo largo de un periodo de tiempo, no de un momento a otro. Esa debía ser la razón por la que el programa había resaltado esa observación. Christine fue un paso más allá. Miró los datos técnicos de la sonda. A las 11:26 hubo una caída de tensión en el detector. ¿Qué había ocurrido? Escaneó los datos de estado. A partir de las 11:20, la temperatura del telescopio había descendido de forma considerable. La calefacción se había activado a 17 grados bajo cero. Eso fue a las 11:23. Un minuto después, la temperatura había aumentado solo un poco. A continuación, la calefacción subió otro nivel, lo que sobrecargó el RTG; tras veinte años en el espacio, su potencia original se había reducido a un tercio. La calefacción tenía prioridad, por lo que el sistema había redirigido toda la energía disponible hacia ella, lo que implicaba desactivar el detector.

Era lógico. Era satisfactorio poder identificar la causa de un problema. Deslizó el dedo por la pantalla. Apareció el siguiente conjunto de datos. A las 13:11 horas del mismo día, la estrella Eta Carinae parecía apagarse, desde el punto de vista de Sheep-19. En principio, Christine sospechó del RTG. Pero, a diferencia de Sheep-17, nunca había superado el 65 % de su potencia máxima. Debía haber otra razón para el fallo, y la encontraría.

ERA SORPRENDENTE LA paciencia que los del Control de Misión estaban teniendo con ellos. La bandada seguía buscando el agujero negro. ¿Cuánto tiempo más les costaría? Christine acercó la pantalla. Cada día que no acercaban las sondas a la zona de enfoque significaba tiempo de observación perdido. Y seguía sin entender por qué las imágenes eran tan borrosas. ¿No tendría más sentido concentrarse en eso? Pero para ello necesitaba acceder a la bandada.

Un agujero negro era una tentación para cualquier astrónomo. Comprendía la postura de los del Control de Misión, sobre todo porque lo único que podía ofrecer eran imágenes borrosas. Por desgracia, no había forma de refutar la existencia del agujero negro. El evento de ocultación que todo el mundo estaba esperando podría tardar un año en aparecer. O un siglo. Sabían demasiado poco sobre las propiedades de la ominosa entidad como para hacer predicciones serias.

Un momento. Si había un objeto en órbita sesgando los datos, eso debería ser evidente en los propios datos al observar el Big Bang. Solo había pasado un mes desde sus primeras mediciones. El agujero negro ya se habría movido a lo largo de su órbita alrededor del Sol. Lo suficiente como para alterar ligeramente los patrones que emborronaban las imágenes.

Pero necesitaba nuevas grabaciones. La mitad de la bandada buscaba ahora el agujero negro, pero la otra mitad nunca abandonaba la zona de enfoque. Podía pedir permiso al Control de Misión para su pequeña prueba. Pero eso alertaría a los astrónomos de la Tierra del hecho de que podrían estar utilizando todas las sondas para buscar el agujero negro. No, no necesitaba permiso. Ella era la astrónoma de la tripulación, y parte de la bandada aún estaba bajo su mando.

—Estado de las sondas en la zona de interés —ordenó.

En la pantalla apareció una lista. La mayoría de los elementos eran verdes, dos estaban en rojo.

—Transferir el programa de medición Christine 27.

Era el programa que ella había escrito para ver el Big Bang. Apareció una barra que se expandía lentamente de izquierda a derecha.

—Programa de medición transferido —confirmó la nave.

—Iniciar medición.

—Medición iniciada.

La primera etapa solo duró unos segundos. Las sondas dirigían ahora sus telescopios hacia el Sol y registraban lo que veían.

—Medición completada —dijo la nave.

Tecleó un par de comandos para introducir los datos de las sondas en el programa que los evaluaba. Lo puso en marcha y cerró la sesión. Como muy pronto, los resultados estarían hasta el día siguiente.

EL COMUNICADOR QUE tenía junto a la cama vibró. Se volvió para mirar la pantalla del tamaño de la palma de la mano. David quería hablar. Eran las nueve horas estándar, no era de extrañar que los demás estuvieran preocupados. Se incorporó y se apartó el pelo de la cara. Luego miró su reflejo en la superficie de la pantalla del comunicador. No estaba bien. Parecía, al menos, diez años mayor que día anterior. Deslizó la tapa sobre la cámara.

—Acepta la llamada.

—¿Christine? —dijo David.

Su cámara estaba encendida. Era un hombre atractivo incluso por la mañana. Rostro anguloso, nariz aguileña, ojos azules. Había una dureza en su mirada que a veces la asustaba, pero en general era más amable que firme. Había pasado tiempo en la Marina. David probablemente había vivido muchas cosas y nunca había hablado de ellas.

—Sí, aquí estoy.

—¿Estás segura? Hace dos días que no te vemos y empezamos a preguntarnos si sigues existiendo o si te ha sustituido un fantasma.

No pudo evitar sonreír. Era agradable que se hubieran dado cuenta de su ausencia.

—Tenía que comprobar algunas cosas —contestó ella.

—Eso es lo que diría un fantasma.

Ella se rio.

—Lo siento, es que no estoy presentable recién levantada. Si vuelves a llamar dentro de treinta minutos encenderé la cámara, te lo prometo.

—Me preguntaba si, ¿podría convencerte de desayunar con tus encantadores compañeros de tripulación?

—¿Te refieres a tomar juntos concentrados insípidos?

—Eso también. La compañía de tus tres compañeros favoritos compensará la falta de sabor. En kilómetros a la redonda, somos los que te caemos mejor.

—Tienes razón. Bien, estaré en la sala de control en media hora. — Se quitó el camisón mientras hablaba. Tiritaba. Hacía frío en su cuarto porque a ella le gustaba dormir a menos de 15 grados centígrados.

—Te esperamos —afirmó David.

Pensó cuánto tardaría. Necesitaba al menos veinte minutos en el baño. Luego buscar la ropa adecuada, vestirse, maquillarse un poco, el tiempo era demasiado justo.

—Espera, digamos cuarenta minutos. Todavía tengo que comprobar algo.

—No te estreses, te daré cinco minutos más. Reunámonos a las 9:45 en la sala de control. Hasta entonces.

La llamada terminó. Christine se levantó, cogió su camisón con los dedos de los pies y lo arrojó contra la silla. Cayó sobre el respaldo. Se quitó las bragas y entró en el cuarto de baño, como ella lo llamaba eufemísticamente. Celda sanitaria era una mejor descripción. Consistía en un retrete que funcionaba con aire a presión. Encima había un lavabo que se deslizaba en la pared, y al lado una ducha de unos 30 por 60 centímetros. Orinó y luego se metió en la ducha. A continuación, llegaba el momento más excitante del día. Antes de pulsar el botón, nunca sabía lo fría, templada o caliente que estaría el agua que salía por el agujero del techo. Parecía pura casualidad, sin duda nada que ver con el ajuste de la temperatura. Se preparó para una sorpresa. Hubiera preferido ponerse delante de la ducha y comprobar primero la temperatura, pero el agua solo salía cuando se cerraba la puerta. Uno, dos, tres, contó, ¡la llave estaba abierta! Pulsó el botón.

Uf. El agua estaba excepcionalmente agradable. Era su día de suerte.

Cerró los ojos y dejó que el agua caliente le golpeara la frente. El sonido del sistema de soporte vital se desvaneció momentáneamente. Imaginó que estaba bajo una cascada en Jamaica, donde había estado una vez con su familia. ¿Su familia? No podía recordarla. Solo se veía a sí misma bajo el agua, que le golpeaba con fuerza la espalda. Era extraño. No había estado sola, pero no recordaba nada más que a sí misma y el agua.

Al cabo de un rato –porque había perdido la noción del tiempo–, bajó la cabeza. Sus compañeros la esperaban. Exprimió un poco de champú de un dispensador del techo y se lo masajeó en el pelo. Luego se lavó el cuerpo con la espuma y se contorsionó bajo el agua cristalina hasta que la espuma desapareció.

Mierda. Se había olvidado la toalla. Se escurrió el pelo, se sacudió como un cachorro y abrió la puerta de la ducha. Corrió hacia el armario. La toalla se hallaba en el estante superior. Estaba recién lavada. Se secó de arriba abajo y utilizó la toalla para limpiar el suelo.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS se había secado el pelo, peinado y maquillado. Hacía más calor en su cuarto. Tenía exactamente trece minutos. Aún desnuda, se dirigió al ordenador para comprobar si los cálculos habían terminado. Se conectó y sus últimas órdenes aparecieron en la pantalla. Debajo de ellos, el ordenador había formulado una breve frase: No se han detectado cambios periódicos.

¡Ja! El día apuntaba bien. Así que no había ningún agujero negro orbitando alrededor del Sol. Si algún obstáculo era el responsable de las imágenes borrosas, como sospechaban los astrónomos en la Tierra, tenía que estar moviéndose alrededor del Sol. Así que el problema debía tener otra explicación, y ella la encontraría. Pero sintió lástima por David. Él merecía pasar a la historia como el descubridor del primer agujero negro del sistema solar.

LLEGÓ A LA SALA de control a las diez menos diez. Aaron, Benjamin y David se levantaron cuando entró en la sala. Christine se sobresaltó al ver lo elegantes que iban. Nunca había visto a Aaron con camisa, y David se había arreglado el pelo.

—¿Qué pasa?

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz...

Claro, era 16 de abril. Nació hace 47 años. Su tripulación se había acordado y le estaban dando una serenata. Eran los mejores colegas del mundo. No, eran más que eso, eran amigos, aunque ninguno de ellos lo dijera.

—Gracias, chicos —exclamó—. Lo había olvidado.

Aaron se adelantó y sonrió con timidez.

—Dudamos mucho qué regalarte —confesó—. No podíamos ir en coche a un centro comercial. Y ninguno tiene especial talento para el dibujo o la pintura.

—Es una lástima —dijo Christine.

—Entonces pensamos en flores. David comprobó el inventario de la casa de cultivo, pero solo nos daban germinados y semillas para plantas agrícolas. Entonces recordé algo que mi abuela me puso en la mano hace tantos años. Era una simple bolsa de tela, más pequeña que mi puño.

Aaron abrió la mano. Se inclinó sobre ella. En su palma yacía una vaina de color gris verdoso. Era orgánica.

—¿Qué es esto?

—Son semillas de pensamiento. Cada vaina puede producir varias plantas. Cuando era niño, recogía y secaba las vainas de pensamiento de mi abuela cuando las flores se marchitaban. Al año siguiente, sembraba las semillas y esperaba a que florecieran. Siempre me emocionaba ver qué colores tendrían.

—¿Tu abuela recordaba eso?

—Sí, supongo que sí. De todos modos, murió hace mucho tiempo.

—Lo siento —se disculpó Christine.

—No hace falta. Podrías sembrar las semillas y disfrutar de las flores.

—Lo haré, Aaron, en cuanto el cuarto de cultivo vuelva a funcionar. Es el mejor regalo que me han hecho.

Christine le tendió la mano. Él dejó caer la vaina en su palma. Ella cerró la mano.

—Tenemos otro regalo para ti —anunció David.

—¿Otro? No hacía falta.

—Lo envió el Control de Misión. Bueno, no es realmente un regalo —puntualizó David.

—Venga, díselo —ordenó Benjamin.

Así que tenía algo que ver con la misión. ¿Querían abandonar la búsqueda del agujero negro?

—Control de Misión nos ordenó dejar de buscar un factor de influencia en órbita. Agujeros negros o cualquier otra cosa.

—¿Oh? ¿Y eso?

Ha sido una verdadera sorpresa. Debe ser un duro golpe para David. Sintió pena por él, aunque se alegró.

—Analizaron los datos existentes de las sondas —explicó David—. Debería haber cambios periódicos en las mediciones, porque el presunto obstáculo estaría en movimiento.

—Pero no los hay —dijo ella.

—Exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Fácil, David. Yo también comprobé los datos de los cambios periódicos y no encontré nada. Acabo de obtener los resultados.

—¿Sin lugar a duda?

David parecía implorante. Realmente quería descubrir algo.

—No, no hay nada. No hay agujero negro.

—Lástima.

David se sentó a la mesa y bajó la mirada. Ella esperaba que se le pasara rápido. Se necesitaban el uno al otro. Christine se sentó frente a él. Debería estar contenta por el mensaje del Control de Misión. Pero se sentía... herida. Sí, esa era la palabra correcta. Había sido su idea analizar los datos de esa manera. Alguien en la Tierra había tenido la misma idea. Y quienquiera que fuese debió pensar en ello antes que ella. Utilizaron sus datos, los datos de los sensores que ella nunca envió oficialmente a la Tierra. Se sintió como si alguien hubiera recogido sus notas garabateadas, las hubiera convertido en un trabajo de investigación y luego lo hubiera presentado con su propio nombre. Tenía que proteger mejor sus datos en el futuro. A partir de ahora, cifraría la memoria.

—¿POR qué te hiciste CapCom? —preguntó Charles.

—Por los astronautas. Están tan lejos. Necesitan una voz aquí —respondió Rachel sin vacilar.

—Ah, eso me imaginaba.

Charles seguía sin gustarle. Sin embargo, casi todos los días pasaba uno de sus descansos con él. Siempre era él quien le pedía que lo acompañara, pero ella nunca decía que no. Ninguno de sus colegas del Control de Misión se lo había pedido. ¿Era porque tomaban los descansos a horas diferentes? Por lo visto, Charles era el único que no tenía tareas reales, porque la investigación aún no había empezado. Así que siempre tenía tiempo, y lo aprovechaba. La otra posibilidad era que a los demás ella les cayera tan mal como Charles a ella. Nadie había dicho nada negativo, pero eso podía deberse simplemente a que los habían educado bien.

No le importaba. Rachel siempre había sido una intermediaria. Lo mismo le ocurría en su anterior trabajo. Para Rachel, su papel era representar los intereses de la tripulación en el Control de Misión. Pero, desde el punto de vista de los astronautas, ella *era* el Control de Misión. Por desgracia, también había CapComs que se veían a sí mismos como meros ejecutores de la voluntad de la Tierra.

—Los demás siempre se sientan en esa mesa de ahí atrás —susurró Charles, señalando a su derecha—. Casi como si nos excluyeran a propósito.

—Probablemente no nos han visto —dijo Rachel.

Con el rabillo del ojo, estudió a sus tres colegas. MOM, la jefa, estaba entre ellos. Tenían las bandejas apiladas, probablemente para que les durasen hasta la noche, o tal vez estaban atendiendo a otros colegas.

—Eso no te lo crees ni tú —afirmó Charles.

—¿Por qué?

—Somos intrusos, es evidente. Los demás están aquí para que el programa se mantenga en marcha lo mejor posible. En cambio, nosotros somos los que podríamos echar por tierra todo el trabajo, y lo haríamos.

—No sé yo —dudó.

Charles trataba de ponerla de su parte, aunque no sabía por qué.

—Yo sí. Llegará el momento en que los intereses de la tripulación y la misión ya no sean compatibles. Entonces cumplirás con tu deber y defenderás a la tripulación.

—Por supuesto que sí.

—Así es como trabajas.

—¿Y tú? ¿Cómo vas a echar por tierra el trabajo?

Charles soltó una sonora carcajada. MOM se volvió para mirarlos. Rachel saludó y MOM le devolvió el saludo.

—Míralo de esta manera. Alpha Omega ha hecho mucho por esta expedición, y no me refiero solo a la importante contribución financiera. Así que tenemos algunos derechos especiales.

—¿De verdad?

—No encontrarás nada al respecto en la documentación oficial. —Charles bajó la voz—. Nunca he dicho nada, y la NASA no quiere que este acuerdo poco convencional salga a la luz.

Charles era un fanfarrón. Los fanfarrones como él eran malos guardando secretos. Todo lo que tenía que hacer era trabajarlo un poco. Pero ¿quería hacerlo? Podría terminar arruinando su trabajo.

—Entonces probablemente no deberías decírmelo, Charles.

—Es solo un ejemplo —aseveró él—. ¿Sabías que hubo una misión precursora?

Debería callarle ya. No había ninguna misión precursora, al menos no oficialmente. Y no quería convertirse en su cómplice. Pero ¿podía rechazar algo que, quizás, ayudara a su tripulación? ¿Quién más lo sabía?

—No, no lo sabía y no me lo creo.

—¿Me entiendes? El concepto de utilizar el Sol como una lente gigante para mirar en las profundidades del universo tiene ya cien años. Por aquel entonces, un profesor llamado Von Eshleman lo propuso en un artículo publicado en *Science*. Ilan oyó hablar de ello por primera vez en la década de 2030. Le fascinó la idea de que cuando se vislumbran los confines del cosmos, también se puede ver su pasado. Y cuando Ilan se propone algo, lo lleva a cabo.

—¿Estás diciendo que Alpha Omega desarrolló y lanzó en secreto una nave espacial como el Shepherd-1?

—No. Los conceptos anteriores eran mucho más baratos. Las sondas eran lo bastante primitivas como para fabricarse a bajo coste. Ilan prácticamente las envió al espacio sin coste alguno, aprovechando los lanzamientos de sus cohetes pagados por otros.

La cara de Charles estaba cada vez más animada. Debería levantarse y volver al trabajo. Pero no se atrevía. Incluso hizo otra pregunta.

—¿Y la unidad central?

—No había ninguna. Solo estaba el grupo. La idea era que las sondas se dirigieran unas a otras. Y no había Dogs, solo Sheeps.

—Eso no funcionaría.

—Pues lo hizo sorprendentemente bien, por lo que pudimos ver desde aquí abajo. Las sondas llegaron a la zona de enfoque a finales de los cincuenta.

—Si hubiera funcionado, no estaríamos aquí sentados, ¿verdad?

—Cierto. Ilan no obtuvo los resultados que quería.

—¿No?

—Las imágenes que nuestros investigadores reunieron a partir de las grabaciones de las sondas estaban todas desenfocadas.

—¿Habéis averiguado por qué?

—Yo no estaba en Alpha Omega en ese entonces. Soy viejo, pero no tanto. Por lo que sé, había algunas teorías, pero ninguna prueba. Una suposición era que la región más allá de 550 UA estaba siendo sacudida por ondas gravitacionales por alguna razón. Pero Ilan no se rindió y consiguió convencer a la NASA de que merecía la pena una nueva versión del proyecto. Esta vez con alguien a bordo que pudiera resolver los problemas in situ.

Al menos, esa parte de la historia de Charles era cierta. La NASA admitía abiertamente que el proyecto SGL había sido iniciado por Alpha Omega. Y había sido recibido con entusiasmo en todo el mundo, sobre todo por la posibilidad de fotografiar exoplanetas en alta resolución.

—¿Qué intentaba fotografiar tu jefe por aquel entonces?

—El principio del universo, por supuesto.

AL PRINCIPIO, tenían todo el tiempo del mundo, y ahora no podían ir lo suficientemente rápido. Típico. Benjamin aceleró su cápsula hasta que la presión sobre su estómago fue demasiado fuerte. Un gran número en su pantalla mostraba la distancia a su destino, Sheep-21. Hacía solo dos semanas, la había sacado de la zona de enfoque al espacio libre para buscar el agujero negro. Ahora tenía que traerla de nuevo a casa.

—¿Benjamin? Solicito permiso para disparar —dijo Aaron por la radio.

Comprobó la posición de su compañero en la pantalla. Aaron estaba apuntando a Sheep-19. David también hacía de pastor ovejero para que pudieran recrear la configuración original lo antes posible. Solo Christine permanecía en la nave. Estaba preparando el telescopio solar gravitatorio para su próximo despliegue.

—¿Benjamin? No puedo mantener el blanco en la mira mucho más.

Pulsó el botón virtual.

—Permiso para disparar —contestó.

—Gracias, Benjamin.

Era ridículo que no se les permitiera disparar sus propios láseres. Era una pérdida de tiempo. Pero los del Control de Misión no habían relajado esa norma. David había sugerido que enviaran una solicitud, pero estar a cuatro días luz de la Tierra significaba que para cuando recibieran la aprobación ya estarían de vuelta en Shepherd-1.

Llevar todas las sondas de vuelta llevaría mucho más tiempo que dispersarlas en el espacio. Para redirigirlas con impulsos láser, primero tenían que alcanzarlas. Las Sheeps no podían controlarse internamente; las sondas Dog tenían que rodearlas, y eso llevaba tiempo, teniendo en cuenta las distancias a las que se encontraban.

Benjamin no estaba resentido. Le gustaban sus tres compañeros de tripulación, pero un poco de tiempo separados no hacía daño a nadie. Su cápsula tenía suficientes comodidades para varios días o incluso semanas. Agradecía a los diseñadores de Shepherd-1 por no escatimar en caras redundancias. Habría bastado con una ducha en la sala de control, pero entonces tendría que estar sin ducharse ahí fuera.

SHEEP-21 SE PUSO A TIRO. Ya era hora. Benjamin vio la imagen de la sonda en la pantalla. Para conducirla eficazmente de vuelta, tenía que

conocer su configuración. A primera vista parecía idéntica a sus hermanas. Pero al examinarla más de cerca, una de sus velas solares parecía estar desalineada. Amplió la imagen y superpuso un par de directrices. Estaba en lo cierto. La vela estaba desalineada 4,5 grados. No era mucho, aunque si lo ignoraba, la sonda no conseguiría volver a la bandada. Introdujo los datos correctos en el *software* de puntería.

El programa estableció un nuevo vector de rumbo para la cápsula. Por desgracia, eso le llevaría más tiempo. Tenía que disparar a la sonda con su láser desde un ángulo determinado, y no podía hacerlo en su rumbo actual. Pero no se podía parar y aparcar una cápsula espacial. Tenía que desacelerar y volver a acelerar, con un margen de error de seis grados. El sistema calculó que tardaría 123 minutos. Se ofreció a hacerse cargo de los controles.

—No, gracias —dijo Benjamin.

Si renunciaba a los controles, entonces su presencia sería superflua allí, al menos hasta que tuviera que apretar el gatillo para Aaron o David.

PERFECTO. Tenía toda la nave para ella sola. Christine podía levantarse y desayunar sin preocuparse por su aspecto. Podía empezar a trabajar temprano y terminar tarde sin que nadie se preocupara por ella. Y podía desplegar las sondas que aún estaban en la zona de enfoque como le pareciera. Ninguno de los hombres había cuestionado nunca su autoridad como astrónoma o comandante, pero ahora no tendría que perder el tiempo dando explicaciones.

Tuvo una nueva idea, extraída de la conferencia de su profesor de física sobre mecánica cuántica. Había ilustrado el mundo en miniatura de forma muy vívida. Ya no recordaba el dibujo, solo la conclusión: en el mundo cuántico, cuanto más cerca se mira, más imprecisas son las mediciones. El principio del mundo, el origen del cosmos, el Big Bang, se trataba de un punto definido con mucha precisión en la dimensión temporal: cero. No 0,01, sino exactamente cero.

¿Podría ser por eso que las imágenes eran borrosas? ¿Acaso el principio no era visible porque la física cuántica no lo permitía? Había una hermosa ironía en ello, la teoría cuántica como una cortina cósmica que el dios de la creación había colgado delante de su obra. Pero había dos problemas con eso: ella no creía que existiera un dios, y tendría que renunciar a su mayor ambición por culpa de ese dios. Eso era impensable.

Por fortuna, la física cuántica también le ofrecía una salida: tenía que trabajar hacia su objetivo paso a paso. En el reino cuántico se pueden medir ciertas variables con mucha precisión si no importa renunciar a otros valores medidos. Pero, sobre todo, era posible acercarse al objetivo gradualmente. Los átomos tenían propiedades cuánticas, las gotas de lluvia no. Entre ambos había incontables tamaños que pertenecían a una u otra clase. Quizás así pudiera protegerse de los efectos cuánticos durante el máximo tiempo posible.

Decidió empezar de inmediato. Así podría avanzar hacia el Big Bang antes de que los demás regresaran y quisieran apuntar los telescopios de la bandada hacia exoplanetas aburridos. Una vez que demostrara que se acercaba a su objetivo con la lente gravitacional solar, los demás le darían tiempo suficiente para completar la etapa final.

—SHEEP-26 ALINEADA —informó el sistema.

Era la última Sheep. Christine ajustó el tiempo de grabación en

pantalla. No se trataba de obtener una imagen óptima y de alto contraste. Solo necesitaba saber si la imagen capturada era lo más nítida posible dentro de lo posible, o si era tan borrosa como sus intentos anteriores, en los que apuntaba al máximo.

Diez minutos deberían bastar. Eso también reducía el tamaño de los datos recogidos, lo que significaba que no tendría que esperar tanto a que el ordenador calculara un resultado preliminar. Todo estaba listo. El último paso era redirigir la salida de datos a su partición de memoria protegida. Tecleó la ruta y confirmó todo con su contraseña.

«Empezar», ingresó en el sistema.

Ella misma había escrito el código que introducía los parámetros correctos en todas las sondas, iniciaba las grabaciones y guardaba los resultados. Imaginó que las sondas de la zona de enfoque fruncían el ceño y se volvían por donde habían venido porque, de repente, tenían ganas de mirar al Sol, una estrella de clase espectral G2V, apenas más brillante que las que la rodeaban. Cada una de ellas abrió un ojo y lo enfocó en el anillo que rodeaba al Sol. Bloquearon el centro cegador. Querían observar un anillo de luz discreto alrededor de esta estrella.

La luz había recorrido distancias inimaginables. La gravedad de la estrella la agrupó en un anillo que llevaba el nombre de uno de sus famosos profetas, un tal Einstein. Solo las Sheeps del grupo estaban en el lugar y el momento adecuados para observar ese anillo. Eran las elegidas, aunque no lo sabían. Ni siquiera sabían por qué de repente sintieron el impulso de mirar hacia atrás, en la dirección por la que habían venido. En realidad, lo único que querían era dejarse llevar por el viento de esta estrella que menguaba poco a poco. Su destino era una oscuridad lejana que parecía tan tentadora simplemente porque no tenían otra opción, como los salmones que nadaban contra una poderosa corriente para poner sus huevos.

¿Qué se siente al ser una máquina? Los programas que controlaban las sondas eran mucho más complejos que el sistema operativo que controla los instintos de una lombriz de tierra. Hacía tiempo que los programadores habían renunciado a planificar cualquier eventualidad. En su lugar, las sondas poseían una autonomía parcial dirigida por una especie de instinto. Optaban por el comportamiento que mejor se ajustaba a sus valores fundamentales. Christine había pasado meses examinando el sistema de control de las sondas y tratando de comprenderlo. Por ejemplo, los Dogs concedían el máximo valor a la protección de las Sheeps, a las que guiaban con impulsos láser. Pero para las Sheeps, los Dogs eran irrelevantes. Ni siquiera sabían que existían. Su único objetivo era permanecer en la zona de enfoque. Estos instintos primitivos habían bastado para mantener unido al grupo a lo largo de esta vasta distancia.

De repente, Christine se sintió muy sola. Podía controlar las sondas que formaban el grupo, y era un poder de orden superior. Pero su inteligencia no le servía para nada. No la hacía feliz. De hecho, todo lo contrario: si la lente gravitatoria solar no funcionaba, tendría que cuestionarse toda su existencia como científica. Tal vez sería mejor ser una máquina, o incluso una lombriz de tierra.

UNA ALARMA SONÓ en toda la nave. Christine apartó el cuenco imantado a la mesa y miró hacia el altavoz del techo. Ya estaban los resultados. Había ordenado al sistema que le avisara. Había un largo camino hasta su cápsula. Pero la sala de reuniones estaba al lado. Salió flotando de la cocina a la sala contigua, se conectó al ordenador y abrió el *software* de evaluación.

Ahí estaba. En la pantalla grande aparecía un «OK», un cursor parpadeante y un nombre de archivo. El resultado era de solo 4700 bytes. Un enchufe moderno tenía más memoria. Y gran parte del archivo eran los datos de cabecera que necesitaba el sistema operativo para interpretar el resultado como una imagen.

Abrió el archivo. El punto focal de esta grabación debería estar lo bastante lejos del principio del universo como para descartar cualquier efecto cuántico. Debería. Pero ¿era correcta su idea? ¿La borrosidad se debía realmente al régimen cuántico?

La pantalla de proyección seguía a oscuras. Mierda, ¡ahora el equipo se ponía en huelga! Como si no tuviera suficientes problemas. Christine movió los cables. Comprobó la fuente de alimentación y palpó el proyector. Estaba caliente, así que funcionaba. Puso la mano delante de la fuente de luz. Ajá. Se había equivocado. Subió el brillo al máximo. Había algo. La imagen era casi negra. Subió el contraste. Ahora debería aparecer el habitual velo nublado. Pero no aparece. La imagen era nítida, aunque básicamente no se viera nada. ¿Qué había captado?

Debe ser la edad oscura cósmica. Esa era la única explicación. Unos tres millones de años después del Big Bang, toda la luz visible desapareció del universo. Debe haber capturado ese período. Eso significaba que su objetivo, el Big Bang, estaba todavía bastante lejos. Tenía sentido que no hubiera efectos cuánticos. Pero había batido un récord. Hasta ahora, nadie había logrado mirar 13.797 millones de años en el pasado. El récord anterior era de 13.300 millones de años. Pero era demasiado pronto para contárselo a todo el mundo. La única prueba que tenía era una pantalla oscura. Demasiado endeble. Tenía que penetrar más en el pasado para demostrar lo que acababa de ver.

Christine llamó al código que controlaba las sondas. Modificó dos

parámetros y lo reinició. Mañana por la mañana debería haber una nueva imagen.

CHRISTINE SE ECHÓ una manta sobre los hombros y tecleó órdenes en la consola del ordenador. El sistema acababa de despertarla. Era de madrugada, pero no importaba. El estruendo de la alarma había disipado el cansancio. El archivo que contenía la imagen cotejada de las grabaciones de las sondas era mucho más grande esta vez.

Eso era una mala señal. Solo tenía acceso a la mitad de las sondas –Aaron, Benjamin y David seguían reuniendo a las demás– por lo que, en principio, la resolución debería ser limitada. Un archivo más grande significaba información adicional, que no podía proceder de los telescopios de las sondas. Eso significaba que los efectos cuánticos debían haber entrado en acción y colado valores sin sentido en sus datos.

Christine abrió el archivo. Lo primero que observó fue una clara cuadrícula que atravesaba la imagen horizontal y verticalmente. Debía de ser del algoritmo, cuya tarea consistía en combinar las más de veinte fotografías del anillo de Einstein que rodeaba el Sol en una imagen cuadrada. Era, por así decirlo, la cuadratura de un círculo, aunque no se trataba de magia, solo de matemáticas, o para ser precisos: Transformadas de Fourier.

Pero no había efectos cuánticos. Christine respiró aliviada. La imagen era utilizable. Intentó ignorar la cuadrícula. Lo que quedaba era un área naranja brillante sin detalles. Una locura. Lo que estaba viendo debía de ser lo que hoy en día se conoce como radiación cósmica de fondo. Todavía estaba en la parte naranja del espectro. A partir de ahí pudo calcular el momento en que había captado el universo. La imagen mostraba el universo tal y como era 500.000 años después del Big Bang. ¡Estaba viendo 13.799,5 millones de años en el pasado!

Los científicos de la Tierra le arrancarían esos datos de las manos. La radiación cósmica de fondo procedía de una época en la que se estaban formando los primeros átomos neutros y desprendían un exceso de energía en forma de fotones, partículas de luz. La imagen del monitor mostraba una zona brillante uniforme, pero también debía de haber estructuras en la radiación de fondo. Con un grupo más grande, podría demostrarlo, aún más de lo que ya lo había hecho.

Christine suspiró. Todo eso estaba muy bien. Iba por buen camino, aunque no estaba donde quería. La radiación de fondo podía interesar a los del Control de Misión y a los de Operaciones Científicas, pero para ella no era más que la prueba de que la lente gravitatoria funcionaba en principio. Volvió a ajustar los parámetros: 500.000 años, aún le quedaba camino por recorrer. Si empezaba a grabar de

nuevo, lograría algo. Tendría una sorpresa para sus compañeros cuando regresaran.

●

ESPERAR ERA DURO. Ya debería estar acostumbrada. Había esperado veinte años en esta nave. Pero esto era diferente. Rebuscó en sus viejos recuerdos. Estaban tan emocionados cuando Júpiter apareció a la vista. Shepherd-1 había utilizado el planeta gigante para tomar impulso. Pero solo después se dieron cuenta de lo que habían emprendido. Ninguno de los otros tres planetas estaba cerca de su trayectoria de vuelo. Habían volado por el espacio vacío durante dieciocho años, acompañados únicamente por el ojo vigilante, pero cada vez más débil, del Sol a sus espaldas. La rutina se había instalado. Christine no recordaba ni una sola discusión.

Los psicólogos habían hecho un gran trabajo seleccionando a los astronautas. Ayudó que cada uno tuviera su propio dominio, una cápsula espacial autónoma unida al anillo giratorio de Shepherd-1, pero con la libertad de separarse en cualquier momento. Ella nunca había sentido la necesidad, pero quizá tener la opción era suficiente. Miró al techo de su cabina, que también era la cubierta exterior de su cápsula. Había visto diagramas de su estructura: en el exterior había una capa de fibra de carbono resistente al calor y, debajo, unos puntales metálicos atravesados por cables y recubiertos de un material resistente que podía soportar pequeños impactos de asteroides. Pero cuando pensaba en la infinitud del espacio, sencillamente ignoraba esta capa, que debía de tener medio metro de grosor. Su mirada penetró en la negrura, que parecía de terciopelo, con una cierta resistencia que le recordaba al agua, no, a la miel.

El ordenador emitió un pitido. Volvió a concentrarse, se sentó y acercó el monitor. El archivo que contenía los resultados tenía aproximadamente el mismo tamaño que el primero. Era bueno. Christine podía adivinar lo que estaba a punto de ver. La pantalla se oscureció y permaneció oscura. Aumentó el contraste. Con el contraste al máximo, aparecieron numerosos puntos de color. Era ruido estadístico. La lente gravitatoria solar no veía nada más. Había superado la época de recombinación. Cien mil años después del Big Bang, el cosmos era tan denso que los iones excitados emitían partículas de luz y volvían a absorberlas casi de inmediato. Según la teoría actual, el espacio consistía en un plasma opaco. Solo que ya no era teoría. Tenía la prueba en su pantalla. Era una foto anodina a primera vista, pero podía valerle el Premio Nobel. Se había premiado a científicos por mucho menos.

Christine seguía sin estar satisfecha. Por el lado positivo, aún no se

veían efectos cuánticos. Así que teóricamente podría ir aún más lejos en el pasado. Su objetivo estaba a solo 100.000 años de distancia. Hace cien mil años, sus antepasados ya eran cazadores-recolectores.

CHRISTINE SE MASAJEÓ LAS SIENES. A partir de ahora todo sería mucho más complicado. Su estrategia de pequeños pasos había funcionado mientras se ocupaba del espacio libre. Pero eso había llegado a su fin. El universo ya les había dejado pistas. El modelo estándar suponía que los neutrinos –partículas muy ligeras– habían alcanzado su libertad de movimiento actual aproximadamente un segundo después del Big Bang. Poco antes, las fuerzas cósmicas fundamentales se habían separado una tras otra. No podía avanzar más por sí sola. Las sondas de la bandada llevaban detectores de neutrinos a bordo, pero cada medición con ellos llevaba mucho más tiempo. Y ni siquiera estaba segura de poder medir el eco gravitatorio del Big Bang con la bandada. Esperaba saltar directamente al Big Bang. Tenía que involucrar a los del Control de Misión pero, en cuanto eso ocurriera, darían prioridad a otras observaciones. Entendía por qué los científicos querrían recoger primero lo más fácil, pero ella no quería esperar.

Tenía que intentarlo de nuevo. Christine modificó el código de manera que los telescopios abarcaran el periodo máximo de tiempo. No tenía muchas esperanzas. Ya lo había intentado, con el resultado de que todos habían supuesto que había algún obstáculo y se habían ido en busca de un agujero negro. Los efectos cuánticos son de naturaleza estadística. Si intentaba llegar al principio del universo, lo más probable es que se pasara o se quedara corta. Pero también podría dar un golpe improbable. Sería pura suerte, pero era posible. Era su única esperanza y lamentaría no haberlo intentado. Si no funcionaba, podría volver a su estrategia anterior.

Christine guardó el código y lo ejecutó. Esa noche sabría más. Miró el reloj. Mañana iba a madrugar.

—AQUÍ TIENES. Lleva esta insignia a todas partes —explicó el guardia —. Y cuando digo a todas partes, quiero decir a todas partes. Incluso en el retrete y bajo la ducha.

El hombre tenía unos cincuenta años, era blanco y muy musculoso. Le dedicó una sonrisa espeluznante, como si se la estuviera imaginando desnuda bajo la ducha. Alpha Omega debería ser más selectiva a la hora de contratar.

Rachel recibió la insignia de sus manos. Consistía en dos letras entrelazadas, alfa y omega. No llevaba su nombre. Le dio la vuelta, pero la parte de atrás era simplemente dorada. Presumiblemente contenía componentes electrónicos para identificarla en las instalaciones de la empresa. El primitivo imperdible soldado en el reverso parecía fuera de lugar en la insignia de alta tecnología. Lo introdujo por un ojal de la blusa.

—Vamos —dijo Charles.

La había invitado a una visita por la empresa. Hoy no había programada ninguna comunicación con Shepherd-1, así que MOM le había dado el día libre. De todas formas, Charles entraba y salía a su antojo del Control de Misión. Esperaba que no se le ocurriera aceptar la invitación. Pero habría sido una estupidez negarse, era una oportunidad única. Alpha Omega era una organización muy reservada.

Su colega le abrió paso. Una barrera de listones de acero de unos dos metros de altura se abrió y dejó pasar a Charles. Ella estuvo a punto de deslizarse tras él, pero la barrera era demasiado rápida. Sonó un tono de advertencia.

—Nada de tonterías —le advirtió el guardia—. El sistema es bastante sensible. No queremos que tus tetas se atasquen en él.

Rachel miró con odio al guardia. Un individuo así no debería tener nada que hacer allí. Se acercó a la barrera y esperó obediente a que se abriera. Charles se hallaba al otro lado, balanceándose sobre sus pies.

—Tiene razón. La seguridad es lo primordial. Al parecer, hay sistemas de disparo automático en el techo. Por favor, no intentes nada.

Ella asintió y se dio la vuelta. La barrera ya estaba cerrada. Los listones metálicos superiores se curvaban hacia dentro y tenían púas. Parecían más bien para no dejar salir a nadie. Se estremeció y de pronto se sintió como en una prisión. Charles sonrió con exagerada inocencia.

—Alpha Omega realiza investigación de vanguardia —dijo él—. Somos una de las últimas empresas en suelo americano con tecnología tan avanzada. Los rusos y los chinos están muy ansiosos por poner sus

manos en nuestra investigación. Hace poco detuvieron a un espía de la corporación rusa RB en uno de los laboratorios.

—¿Qué le ha pasado?

—Fue llevado a juicio y condenado. ¿Creías que uno de nuestros robots militares lo neutralizó? —inquirió Charles riendo—. No estamos por encima de la ley.

—¿Construís robots militares?

—Es una de nuestras divisiones de negocio. Aunque no aquí, no te preocupes. Espero que no seas uno de esos pacifistas que solo quieren enviar humanos a la guerra.

—No creo que los pacifistas quieran la guerra.

—No ha habido guerras desde que todos los ejércitos del mundo instalaron robots a gran escala. Pero vamos.

Charles iba delante. Caminaron por un amplio pasillo, pasando junto a varios empleados, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, de todos los rincones del mundo. La mayoría llevaban insignias como la suya, pero no todos.

—¿Por qué algunos no llevan insignias? —preguntó ella—. ¿No era sensible el sistema?

—Hay otros medios de identificación. Te lo pueden implantar bajo la piel. Es gratuito y te dan un día más de vacaciones al año.

—Eso suena distópico.

—Tienes un tatuaje para acceder a la NASA.

—Sí, aunque puedo hacer que me lo quiten en cualquier momento. ¿Llevas tu identificación como una insignia?

—No necesito días de vacaciones. No sabría qué hacer con ellos. No tengo familia.

Charles se detuvo y abrió una puerta.

—Esta es una de las oficinas abiertas. Todo el edificio tiene este aspecto.

Ella examinó la oficina. Parecía una empresa cualquiera. La mayoría de los empleados estaban sentados tecleando en sus cubículos, algunos paseaban, se estaba celebrando una reunión en una sala con paredes de cristal. En el aire se oye un ruido de fondo general. Las paredes están cubiertas de carteles. Huele a sudor y a café viejo. Por las ventanas entraba demasiada luz solar. Un hombre de unos cincuenta años vestido con vaqueros y camiseta negra se agacha bajo la mesa y se rasca la rodilla.

—Bueno... —comentó ella. No sabía qué más decir.

—Sí, una oficina totalmente normal. Eso es lo que quería mostrarte —aseguró Charles.

Estaba decepcionada. Corrían tantos rumores sobre Alpha Omega que se había imaginado algo parecido a un cruce entre un cuartel general del Servicio Secreto y una iglesia.

—Tomemos café en mi oficina. Es de comercio justo. Alpha Omega lo compra directamente a los cultivadores de Colombia y lo importa a Estados Unidos en veleros.

Rachel asintió. ¿Por qué no? Echó un último vistazo al despacho diáfano. El hombre se enderezó. Tenía parte de la pierna en la mano, desde el pie hasta la rodilla. Se desató los cordones, se quitó el zapato y lo dejó caer al suelo. Un compañero de la mesa de al lado se sobresaltó al oír el ruido, pero no le prestó más atención. El hombre colocó ordenadamente la parte del cuerpo sobre el borde de su escritorio. Los dedos del pie apuntaban hacia arriba y estaban enfundados en un calcetín azul. El dedo gordo se movió. El hombre lo sostuvo un momento y luego lo soltó. El dedo dejó de moverse. Entonces el hombre empezó a escribir en su teclado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Charles—. Estás pálida.

Sus ojos recorrieron la oficina, pero no vio nada inusual.

—Sí, estoy bien. No creo que necesite más café, en realidad.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué reaccionaba así? Solo era un hombre quitándose la prótesis. Alpha Omega también empleaba a personas con discapacidad. Eso era algo bueno, especialmente en un país que todavía no tenía una cuota.

—Lo siento, Charles, no dormí muy bien anoche —se excusó ella —. Echaré un vistazo a tu oficina en otro momento, ¿vale?

Charles hizo un puchero.

—Es una lástima —contestó él—. En otro momento, entonces. Te lo prometo.

—BENJAMIN, ¿tienes un minuto?

—Por supuesto, David. Estoy persiguiendo a Sheep-19, aunque todavía está a tres horas de distancia.

—No te necesito tanto tiempo. ¿Habrás quedado libre después de eso?

—Sí, diecinueve es mi última sonda. Entonces tardaré unas buenas treinta horas en llegar a casa, según mi trayectoria de vuelo.

—A casa, esa es buena.

—Para ser sincera, Dave, Shepherd-1 es como mi casa. Realmente lo he sentido en los últimos tres días. Echo de menos la nave. En realidad, no recuerdo haber tenido nunca un verdadero hogar.

—Espero que también nos eches de menos —dijo David.

—Por supuesto que sí.

Benjamin sonrió para sus adentros. La breve separación parecía tener un efecto positivo en la cohesión del equipo. No mentía, echaba de menos a sus compañeros. Podía soportar la soledad, pero también necesitaba la compañía de otras personas. Al parecer, David también era así.

—Por eso te llamo —dijo David.

—¿De qué se trata?

—Me preocupa Christine. No se ha puesto en contacto con ninguno de nosotros desde que nos fuimos. ¿O has hablado con ella?

—No, Dave.

—Tampoco Aaron. Se lo pregunté.

—Entonces llámala.

—Acabo de intentarlo, pero el sistema lo ha rechazado porque está dormida.

—Muy sensato por parte del sistema. Ya pasa de medianoche. Probablemente trabajó horas extras mientras no estábamos y necesita dormir. Podemos llamarla por radio juntos mañana.

—Genial. Os llamaré.

—Pero no muy temprano. Digamos… ¿a las nueve? A Christine le gusta dormir hasta tarde, creo.

Benjamin se sintió confundido. No tenía ni idea de si a su compañera de tripulación le gustaba dormir hasta tarde, aunque la idea le había venido a la cabeza como un recuerdo perdido hacía mucho tiempo.

—Te llamaré a las nueve —aseveró David—. Buenas noches, Benjamin.

—Buenas noches, David.

ERA UNA ZANAHORIA. Benjamin podía sentir su cuerpo hasta la punta de la raíz. Casi cilíndrica en la parte superior, se estrechaba hasta una punta, con finas fibras por todo él. Olía a tierra fresca, aunque su dueño acababa de enjuagarlo bajo un torrente de agua fría. Benjamin tenía miedo. Lo que estaba ocurriendo no era normal. Un cuchillo se hundió en su piel y separó la parte superior de su cabeza del hermoso mechón verde del que siempre había estado tan orgulloso. Una boca gigantesca con dientes amarillos se acercó a él. El mal aliento le asaltó.

Oyó un sonido estridente y abrió los ojos. Debía de ser el despertador. ¿Se había acostado tarde? Tenía una cita con Dave a las nueve.

—Desactivar alarma —ordenó.

Pero la alarma seguía sonando. Se incorporó. Solo eran las 7:20. No era la alarma del despertador; era la alarma del sistema que le alertaba de algún peligro. ¿El impacto de un asteroide? No sentía vibraciones, podía respirar y todo el equipo seguía funcionando.

—Estado.

—Soporte vital al 100 por cien. Impulso al 100 por cien.

El sistema clasificó las notificaciones de estado según su importancia. Benjamin se sintió aliviado, no moriría ese día.

—Sensores al 100 por cien. Fallo de comunicación.

La comunicación estaba interrumpida. ¿La cápsula lo despertó por eso? ¿La antena se hallaba doblada? Deberían tener suficientes piezas de repuesto en Shepherd-1 para repararla.

—¿Has visto eso, Ben?

Era Dave. La comunicación con él funcionaba bien. Así que el daño no podía ser tan grave.

—¿Qué? Me acabo de despertar, de golpe, de un sueño en el que yo era...

—Ben, ¡escúchame!

Su compañero de tripulación parecía agitado. Le había llamado Ben dos veces, aunque sabía que lo odiaba.

—Vale.

—Ha pasado algo malo. Creo que Shepherd-1 explotó.

La voz de David se quebró al pronunciar las últimas palabras. Benjamin se sintió totalmente tranquilo. Entonces, notó un olor metálico. Se tocó el labio y se miró el dedo. Mierda, le sangraba la nariz. Hacía mucho que no ocurría. La sangre era de un rojo brillante. Siempre lo era.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó David—. ¿Qué hacemos?

—No... no lo sé. ¿Estás seguro?

—El Shepherd no responde —respondió Aaron desde su cápsula—. ¿Sabes lo que está pasando?

—He visto un destello —afirmó David—, hace unos dos minutos. Luego intenté contactar con Shepherd-1 sin éxito.

—¿Una explosión a bordo? —preguntó Aaron.

—No sé lo que fue.

Benjamin apuntó el telescopio de su cápsula en dirección a la nave. Nadie respondió. Probablemente los otros dos estaban haciendo lo mismo. Amplió la imagen todo lo que pudo. La pantalla mostró una línea corta y delgada con una esfera del tamaño de una avellana detrás. Estaba en el plano de rotación del Shepherd. Los daños que hubiera sufrido no eran visibles desde ese ángulo.

—Lo estoy mirando de lado —dijo—. Eso no nos sirve. Pero, al menos, la estructura central sigue teniendo la misma forma.

—Tengo un ángulo mejor. Te enviaré los datos —informó David.

Benjamin aceptó el mensaje recibido. Ahora miraba la nave en diagonal desde abajo. El anillo parecía tener varias grietas.

—No veo la cápsula C —dijo Aaron.

—Es una imagen en directo —aseguró David—. La cápsula de Christine está detrás de la nave. Debería aparecer pronto.

Benjamin se quedó mirando la pantalla. Pronto debería haber un bulto en el ring, moviéndose hacia él. Pronto. Pronto. Seguramente ahora. ¿Qué pasaba? La cápsula no apareció. Eso era imposible.

—Ya no está —exclamó David.

—¿Podemos aumentar más la imagen? —preguntó Aaron.

—No, esto es lo máximo que se puede hacer —respondió David.

—Tal vez, se escapó a tiempo —apuntó Aaron.

Sí, claro. Ella se dio cuenta de que algo iba mal en la nave y desacopló su cápsula. Tendrían que buscarla en otra parte.

—Entonces, ¿por qué no se ha puesto en contacto con nosotros? —inquirió David.

—¡No seas tan pesimista, hombre! —gritó Aaron—. Está ahí fuera, puedo sentirlo.

—Puedes sentirlo.

—Sí, hombre, puedo sentirlo. —La voz de Aaron se hacía más fuerte con cada palabra. Luego dijo—: Tal vez su antena resultó alcanzada por la onda de choque.

«No hay ondas de choque en el espacio», pensó Benjamin.

—No hay ondas de choque en el espacio —explicó David.

—Entonces, un trozo de metal salió volando de la nave y golpeó su cápsula —gritó Aaron por la radio.

Benjamin bajó un poco el volumen. Tenían que mantener la calma. Lo cual le estaba resultando extrañamente fácil ahora mismo. No había emociones en su cabeza, solo pensamientos. Tenía que

convertirlos en planes. Eso ayudaría.

—La encontraremos —afirmó—. Te lo prometo. —No era mentira. La materia no se desvanecía sin más. Pero, a diferencia de Aaron, no creía que Christine estuviera viva.

—Gracias, Benjamin —dijo Aaron.

—Ahora tenemos dos trabajos —señaló—. Uno: buscar la cápsula C. Cuando la encontremos, tendremos a Christine. Dos: averiguar más sobre el daño en Shepherd-1.

—Y tres: volver a la nave lo más rápido posible —añadió David.

—Lo veo como parte del número dos. Pero tienes razón. ¿Quién está más cerca?

—Probablemente yo —calculó Aaron—. A unas nueve horas.

Oh. Aaron no debería ser el que encontrara a Christine. Él parecía estar enfrentando eso de la manera más difícil. Con suerte, David estaría más cerca.

—Estoy a trece horas de distancia.

Mierda. Benjamin se hallaba a más de veinte horas. Llegaría el último. Aaron tendría que ser fuerte. El israelí le había dicho una vez que su esposa había muerto. Este incidente parecía estar abriendo viejas heridas.

—Tengo una idea de cómo podemos examinar al Shepherd-1 a distancia —intervino David.

—Estupendo —dijo Benjamin.

—Dirigimos los telescopios de la bandada hacia Shepherd-1. La resolución no es muy alta, pero la combinación de todas las imágenes tomadas desde distintos ángulos debería producir una representación tridimensional útil.

—Gran idea, Dave. ¿Puedes encargarte de eso?

—Ya estoy en ello.

—Volaré de vuelta a Shepherd-1 a toda velocidad —afirmó Aaron.

—¿De verdad quieres hacer eso? —preguntó Benjamin—. Podrías redirigir la bandada y David podría volar de vuelta a la nave.

—No, estoy más cerca. Si alguien puede ayudar, soy yo. Tengo que hacerlo, es lo único que tiene sentido.

—De acuerdo. Pero ten cuidado. No ayudarás a nadie si te pulverizas por el camino.

—No te preocupes.

◓

—Tengo algo —informó David, unas siete horas más tarde.

—¿Son malas noticias? —preguntó Aaron.

Benjamin aceptó la transmisión y una imagen empezó a materializarse. Era grave. Había un largo desgarro en el blindaje del

propulsor en la popa. Ahí debía de estar el origen de la explosión. Una explosión, sí, pero ¿cómo? Giró la imagen con los dedos para ver mejor el anillo. Solo una de las cinco cápsulas seguía allí, presumiblemente el laboratorio. Giró la nave dos veces para confirmarlo. A, B y D estaban desplegadas, obviamente, aunque ¿dónde estaba la cápsula C? La encontró cuando volvió a ampliar la imagen en los propulsores. Las cápsulas eran tan pequeñas comparadas con la nave principal que la había pasado por alto. Pero allí estaba claramente, o lo que quedaba de ella. Un trozo del blindaje de los propulsores había golpeado la cápsula contra uno de los radios que conectaban el anillo con la nave. Parecía aplastada. Nadie podría haber sobrevivido allí. Pero ¿por qué no estaba unida al anillo? Si Christine no se hubiera desacoplado, seguiría viva. Benjamin giró la imagen para ver la posición habitual de la cápsula C en el anillo. No parecía haber ningún daño allí.

—¿Qué te parece? —preguntó David.

—Es peor de lo que esperaba —admitió Benjamin.

—Todavía podría estar viva —dijo Aaron—. Tal vez salió de la cápsula y está en la sala de control. La nave principal parece ilesa.

Cierto. Benjamin volvió a ampliar la visualización sobre la estructura central. Si Christine estaba allí, podría haber sobrevivido. Pero ¿por qué su cápsula fue alcanzada cerca de los propulsores? ¿Estaba tratando de arreglar un problema allí? ¿Por qué? Los propulsores de la nave estaban en espera. No se encenderían hasta el momento de volar de vuelta en un par de meses. Y, aunque hubiera intentado una reparación, tendría más sentido salir de la nave principal en lugar de volar allí con su cápsula.

—Nada de esto tiene sentido —dijo David.

—Estaré allí en unas dos horas —prometió Aaron—. Entonces sabremos más.

—Ten cuidado —pidió Benjamin.

La cápsula derivó sin propulsión hacia una pared vertical. Quince metros, diez, ocho, seis metros. Aaron observó su trayectoria de vuelo en la pantalla. Había elegido atracar en lo que parecía una zona no dañada del casco exterior de la nave. Benjamin tenía razón. No podía ayudar a nadie si corría riesgos innecesarios. Su dedo se posó sobre el gatillo del propulsor. Se sentía impaciente, pero se serenó. Si frenaba antes de tiempo, tardaría más.

Ahora. Una breve ráfaga del propulsor principal fue suficiente. Aaron se preparó para evitar estrellarse contra la pantalla. Faltaban tres metros. La cápsula había extendido el brazo manipulador. Estaba diseñado para reparar sondas defectuosas. Pero también debía ser capaz de anclar la cápsula al riel que recorría el exterior de la nave.

La pantalla le indicaba que se movía a cinco centímetros por segundo. Había aplicado con perfección el propulsor principal. Un segundo más y la cápsula tendría ahora una velocidad negativa. Pero su inercia era significativa incluso a esa velocidad. ¿Cuál era su masa? Solo podía adivinar. Cinco toneladas por lo menos, probablemente más. ¿Podría el brazo soportar eso? De repente le pareció muy frágil. Pero eso era en comparación con las enormes dimensiones del Shepherd-1 que se cernía sobre él.

Y… se agarró. Los tres dedos del extremo del brazo manipulador alcanzaron el enorme riel que rodeaba toda la nave. En el primer intento, solo un dedo se enganchó en él. Lo intentó de nuevo. Dos dedos agarraron el riel. Y luego el tercero. Pero la inercia de la cápsula lo arrastró más lejos. La fricción hizo que los dedos se calentaran. Varias advertencias aparecieron en la pantalla. ¡Estructura en peligro! ¡Sobrecalentamiento! Pero se ralentizaba. ¡El brazo aguantaba! La cápsula todavía no estaba trabajando en equipo. Tenía un ligero impulso lateral, como si quisiera rodar por el casco de la nave. Las dos articulaciones del brazo se retorcían de forma antinatural. Si la cápsula sintiera dolor, estaría gritando. Aaron se compadeció.

Pero el brazo aguantó. La cápsula se detuvo. Ahora dependía de él. Tenía que llegar a Christine lo antes posible. Ella no había respondido a ninguna de sus llamadas. Ya se había quitado el mono. Se ciñó el pañal a la cintura, salió de la sala de control hacia el taller y se metió en el exotraje con los pies por delante. Comprobó el equipo. El soporte vital, la calefacción y la refrigeración, los sensores y la radio funcionaban. Cerró rápidamente la escotilla sobre su cabeza. Hora de desacoplarse.

TODO ESTABA NEGRO. Entró en pánico. Respira despacio, Aaron, respira despacio. Pero no sirvió de nada, respiró más rápido. Había un fuerte tamborileo en sus oídos. Él era lo único que quedaba en el mundo. Los demás nunca habían existido. Por fin estaba despierto. Respira lentamente. Respira lentamente. Percibió un fuerte zumbido. El soporte vital del traje. Estiró los brazos, pero no había nada. Estaba solo. Respiró lentamente. Algo le oprimía el pecho y le hacía resollar.

Otra fuerza apretó su pelvis. Sabía lo que era, era pánico, pero no podía controlarlo. Necesitaba orinar, así que dejó que sucediera. Una mancha caliente se extendió por su pañal. Podía sentirse de nuevo. Era su calor, su cuerpo. Llevaba un traje y el traje flotaba en el espacio. La cápsula que lo trajo debía de estar cerca. El tamborileo en sus oídos se desvaneció. Lentamente recuperó el control. El pánico seguía ahí, pero pudo aislarlo, ponerlo en su sitio.

Se llevó la mano al casco y activó su linterna frontal. Proyectó un círculo gris pálido en la pared de acero frente a él. Shepherd-1 estaba a menos de un metro. Se orientó. En su pánico, se había alejado tres metros de la cápsula. Le pareció que solo había dado unas cuantas vueltas. El universo es engañoso. En su cápsula, con todos sus sensores, parecía luminoso y manejable. En el exotraje, con solo unos milímetros de metal y tela entre él y la oscuridad infinita, mostraba su verdadera cara. Deberían haber pasado más tiempo entrenándose con los trajes espaciales.

Aaron colocó el traje en posición horizontal utilizando los propulsores correctores. Sus pies apuntaban hacia Shepherd-1. Cerró los ojos y se imaginó de pie en la nave. Volvió a abrir los ojos. Ahora se sentía como si flotara en posición vertical por encima de la nave. Para asegurarse, bajó hasta que sus pies tocaron el casco. Giró la lámpara del casco. Los propulsores debían de estar en esa dirección, hacia delante. La esclusa estaba en la otra dirección. Avanzó en una extraña combinación de caminar, flotar y volar.

El faro iluminó la protuberancia inconfundible de los propulsores de la nave. La grieta era evidente, una herida abierta en el casco exterior, de diez o doce metros de largo y dos o tres de ancho. El metal parecía haber reventado hacia fuera, como si algo hubiera estado desesperado por salir. Y faltaba un puntal metálico por encima de aquella zona. Pasó junto a la grieta y miró a las entrañas de uno de los propulsores de fusión directa. Parecía irreparablemente afectado. Pero el sensor de radiación no medía ninguna actividad. Así que el propio motor no podía ser la fuente de la explosión. La única posibilidad era la masa de reacción, o uno de los pequeños propulsores químicos que se utilizaban para poner en marcha los

motores de fusión.

Se alejó un par de metros. La grieta parecía amenazadora, pero por lo que podía ver, solo uno de los diez propulsores de fusión directa (DFD, por sus siglas en inglés) estaba afectado. Así que un vuelo de regreso a la Tierra todavía debería ser posible. Giró la cabeza hacia la derecha y el haz de luz le siguió. La cápsula C había quedado atrapada en uno de los radios. Un escalofrío le recorrió la espalda. La cápsula espacial de Christine parecía un huevo roto. Había sido cortada por la mitad por el puntal metálico que faltaba por encima de la grieta del casco de la nave. La explosión debió de acelerarla lo suficiente como para cortar la cápsula como un cuchillo afilado. Si Christine no había llevado un traje espacial, estaba muerta.

Aaron dudó, aunque enseguida se recompuso. Estaba allí para ayudar a Christine. Voló directo hacia la cápsula. El faro iluminó un objeto cuadrado. Lo tocó. Era una almohada, congelada. Aaron voló más cerca. La mayoría de las superficies estaban cubiertas por una capa de hielo, la atmósfera helada de la cápsula. El suelo estaba dividido entre la sala de estar y el taller. De él sobresalían tuberías. Flotaba alrededor de la cápsula. Una figura humana colgaba del fondo con las piernas apuntando hacia abajo. Su corazón volvió a acelerarse antes de darse cuenta de que se trataba de un exotraje. Todas las cápsulas tenían uno. Lo tocó. La pierna se dobló con facilidad, así que no había nadie dentro.

Se acercó al lugar donde se había abierto la cápsula de Christine. El corte era sorprendentemente limpio, como un corte suave en la mantequilla. El casco de la cápsula tenía un revestimiento especial para absorber y dispersar cualquier impacto. Pero estaba claro que no tenía ninguna posibilidad contra un afilado puntal de metal impulsado por una explosión. La energía es masa por velocidad al cuadrado. Si el puntal se movía lo suficientemente rápido, podía cortar cualquier cosa.

Lo que le pareció extraño fue lo bien conservado que estaba el mobiliario. El horno microondas de la cocina, a solo treinta centímetros de la división, parecía inmaculado y probablemente aún funcionaba. Christine había hecho la cama. Las mantas estaban pulcramente alisadas y dobladas hacia atrás. No había nadie en la sala de control de la cápsula, que también hacía las veces de salón. El cinturón de seguridad del comandante estaba colgando. Una pequeña hendidura indicaba que alguien se sentaba allí regularmente. Abrió nerviosamente la puerta de la sala de control. Estaba vacía. ¿Quizás en la ducha? Por favor, ¡no! Revisó, pero solo había algo de hielo brillando en las paredes. Buscó en el taller. Un baúl de herramientas se había encajado en un rincón. Estaba abierto. ¿Christine había intentado reparar algo? Parecía improbable.

—¿Aaron? ¿Qué te parece? —le preguntó Benjamin por radio.

—No lo sé. La cápsula es chatarra pura, pero no hay señales de Christine.

—¿Cómo lo llevas?

—Estoy bien.

—De acuerdo. Ten cuidado. David no puede estar muy lejos detrás de ti.

Aaron no contestó. Christine definitivamente no estaba en la cápsula. Pero eso no era motivo para tener esperanzas, ni mucho menos.

LA PANTALLA DE su cápsula se volvió gris. Aaron cambió el escáner a infrarrojos. Christine no estaba en su cápsula, así que debía de estar a la deriva en el espacio. Tal vez la explosión la arrojó fuera. Habían pasado un par de horas, pero un cuerpo no se enfriaba hasta el cero absoluto tan rápido. El espacio era un vacío, así que el calor solo podía perderse por radiación.

En las proximidades directas de Shepherd-1, el escáner mostró una imagen sobreexpuesta; la atmósfera residual era aún demasiado densa y cálida para que los infrarrojos captaran algo más. Pero si Christine estuviera allí, ya la habría encontrado. Giró la cápsula para que el escáner mirara hacia el espacio abierto. Vio varios puntos brillantes y no tan brillantes. Aaron los examinó individualmente. Amplió el primero, con cautela, como si pudiera escapársele. No, aquel objeto era demasiado plano. Probablemente era un trozo de casco. Cerca de él, una especie de martillo giraba en el espacio. Lo amplió y vio que se trataba de la bisagra de una puerta. La explosión había arrojado todo tipo de escombros al espacio.

Entonces se fijó en el maniquí. Eso era lo que parecía. Sus extremidades apuntaban en direcciones antinaturales. Su primer instinto fue desearle un buen viaje. Sería mejor para él no llevar el cadáver a bordo. La imagen atormentaría sus sueños. Pero la idea de dejar a Christine sola ahí fuera era insoportable. Aceleró la cápsula para traerla de vuelta.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, flotaba en el exotraje junto a ella. Era Christine. Por fin se lo creía. Llevaba el pelo trenzado, como de costumbre. La trenza estaba rígida. Temía tocarla por si se rompía en mil pedazos.

Tenía que meterla dentro. La cápsula tenía una esclusa que podía

abrir desde fuera. Le agarró los pies. No llevaba zapatos, solo calcetines y una especie de chándal. Había hecho mucho ejercicio. El traje estaba estirado en algunas partes, lo había preferido a la ropa suministrada por la NASA. Le daba calor, decía. La prenda seguía cumpliendo su función.

La empujó con cuidado hacia la cápsula y luego la soltó.

—Espera aquí —dijo él, pero ella no contestó.

Se estaba volviendo loco. Debía de estar volviéndose loco si hablaba con muertos. El último cadáver que había visto era el de su mujer. Estaba igual de pálida. ¿Por qué no había esperado a Benjamin o a David?

Abrió la puerta exterior de la esclusa, esperando que Christine cupiera dentro. Era solo para emergencias. Se dirigió a la parte superior del cuerpo de Christine. Lo mejor sería meter primero las piernas en la esclusa. Luego podría doblarla por las caderas. Pero primero le tenía que bajar los brazos. Christine los había estirado por encima de la cabeza, como si justo antes de morir hubiera decidido lanzarse al espacio como si fuera una piscina. Quizás el frío la había vuelto loca de repente. La hipotermia a veces tenía ese efecto.

La sujetó con la mano izquierda e intentó doblarle el brazo por el hombro con la derecha. La articulación estaba demasiado rígida. No iba a funcionar. Pero tenía que meterla en la esclusa para llevarla dentro de la cápsula o del Shepherd-1. Christine tendría un funeral apropiado. Intentó doblar el brazo de nuevo. Seguía rígido. Pero su puño se abrió con facilidad y un pequeño objeto gris salió de él. Era la vaina de semillas de pensamientos. Aaron empezó a llorar y el visor de su casco se empañó.

•

CHRISTINE TENÍA AHORA forma de V. Fue idea de David. Las extremidades se congelaban más rápido que el torso. Aaron había apoyado las piernas de Christine contra la cápsula y le presionaba la espalda. Parecía que estuviera haciendo yoga. Tenía la espalda ligeramente arqueada. «Eso no es sano», pensó Aaron. Sí, estaba perdiendo la cabeza.

Empujó con cuidado la V por la puerta de la esclusa, con el culo por delante. Comprobó que había suficiente espacio arriba y abajo. No quería que sufriera más daños. Funcionó, ya estaba dentro. Cerró la esclusa.

•

TRES MINUTOS MÁS TARDE, Aaron estaba al otro lado de la puerta

interior de la esclusa, en ropa interior. Colocó ambas manos contra el metal, los brazos extendidos como si estuviera luchando con la puerta, o intentando establecer contacto con la persona que se encontraba detrás. La esclusa se estaba calentando por debajo de los cero grados centígrados. Era importante que Christine no se descongelara, pero también necesitaba que su cuerpo estuviera lo bastante flexible como para ponerla en posición tumbada. ¡Cuánto drama para una persona muerta! ¿Habría querido ella esto?

Aaron se golpeó la frente contra la pared hasta sentir dolor. De algún modo, era culpa suya. Había volado hasta aquí para no tener que volver a ver morir a nadie, pero la maldición le había seguido. Christine estaba muerta por su culpa.

Era suficiente para un día. No se atrevía a abrir la esclusa. David y Benjamin no tardarían en volver. Ellos podrían cuidar de Christine. No tenía fuerzas. Necesitaba descansar. Tal vez debería apagar el soporte vital. Esa era la única manera de estar seguro. Su maldición podría no estar satisfecha con Christine. ¿Y si la maldición requería también a Benjamin o a David? Él tenía una opción. Siempre había tenido una opción, solo que había sido demasiado cobarde. Nadie podía detenerlo ahora.

—Aaron, aquí Dave —oyó por la radio—. Estoy en la puerta. Déjame entrar, por favor.

—ESTÁ MUY MAL —dijo David—. Le puse una inyección. Dormirá doce horas.

—Bien. ¿Y Christine?— preguntó Benjamin.

—Todavía está en la esclusa. Hace suficiente frío ahí dentro para que no se descongele. Ella no es nuestro problema más urgente.

—Yo también lo vi. El anillo...

—No solo el anillo, Ben. No hay aire en la sala de control, si le creemos al ordenador. Necesitamos que el soporte vital funcione de nuevo. Las cápsulas solo tienen suministros para unos pocos días más.

—Yo me encargo —afirmó Benjamin.

El anillo estaba tan afectado que no podían acoplar sus cápsulas, de lo que no se habían dado cuenta hasta que estuvieron cerca. Pero ese no era su principal problema, podrían abordar la nave con sus trajes espaciales si fuera necesario. Necesitaban que Shepherd-1 fuera funcional. Dependían del aire y la calefacción. Si no lo solucionaban, pronto estarían tan tiesos como Christine.

BENJAMIN DIRIGIÓ SU cápsula hacia la esclusa principal de la nave. Era enorme, diseñada para grandes cargas. Casi cabía una cápsula dentro, aunque no del todo. Así que tendría que salir y abrir la puerta, con la esperanza de que los controles de la esclusa funcionaran mejor que el sistema de soporte vital.

Hacía mucho frío en el exotraje, al contrario de lo que indicaba la pantalla de su visor. Miró los controles de su muñeca. La mini pantalla que había allí también indicaba que la calefacción estaba a tope. Sacudió la mano y volvió a mirar la pantalla. Ahora marcaba cinco grados centígrados. El aire caliente le golpeó la frente.

Estúpida tecnología. ¿Y si las unidades tuvieran un problema similar? Una falsa lectura de temperatura en el sistema y el DFD se sobrecalentaría hasta explotar. Pero seguramente eso era imposible. Los sistemas tenían doble y triple seguridad. Si la presión de los gases de la masa de reacción era demasiado alta, el depósito se purgaba automáticamente. Benjamin se impulsó. Estaba a diez metros de la esclusa, que estaba rodeada por un anillo de luz. El anillo estaba rojo, lo que significaba que la esclusa estaba cerrada.

—¿Sala de control?

La nave no respondió, pero David había podido obtener antes una lectura de estado. Así que el ordenador central seguía funcionando.

Tal vez solo unos pocos módulos estaban en línea.

—¿Sala de control? Abre la esclusa principal.

Lo intentó de nuevo. La luz alrededor de la esclusa seguía estando roja. No había motivo para el pánico. Podía abrir la esclusa manualmente. Benjamin maniobró su exotraje hasta el mando manual situado en el anillo de las 3 en punto. Era una manivela de la que tenía que tirar y girar 180 grados. No requería mucha fuerza. Estaba diseñada para que incluso un astronauta medio muerto pudiera utilizarla en caso de emergencia. Era raro porque nunca había considerado la posibilidad de su propia muerte, a pesar de que todo el mundo pensaba en él como un desafiante a la muerte. Sencillamente, no era una opción. Y punto. Y él no estaba muerto. No morirían allí. Él no moriría allí.

El anillo de luz pasó del rojo al naranja y del amarillo al verde. Benjamin giró la manilla 90 grados y empujó. Un ingenioso mecanismo amplió la presión y abrió la puerta de la esclusa. Una ligera vibración se extendió por la superficie metálica. Volvió a presionar la manilla y la puerta de unos cuatro metros se abrió lo suficiente para que pudiera meter un dedo debajo. En gravedad cero no tenía peso, pero sí la inercia de su masa. Tiró lentamente de la puerta hacia fuera, lo suficiente para deslizarse por ella hasta la esclusa. Trepó por el hueco, pero su mochila propulsora quedó atrapada, así que tuvo que empujarla para abrirla un poco más.

Primer paso completado. Apoyó los pies a ambos lados de la puerta y tiró de la gran rueda situada en el centro para cerrarla. Luego giró la rueda en el sentido contrario a las agujas del reloj para cerrarla. Benjamin estaba sudando. En el exotraje todo era agotador. Debería haber pasado más tiempo entrenándose con él. La esclusa se llenó de luz roja.

Normalmente, el sistema reconocería en ese momento que alguien había entrado desde el exterior y llenaría el espacio de aire. Esperó medio minuto, pero no pasó nada. Bien. La puerta interior también tenía un mando manual. Se acercó a ella, tiró de la palanca y la giró. Luego se hizo a un lado para que la puerta no le golpeara al abrirse, el área fuera de la esclusa debería seguir presurizada. Pero esto no ocurrió. Se necesitó mucho esfuerzo para empujarla y abrirla. Aparentemente, no quedaba aire respirable en Shepherd-1.

Benjamin observó un mapa de la nave en el dispositivo que llevaba en el brazo. Nunca había entrado por la esclusa principal. Sí, lo había hecho una vez, antes del despegue, hacía veinte años. Transfirió el mapa a su visor. Shepherd-1 parecía una bola de bolos. Los motores estaban situados en el eje polar. Él estaba en el ecuador. El sistema de soporte vital estaba en la popa y para llegar al ordenador central tenía que desplazarse a la parte delantera de la nave. Esperaba resolver el

problema allí.

—David, ¿me recibes?

—Alto y claro.

—Intentaré reiniciar el soporte vital a través del ordenador principal de la sala de control. Si no podemos encender el ordenador, eso en sí mismo es un gran problema.

—Entendido. Buena suerte.

El navegador del visor mostró una flecha en el campo de visión de Benjamin, indicándole el camino.

Recorrió diez metros y entonces una puerta de seguridad lo detuvo. El sistema debía de haberla bloqueado automáticamente al bajar la presión. Esta puerta también tenía una activación manual, pero abrirla tardaba tiempo.

—¿David? Esto va a llevar un rato. Todos los mamparos están sellados.

—Entendido.

•

¿SIEMPRE ESTABA TAN lejos la sala de control? Benjamin había dejado de contar las puertas que había abierto. Le dolía el brazo derecho, así que ahora giraba las manillas con el izquierdo. Aproximadamente la mitad de las habitaciones estaban llenas de aire, pero no podía distinguir ningún tipo de patrón, así que debía tener cuidado cada vez para no salir despedido hacia atrás por la posible alta presión. Las puertas se deslizaban hacia las paredes.

Una etiqueta en la puerta le indicaba que estaba en la sección 25N1.

Elevar el picaporte.
Girarlo 180 grados.
Esperar.
Girarlo en la dirección contraria un cuarto de vuelta.
Sujetarse con la mano derecha.
Presionar el picaporte hacia dentro con la mano izquierda.
Entrar en la habitación. La siguiente puerta. Sección 25N2.
Elevar el picaporte.
Girarlo 180 grados.
Esperar.
Girarlo en la dirección contraria un cuarto de vuelta.
Sujetarse con la mano derecha.
Presionar el picaporte hacia dentro con la mano izquierda.
Entrar en la habitación. La siguiente puerta. Sección 25N3.
Elevar el picaporte.
Girarlo 180 grados.

Esperar.

Girarlo en la dirección contraria un cuarto de vuelta.

Sujetarse con la mano derecha.

Presionar el picaporte hacia dentro con la mano izquierda.

Un pasillo corto, que lleva a la derecha. ¿O era hacia abajo? Una deslumbrante luz blanca parpadeaba en el techo.

La siguiente puerta. 24N3.

Elevar el picaporte.

Girarlo 180 grados.

Un momento. Se dio la vuelta. La luz volvió a parpadear. Pero no era eso lo que le preocupaba. Acababa de ocurrir algo, pero estaba demasiado distraído para darse cuenta de qué. ¿Era el aire del pasillo? Estaba a más de 20 grados y era respirable, mientras que la sala anterior había estado ventilada. ¿Cuál era la intención del sistema?

Retrocedió por el mamparo que acababa de abrir. No era evidente que hubiera habido alguna vez una puerta allí, a menos que se mirara de cerca, porque estaba muy bien integrada en la pared y el techo. Solo el picaporte, aún levantado, indicaba que allí había un mamparo. Giró el picaporte hasta su posición original. El mamparo seguía abierto.

Lo levantó de nuevo y lo giró 180 grados, esperó, lo volvió a girar un cuarto de vuelta y lo presionó contra la pared. El mamparo traqueteó y volvió a deslizarse hacia abajo. Se detuvo justo encima del suelo. Su pie estaba en medio. Así que el sistema tenía en cuenta a los astronautas. Repitió el experimento hasta que volvió a abrirse. No había nada anormal. Benjamin se giró rápidamente a la derecha y luego a la izquierda, para captar algo en su visión periférica que hubiera pasado por alto. Pero no había nada. Estaba solo. Debía de estar volviéndose loco.

•

LA SALA DE control se hallaba tenuemente iluminada. Parecía acogedora para un espacio tan grande. Christine había colocado una tumbona frente al terminal principal. Había una taza sobre una mesita de madera a su lado. Benjamin comprobó la presión atmosférica. Estaba bien. Un poco demasiado caliente. Se quitó el casco y respiró hondo. Mucho mejor.

—Hola —dijo, solo para escuchar su propia voz.

Se oyó el eco. La habitación era más grande de lo que parecía por la escasa iluminación. Viejos temores se apoderaron de él. Podía haber monstruos ocultos en las sombras. Pero él se encargaría de ellos. Ya de niño había puesto a esos monstruos en su sitio. Benjamin rio en voz baja. Estaba solo. Los monstruos solo existían en los cuentos. Se aclaró

la garganta.

—¿David? —dijo por la radio.

—Te recibo.

—Estoy en la sala de control. Todo parece tranquilo, a primera vista.

—Mira a ver si puedes reactivar el ordenador principal.

—Eso es lo que pretendía hacer, Dave.

—Entonces no te interrumpo. David fuera.

David parecía enfadado. Debería elegir sus palabras con más tacto. Todos habían sufrido una pérdida. Sería terrible si todos empezaran a pelear ahora.

Benjamin se acercó a la mesa. Cogió la taza y la olió. Té. La dejó en el suelo y volvió a colocarla magnéticamente sobre la mesa. Se quitó los guantes del exotraje para escribir con más facilidad. Para ello tuvo que abrir los cierres a presión a ambos lados de cada guante y quitárselos. ¿O debería quitarse todo el traje? Mejor no. No sabía si podía confiar en el sistema. Podía volver a ponerse el casco fácilmente si el aire se expulsaba de repente.

La tumbona parecía muy cómoda. ¿Cuánto llevaba en la sala de control? Se sentó y acercó el teclado hacia él. Christine debía de haberse sentado allí. ¿Haciendo qué? ¿Puso en marcha un experimento que salió mal? ¿Qué clase de experimento haría explotar la unidad?

Encendió el monitor y vio una única línea de comandos. Christine debía de haber apagado el ordenador a propósito. Si se hubiera reiniciado automáticamente tras un error, ahora estaría viendo la interfaz normal. Y el sistema respondería a los comandos de voz.

«Reinicio», tecleó.

Ese comando solía bastar para que todo volviera a la normalidad. ¿Por qué Christine no lo había introducido?

«Reinicio denegado».

Por eso.

«Diagnóstico».

En la pantalla apareció una lista de todos los subsistemas de la nave. El ordenador se dio un «Bien». Solo funcionaba el modo de emergencia.

Pero eso ya lo sabía. La cuestión era: ¿por qué la nave se negaba a reiniciarse en modo normal? ¿Cuál era la causa y qué era solo un síntoma? Intentó comprender las últimas acciones de Christine. Probablemente ella se había hecho las mismas preguntas, sentada en la tumbona con una taza de té enfriándose lentamente. Y luego, suponiendo que había encontrado la respuesta, se metió en su cápsula y la acopló a la nave cerca de los propulsores. Nada funcionaba sin energía. Y los propulsores eran los que suministraban la energía,

incluso cuando no proporcionaban empuje.

No necesitaban los diez para eso. Con uno era suficiente. Lo que significaba que todas las unidades debían haber funcionado mal. Era una coincidencia extremadamente improbable. Diez DFDs independientes no podían funcionar mal a la vez. La probabilidad era cercana a cero. A menos que hubiera algún problema que afectara a los diez. La masa de reacción, por ejemplo, que solo daba empuje a la nave después de transformarse en plasma y salir despedida de los reactores por campos electromagnéticos, provenía de los mismos depósitos para los diez propulsores.

Ahí era donde debía empezar, echaría un vistazo a los depósitos de masa de reacción. Christine habría tenido la misma idea. Todos ellos conocían la tecnología de la nave. Pero ¿por qué no contactó con ellos? Porque el sistema de comunicaciones no funcionaba, porque los propulsores no le suministraban energía.

Hasta ahí todo era lógico. No obstante, había un fallo. El Shepherd-1 había estado a la deriva por el espacio sin energía durante semanas, por lo que la masa de reacción ni siquiera entraba en juego. La nave no había necesitado empuje. Y, sin embargo, al igual que él, Christine debía sospechar que el problema estaba ahí, porque habían encontrado su cápsula cerca de los propulsores. Eso solo podía significar una cosa: ella había intentado acelerar la nave mientras ellos no estaban. Nunca la habrían alcanzado utilizando los débiles propulsores químicos de sus cápsulas. Parecía que Christine había intentado volar lejos de ellos, no tenía ni idea de hacia dónde. Quizá para acercarse al otro extremo de la zona de enfoque y ver mejor el nacimiento del universo. Y murió por ello. Benjamin sacudió la cabeza.

Ella no era así. Christine no haría eso. Él la conocía. ¿La conocía? Sí. Habían estado viajando juntos durante veinte años. Christine siempre había sido el vínculo que mantenía unido al grupo. Ella había mediado entre los tres hombres con sus egos bien desarrollados y muy diferentes. Era impensable que quisiera abandonar a sus tres compañeros de tripulación en el espacio. Nadie podía ver dentro de la cabeza de Christine. Acusarla no ayudaba a nadie. Tenía que probar su teoría y conseguir que los motores funcionaran. Entonces todo lo demás volvería a funcionar.

—¿ALGUNA buena noticia?

Era David. Benjamin se movió más deprisa a la vuelta porque los mamparos ya estaban abiertos. Se agarró a un estante para estabilizarse.

—Estoy...

Le faltaba el aliento.

—Estoy volviendo a la cápsula. Parece un problema con los propulsores.

—Pero los DFD llevan semanas desconectados, ¿no?

—No, siguen proporcionando energía. Aunque ahora mismo no lo están. El Shepherd funciona con la reserva. Pero no por mucho más tiempo.

—¿A qué te refieres?

—No sé qué pasará cuando las baterías estén vacías. La contención de la masa de reacción, la refrigeración de los alimentos, todo eso se va a apagar.

—Por eso la nave no nos habla. Está conservando energía para las cosas realmente importantes. No deberíamos poner en peligro eso. Tienes que darte prisa.

—Sí, también es por eso por lo que el ordenador principal no arranca. Voy para allá.

—Lo está llevando bien. Está dormido.

—¿Cómo se encuentra Aaron? —preguntó Benjamin.

Entonces se dio cuenta de que David había respondido a la pregunta momentos antes de que él la formulara. ¿Desde cuándo su compañero de tripulación podía leer la mente?

—Yo... no importa —contestó Benjamin—. Te lo diré cuando llegue a los propulsores.

—Avísame si necesitas ayuda. Aaron no me necesita en este momento.

—Con sinceridad, sí, estaría bien. Estoy notando un déficit creciente en mi rendimiento. Este trabajo es demasiado importante para que lo estropee.

—Por supuesto que iré —afirmó David—. Confío en ti.

—No confío en mí mismo.

BENJAMIN METIÓ EL pie bajo un soporte del casco de la nave diseñado para facilitar las inspecciones. Un punto de luz se acercaba desde abajo, yendo y viniendo sobre el casco. Era todo lo que podía ver de David en la negrura del espacio. Cuando Benjamin dirigió su luz hacia la derecha, pudo ver la cápsula C bisecada.

—Aaron la encontró por ahí fuera —informó David.

Benjamin oyó un ruido metálico. David debía de haber aterrizado en el casco.

—Qué raro —contestó Benjamin—. Supongo que Christine intentaba arreglar algún problema con el depósito de masa de

reacción.

—Puede que cometiera un error que provocara la explosión.

Sí, tal vez. Le gustaba más esa explicación. Pero tenían que encontrar la verdadera razón; de lo contrario se estaban poniendo en peligro. ¿Y si Christine los había traicionado a todos?

—Me alegro de que estés aquí —dijo—. Empecemos por el depósito.

TUVIERON QUE SUBIR hasta el morro de la nave. Pero Benjamin tenía la sensación de ir hacia abajo todo el tiempo. Su principal preocupación era no alejarse de la nave. David respiraba ruidosamente. No había desactivado su radio.

Benjamin se detuvo. Delante de él había un panel metálico curvado del tamaño de un hombre. Estaba elevado unos centímetros, por un lado.

—Está el acceso de servicio —apuntó él.

Una mano le agarró el hombro derecho. David se puso a su lado.

—Está abierto —dijo David.

Desde luego. Aunque era de esperar.

—¿Tú o yo? —preguntó Benjamin.

Los pasillos de mantenimiento eran estrechos. No había necesidad de que ambos se torturaran.

—Yo lo haré —contestó David.

—Gracias, eres mi héroe.

—Lo sé.

David se agachó para levantar el panel metálico. Se desvió hacia un lado. Benjamin agarró su mochila a tiempo y tiró de él hacia atrás.

—Gracias —dijo David—. Maldito Newton.

El panel metálico reveló un agujero rectangular que parecía una tumba.

—Vamos allá —exclamó David.

Benjamin asintió. David se arrodilló, se inclinó hacia la abertura y se metió dentro. Bajó medio metro.

—Mierda, es demasiado estrecho —se lamentó él.

—Gira de lado —sugirió Benjamin.

Con suerte, el exotraje con la mochila propulsora no habría sido demasiado ancho. ¡Los ingenieros lo habrán tenido en cuenta!

—Ah, así está mejor —dijo David.

Una luz blanca brillaba desde abajo. La silueta de David se perfilaba contra ella.

—Incluso hay iluminación aquí abajo —comentó él.

La silueta desapareció de repente. El pasillo de mantenimiento

debía de doblarse allí. Benjamin se asomaba a un ataúd de metal brillantemente iluminado a tres metros de profundidad y se sentía como si formara parte de un espectáculo de magia.

—¿Sigues por ahí? —preguntó él.

Imaginó que David aparecía detrás de él y lo sobresaltaba.

—Sí, todo bien, ¿por qué?

—Solo lo confirmaba.

—Estás preocupado por mí. Qué bonito, Ben.

«Sería más bonito si me llamaras Benjamin», se dijo. Aunque David tenía razón. Estaba preocupado por él. Habían sido cuatro, una familia pequeña. Ahora eran tres. Tenía miedo de quedarse solo con Aaron. No tenía miedo de Aaron, tenía miedo de lo que él mismo pudiera hacer.

◓

—ESTOY EN EL DISTRIBUIDOR —informó David.

—¿Y?

—Un momento.

—¿Sabes cómo debería ser?

—Sí, lo tengo en mi visera. Se ve más o menos bien.

—¿Más o menos?— preguntó Benjamin.

Más o menos nunca ha sido sinónimo de bien.

—La entrada de masa de reacción a los DFD está bloqueada justo antes del distribuidor.

Benjamin tecleó un par de comandos en los controles de su muñeca para mostrar el plano del distribuidor de masa de reacción en su visor.

—No hay válvulas manuales —le dijo.

—Sí, hay una, y está cerrada. Ven aquí si no me crees. Pero no aparece en los planos.

—Eso significa que el sistema tampoco lo sabe. Si hubiera intentado acelerar la nave...

Benjamin titubeó.

—... los DFD no arrancarían —continuó David—. Aumentaría la presión para que fluyera más masa de reacción hacia los DFD, pero seguiría sin ocurrir nada. Seguiría aumentando la presión hasta que se produjera una explosión.

—Pero se supone que el sistema interviene cuando la presión del depósito sube demasiado —dijo Benjamin—, y liberaría la masa de reacción a través de la válvula de emergencia.

—Supongo que se olvidó de hacerlo. O alguien lo impidió.

—Christine. Es la única que podría haber desactivado la válvula de emergencia. Es la comandante. Había sido la comandante. ¿Entiendes de qué la estás acusando, Dave?

Por supuesto que David lo entendió. Él mismo ya había sospechado de ella. Pero ella no habría intentado huir por razones egoístas. Ella debe haber causado la explosión deliberadamente. ¿Tenía fiebre de cabina? ¿No se habrían dado cuenta si hubiera estado enferma?

—Los hechos son los hechos —afirmó David—. Podemos preocuparnos de cómo interpretarlos más tarde. Y solo podremos emitir un veredicto cuando hayamos probado que impidió la liberación de presión de emergencia. También es posible que cerrara la válvula manual por una fuga y la de emergencia fallara por otra razón. Pero el depósito está en muy buenas condiciones considerando la explosión. Creo que tuvimos mucha suerte dadas las circunstancias.

—El depósito se compone de varias secciones. El sistema solo debe haber aumentado la presión en la delantera. Si todo hubiera explotado, el Shepherd-1 no sería más que chatarra.

—No puedo imaginar a Christine queriendo eso. Ella dedicó toda su vida a esta misión. No puedes tirar eso por la borda.

—Ojalá tengas razón, David.

—El ordenador central debería decirnos qué ha pasado.

—Necesita energía para eso. Así que tenemos que conseguir que los DFDs vuelvan a estar en línea. Deberías alcanzarlos a través del mismo pasillo de mantenimiento.

—Vale. Esperaba salir de aquí pronto, pero supongo que primero salvaré rápidamente nuestras vidas.

—Es demasiado tarde para salvar todas nuestras vidas, Dave.

•

—Ay, esto está apretadísimo.

—Lo siento, Dave. Creo que eres la primera persona que ha bajado desde que despegamos de la Tierra.

—Qué honor. Uno del que podría prescindir.

Eso era típico de David. Probablemente se sentía claustrofóbico. Quejarse un poco a veces le ayudaba.

—Argh. ¿Por qué no podían hacer estos peldaños del mismo tamaño?

Benjamin se limitó a asentir.

—Oye, mi mochila propulsora se ha atascado otra vez. ¿No podrían habernos dado un robot de mantenimiento?

—Supongo que eres más barato que un robot, David.

—Barato y sucio —rio.

Su compañero de tripulación debería llegar pronto a los DFD.

—¿Y ahora qué? Maldito gancho. ¡Intentó desgarrarme el traje!

—Ten cuidado.

—Ya tengo cuidado. Ay.

David murmuró algo incomprensible, probablemente un improperio.

—¿Qué ha pasado?

—Me golpeé el casco contra un puntal.

—¿El casco está bien?

—¿Sueno como si me estuviera sofocando, Ben?

—No, yo solo...

—Espera. Estate quieto —le interrumpió David.

Benjamin escuchaba, pero lo único que oía era el sistema de soporte vital del exotraje. ¿Qué había oído su compañero?

—Es como si alguien subiera hacia aquí —dijo David.

—Pero el pasillo de mantenimiento no tiene aire.

—Sí, claro. Puse la oreja contra la pared. ¿Crees que soy estúpido?

—No, David. Yo solo...

—¡Silencio!

Pasó medio minuto. Cuarenta y cinco segundos, un minuto.

David se rio tan fuerte por el micrófono que Benjamin tuvo que bajar el volumen. Era una risa de alivio.

—¿Qué pasa? —preguntó Benjamin.

—El ruido. Es un cable golpeando rítmicamente contra la pared en una corriente de aire por una fuga en el sistema de soporte vital. Y me asustó. Casi me meo encima. Es espeluznante estar aquí abajo.

—¿No tienes pañal?

—Hombre, imaginé que esto no me llevaría mucho. Espera, ¿qué tenemos aquí?

—¿Cómo?

—DFD número uno. Parece muerto.

—Si levantas el carenado, deberías ver el panel de control.

—Ya estoy en ello. Sí, aquí está.

—¿Qué dice la pantalla?

—PWRD DN 74.

Benjamin introdujo el código en su muñeca y recibió la respuesta en su visor.

—Apagado debido a las vibraciones —leyó—. Las vibraciones repentinas suponen un peligro de que el plasma caliente entre en contacto con las paredes del contenedor. Para protegerse, el Propulsor de Fusión Directa (R) se apaga automáticamente en tales casos. El reinicio se controla de forma centralizada o puede hacerse manualmente.

—Tres hurras por el que escribió el manual —se burló David—. Vale, ¿por qué el ordenador no reinició automáticamente el DFD?

—Porque ya había pasado al modo de emergencia y no había energía suficiente.

—¿Quién es el responsable de esa pieza de programación? Si el

Shepherd volara de forma autónoma, habría sido el final.

—Por eso estamos aquí, David.

—Sí, por suerte. ¿Y ahora qué?

—Reinícialo manualmente. Debería haber un botón de reinicio.

—Ya lo veo.

—Ahora púlsalo…

—Lo estoy pulsando.

—¿Y?

—Todavía nada.

—Tarda un rato. El impulsor químico tiene que calentar la cámara de plasma y cargar las bobinas.

—Lo sé, lo sé. Soy copiloto, ¿recuerdas? Vaya, de repente hay mucha luz aquí abajo. Y hace viento.

—¿Viento?

—Sale mucho más aire por la fuga del soporte vital.

—El ordenador principal tiene energía ahora, y está encendiendo la nave de nuevo. ¿Hay algún problema?

—No, solo es aire. Puedo lidiar con ello.

—Bien, te veré por aquí. Ten cuidado de todos modos.

«Recogí a Ali de párvulos a la hora de comer. Por favor, ven tan rápido como puedas. Mamá».

Rachel volvió a leer el mensaje. Le había pedido a su madre cientos de veces que no fuera tan críptica. ¿Alishondra se encontraba mal o estaba bien? ¿Necesitaba a Rachel o solo estaba poniendo a prueba sus límites? Rachel respiró hondo. Por suerte, MOM, su jefa, también tenía dos hijos, así que lo entendía. Y no esperaban otra transmisión hasta dentro de dos días.

Salió corriendo del edificio. ¿Dónde estaba el taxi autoconducido? Debería estar en la puerta. El símbolo del coche estaba en el lugar correcto en el mapa de su teléfono. Pero el coche no estaba allí. ¿O habían empezado a enviar coches invisibles? Llamó a la línea directa.

—Tiempo medio de espera: 17 minutos.

Mierda. Terminó la llamada. Seguro que, si cancelaba la reserva y llamaba a otro taxi, no tardaría más de diez minutos.

Un gran Mercedes negro entró en la calle. Se detuvo a poca distancia y Charles se apeó. Ella se había preguntado por qué no estaba en el Control de Misión. Cuando la vio, se detuvo en seco, volvió al coche y golpeó el parabrisas tintado. La ventanilla lateral se deslizó hacia abajo.

—Ah, aquí está —dijo Charles al coche.

¿Hablaba de ella? Alguien debió de responder, pero en voz demasiado baja para que ella pudiera oírlo. Charles se enderezó y se acercó a ella.

—A Ilan le gustaría conocerte —afirmó él—. ¿Puedes dedicarle unos minutos?

Ilan Chatterjee, uno de los hombres más ricos del planeta, propietario de Alpha Omega, Nobel de la Paz y jefe de Charles. ¿Quién podría decirle que no? Ella podría.

—Perdona. Ali no está bien, me voy a casa.

—¿Tu hija?

¿Cuándo le había hablado de su hija? Tal vez Charles solo estaba sumando dos más dos.

—Sí. Estoy esperando un taxi.

—Había uno en la avenida principal. Tenía una rueda pinchada. Pero ¿tal vez podamos ayudar?

Charles volvió a la ventanilla abierta, se agachó y habló en voz baja con el pasajero, supuso que Ilan. Asintió, y luego volvió.

—A Ilan le gustaría llevarte a casa. Podéis hablar por el camino.

—No quiero hacerle perder su valioso tiempo.

—No nos desviaremos mucho, y no le importa.

¿Cómo sabía dónde vivía? ¿Tenía Alpha Omega acceso a todos los archivos de personal de la NASA? Miró la aplicación de taxis. El siguiente estaba a diez minutos. Bien. Era poco probable que el hombre quisiera secuestrarla.

—De acuerdo —dijo ella.

Charles la guio suavemente del brazo hasta el sedán. La puerta lateral se abrió sin hacer ruido. Ella se agachó. Un rostro juvenil le sonrió. Su dueño debía de tener más de sesenta años.

—Por favor, siéntate —pidió el hombre.

Tenía una voz grave, pero melodiosa. Le sentaba bien. Rachel se sentó en el asiento vacío. El corazón le latía deprisa. El interior olía a cuero y a colonia cara. La puerta se cerró. Su instinto de huida se puso en marcha, pero ella lo reprimió.

—Encantado de conocerte —dijo el hombre.

Hablaba con acento sureño, quizá del suroeste de Texas.

—Gracias por llevarme. Mi taxi no ha llegado aún.

—No hay problema, no me desviaré mucho. Charles me ha hablado tanto de ti que me ha picado la curiosidad. Soy Ilan.

—Rachel.

Estudió su rostro. Parecía diez años más joven que ella en la penumbra. Pero eso era imposible. Había resuelto el conflicto entre Pakistán e India cuando ella aún estaba en la universidad.

—¿Por qué le intereso? —le preguntó ella.

—¿Sabías que tenemos raíces similares? Soy de Beaumont. Tú también, ¿verdad?

Beaumont figuraba como su lugar de nacimiento en su expediente. Aunque se había criado en Rose City, un pequeño suburbio de las afueras. Él no necesitaba saberlo.

—Qué casualidad —dijo ella—. Entonces quizá nos cruzamos sin darnos cuenta.

—Sí, tal vez. Aunque mi familia me controlaba mucho. Siempre envidié a los niños más pobres. Tenían mucha más libertad que yo.

—Libertad, bueno, supongo que se podría llamar así.

—Lo sé. Yo era un idiota. Fue un largo camino desde allí hasta una corporación global.

De eso no había duda. Rachel había leído algo sobre la empresa. Supuestamente, su fundador había logrado fusionar las economías de India y Pakistán. Los dos países eran ahora el centro de ingeniería del mundo, ya no era Alemania. No hacía falta una revolución para conseguirlo, bastaba con la democracia en funcionamiento de la India y el ansia de vivir de los pakistaníes. Pero seguro que no la había invitado para hablar de eso.

—Dígame, ¿por qué estoy aquí? —preguntó ella.

—Hablas con mucha franqueza. Charles me lo comentó.

Ilan pronunciaba la R un poco como en castellano. Quizá tuviera raíces mexicanas o cubanas.

—Creí que era ciudadano indio —dijo ella.

Si iba a mostrarse escurridizo, al menos ella podría satisfacer su curiosidad.

—¿Por mi apellido? Mi abuelo emigró a Estados Unidos desde Cachemira. Soy estadounidense.

—¿Y qué tiene de interesante este proyecto para que Alpha Omega quiera cofinanciarlo?

—No me gusta presumir, aunque la nave, el Shepherd-1, no existiría sin nosotros.

—Pero debe haber una razón.

—Sí, Rachel. La investigación. La lente gravitacional solar puede responder a nuestras preguntas sobre nuestros orígenes. Musulmanes, judíos, cristianos, hindúes… es de interés para todas las religiones. Y Alpha Omega está en el punto de contacto.

—¿De verdad cree que puede vislumbrar a Dios?

—Yo no lo diría así. Pero averiguaremos qué ocurrió en el momento de la creación. Y eso tendrá consecuencias. Ese conocimiento pertenece a toda la humanidad. Ahí es donde entras tú, Rachel.

—¿Yo?

—Tú eres el enlace con nuestros astronautas, los científicos de ahí arriba que serán los primeros en ver lo que ve la SGL. Imagino que ese conocimiento podría cambiar a la humanidad. Por eso necesitamos una CapCom con tu sensibilidad. Tienes que convencer a los astronautas para que nos transmitan sus conocimientos bajo cualquier circunstancia. Una tripulación de cuatro miembros es necesaria para el éxito del proyecto, aunque también son su punto débil. Tal vez. Son... humanos, y los humanos cometen errores.

—Menuda responsabilidad me ha dado. ¿Quién seleccionó a los cuatro astronautas?

El coche se detuvo. ¿Habían llegado ya? Ilan Chatterjee era un buen interlocutor, tenía que admitirlo, y un hombre fascinante.

—Nosotros, Rachel, aunque estoy seguro de que ya te diste cuenta. También te elegimos a ti. Por eso me alegro tanto de conocerte por fin.

—Gracias —contestó ella.

Por suerte, estaba oscuro, así que Ilan no pudo ver cómo se ruborizaba. El aire se volvió cálido y húmedo. La puerta se había abierto tan silenciosamente que ella no se había dado cuenta.

—Soy yo quien debería darte las gracias. Saluda a tu madre y a tu hija de mi parte.

—SOSTENLE EL BRAZO, por favor —pidió David.

Benjamin cogió la mano de Christine. Estaba helada.

—Más alto.

Le agarró el brazo. Tenía una cicatriz circular cerca del dobladillo de la manga de la camiseta. Tenía un borde definido y era rojiza en el centro. Se notaba porque, por lo demás, Christine tenía la piel muy pálida. La cicatriz le resultaba familiar. Él tenía una igual. Instintivamente, se tocó el brazo.

—Tío, se supone que debes mantener su brazo quieto —le criticó David—. No queremos que se descongele del todo.

Benjamin le sujetó el brazo con ambas manos. David tiró de la manga del uniforme sobre él.

—¿Es esto necesario? —preguntó Aaron.

Estaba de pie a los pies de la tumbona, observándoles.

—¡No empieces otra vez! Léelo tú mismo —dijo David—. Reglamento, último capítulo. Normas funerarias espaciales.

Habían pasado media hora discutiéndolo. A Benjamin aún le sorprendía que David insistiera en seguir estrictamente las normas de una organización de la que les separaban veinte años. Sobre todo, porque normalmente le molestaba que le impusieran normas.

—Ahora levanta su torso.

Cumplió. Todavía no había gravedad en la parte central de la nave. Pero eso no hacía más fácil ponerle un uniforme a un cadáver que parecía querer salir volando. Era como si el cadáver intentara librarse de llevar el maldito uniforme.

—¿Lo veis? Había sido una mala idea medio descongelarla —exclamó David, tirando de la chaqueta sobre el brazo extendido de Christine.

—Aaron, puedes preparar la bandera.

Aaron murmuró algo incomprensible. Tenía la cara roja y Benjamin podía ver gotas de sudor en su frente. Aaron se estaba tomando la muerte de Christine peor que los otros dos. No había dicho una palabra desde ayer, y cuando decía algo, apenas le entendían. Pero se dio la vuelta y se inclinó para recoger la bandera americana. Seguía bien doblada. Benjamin asintió y Aaron la sacudió con fuerza con ambas manos. La tela se extendió. Una ola onduló hasta el extremo de la bandera y se reflejó en ella.

—Llévate eso —pidió David.

No le vendría mal ser un poco más amable. Aaron tiró de la bandera. No era tan fácil en gravedad cero. Se enroscó alrededor de él. En otras circunstancias, habría sido gracioso, pero Benjamin tenía más

ganas de llorar.

—Querida Christine —dijo David—, es horrible verte ahí tirada de esa manera. Hemos pasado los últimos veinte años juntos, casi como una familia. Pero aún tengo la sensación de no haberte conocido lo suficiente. Me culpo por no haber estado ahí cuando nos necesitabas. No me refiero a las últimas horas antes de la explosión, sino mucho antes. Estabas buscando algo que era más importante para ti de lo que creíamos. Creo que, si hubiéramos hablado más, las cosas podrían haber sido muy diferentes.

Era cierto. Seguían sin hablarse. Aaron se había retraído por completo. Flotaba sobre el suelo con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. ¿Estaba escuchando? Pero Benjamin tampoco estaba libre de culpa. Su horrible sospecha de Christine. Cuando intentaba hablar de ella, las palabras le salían entrecortadas y sin sentido. Estaba muerta. Solo se podía hablar bien de los muertos, ¿no?

—Mi esperanza —prosiguió David— es que ahora te encuentres en un sitio mejor. No estoy seguro de qué tipo de lugar será. Tal vez es el que tan desesperadamente querías ver: el origen del universo. La fuente, donde todo empezó y donde todo sigue siendo posible.

La fuente. Benjamin empezaba a entender por qué a Christine le fascinaba tanto. Para él, siempre se había tratado de extremos y de poner a prueba su mortalidad. Eso era lo que había hecho Christine, y ahora no le parecía tan importante. ¿Quizás deberían terminar la tarea que Christine había empezado?

—Nos despedimos de ti —dijo David— en el largo viaje que nos espera a todos, y te deseo un buen viaje, dondequiera que te lleve. Que estés con aquellos que son importantes para ti.

David hizo una señal. La bandera, era el momento de la bandera. Aaron no reaccionó. Seguía con los ojos cerrados. Benjamin le empujó y le quitó la bandera de las manos. Aaron lo permitió sin abrir los ojos. Benjamin extendió la bandera. David cogió el otro extremo y juntos cubrieron el cuerpo con ella. Levantaron un poco a Christine para que quedara flotando sobre la tumbona. Por último, David enrolló una cuerda en espiral alrededor del cuerpo y de la bandera.

Benjamin abrió la puerta interior de la esclusa. Guiaron a Christine al interior. Benjamin se sobresaltó al ver a alguien detrás de él. Era Aaron. Aaron agarró a Christine por los pies. ¿Qué hacía? Parecía intentar meterla de nuevo en la nave.

—Aaron, para —le ordenó David—. Está muerta.

—Está viva, lo he visto —susurró Aaron.

Esta vez le oyeron con claridad. Benjamin sacudió la cabeza y lo

apartó lo más suavemente posible. Volvieron a salir por la esclusa. Aaron no intentó detenerlo. Pobre hombre. No debería haber sido él quien la encontrara. Había perdido a su mujer hacía mucho tiempo. La muerte de Christine debió de traumatizarle de nuevo.

David cerró la puerta interior de la esclusa. Oyeron un ruido sordo, sería la puerta exterior abriéndose. Benjamin vio que David se estremecía. La luz de estado de la esclusa cambió de verde a roja. Christine fue succionada al espacio junto con el aire de la esclusa. Benjamin la imaginó sumergiéndose en la negrura del cosmos como en un mar profundo y oscuro. Su destino era el fondo del mar. La fuente que lo alimentaba todo. Esperaba que Christine lo alcanzara.

◓

—¿QUÉ pasaba con la esclusa? —preguntó David.

—¿La esclusa? —respondió Benjamin. ¿Adónde quería llegar? Volvían juntos a la sala de control. Aaron había pedido que le dejaran un momento solo.

—La puerta exterior se abrió antes de que pulsara el botón. ¿No te diste cuenta?

¿De verdad? Benjamin recordó la escena delante de la esclusa. David había pulsado el botón para abrir la puerta, y luego había oído el estruendo de la puerta exterior. ¿O había sido al revés? Eso era imposible. La puerta no podía abrirse antes de que alguien diera la orden. Sería un peligro extremo para la seguridad.

—No puede ser —dijo Benjamin—. Está conectado a los controles de la esclusa, por razones de seguridad.

—Pues eso es lo que pasó. Me asusté.

—Recuerdo que te sobresaltaste.

—Sí, porque oí abrirse la puerta exterior.

—No estoy seguro.

Benjamin se aferró al recuerdo, pero se le escapó. Resurgía una y otra vez, pero cada vez que parecía estar a su alcance, se evaporaba.

—No, David, lo siento. ¿Quizá la nave abrió la puerta? El sistema debe haber notado que no había nada vivo en la esclusa y que la puerta interior estaba cerrada.

—Claro, pero entonces ¿por qué debería abrir la puerta exterior? Nadie se lo pidió.

—¿Porque quería ayudar?

—La nave no quiere nada. Está controlada por un sistema automatizado, no por inteligencia artificial. Alpha Omega eligió no usar una IA.

—Eso es lo que nos dijeron, Dave.

—Oh, vamos, eso suena a teoría de la conspiración. Hasta ahora no

ha habido ninguna otra señal de que la nave sea inteligente. ¿Por qué se revelaría ahora? No tiene sentido.

—Tienes razón. Echemos un vistazo a la bitácora.

◓

—QUÉ INTERESANTE —murmuró David.

Benjamin se abrazó las piernas e inclinó el respaldo hacia arriba. Tenía el pie izquierdo entumecido. Se tapó el pecho con la manta. Todavía hacía demasiado frío en la sala de control. ¿Cuánto tardaba el sistema en restablecer la normalidad tras una parada completa?

—¿Encontraste algo? —le preguntó, mirando por encima de su pantalla a David, que estaba buscando en la memoria del ordenador desde otro terminal.

—Encontrar sería exagerar un poco. Christine transfirió todos los datos de la lente gravitacional a su propio ordenador, que los cifró con una contraseña. Ese hecho por sí solo es interesante.

—Sí, aunque eso no nos dice nada. ¿Podemos acceder?

—No. El cifrado no puede ser quebrantado. Necesitamos su contraseña.

—Quizá los del Control de Misión puedan ayudarnos. Iría más rápido con el ordenador cuántico de la NASA.

—Claro, pero incluso eso llevaría unos meses. No tenemos tanto tiempo.

—¿No? ¿Tienes que estar en casa para cenar o algo así?

—El Control de Misión podría decidir abortar la misión —dijo David—. Tengo la sensación de que tenemos que salir de aquí.

—Eso sería bueno para Aaron. Deberíamos discutirlo con los del Control de Misión. Aaron necesita un terapeuta.

—Todos lo necesitamos, Ben. Creo que me estoy volviendo loco poco a poco. Pero ¿cómo se supone que hablemos con un terapeuta en la Tierra? Los del Control de Misión no sabrán qué pasó aquí hasta pasado mañana. Recibiremos nuevas instrucciones en seis días. En diez días recibirán el mensaje de que quisiéramos un terapeuta, y tendremos noticias del terapeuta en dos semanas. Creo que estamos por nuestra cuenta.

—¿Dijiste que estás perdiendo la cabeza? ¿Puedo ayudarte? Siempre puedes hablar conmigo, David.

—Te lo agradezco. Pero estaré bien. Solo estoy experimentando más *déjà vu* de lo habitual. ¿Conoces la sensación de que algo ya ha ocurrido antes de que lo percibas?

—Eso no es un *déjà vu*. Pero no sé cómo se llama. Una vez leí que ese tipo de fenómenos se originan en la corteza frontal. Tal vez deberíamos entrar en el escáner de resonancia magnética.

—¿Nosotros?

—A mí también me pasa de vez en cuando.

ERA LA PRIMERA vez que tenían que buscar algo en la bitácora del sistema. Se había impuesto una tarea difícil, porque la nave lo registraba todo, desde cuando se tiraba de la cadena del retrete hasta cuando se pulsaba el botón de encendido del microondas. Además, estaban todas las acciones que los sistemas de la nave realizaban automáticamente las veinticuatro horas del día, como el reciclaje de residuos y el tratamiento del aire.

Hojeó la mayoría de las entradas. Como era de esperar, en el momento de la explosión, la bitácora mostraba un aumento de la presión en el depósito de masa de reacción. No indicaba ninguna razón, solo enumeraba lo que habían medido los sensores y actuadores. Pero en ese momento, la presión de la masa de reacción en los propulsores era tan baja que los DFD no podían proporcionar ningún empuje. Si la nave daba la orden de acelerar, se pondría en marcha la desastrosa cadena de acontecimientos que condujo a la explosión. Pero la bitácora no había registrado si se había dado esa orden. Así que no había pruebas de que Christine hubiera provocado la explosión.

—¿ALGUNA novedad en la bitácora? —preguntó David.

Benjamin dio un sobresalto. Debía de haberse quedado dormido. Últimamente le resultaba agotador leer textos largos.

—No, yo... lo siento, supongo que me quedé dormido —se disculpó, bostezando y frotándose los ojos.

—No te preocupes, Benjamin. Deberíamos dejarlo por hoy. Mañana será otro día. El siguiente informe para los del Control de Misión no es hasta pasado mañana.

—Enseguida voy —dijo Benjamin—. Y luego deberíamos ir a ver a Aaron, ¿no? Supongo que le vendrá bien un poco de compañía.

—Yo también lo creo. ¿Sabes qué? Iré a verlo ahora. Sería bastante triste si no puedo al menos distraer un poco a nuestro amigo israelí.

—Gracias, no tardaré.

David hizo ademanes de nadar y salió de su campo de visión. Benjamin se recostó y saboreó la soledad. ¿Debía volver a cerrar los ojos un momento? David había cambiado mucho desde la tragedia. ¿O era él quien ya no era él mismo? En cualquier caso, ahora se sentía más cerca de su compañero. El sentimiento de pérdida debía de

haberles unido.

Podría descansar más tarde. Es hora de ocuparse de la bitácora. Repasó las entradas cronológicamente. Allí, la puerta del almacén se abrió cuando Aaron fue a buscar la bandera. Luego sonó la cisterna de un retrete. Aaron debió de usar un retrete al volver. No, dos. Usó la cisterna en ambos. Debía de tener el aparato digestivo hecho un asco. Las luces se habían encendido y apagado solas en los pasillos. Podía rastrear sin problemas los movimientos de todos los miembros de la tripulación en el archivo de bitácora. Mañana debería echar un vistazo al último día de Christine. Debió de ocurrir mientras estaban fuera con el grupo. Pero ¿qué? ¿Quería destruir la nave o fue solo un terrible accidente?

La puerta de la sala situada frente a la esclusa se abrió. Aaron había traído la bandera. Durante un rato no pasó nada. David estaba dando su discurso. La puerta interior de la esclusa se abrió. Trasladaron a Christine a la esclusa. Aaron les pidió que la sacaran. Salieron de la esclusa. Se cierra la puerta interior. La puerta exterior se abrió. El aire salió al vacío y arrastró consigo el cadáver de Christine. Luego el botón.

Benjamin se detuvo. Por hoy era suficiente. Allí estaba en blanco y negro que la puerta se había abierto antes de pulsar el botón. ¿Había intervenido la nave? ¿Había una descarga estática en los controles que la puerta interpretó como una orden de apertura? Era la única explicación lógica.

Apartó el monitor. Debían tener mucho cuidado de no volverse locos aquí fuera. Al parecer, el aislamiento prolongado no era bueno para el espíritu humano.

—MIERDA... ¿eso? ¿Ahora... qué?

La alarma sonaba tan fuerte que solo podía oír la mitad de las palabras de David. ¿Dónde podía apagar la maldita sirena?

Aaron entró flotando en la sala de control en ropa interior. No les saludó, sino que se dirigió directamente a la consola del ordenador principal. Llegó hasta detrás de ella, suspendido boca abajo. Todo quedó en silencio.

—Uf, gracias, eso era horrible —dijo David.

Benjamin se frotó la oreja. Sin el ruido estridente, su pulso se calmó rápidamente.

—Buenos días —saludó Aaron—. Pero sabes que eso no significa que el peligro haya pasado, ¿verdad?

Benjamin suspiró. Aaron tenía razón, por supuesto. Pero se alegró de volver a ver a su compañero como el de antes. Tranquilo y sereno.

—Supongo que no va a ser un buen día —opinó Benjamin.

Aún no podían acoplar sus cápsulas en el anillo de la nave, así que habían dormido cerca de la sala de control. Había numerosas habitaciones pequeñas casi sin mobiliario. El Shepherd-1 había sido generosamente diseñado.

David ya estaba sentado en el terminal del ordenador principal, tecleando comandos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Benjamin.

—Alarma de proximidad. Algo se nos acerca —respondió David.

—¿No deberían habernos avisado los del Control de Misión? —inquirió Aaron.

—Supongo que es demasiado pequeño, sea lo que sea, invisible desde la Tierra.

—¿Entonces no es un peligro para nosotros? —preguntó Aaron.

—La nave no lo considera así, y me inclino a creerla.

—¿Qué ha detectado la nave? —inquirió Benjamin.

—Ahora lo tengo en pantalla. ¿Queréis echarle un vistazo?

Benjamin se acercó a David y Aaron llegó desde el otro lado. Juntos miraron al intruso que tan bruscamente les había despertado. Benjamin sintió la ausencia de Christine e instintivamente miró hacia la puerta, medio esperando que entrara flotando.

—¿Cometa o asteroide? —preguntó Aaron.

—Bueno… —respondió David.

—Lo que Dave quiere decir —explicó Benjamin— es que no lo sabremos hasta dentro de unos meses, hasta que el objeto se acerque al Sol y desarrolle una cola.

—O no lo haga —dijo David. —De todos modos, no es un objeto

conocido en la base de datos. De lo contrario, el Shepherd lo habría evitado antes automáticamente.

—Solo tiene diez kilómetros de diámetro, si lo estoy viendo bien —apuntó Aaron—. ¡No debería ser problema!

—Ayer lo hubiera sido —constató Benjamin.

—Por suerte habéis puesto los DFDs de nuevo en línea.

—No lo celebréis demasiado pronto. Aún podría ser un problema —dijo David.

—¿Por qué?

—Por eso, Ben.

David señaló un borrón alrededor del núcleo gris oscuro claramente definido del objeto que giraba lentamente en la pantalla.

—Supongo que no es una nube de lluvia —dijo Benjamin.

—No. Solo lo parece desde lejos. La nube en realidad consiste en granos de hasta quince centímetros de diámetro. Y en su mayoría son rocas.

—Uf —exclamó Aaron—. Un grupo de balas de cañón. ¿Y la distribución?

Esa era la cuestión. Asteroides de ese tamaño podían penetrar en el casco del Shepherd-1 y las cápsulas. Por no hablar de lo que pasaría si un trozo golpeara uno de los propulsores. Tenían que apartarse de su trayectoria. Pero ¿hasta dónde se extendía la nube? Parecía mucho más grande que el objeto que estaba en el centro.

—La distribución es típica. Densa en el centro y más tenue en los bordes —contestó David.

—Dinos ya el diámetro de la nube —pidió Benjamin.

—No es tan fácil de calcular. Constantemente llegan nuevas señales. Pero yo diría que deberíamos alejarnos al menos 110 kilómetros para minimizar el peligro de impacto.

—¿Ciento diez kilómetros? ¿Y cuánto tiempo tenemos, Dave?

—Suficiente, espero. Encenderé los motores. Menos mal que, ayer, nos dimos cuenta de que esa válvula estaba cerrada.

—¿La parte afectada del depósito no es un problema? —preguntó Benjamin.

—No, como mucho hemos perdido el cinco por ciento de nuestra masa de reacción.

—¿El material debería seguir fluyendo hacia los propulsores?

—Claro, Ben; cada sección del depósito tiene su propia línea de suministro. Eso también es práctico para repostar.

—Bueno, eso es un alivio —dijo Benjamin.

—Las desgracias no vienen solas —comentó Aaron, refiriéndose a la tendencia que tienen las desgracias de ir siempre acompañadas de otras desgracias.

—Yo diría que ese es el lado bueno —argumentó David—. Si todo

el depósito de masa de reacción hubiera estallado, como aparentemente pretendía Christine, entonces no podríamos apartarnos del objeto ni de la nube.

—Ella no pretendía eso —susurró Aaron—. No puede ser. Ella no era así.

Benjamin suspiró. No, no podía ser cierto, y sin embargo todo apuntaba a ello. De hecho, podía ser incluso peor. ¿Y si Christine ya había divisado el asteroide con sus potentes instrumentos? ¿Y si intentaba evitar que la nave realizara una maniobra evasiva? Porque esa sería la forma más eficiente de destruir por completo a Shepherd-1.

—AGÁRRAOS FUERTE —ordenó David.

Comenzó. Una fuerza invisible tiró del cuerpo de Benjamin. Se agarró al respaldo del asiento de David, apuntó con las piernas al asiento situado diagonalmente detrás de él y se soltó. Fiusss. La fuerza le hizo retroceder. Agarró el cinturón y lo utilizó para subirse al asiento. La aceleración aumentó.

—El DFD número uno ya funciona a plena potencia —informó David.

—Nada mal —dijo Benjamin.

Habían sido sometidos a una fuerza g similar en su largo viaje hasta aquí. Se acomodó en el asiento y se abrochó el cinturón. Aaron se había sentado junto a David.

—Eso no es nada —exclamó David—. Encendiendo el segundo DFD.

La inercia de Benjamin le apretó más contra su asiento. ¿Y David lo había conseguido con solo dos propulsores? ¿De qué era capaz el Shepherd cuando los diez propulsores funcionaban a plena potencia?

—Cuidado, ahora va el número tres.

Ya tenían al menos 3 g. Benjamin presionó un botón para soltar el espaldar. Cayó fuertemente, pero era más fácil aguantar la aceleración estando de espaldas.

—Número cuatro de diez —notificó David.

Parecía despreocupado. Incluso divertirse.

—¿Podemos... hacer... eso...? —preguntó Aaron.

—¿Esquivar al objeto y a la nube que lo acompaña? —respondió David—. Creo que sí. Al menos, si ponemos en marcha todos los diez propulsores. Pero será por muy poco. Y, además, sería bastante desagradable.

—Gracias —dijo Aaron.

—De nada —rio David—. Poniendo en marcha al DFD número

cinco.

El cráneo de Benjamin estaba en un tornillo de banco, y alguien lo estaba apretando. Muy pronto no quedaría suficiente espacio para su cerebro. Se saldría por sus conductos auditivos como una pasta gris. Benjamin intentó sacudir su cabeza para pensar en otra cosa, pero no pudo. Él era una mariposa clavada en la tumbona con sus alas desplegadas. El dolor era extraordinario.

—DFD número seis.

Ahora su voz también tenía el sonido de un esfuerzo. Así que David no estaba exento de sentir dolor. La idea tranquilizó a Benjamin. No debería. David necesitaba acelerar tanto como fuera necesario para esquivar al objeto. No podía permitirse que el dolor lo detuviera.

—Séptimo —balbuceó David—. No... puedo...

Mierda. Si David fallara con los controles, estarían perdidos. Benjamin levantó la cabeza. Necesitaba ver la pantalla. Realmente era necesario. Tenía que evitar una colisión. No existía el dolor. Ya había aprendido esto. El dolor solamente era una sensación. Podía aceptarlo y hacerlo a un lado. Su cabeza se movió. Era un trabajo duro, muy duro, pero nada podría detenerlo. La pantalla estaba en rojo. Su ruta de vuelo terminaba al borde de la nube. Los asteroides miniatura los destruirían.

—Venga, David...

—No puedo.

—Venga...

—No.

Está bien. Él podía hacerlo. Solamente necesitaba llegar a los controles. Era una distancia de dos metros como máximo. Habían entrenado para eso, medidas de emergencia bajo elevadas fuerzas g. No había obstáculos. Solo tenía que mover su cuerpo. Su cuerpo era su amigo. Sus músculos tenían la fuerza suficiente. La situación era manejable. Cada parte de su cuerpo podía mover más que su propio peso. Forzó a su brazo a soltar el cinturón. La parte superior de su cuerpo se levantó cuando le dio la orden. Su mente estaba serena.

Se deslizó del asiento y cayó sobre sus rodillas. Sintió el dolor momentáneamente, luego lo hizo a un lado. Se arrastró de rodillas. Las cosas estaban saliendo bien. El fluido que salía de su piel rota hacía las cosas más fáciles. «No mires». Él sabía que era sangre. Pero si la miraba, no podría seguir manteniendo a raya el dolor. Aún faltaba medio metro. Abrazó la base de la consola como si la estuviera venerando. Luego usó sus brazos para levantarse hasta que pudo ver la consola.

Había un recuadro rojo, y una brillante línea curva pasaba por un área llena de cruces rojas. Diez símbolos idénticos brillaban por la

parte inferior de la pantalla. Los primeros siete a la izquierda eran verdes. Necesitaban los propulsores ocho, nueve y diez. Ojalá no fuera tarde. Benjamin levantó su mano hacia la pantalla. No podía llegar por sí sola. Usó la otra mano como apoyo, pero no había nada que sostuviera su cuerpo. Su cara golpeó la base de la consola. Un líquido rodó por su mejilla. Se levantó de nuevo y se apoyó en la consola. Él sabía dónde estaban los últimos tres símbolos. Usó su mano izquierda para guiar su mano derecha hacia la pantalla. Estiró su dedo índice. Parte inferior derecha, ahí es a donde tenía que llevar su dedo.

¡Ya! Cerró sus ojos. La fuerza bajó un poco. Se sentía cómodo. «Déjalo», decía el dolor. Sería un error, decía su mente. Has apagado el séptimo DFD. Tocó el mismo punto de nuevo. La presión aumentó. Pero no era suficiente. Deslizó el dedo hacia la derecha. La pantalla vibró. La fuerza aumentó de nuevo. ¿Había sido suficiente? Intentó levantar la cabeza, pero los músculos de su cuello no tenían la fuerza suficiente. Bueno. Entonces lo haría sin mirar. Necesitaban el noveno y décimo DFD para estar seguros. Su dedo se movió un poco a la derecha. La pantalla confirmó la entrada con una breve vibración. El noveno DFD estaba en marcha. La presión era insoportable. Esto era todo lo que podía hacer. ¿Y si no era suficiente? ¿Y si morían porque no fue capaz de pulsar ese icono?

Puso las manos en el suelo y presionó hasta levantarse un poco. Algo ocurrió en el hueso de su dedo índice derecho. De repente el dedo estaba plano contra el suelo. No le importó, tenía que llegar a la consola. Tenía que presionar el icono. No podía dejarlos morir. Mierda, no podía hacerlo.

La presión disminuyó.

—Déjalo... —rogó David.

La mano de David colgaba de su asiento y saludaba a Benjamin. Benjamin solo veía la mano. Los dedos formaban con ella un extraño ángulo de 270 grados. Debía de estar alucinando. La presión le había aplastado el cerebro.

La fuerza de gravedad descendió a un nivel soportable. Metió las piernas en el cuerpo, para estar un poco más cómodo en el duro suelo. No podía alcanzar su asiento. Su energía estaba agotada. Un rostro apareció frente a él. Aaron. Decía algo. Las palabras se fueron entendiendo poco a poco.

—Estás hecho una mierda.

Benjamin se rio. Aaron puso cara de horror. Debía de tener muy mal aspecto si su risa producía ese efecto.

—No es tan grave —afirmó Benjamin.

Y era la verdad. Se sentía sorprendentemente bien. Se tocó las mejillas, luego se miró las manos, pero no había mucha sangre, solo mucho sudor. Su dedo índice derecho parecía roto. Podría

comprobarlo en la enfermería.

—¿Y nuestra trayectoria de vuelo? —le preguntó.

—Hemos conseguido esquivar la nube —dijo David—. Gracias a ti. Volvemos al área de enfoque.

La zona de enfoque de la lente gravitatoria, ¿tenía algún sentido ir ahora? No se atrevió a hacer la pregunta en voz alta. Quizá debían terminar lo que habían empezado a pesar de todo, aunque hubiera vuelto loca a Christine.

—Pero tengo malas noticias —dijo David.

—Estamos en racha —bromeó Aaron.

El drama parecía haber mejorado su humor. Pero eso era normal, era el subidón de adrenalina.

—Suéltalo —pidió Benjamin.

—Perdimos las cápsulas. Sus anclajes no resistieron la fuerza g.

Deberían haberlo esperado. Cualquier cosa que no estuviera soldada o remachada se quedaba atrás a esa aceleración. Tenían todo lo que necesitaban para sobrevivir a bordo del Shepherd-1. Aun así, era una verdadera pena. Su cápsula había sido su hogar, su refugio. Los dibujos que había hecho en aquel largo viaje, los recuerdos que había traído de la Tierra, nunca volvería a verlos.

—¿No deberíamos ser capaces de recuperarlas? —preguntó—. Seguro que nos siguen, solo que mucho más despacio.

—Las perdimos cuando nuestro curso estaba en un ángulo de sesenta grados con la línea de enfoque. Así que van camino hacia el espacio interestelar. Y todas en diferentes direcciones porque se soltaron en diferentes momentos.

—¿Y si les llamamos a distancia?

—Se mueven demasiado rápido, ya estarán fuera de alcance. Benjamin, lo siento. ¿Había algo a bordo que realmente echarás de menos?

—Mi vida, Dave, mi vida.

VOLVIERON CON UNA aceleración igual a la gravedad terrestre. Era extraño caminar erguido por la nave en lugar de flotar de una habitación a otra. Su cuerpo había soportado el esfuerzo sorprendentemente bien. Probablemente lo notaría mañana, cuando empezara a sentir dolores musculares. Tenía rozaduras en las rodillas, pero dos vendas grandes detuvieron la hemorragia.

David le había pedido que le relevara a los mandos durante un tiempo. Benjamin le oía gruñir de vez en cuando, haciendo ejercicios de yoga en un rincón de la habitación. Su espalda debía de reaccionar a la intensa fuerza con dolor. Aaron estaba ocupado en la cocina. De

vez en cuando oía el ruido de una olla.

Benjamin estudió las columnas de números en pantalla. Acababa de realizar una comprobación completa de todos los recursos almacenados en los sistemas afectados por la explosión. El ordenador había medido el tritio almacenado en los DFD, registrado las cantidades de LOX y H2 en el propulsor químico y calculado el suministro de masa de reacción. Todos los valores coincidían con sus expectativas excepto la última cifra, que era alarmantemente pequeña. Benjamin buscó los parámetros de los DFD e hizo los cálculos mentalmente. Si todos funcionaban a plena potencia, el supuesto suministro solo duraría dos semanas. Nada de aceleración sin masa de reacción. Nunca llegarían a la Tierra con una cantidad tan pequeña.

—Aquí hay algo extraño —le dijo a David.

—¿Sí? —contestó David desde la esquina. La sala de control era tan grande que su voz resonaba.

—Si el sistema está en lo cierto, no trajimos suficiente masa de reacción con nosotros —informó—. No podemos volver a la Tierra con esta cantidad, al menos no en un plazo razonable.

—¿A qué te refieres? ¿Cuánto tiempo necesitaríamos?

—Solo podemos pisar el acelerador durante dos semanas. Eso significaría un vuelo de quinientos años. Incluso la bandada podía ser más rápida que eso.

—Debe haber un error —dijo David.

—No, las cifras están actualizadas y son precisas. El sistema acaba de calcularlas.

—Debemos haber perdido algo de masa de reacción en la explosión. Y usamos un poco durante nuestra maniobra evasiva, pero no nueve décimas partes de nuestro suministro.

—Correcto, Dave. Debió haber desaparecido antes.

Pero eso significaba que habían sido lanzados con muy poca masa de reacción desde el principio. ¿Por qué iba la NASA a poner en peligro esta importante misión? Tal vez podrían haber repostado en Júpiter, pero aquí no había suficiente materia para llenar los depósitos. Los DFD funcionarían porque había suficiente tritio, aunque sin masa de reacción no podrían producir ningún empuje.

—Pero eso no tiene sentido —soltó David—. El sensor de los depósitos debió estropearse con la explosión.

—Es la única explicación que se me ocurre. Deberíamos hacer una prueba de sensores mañana.

—Bien, al menos, así, tendremos algo que hacer. Tal vez podamos llevar a Aaron. Necesita mantenerse ocupado.

David no parecía preocupado por la masa de reacción. Probablemente tenía razón. Tenían suficientes problemas.

—SILENCIO, por favor —ordenó MOM.

Todo el mundo dejó bruscamente de revolver papeles y de hablar con sus vecinos. Incluso el aire acondicionado parecía zumbar más silenciosamente.

No ocurrió nada más. En la sala crepitaba la tensión. A Rachel se le erizaron los pelos de la nuca, pero MOM no dijo nada ni tampoco pasó nada, así que la tensión acabó disipándose. Probablemente, la jefa solo quería reducir el ruido de fondo que llenaba el control de la misión cuando no ocurría nada. Esperaban el siguiente informe de Shepherd-1, pero nadie podía esperar de brazos cruzados durante más de diez minutos. En algún momento, todos empiezan a distraerse con trivialidades. Rachel cogió el lápiz y garabateó en una hoja de papel. Necesitaba practicar. Su hija de cuatro años dibujaba mejor que ella. ¿Cómo sería cuando empezara el colegio?

En su anterior trabajo no podía permitirse ese lujo. Cuando los astronautas de los que era responsable giraban en órbita directamente sobre ella y podían bombardearla a preguntas en cualquier momento, tenía que estar siempre alerta. Era agotador. Se alegró mucho de que le propusieran la misión SGL. Con un tiempo de tránsito de la señal de cuatro días, era casi como en los viejos tiempos, cuando la gente escribía cartas en papel. No había un diálogo real, era más bien un intercambio de historias.

Rachel se estremeció. Alguien le había tocado el hombro. Se dio la vuelta y miró a Charles, que debería estar sentado mucho más atrás. ¿Por qué parecía tan asustado? ¿Era su expresión? Ensanchó la boca para esbozar una sonrisa.

—Lo siento —susurró—. Me preocupa la nave.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja—. Seguro que tendremos noticias de ellos.

Le entregó su teléfono. Había un mensaje en la pantalla.

—Breve aumento del brillo en la posición de Shepherd-1.

—¿Qué se supone que significa eso? —inquirió ella.

—Alpha Omega está siguiendo la nave a través de varios telescopios —dijo él.

—Pero es demasiado tenue.

—Normalmente, sí, excepto durante la fase de aceleración.

—Sí. ¿Y?

—Alguien grabó un destello de luz en la posición aproximada de la nave.

—¿Y crees que tiene algo que ver con Shepherd-1?

—Si no, es una extraña coincidencia. Y no ha habido contacto.

Otra coincidencia.

—No sé, podría haber tantas explicaciones para un destello de luz.

—Bueno, nuestros científicos lo encontraron lo suficientemente anormal como para que el jefe me enviara este mensaje.

—DSN en línea —llamó alguien de la izquierda.

Por fin. El mensaje estaba llegando.

—¿Ves? —le contestó a Charles, volviéndose hacia delante.

—Madrid está en directo —indicó el irlandés de la DSN. Siempre lo decía lo mismo.

El COM se quedó en silencio. Los cuatro astronautas no tardarían en aparecer en la pantalla.

HABÍA TRES HOMBRES en la gran superficie de proyección. Parecían increíblemente serenos teniendo en cuenta el mensaje que transmitían. Un astronauta, el comandante de la misión, había muerto en circunstancias desconocidas. La nave había sufrido daños y la misión estaba a punto de cancelarse. Nadie hablaba. Rachel miró a su alrededor. La mayoría de sus compañeros tenían la mirada perdida. Charles se llevaba las manos a la cara como un niño pequeño.

—Mierda —soltó MOM.

Una mujer al fondo se rio nerviosa.

—Bueno —dijo Alison. Se levantó y se dirigió al frente de la sala —. Todos hemos oído lo que pasó. Esto significa mucho trabajo. No podemos dejarlos tirados. La tripulación nos necesita. Espero sugerencias de todas las estaciones. Tienen hasta las seis, luego lo revisaremos todo juntos y formularemos una respuesta. ¿Alguna pregunta?

Nadie intervino. Rachel tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar. Tenía que avisar a su madre de que llegaría tarde.

—Ah, sí, una cosa más —añadió MOM—. Ni una palabra fuera de esta sala. Quiero que se aclare la situación antes de que se enteren la prensa.

—¿HAS vuelto a comprobar la esclusa? —preguntó Benjamin.

—Sí, todo va bien —respondió David desde la sala de control.

Benjamin flotó hasta la ranura de observación. La esclusa estaba muy iluminada. La puerta exterior estaba cerrada. Debía tener cuidado de no volverse paranoico. Comprobó su casco.

—Bien, Aaron, puedes abrir la puerta —le dijo.

Su compañero de tripulación pulsó el botón y la puerta interior se deslizó hacia un lado. Benjamin entró flotando y Aaron le siguió. Cerraron la puerta desde dentro. Una luz roja empezó a parpadear y el sistema de soporte vital extrajo el aire.

Dos días antes, Christine había estado allí. Benjamin todavía podía oler su perfume, lo que no era inusual: estaban en una nave espacial que se llenaba continuamente del mismo aire reciclado, sin ventanas.

—¿Tú también lo notas? —preguntó Aaron.

—¿A Christine?

Aaron le miró extrañado.

—Las vibraciones en el suelo, quiero decir, ese débil traqueteo.

—Probablemente algún tipo de interferencia de los propulsores.

—Pero ya no estamos acelerando.

—Tres de los diez DFD funcionan como generadores.

—Supongo que será eso. Lo siento, últimamente el menor ruido inexplicable me pone nervioso.

—No hace falta que te disculpes, Aaron. Todos estamos igual.

—Gracias. Por cierto, tienes razón.

—¿En qué?

—Todavía hay algo de ella aquí. De Christine.

Benjamin se dio la vuelta. No quería que Aaron viera las lágrimas en sus ojos.

—La esclusa está despresurizada. Apretaré el botón —dijo Aaron.

—Bien.

Benjamin se sintió desorientado cuando la puerta exterior se abrió frente a él como una cortina que se descorre. La inmensa negrura comenzaba justo al otro lado. Su respiración se aceleró. Si salía ahora, seguiría a Christine. Solo tenía que soltar la mochila propulsora. Sin impulso, su movimiento seguiría una línea recta paralela a la de Christine. Se encontrarían en algún punto de la eternidad. Las leyes matemáticas lo garantizaban.

LA GRIETA EN la sección de propulsión parecía una profunda herida abierta. Parecía dolorosa, pero apenas afectaba a Shepherd-1. La estabilidad de la nave había quedado demostrada ayer.

Aaron tomó la delantera. Se agarró a un saliente y se dio la vuelta.

—¡Mirad, por allí!

Benjamin giró la cabeza para alumbrar con la linterna del casco en la dirección que señalaba Aaron. Allí estaba. La cápsula C.

—Cápsula C de Christine —murmuró.

—Y B de Benjamin. Oye, ¿no me digas que no te habías dado cuenta? —Aaron se rio.

—Yo... lo cierto es que no. A, B, C, D. Me imaginé que era como 1, 2, 3, 4. Nunca pensé en ello.

—¿Qué pasa? —se interesó David.

—Benjamin acaba de darse cuenta de que las cápsulas llevan nuestras iniciales.

—Vaya, es rápido. ¡Felicidades! ¿Qué os hizo reparar en ello?

—Encontramos la cápsula C —contestó Benjamin—. La explosión debió de lanzarla contra la nave con tanta fuerza que ni siquiera a 9 g se desprendió.

—Oh, eso es bueno —dijo David.

—No creo que se pueda reparar —opinó Aaron.

—Tenemos un montón de piezas de repuesto almacenadas —apuntó David—. Pero, aunque no consigamos que vuelva a funcionar, quizá averiguaremos qué descubrió Christine. No podemos acceder a su memoria cifrada en el ordenador principal. Lo he intentado todo.

—Vale, echaremos un vistazo —contestó Benjamin—. Pero antes comprobaremos los sensores del depósito.

EL PASILLO DE mantenimiento era muy estrecho. Debería haber dejado ir a Aaron. Benjamin se apretujó entre el metal helado del depósito y la superficie exterior más cálida del blindaje del propulsor. No habría sido tan malo si no hubiera habido puntales afilados sobresaliendo y cables colgando por el camino. ¿Cómo se suponía que iban a reparar los propulsores?

Se detuvo y miró hacia atrás por donde había venido. Todo lo que vio a la luz de su lámpara fue metal pintado mate. A su derecha había una inscripción. Estaba al revés. En la entrada, las placas estaban al revés. ¿Se había girado 180 grados? No le extrañaría.

—¿Qué te parece, Aaron?

Aaron le esperaba fuera, siguiéndole en la pantalla que llevaba en el brazo.

—Ya casi has llegado. Faltan unos treinta metros.

—Pero ¿en qué dirección?

Todo se veía igual en este laberinto. Era una suerte que Aaron tuviera una vista desde arriba.

—Sigue adelante. Deberías llegar a un cruce. Toma el conducto de la izquierda. Entonces estarás en la caja.

Su destino era una caja de interruptores donde confluían los cables de datos de los sensores de nivel de los depósitos. Los depósitos con carga no eran accesibles, así que esta era su única forma de comprobar los sensores.

Benjamin dio un giro de 180 grados. ¿No había llegado por aquí? Se limpió la visera, pero la fina niebla que oscurecía su visión debía de estar en el interior. Subió la ventilación. Ese era el problema con la gravedad cero, pierdes el sentido del arriba y del abajo. Si se hubiera dado la vuelta sin darse cuenta, podría estar avanzando en la dirección equivocada, posiblemente desde el último cruce, o el anterior. Pero ¿no se daría cuenta Aaron? ¿Habrían instalado los ingenieros ese depósito al revés? El sudor le entró por el ojo.

—¿Aaron?

—¿Sí?

—¿Voy bien? Estoy un poco confuso.

Confuso no era la palabra adecuada. ¿Por qué no dejó que bajara Aaron? Los pasillos parecían estrecharse cada vez más. Al final, se atascaría entre aquellos enormes depósitos y se asfixiaría.

—Sí, es por ahí —afirmó Aaron.

Benjamin respiró hondo. Se había entrenado para eso, para que sus instintos se apoderaran de él cuando estuviera estresado. El entrenamiento dio sus frutos. Iba por el buen camino.

•

La caja de interruptores era una verruga rectangular en la superficie lisa del depósito. Benjamin palpó el cierre a presión del lateral y lo abrió de un tirón. Descorrió otros dos pestillos por encima y por debajo, y luego abrió la puerta. Tuvo que apoyarse contra la pared del pasillo para abrirla del todo.

Su lámpara iluminaba un laberinto de cables. Siguió un cable rojo y verde, pero pronto lo perdió de vista. ¿Cómo se suponía que iba a encontrar el cable sensor entre todos estos cables?

—Aaron, necesito ayuda.

Él compartió la imagen de la cámara de su casco por radio.

—Oh —dijo Aaron—. Me lo imaginaba diferente. Más sistemático.

—Eso no ayuda mucho.

—Lo siento. Estoy tratando de encontrar pistas en la documentación. Espera. Bien, el cable que buscas es verde y amarillo.

Solo tiene dos milímetros de grosor. Probablemente esté en un manojo. Todos los cables del sensor de los depósitos están atados.

—Bien.

Iluminó la caja y buscó sistemáticamente un manojo con un cable verde y amarillo, empezando por arriba a la izquierda. Había uno. Siguió buscando. Había otro, y un tercero.

—Hay muchos cables así.

—Bueno, hay muchos depósitos. Solo tienes que elegir uno.

—Vale.

Sacó el analizador del bolsillo delantero de su traje. Con él podía medir la corriente sin dañar el cable. Sostuvo la punta metálica del aparato contra el revestimiento verde-amarillo y comprobó el resultado en la pantalla de su brazo. La línea se parecía a su pulso, pero la frecuencia era mucho mayor.

—Concuerda con lo que dice el manual.

Retiró el analizador. Pero entonces ocurrió algo extraño. Su mano no podía sujetar el mango. El aparato era demasiado grande. Y el cable medía ahora al menos un metro de diámetro. Al mismo tiempo, la caja de interruptores se distanció de él. Remó con los brazos, pero permaneció donde estaba. No había nada a lo que agarrarse. La caja estaba ahora a diez metros y el analizador seguía creciendo.

Benjamin se dio la vuelta. El estrecho espacio se había convertido en una caverna. Era imposible. Al menos había desaparecido la condensación del casco. Nunca había tenido una visión tan clara.

—Aaron, ocurre algo —dijo.

Tanteó el micrófono con la barbilla, pero no pudo alcanzarlo. No estaba. El casco había desaparecido. ¿Cómo respiraba? Aspiró aire. Parecía llenar sus pulmones. Pero no, no era suficiente. Se estaba quedando sin aire. Se estaba muriendo. Cerró los ojos.

—Benjamin, ¿qué pasa? Tienes el pulso acelerado —apuntó Aaron.

De repente, volvió a ver con claridad. Apretó el mango del analizador. ¡No, no hagas eso, dañarás el cable! Lo soltó en el último momento. La caja de interruptores volvió a su tamaño normal frente a él. La caverna había vuelto a convertirse en un estrecho pasillo. Su corazón dejó de acelerarse.

—Ya está —contestó.

—Creo que deberías volver. Los sensores no parecen defectuosos.

—Sí, por favor.

◓

—Fue un ataque de pánico.

—No sé. Todo parecía tan… real.

Esperaba que Aaron tuviera razón. Nunca había tenido un ataque

de pánico, aunque era una explicación lógica.

—Créeme, lo sé.

—¿Tienes ataques como ese?

—No desde hace mucho. Pero los recuerdo. Poco después de la muerte de mi esposa...

Aaron se dio la vuelta. Benjamin le puso una mano en el hombro. Su mujer había muerto en un atentado en Jerusalén mientras Aaron volvía a casa. Él les había contado la historia una vez. Claro que el pánico podía invadirte después de una experiencia así. Pero ¿a él? ¿Qué había vivido que fuera tan terrible?

Christine. Aún podía ver su cadáver a la deriva en el espacio.

No. Los ataques de pánico no encajaban con su imagen de sí mismo. No lo aceptaba.

—Gracias por los datos —dijo la voz de David desde la sala de control.

—¿Satisfecho? —preguntó Aaron.

—Están bien.

—Dinos, ¿cuál es el problema?

—No podemos descartar los sensores. Ojalá fuera así, porque si no...

Si los sensores funcionaban, significaba que tenían muy poca masa de reacción. Este era el final. Nunca volverían a ver la Tierra.

—Tienes razón, Dave —dijo Benjamin—. ¿Qué hacemos?

—También hay dos sensores en el depósito reventado. Podrías comprobarlos.

—¿La explosión no los habrá destruido? —dijo Aaron.

—Están diseñados para soportar altas presiones. Deberían funcionar. Si es así, los demás también lo harán.

—Entonces quizá deberíamos analizarlos con detenimiento —opinó Benjamin.

—Ni hablar —se negó David—. Los problemas no desaparecen por ignorarlos.

—Vale, echaré un vistazo —afirmó Aaron.

—¿Quieres subir al depósito afectado? —preguntó Benjamin.

—Qué remedio. Quitaré uno de los sensores y lo examinaremos en la nave.

—Gracias —dijo Benjamin, aliviado.

•

LAS PIERNAS DE Aaron desaparecieron en la fisura. Benjamin le oía respirar por la radio. La parte afectada del depósito solo tenía unos ocho metros de diámetro. Aaron llegaría a los sensores del otro lado en un minuto.

—Esto es extraño —comentó Aaron.

—¿Extraño?

—Sé que estoy en una especie de hojalata. Pero me siento como en el fondo de un profundo océano.

Se alegraba de que Aaron hablara con él. Probablemente, eso le ayudaba a controlar el pánico.

—Sigue hablándome —pidió Benjamin.

—Lo más loco es la lámpara.

—¿Loco?

—Sí, es como magia. Conjura cosas de la nada.

Benjamin sonrió e imaginó a Aaron tocando el interior del depósito con su dedo de luz. Aunque la imagen era errónea. En el interior del depósito había un vacío. Una vez que la luz salía de los diodos de la lámpara, era invisible. Aaron solo podía verla cuando las paredes la reflejaban. La lámpara no era un dedo de luz, era una varita. No es de extrañar que a Aaron le pareciera magia.

Era una pena que no pudiera verlo él mismo. Dirigió su lámpara al espacio. Los fotones emitidos por los LED salieron volando a la velocidad de la luz. Llegarían a la Tierra en cuatro días. No todos, pero algunos. Alguna molécula de aire en la atmósfera capturaría uno de ellos. Tal vez esa molécula estuviera a punto de dividirse. Se transformaría, emitiría otros fotones y desencadenaría una cascada, tal vez visible en forma de aurora. Una pareja que mirase al cielo en Noruega vería la aurora boreal y se besaría. Más tarde se acostarían y concebirían una hija, que... «Basta, Benjamin». Esa era una posibilidad, una muy improbable. Pero él podía influir en la Tierra desde allí. Incluso a esa distancia, seguían siendo parte de la humanidad.

Alguien le tocó el hombro. Benjamin se giró. Era Aaron. Sostenía algo en alto.

—Mira, tengo el sensor —anunció.

—Menuda rapidez.

—Fueron solo unos metros. ¿Te encuentras bien?

Qué majo. Aaron estaba preocupado por él. Benjamin quería abrazarle. Se apartó y abrazó a su compañero.

—El sensor no ha resultado dañado —dijo David, inclinándose sobre un aparato que parecía un microscopio.

—Qué extraño —opinó Aaron.

David sacó el sensor del soporte, lo colocó sobre la mesa y conectó sus cables a un dispositivo de medición.

—Presiónalo hacia abajo —le dijo.

Aaron flotó hasta la mesa, enganchó los pies bajo una silla y apretó con fuerza el sensor.

—¿Lo ves? Hay una señal clara. —David se lo mostró en la pantalla.

Cuando Aaron la apretó, la curva se elevó. Ahora volvía a caer. Benjamin se lanzó en un lento giro. Pared, techo y suelo pasaron por delante de él, luego la pared otra vez, el techo, el suelo. Tenían que admitirlo. Nunca volverían a casa. Pero la idea no acababa de calar.

—¿Benjamin? —inquirió Aaron.

—Estoy dando vueltas —le respondió.

David rio.

—Tío, en serio, ¿qué hacemos?

—Nada —afirmó Benjamin, tratando de detenerse. El mundo siguió girando un instante más—. No tenemos suficiente masa de reacción, y tampoco gasolinera. Es tan simple como eso. Sabes lo que eso significa.

—Hablaremos con Operaciones de la Misión —apuntó Aaron—. No nos abandonarán. Tiene que haber una forma de solucionarlo.

—¿¡Cómo? —preguntó Benjamin.

No había solución. Estaban demasiado lejos de la Tierra.

—Podrían reabastecernos —dijo Aaron.

—Les llegaría veinte años. Estaríamos en casa dentro de cuarenta. Para entonces, tendré ochenta y ocho. Y, recuerda, tienen que construir una nave.

—Si volamos hacia ellos, acortaremos el plazo —argumentó Aaron —. Podrían enviarnos una nave no tripulada para que acelere más rápido. Estaría aquí en cinco años.

—Podría, debería, vendría… Esa nave aún está por construir —soltó Benjamin.

David le miró sorprendido y luego dijo:

—Benjamin tiene razón. Estamos atascados aquí. Y, con sinceridad, no hay mucha diferencia. De todas formas, seríamos viejos cuando volviéramos. Lo quiero saber es por qué. Sin una explicación, me siento traicionado.

—Entonces preguntémosles —dijo Benjamin. Tenía sentido

preguntar. Aunque eso no cambiaría nada. Nunca volverían a la Tierra.

DOS HORAS MÁS TARDE, él y Aaron flotaban frente a la puerta interior de la esclusa. Habían enviado su mensaje. Aaron tenía los labios fruncidos y parecía cantar. ¿O había apagado la radio del casco? Se le veía extrañamente relajado, como si acabaran de lograr algo.

La puerta se abrió. Luego, Aaron pulsó el botón. ¡No, otra vez no!

—¿Has visto?

Aaron no respondió. Benjamin le dio un golpecito en el hombro. Su compañero se dio la vuelta, abrió la boca y habló, aunque no hubo sonido. Benjamin tocó el lateral de su casco.

—Oh, lo siento, olvidé la radio. ¿Qué pasa?

—¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—La puerta se abrió antes de que pulsaras el botón.

—¿De verdad? No me enteré, lo siento, supongo que mi mente estaba en otra parte. Espera.

Aaron volvió a pulsar el botón y la puerta se cerró. Volvió a pulsarlo y se abrió. Volvió a intentarlo y se cerró. Otra vez. La puerta se tambaleó brevemente y luego se abrió un poco más despacio que antes.

—Al mecanismo le vendría bien un poco de aceite —dijo Aaron—, pero por lo demás parece que funciona.

—No te lo discuto. Sin embargo, la puerta no debería abrirse por sí sola.

—No lo hace.

Aaron se impulsó contra el marco de la puerta, flotó hasta Benjamin, le agarró de los hombros y le miró a la cara.

—Todos estamos nerviosos, es normal. Apenas duermo. Podemos comprobar la cápsula C en otro momento. Le diré a David...

—Estoy bien, gracias.

Sabía lo que había visto y la bitácora lo confirmaría.

—SUÉLTAME —ordenó Benjamin.

Aaron le sujetaba por el brazo, pero Benjamin se libró de él. ¿Cuándo había empezado Aaron a hacer de canguro? Era una nueva faceta suya que no le gustaba a Benjamin. Necesitaban hablar de cómo les estaba afectando la tragedia. Los tres estaban solos aquí, a menos que ocurriera un milagro, o, más probablemente, otra catástrofe.

Benjamin voló hacia la cápsula destrozada. La lámpara del casco de Aaron la iluminaba contra las sombras. El contraste siempre le asombraba. En el espacio solo había blanco y negro, vida o muerte. Donde no caía la luz, no había nada que ver. Y tal vez no hubiera nada. Los físicos cuánticos afirmaban que las cosas solo adquirían forma cuando eran observadas.

La cápsula C parecía una avellana partida. Las dos mitades se habían abierto parcialmente. Solo podía ver lo que había en el centro; el resto estaba en la sombra. Benjamin voló en un arco poco profundo para iluminar las zonas oscuras. Allí estaba la pequeña habitación que servía de dormitorio. La colcha se había levantado de la cama de Christine, flotando en horizontal sobre ella. Le sorprendió que no se hubiera perdido durante la maniobra evasiva. Debían de haber dejado atrás muchas cosas. Christine ya no las necesitaba.

Se acercaron. Lo que de lejos parecía una casa de muñecas, ahora, era real. Él también había pasado los últimos veinte años en una cápsula como esa.

—Te sujetaré desde fuera —dijo Aaron.

Benjamin se dio la vuelta. Tenía la silueta de un águila, agazapado en la curva de la cápsula reventada. Era tranquilizador tener a Aaron vigilando en segundo plano. Si le ocurría algo, su compañero de tripulación podría sacarlo. Se giró y voló hacia la brecha abierta.

Allí estaba la colcha que habían visto desde más lejos. Se movía ligeramente. Benjamin la agarró. La salida del aire acondicionado estaba justo encima de la cama. El aire debía de fluir desde ella hacia la manta. Tiró de ella. No estaba rígida, como esperaba. ¿La llevaba dentro? Era un desperdicio dejarla allí. Tiró con más fuerza, pero la esquina estaba atascada. Un trozo de escombro la había clavado en el techo.

La soltó, se apartó de la pared y se dirigió al pequeño armario que había junto a la cama. Abrió un cajón y encontró fotos, fotografías en color impresas de verdad. Una pareja, de raza blanca, de mediana edad. ¿Sus padres? «Perdona por hurgar en tus cosas, Christine, pero necesitamos saber por qué moriste», pensó.

Por lo demás, el cajón estaba vacío. Lo cerró; lo que no tenía sentido, aunque no pudo evitarlo. Fue un pequeño esfuerzo que restableció un poco el orden en la escena del desastre.

El armario de Christine estaba muy ordenado. Rara vez se arreglaba, pero esperaba que tuviera más ropa que él, el cliché de siempre. Los contó. Lo curioso es que tenía exactamente el mismo número de pantalones que él. Escarbó más a fondo y contó sus bragas: 22 pares. Todavía llevaba un par. Con ese eran 23, el mismo número que él tenía de calzoncillos. Aún recordaba haberlos metido en su bolsa. Habría sido divertido que se hubieran dado cuenta antes.

—Aaron, ¿sabías que Christine tenía exactamente el mismo número de ropa interior que yo?

Esperemos que a su compañero no le pareciera raro que los hubiera contado.

—¿Bragas? ¿Cuántas?

—Veintitrés, incluyendo las que... llevaba puestas al final.

—Eso es original. Lo que me parece más interesante es que sepas exactamente cuántos pares tienes.

—¿Tú no?

—No, ni idea. Tengo que hacer una gran colada cada tres semanas, eso es lo único que necesito saber.

—Cuéntalos. Sería raro que tú también llevaras veintitrés pares. Quizás haya algún tipo de instinto humano en juego. Cuando el número baja, automáticamente compras más.

—Así es. Pero quizá deberíamos concentrarnos en los resultados de la investigación de Christine más que en su vestuario.

—Vale, estoy en ello.

No encontraría nada útil en su cuarto. Abrió la puerta del pasillo. El mecanismo aún funcionaba. Bueno, eso era lógico porque las puertas debían poder abrirse cuando todo lo demás resultaba afectado. En el pasillo, tuvo que agacharse bajo el puntal que había seccionado la cápsula. Era parte del rompecabezas. Suponiendo que Christine hubiera provocado deliberadamente la explosión, ¿también pretendía suicidarse? De ser así, ¿no habría sido más sencillo quitarse el casco en el vacío? ¿O se había sacrificado para conseguir algo más?

El retrete se hallaba más adelante. La puerta estaba abierta. La explosión había reventado algunas tuberías. En gravedad cero, el frío del vacío había moldeado el agua en interesantes esculturas. A la izquierda de la ducha, una burbuja sobresalía de la pared, perfectamente esférica. Debajo del inodoro, donde había menos espacio, había un cojín vidrioso. La escultura no parecía agua residual. Era del color del ámbar, un amarillo dorado claro. Incluso tenía algunos objetos atrapados. Le recordaban a las lombrices gigantes primordiales. Sabía lo que era en realidad, pero no se le secó la boca como solía ocurrirle cuando sentía repulsión. Tal vez fuera la falta de olor. El vacío había esterilizado las esculturas.

Bajó por una escalera hasta el taller. Christine solía trabajar allí. Debería haberla visitado más a menudo. Quizás así ella habría confiado más en él y no habría actuado sola. ¿O se quedó sin tiempo para contarles lo que estaba pasando? Pero, entonces, ¿por qué no les dejó al menos un mensaje?

La estación de trabajo de Christine estaba completamente despejada, pero tal vez fuera el resultado de la maniobra evasiva. Cualquier documento o boceto que hubiera sobre la mesa estaría

ahora disperso por el taller o en el espacio. ¿Había hecho Christine bocetos a mano a la antigua usanza? Eso esperaban, porque no podían acceder a la memoria de su ordenador.

Benjamin buscó metódicamente en el taller. No tenían por qué ser notas o bocetos. Tal vez había copiado datos en una unidad aparte y luego se había olvidado de ellos. Estaba claro que al final no estaba en sus cabales. ¿Cómo había analizado los datos de la lente gravitatoria? Si al menos hubiera hablado más con ella sobre este análisis.

—Aaron, ¿cómo consiguió Christine las imágenes de las sondas?

—Buena pregunta. Supongo que de alguna forma acaban en el ordenador principal.

—En bruto, sí. Pero luego hay que hacerles algo. Cotejarlas y combinarlas en una imagen compuesta. Christine lo hacía a menudo en su cápsula, creo.

—¿Crees?

—Sé muy poco de ella. Nunca hablé con ella, quiero decir, a nivel personal.

—Yo tampoco. ¿Quizá David sepa más? —sugirió Aaron—. Hola, sala de control, David ¿nos recibes?

No hubo respuesta. Benjamin se imaginó la sala de control vacía. Cerró los ojos, aunque la imagen no desaparecía.

—... cuando haya terminado —dijo Aaron.

—¿El qué?

—Probablemente esté en la lata. Se pondrá en contacto con nosotros cuando haya terminado —señaló Aaron—. ¿Estás bien?

—Me he vuelto más asustadizo, creo.

—Es comprensible. A mí me ocurre lo contrario. Siento que las cosas no pueden empeorar, y eso me tranquiliza.

Benjamin esperaba que Aaron tuviera razón, pero dudaba. Habían caído desde lo alto de una montaña. Estaban en caída libre. No podían ver la ladera, así que les parecía que flotaban. Pero eso no cambiaba el hecho de que serían aplastados cuando tocaran el suelo. No, era demasiado tarde. La única forma de haber evitado la caída era no haber dado el fatídico paso hacia el abismo. Pero ¿cuándo fue eso?

—Voy a seguir buscando —dijo Benjamin.

Era todo lo que podía hacer.

EN EL CAJÓN izquierdo del escritorio de Christine encontró unas gafas. Eran inusuales. Sus cristales gruesos y oscuros las hacían parecer de sol, pero el sol nunca brillaba lo suficiente allí fuera como para necesitarlas. La montura era gruesa y un material gomoso bloqueaba la visión periférica. Abrió las patillas y se las puso por encima del

casco.

Se encontró en un bosque alfombrado de suave musgo. Los rayos de sol bailaban sobre él y los pájaros trinaban. Subió el volumen del sonido transmitido a su casco por las patillas de las gafas. Lo único que faltaba era el olor a agujas de pino, setas y vegetación en descomposición. Los árboles –presumiblemente pinos– tenían una característica peculiar. En sus troncos había estanterías estrechas, de la altura de una persona, llenas de innumerables libros. Libros de papel, grandes y pequeños, algunos con letras doradas en el lomo, otros sencillos. Algunos parecían gastados. A pocos pasos había un claro y, en medio, una tumbona bañada por la luz del sol. A su lado había una caja a la altura de la cintura con un montón de LED de colores parpadeantes. Un teclado giratorio sobresalía de la parte superior de la caja.

Ese debía ser el lugar de trabajo de Christine. ¡Muy astuta! Nadie se había dado cuenta de que trabajaba en un entorno de VR (realidad virtual). ¿Para qué? Su cápsula era privada. Benjamin avanzó. Quizá pudiera echar un vistazo a la investigación de Christine en el claro.

Al acercarse, los arbustos que tenía delante se apartaron por sí solos. Pero entonces apareció una pantalla de la nada, justo delante de su cara. Estaba tan cerca que apenas podía leerla. Y no podía apartarla.

«Contraseña:», pedía.

—¡Mierda!

David ya se había esforzado en ello. Se quitó las gafas y volvió a la realidad. Las tiró a un lado. Esto no iba a ninguna parte. Las gafas giraron por el taller, rebotaron en la pared y volvieron a él.

—¿Qué pasa? —preguntó Aaron.

¿Había dicho algo? Oh, sí, había maldecido.

—Christine estaba trabajando en realidad virtual. Pero cuando entro, me pide una contraseña.

—Hola, sala de control. David, ¿nos recibes? ¿Has logrado dar con la contraseña de Christine? —inquirió Aaron por radio.

Buena idea. David llevaba tiempo intentándolo. Tal vez él podría darles un consejo. Pero no hubo respuesta.

—Empiezo a preocuparme —admitió Benjamin.

—Tal vez los propulsores están bloqueando la señal de radio —musitó Aaron—. ¿Probaste con el recordatorio de contraseña?

—¿Recordatorio de contraseña?

—Yo también tengo un sistema de VR. Hay un signo de interrogación junto al campo de la contraseña, donde el usuario puede dejar una pista para recordar la contraseña que estableció.

—Lo comprobaré.

No funcionaría, pero no perdía nada por intentarlo. Las gafas

volaban hacia el espacio. Benjamin se impulsó y las alcanzó justo a tiempo. Regresó al taller y se las puso.

Aaron tenía razón. Había un pequeño signo de interrogación. Lo cogió. Se convirtió en un globo en su mano y estalló. Una voz femenina empezó a cantar. Benjamin se imaginó a una elfa bailando entre los árboles. ¿Era esa la pista? No entendía la letra, pero intentó memorizar la melodía. Se quitó las gafas y tarareó en el micrófono antes de que se le olvidara.

—Me gusta —exclamó Aaron.

—Esa era la pista.

—Oh. ¿Quién cantaba?

—Una mujer. Me recordó a un elfo. Sonaba como irlandesa, la melodía, quiero decir. Aunque las palabras me parecieron latín.

—Espera, enviaré la melodía al sistema —respondió Aaron.

—Pero tendremos que esperar ocho días para recibir una respuesta.

—No, si es un tema musical, es uno que a Christine le gustaba escuchar. Así que será... espera, el ordenador dice que pruebes con «Cursum perficio».

—¿Qué significa eso?

—Tu tarareo era como una canción casi centenaria, de la biblioteca musical de Christine.

Benjamin volvió a ponerse las gafas. La pantalla seguía allí. Dio un paso atrás, sintiéndose como un prestidigitador a punto de pronunciar un poderoso conjuro.

—*Cursum perficio* —dijo.

La pantalla desapareció. Muy bien. Entró en el claro. Christine lo había diseñado todo con tanta belleza. ¿Se basaba en un recuerdo de su infancia?

Se sentó en la tumbona y acercó el teclado.

Espera un momento. Nada de esto era real, pero aparentemente tenía acceso a los datos reales de Christine. Debería duplicar los datos primero, antes de cometer un error. Debe estar almacenado en una unidad física en algún lugar del taller.

Se quitó las gafas y se encontró de nuevo en el taller con las piernas estiradas. ¿Por qué nunca se le había ocurrido utilizar la VR? Podría haberse situado en cualquier parte.

La unidad. Tenía que encontrarla. Ya había buscado en el taller, pero no en el pequeño cuarto de *fitness*. Todos los astronautas tenían que entrenar. Apartó la cortina y olió a sudor. Era imposible, aunque resultaba difícil imaginar una sala de *fitness* sin olor a sudor. Su mente debía de estar rellenando los vacíos.

En el manillar de la bicicleta había un cable que llevaba a un brazalete. Debía de ser el reloj de Christine. Ella lo había cargado y lo había dejado allí. Tenía capacidad suficiente para almacenar un

conjunto de grabaciones de la sonda, y se podía acceder a él desde cualquier lugar a través de la radio. Era el dispositivo ideal para transferir el trabajo de la sala de control a su cabina.

—Aaron, creo que he encontrado lo que buscábamos.

—Genial.

—¿Sabes algo de David?

—No.

Eso era raro. Pero estaban avanzando. Por fin algo funcionaba. Quizá había esperanza después de todo. Benjamin se estiró para agarrar el reloj. Su pulgar y su índice tocaron la carcasa; la apretó suavemente, pero de repente sus dedos se estaban tocando. El reloj se convirtió en polvo, como si hubiera estado esperando su contacto. El fino polvo se esparció en una nube.

—Oh.

Benjamin retiró la mano. No sabía qué decir. Allí había algo muy jodido. Volvió a extender la mano. Era reacia, pero la forzó. Temblaba. Consiguió tocar el manillar de la moto. No opuso más resistencia que el reloj. La maldita cosa se disolvió ante sus ojos. Se tocó la cabeza. ¿Todavía llevaba puestas las gafas? ¿Era una especie de interferencia de realidad virtual? ¿Qué clase de juego de mierda era este?

—¿Benjamin? ¿Has terminado? Me preocupa David.

—Yo... maldición. Estamos jodidos, Aaron. Creo que empiezo a entender por qué se suicidó Christine.

—¿Qué ocurre?

—Ven y compruébalo tú mismo.

Mientras Benjamin esperaba a Aaron, volvió a probar las gafas. Le llevaron a una habitación cuadrada con paredes de acero marrón, el entorno por defecto. No había rastro del ordenador de Christine. Había metido la pata.

AARON UTILIZÓ UN trozo de papel para arrastrar el polvo gris hasta el portaobjetos de cristal que sostenía Benjamin.

—Estaba tan cerca —se lamentó Benjamin— que, esta vez, quería hacerlo todo bien y hacer una copia de seguridad de los datos antes de mirarlos.

—Mantén esa cosa quieta, por favor —pidió Aaron.

«Del dicho al hecho hay un trecho».

Aaron le quitó el portaobjetos y colocó otro encima. Luego lo llevó al microscopio. Deslizó la muestra bajo el objetivo y ajustó el ajuste mientras miraba por el ocular.

—El aumento es demasiado bajo para decirlo con seguridad —

comentó—, pero parece confirmar mi sospecha.

—¿Tu sospecha?

—Echa un vistazo.

Aaron se apartó. Benjamin miró por el ocular. Al principio no vio nada, luego pequeños puntos grises.

—Solo son puntos —dijo.

—Exacto. Tendremos que mirarlo bajo la RTM en la sala de control si queremos estar seguros, pero una cosa está clara.

—¿Qué?

—No es un polvo cualquiera.

—¿Por qué?

—Los granos de polvo son enormes en comparación. Las partículas de la muestra son diminutas. El hecho de que veamos algo es solo un efecto óptico. O las partículas se están uniendo electrostáticamente.

—¿Qué insinúas?

—No parece haber enlaces químicos en la muestra.

Benjamin no era químico, aunque sabía lo que eso significaba. El mundo, tal y como lo conocían, se estaba desintegrando en sus elementos básicos.

—¡RACHEL, Charles, a la sala de conferencias!

Alison empleó un tono cortante que Rachel nunca le había oído.

—Sí, MOM —contestó Charles, dispuesto a agradar.

Rachel se limitó a asentir. Alison señaló las escaleras situadas al lado de la sala de control, en cuya parte superior había una puerta de madera vidriada.

—Adelante —dijo Alison, dando un paso atrás.

Rachel dudó. ¿Con quién estaba hablando? Entonces vio la mano de Alison en el antebrazo de Charles, sus dedos clavándose en su piel. Rachel se dirigió a las escaleras. Oyó a Alison susurrar tras ella. Parecía una reprimenda. ¿Qué había hecho Charles? ¿Era ese realmente el momento y el lugar? Deberían centrarse en los astronautas, no en la política interna.

Al subir las escaleras, se dio la vuelta. MOM seguía hablando en voz baja con Charles. Rachel giró el picaporte y la puerta se abrió hacia dentro.

La habitación era pequeña y los paneles de madera oscura la hacían parecer aún más pequeña. Un aparato negro colgaba de la pared en un estrecho nicho. Debía de ser un teléfono. A Rachel le recordó que los periodistas habían informado del primer alunizaje desde aquí, hacía más de cien años. La habitación olía como si no se hubiera ventilado desde entonces. A su izquierda había una pared de cristal con vistas a la sala de control. Justo enfrente había dos filas de cuatro sillas plegables. Se sentó en la silla de delante a la derecha. La silla crujió.

—Esto va a tener consecuencias —afirmó Alison. Entró en la sala de conferencias. Estaba colorada. Charles la siguió. Rachel se habría acobardado después de un escarnio como aquel, pero Charles entró con su habitual seguridad y se sentó a su lado.

Alison se paseaba de un lado a otro frente a la pared de cristal.

—Nunca debí meterme en esto —murmuró MOM, como para sí misma.

¿En qué? ¿Qué ha pasado?

MOM dejó de caminar de un lado al otro.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —dijo ella—. Rachel, siento haberte involucrado en esto. No fue justo. Charles, quiero hablar con Ilan, hoy.

Charles negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé si está en Estados Unidos.

—En línea está bien, aunque tiene que ser hoy.

—No sé si...

—Charles, te lo advierto. Puedo hacer esto de otra manera.

—Mantengamos la calma. Estoy seguro de que Ilan puede encontrar tiempo para ti. Pero tengo que advertirte que no subestimes tu posición.

—¿Charles?

Rachel tenía los hombros encorvados. ¿Dónde demonios se había metido?

—Rachel, lo siento. Todo esto debe ser muy confuso para ti.

Desde luego que sí.

—En realidad, solo quiero saber qué debo decir a los astronautas. Se merecen una respuesta.

—Claro, Rachel, por supuesto.

Alison miró a Charles, que asintió. Allí pasaba algo gordo. Maldita sea. Le estaban tomando el pelo y MOM estaba implicada.

—¿Y bien? —inquirió desafiante.

—La casi colisión por Júpiter —explicó Alison—. Ese es el problema. Te enviaré el expediente.

¿Júpiter? Eso fue antes de su llegada. Todavía estaba estudiando cuando Shepherd-1 pasó por el gigante gaseoso. ¿Qué sucedió entonces? No había nada al respecto en los documentos oficiales. Sin embargo, el proyecto estaba cerrado al público. Debería haber analizado detalladamente su misión.

—¿Algo más? —preguntó Alison.

—No, supongo que el expediente me dará las respuestas que necesito. Espera, tengo una pregunta: ¿traeremos de vuelta a la tripulación?

—Por supuesto, Rachel. No abandonamos a nadie en el espacio. ¿Por quién nos tomas? ¿Por monstruos?

Rachel no respondió. Aunque conocía la historia de los vuelos espaciales. Si Neil Armstrong y Buzz Aldrin hubieran gastado demasiado combustible al aterrizar en la Luna, la NASA los habría dado por muertos. El presidente tenía una esquela preparada de antemano sobre su mesa.

EL EXPEDIENTE ERA CONVINCENTE. Pero ¿por qué se lo enseñaban solo ahora? Si quería comunicarse adecuadamente con los astronautas como su CapCom, necesitaba saber por lo que habían pasado.

Shepherd-1 debía tomar impulso desde Júpiter. Pero un técnico había confundido el sistema métrico con el imperial. Los Estados Unidos solo habían cambiado al sistema métrico veinte años antes, por lo que aún se cometían errores. Por desgracia, eso significó que la maniobra tuvo el efecto contrario. Shepherd-1 quedó atrapado en los

bordes de la atmósfera de Júpiter, lo que provocó su desaceleración y sobrecalentamiento. Evitaron la catástrofe por los pelos. La nave tuvo entonces que compensar la falta de impulso acelerando durante más tiempo, lo que redujo significativamente su suministro de masa de reacción. Un petrolero financiado por Alpha Omega debería suministrar combustible de repuesto.

Pero la nave nunca despegó. El expediente no indicaba por qué. Rachel miró alrededor del Control de Misión, pero MOM no estaba. ¿Lo sabía Charles? Se levantó y se acercó a su mesa. Se estaba hurgando la nariz con el dedo índice.

—¿A qué venía lo de la sala de conferencias?

Charles retiró rápidamente el dedo y se sonrojó. «Te he pillado hurgándote la nariz, y lo sabes, y sé que lo sabes». Rachel esbozó una sonrisa. No quería ser demasiado amable con Charles o se lo volvería a tomar a mal.

—Tuvimos una diferencia de opinión, MOM y yo.

—A mí me pareció más bien una fuerte reprimenda.

Charles levantó las cejas.

—Créeme, era una simple diferencia de opinión. MOM no es quien para sermonearme.

—¿No? Es la jefa.

—Solo tengo un jefe, Ilan. Y estoy aquí porque él me pidió que asumiera este papel. Si por mí fuera, hace mucho me habría ido. No he tenido una tarea tan aburrida desde hace mucho.

—Ya. De todos modos, quería preguntarte sobre el incidente en Júpiter.

—¿Júpiter?

—MOM lo mencionó antes. Me envió un expediente.

—Oh, Júpiter, el expediente, ¿por qué no lo dijiste? Sí, lo de Júpiter fue terrible.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y por qué yo no?

—Hay mucho que no sabes, Rachel. Sabes lo que necesitas saber para hacer tu trabajo como CapCom.

Se ruborizó, aunque logró serenarse. Gritar a Charles sería muy satisfactorio, aunque no conseguiría nada. Tenía que encontrar otra forma de sonsacarle la información que necesitaba.

—¿RACHEL? Te toca —dijo una desconocida sentada en la mesa de MOM.

—Hola a los tres —comenzó Rachel—. Espero que estéis sobrellevando bien la muerte de Christine. El Control de Misión os ofrece contacto directo con un terapeuta. Vuestras conversaciones no

serán grabadas ni reflejadas en vuestras evaluaciones de rendimiento. Queremos ayudaros.

Si eso fuera cierto, MOM y Charles serían más abiertos con ella. Ya había pensado en decirles la verdad a los astronautas. Pero la editarían, porque no era en directo y, de todos modos, la verdad no les ayudaría.

Era triste. Esperaba más de Alison, quien tenía una excelente reputación en la NASA.

—En cuanto a la escasez de combustible, MOM dice que se debe a lo que ocurrió cuando pasasteis por Júpiter. Adjunto el expediente a ese mensaje. Alpha Omega nos asegura que seréis reabastecidos a tiempo. Lo importante ahora es que encontréis la forma de sobrellevar la muerte de Christine. Creemos que honraría su memoria si nos enviaseis su investigación lo antes posible. Creemos que descubrió algo importante. Si no podéis acceder a los datos, enviadnos el contenido y lo descifraremos con el ordenador cuántico. Alpha Omega ya ha asegurado de ello.

Siempre se trataba de Alpha Omega. ¿No era trabajo de la NASA ayudar a los astronautas?

—Por otro lado, vuestra tarea consiste en reconstruir una configuración funcional para la lente gravitatoria solar. Los astrónomos aún tienen varias tareas de observación para vosotros. Os proporcionaremos documentos de formación para que podáis asumir el papel de Christine, aunque no seáis astrónomos cualificados.

Alison les había explicado que les resultaría más fácil asimilar la muerte de su colega si tenían mucho que hacer. Rachel pensó que sonaba cínico, y antipático. Pero no sabía de qué otra forma ayudarles. Sí que lo sabía. Podría averiguar qué otros secretos les habían ocultado a ellos y a ella. Una fresca corriente de aire acondicionado le rozó el cuello y los brazos. Rachel se estremeció. A veces era más fácil no saber. Quizás era mejor seguir con el *statu quo*.

—Poneos en contacto con nosotros si tenéis algún problema. Quiero recordaros que estamos de vuestro lado. Incluso ahí fuera, seguís siendo ciudadanos de la Tierra.

Bla, bla, bla. «La tripulación forma parte de una máquina de producir conocimientos». Ese habría sido un mensaje más honesto. Era una misión única que debía generar nuevos descubrimientos. ¿Cuánto valía la vida de un astronauta? Por eso estaba aún más decidida a desempeñar su papel como CapCom y a representar los intereses de la tripulación.

—Gracias, Rachel. Adjuntaré el expediente y haré que se envíe el mensaje a través de la DSN —dijo el sustituto de MOM.

—¿ALISHONDRA? Mamá tiene que quedarse en el trabajo un poco más.

Sin respuesta. Después, un golpe. Rachel miró ansiosa la pantalla, pero la llamada seguía conectada.

—Salió corriendo y se le cayó el teléfono —dijo la voz de su madre —. No te preocupes, está bien conmigo.

—Ha estado muy apegada a mí últimamente.

—Es solo una fase. Tú eras igual. Hubo una época en que no querías dejarme salir de casa. Siempre decía, Rachel, ahora deja...

—Mamá, lo siento, ahora no tengo tiempo. Muchas gracias por cuidar de Ali. Llegaré antes de que se vaya a la cama.

—Lo entiendo, cariño, no te estreses. Aquí me tienes.

—Gracias, mamá, te quiero.

—Yo también te quiero, Raya.

Hacía tiempo que su madre no la llamaba así. Mantenía más contacto desde que ella empezó a cuidar de su nieta. Pero su madre no había vuelto a llamarla por su antiguo apodo desde su duodécimo cumpleaños, cuando Rachel le había pedido que no lo hiciera porque ya era mayor.

Se rio. Ojalá crecer fuera tan sencillo. Pero su yo de doce años tenía razón. Se trataba de defender lo que era importante para una misma.

Rachel olió a humo de cigarrillo. Miró a su alrededor. El control estaba poco iluminado. Las luces del techo estaban apagadas y su lámpara de escritorio era la única fuente de luz. Las ventanas laterales estaban abiertas. No podía verlas porque las persianas eran opacas, pero notaba el aire cálido del atardecer. Alguien debía de estar fumando delante. Solo estaba permitido en determinadas zonas, pero a estas horas el Centro Espacial estaba casi vacío. Seguramente uno de los guardias de seguridad estaba de descanso.

Resultaba extraño estar sola en aquella sala. Eso nunca le había ocurrido en su anterior trabajo. Una expedición al polo sur lunar necesitaba una persona de contacto constante, por lo que el Control de Misión había estado dotado de personal las veinticuatro horas del día. Pero aquí trabajaban en turnos diurnos normales. Eso era lo que había hecho tan atractivo el trabajo: que podía estar presente para su hija. A veces.

Hoy Ali ha tenido que volver a esperar. Rachel revisó los registros de la expedición de la SGL. Aparte del incidente de Júpiter, todo parecía haber ido según lo previsto. Pero era insólito que el viaje apenas tuviera publicidad. Claro, los viajes espaciales no eran raros hoy en día. Todos los planetas habían sido explorados. Las naves de la compañía de Ilan, así como las rusas y chinas, llevaban nuevos colonos a Marte aproximadamente una vez al mes.

Buscó información sobre la tripulación, pero solo encontró las biografías oficiales. Seguro que tenían vidas antes de este viaje. Rachel indagó en el pasado. La esposa de Aaron había muerto, supuestamente en un atentado suicida en Jerusalén. Había noticias sobre el atentado. Pero las únicas víctimas habían sido dos mujeres mayores y dos niños. La esposa de Aaron debía tener unos veinte años. ¿Había sido ella la responsable sin nombre, descrita como una joven? Rachel no podía creerlo.

Según los registros, David había perdido a un amigo en un accidente que él mismo había provocado. Y, en efecto, apareció un breve artículo en los medios de comunicación locales. Un tal David Martelle, de 19 años, había tomado una curva demasiado rápido en una carretera mojada con su coche autónomo modificado ilegalmente y había chocado con un árbol. El conductor y el pasajero habían sufrido heridas críticas, y el pasajero había fallecido en el hospital. No se mencionó a ningún otro ocupante. El nombre no era tan raro. En una búsqueda rápida aparecieron, al menos, dos David Martelle.

Christine era doctora en astronomía, según su expediente. Se adjuntaba una copia del doctorado de la Universidad de Nueva York. Pero en la página web de la universidad no se la mencionaba como licenciada. Claro que podía borrarse de la lista. Pero Christine tampoco parecía haber publicado ningún artículo científico. ¿Por qué fue seleccionada como astrónoma para la expedición de la SGL? ¿Ha sido porque había muy pocos candidatos para un viaje tan largo y ella era la mejor opción? Sería poco probable.

Luego estaba Benjamin, supuestamente de Francia. Encontró su nombre, Benjamin Forestier, en una publicación médica. Describía un ensayo de un medicamento de una empresa farmacéutica francesa que había salido terriblemente mal. El fármaco estaba diseñado para acelerar el pensamiento humano. Parcialmente financiado por el ejército, debía permitir a pilotos y soldados tomar decisiones excepcionalmente rápidas, como las máquinas. Aunque las pruebas de tolerancia iniciales no habían revelado ningún problema, cuatro de los veinte sujetos de prueba –tres hombres y una mujer– habían caído en coma poco después de tomarlo. Benjamin había sido uno de ellos. Pero el estudio se publicó siete años antes, y el incidente ocurrió hacía ocho. Así que tenía que tratarse de otro Benjamin Forestier, porque el suyo ya había pasado Júpiter para entonces. ¿No era él?

Rachel apartó el teclado. ¿Qué debía hacer con aquella información? No era útil para la tripulación. Aunque había algo sospechoso en esa expedición. Normalmente lo comentaría con MOM, pero Alison parecía involucrada en todo aquello. Pensó en aceptar la invitación a cenar de Charles, aunque solo de pensarlo perdió el apetito. Ahora mismo, Alishondra necesitaba a su madre.

—¡BUENAS noches, señora!

Rachel se sobresaltó. No había oído llegar al hombre. Tenía un cigarrillo a medio fumar en la mano y debía de haber doblado la esquina del edificio. No llevaba uniforme. Entonces no era de seguridad. ¿Qué hacía allí? Había notado el humo del cigarrillo cuando empezó su investigación hacía hora y media. Rachel se abrazó a sí misma, aunque no tenía frío.

—Buenas noches —murmuró ella.

El desconocido dejó caer el cigarrillo y lo apagó con el tacón de su zapato negro. Los zapatos parecían caros, probablemente cosidos a mano. Se dio cuenta de que el hombre iba muy bien vestido. Así que no iba detrás de su dinero. Se relajó un poco.

El hombre sonrió. Luego abrió la boca, no dijo nada y volvió a cerrarla. Se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la entrada de visitantes.

Rachel se quedó quieta y le observó hasta que desapareció entre las sombras. Tuvo un mal presentimiento. Se habría sentido menos incómoda si simplemente le hubiera exigido la cartera.

ESTABAN FUERA. Acababan de ver cerrarse la puerta exterior de la esclusa en la pantalla. David estaba solo.

Era extraño. Llevaban veinte años viviendo juntos, pero en los últimos días había descubierto más cosas sobre sus compañeros de tripulación que en todos esos años juntos. ¿Tenía que ser así? ¿Deberían haber hecho las cosas de otra manera? ¿Era posible haber hecho las cosas mejor?

Eran preguntas sin sentido. Lo importante era lo que hicieran a continuación.

Cuando volvieran Aaron y Benjamin, sabrían si la cápsula C podía repararse. Las posibilidades no eran malas. Él mismo lo había dicho, también que tenían acceso a un montón de piezas de repuesto, cosa que en realidad no sabía con certeza. David se balanceaba en el asiento. Sin la ayuda de la gravedad, tenía que empujar en ambas direcciones.

¿Debería comprobarlo? A veces tenía un sexto sentido para estas cosas, y a veces tenía la extraña habilidad de conjurar cosas de la nada. Pero la situación era grave, así que probablemente no debería confiar en sus instintos y sus habilidades mágicas.

Abrió la lista de inventario en el ordenador. ¿Qué debía buscar? No tenía números de referencia, y «piezas de recambio de la cápsula C» era muy poco específico. Efectivamente, no había resultados.

David se levantó. Un poco de ejercicio le vendría bien. Los almacenes eran enormes, pero no tardaría más de un par de horas en registrarlos. Salió de la sala de control, siguió el pasillo que conducía a la esclusa y giró a la derecha. Shepherd-1 era básicamente un depósito gigante al que le habían acoplado propulsores.

La nave estaba organizada en capas esféricas de una a veinticinco. La capa uno estaba en el centro. Cada capa constaba de ocho sectores, cuatro por debajo del ecuador del anillo: Sur 1–4, y cuatro por encima: Norte 1–4. Cada sector era un enorme almacén.

David llegó a un cruce. Estaba en la capa más externa, la número 25. Venía del sur. Si seguía recto, llegaría al Norte 1. Su ubicación estaba marcada en la pared cercana al cruce: 25S1. Al cabo de unos metros llegó al 25N1.

«Despacio, David. Necesitas una estrategia, o podrías acabar caminando kilómetros sin progresar mucho».

Era lógico suponer que el almacén de la nave estaba organizado de forma lógica. Cerca de la sala de control y de fácil acceso debería encontrar las cosas que necesitaban a menudo; comida, por ejemplo. Según esta lógica, cuanto más alejado estuviera un almacén, menos a

menudo se necesitaría su contenido.

Pero eso era solo una suposición. Debería empezar por registrar un par de almacenes. David se impulsó con los pies y flotó hacia delante, hacia el techo. El pasillo parecía recto, pero en realidad era curvo. Eso era conveniente: podía seguir alejándose del techo, moverse en línea recta y volver a él como si estuviera magnetizado.

La primera puerta. Las habitaciones tenían puertas de distintos tamaños según su finalidad. El número de la habitación estaba impreso en la puerta con grandes letras negras: 25N1. Abrió la puerta. Se deslizó con facilidad. Al atravesarla, las luces blancas del techo se encendieron, revelando un gran número de estanterías. Contenían importantes bolsas de comida seca, una ingente cantidad. Calculó aproximadamente la longitud y la altura de las estanterías. Había comida suficiente para cuatro astronautas durante unos cinco meses.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Se impulsó con energía por el hemisferio norte. Era divertido ser tan activo. Aquí deberían hacer carreras o jugar al escondite. La actividad despertó en David una alegría infantil. ¿Cuándo la había sentido por última vez?

Sector N3. Si se saltaba este, acabaría antes. Pero cuando vio la puerta, se detuvo de todos modos. Se abrió tan suavemente como la primera. La luz le inundó. David la disfrutó. Nunca había tanta luz en la sala de control.

El almacén estaba vacío. Contenía estanterías, pero nada más. Flotó hacia el centro del almacén. Una gruesa capa de polvo se había acumulado en las estanterías. Sopló desde un lado y se formó una nube en el ángulo opuesto. Parecía como si nunca hubiera habido nada sobre ellas. Pero podía estar equivocado. Habrían consumido mucha comida durante el viaje. ¿Cuánto tardaría en formarse una capa de polvo tan gruesa?

David salió de la habitación. Se sentía incómodo, aunque no sabía por qué. Como si un almacén vacío fuera motivo de preocupación. Siguió adelante. En el siguiente cruce giró hacia el sur. La siguiente puerta era la 24S3. La abrió y entrecerró los ojos cuando se encendió la luz. Sus ojos se adaptaron. Delante de él había más filas de estanterías, todas vacías. David respiró hondo. ¿Por qué no iban a estar vacías? Shepherd-1 ya había completado más de la mitad de su viaje. Tenía que revisar más. En algún sitio encontraría el resto de la carga.

Empezó con 24S2. El almacén estaba vacío. 24S1 y 24S4 también contenían estantes vacíos. Bajó a la capa 23. Las puertas de los almacenes estaban a unos 20 metros por debajo del pasillo. Comprobó las puertas 23S4, 23S3, 23S2 y 23S1. Nada. La capa 22 también contenía solo almacenes vacíos, al igual que la 21. Y las que estaban debajo. Cuando llegó a la capa 9, estaba sudando. ¿Estaba soñando

todo esto? Se dio una fuerte bofetada en la cara. Le escocía la mejilla derecha, pero no se despertó.

8S2. No podía dejar que le afectara. Hasta ahora, solo había registrado la mitad sur, la popa. Tal vez había una razón para llenar la nave desde el frente primero. No hay necesidad de estar ansioso. 7S1. Lo miró dos veces. Los estantes no estaban vacíos. David olfateó. Navegó hasta el primer estante. Piezas de repuesto para la bandada. Inspeccionó algunas cajas. Podrían hacer sondas completamente nuevas con este material. En el siguiente pasillo encontró piezas de repuesto para los propulsores. ¡Qué bueno saberlo! Y luego las piezas de la cápsula. Bingo.

Pero le desconcertó no encontrar comida. Continuó su búsqueda. Los sectores se hacían más pequeños cuanto más se acercaba al centro. Estas habitaciones estaban llenas de piezas de repuesto para la nave. Eso tenía sentido para un viaje tan largo. Tenían que ser capaces de reemplazar incluso las piezas más pequeñas, allí no había paradas técnicas para naves espaciales defectuosas. Al ver la enorme cantidad de piezas, David se alegró de que no hubieran tenido que reparar mucho hasta entonces. Benjamin era el ingeniero, pero David también tendría que ensuciarse las manos. Y no había nada que le gustara menos que las manos sucias. Siempre había preferido trabajar con el cerebro. Y ahora estaba navegando por pasillos interminables, sudando.

David miró el reloj. Benjamin y Aaron no tardarían en volver.

—Hola a los dos, ¿estáis progresando? —llamó, con la esperanza de contactar con ellos a través de sus radios de casco.

No obtuvo respuesta. La recepción debía verse bloqueada al hallarse tan cerca del núcleo. ¿Debería ir a reunirse con ellos? No, odiaba dejar un trabajo a medias. Si podía decir que el hemisferio sur no contenía alimentos, era una afirmación definitiva. Entonces podrían buscar juntos en la mitad norte.

¿Y si allí tampoco encontraban nada? ¿Era posible que les hubieran suministrado deliberadamente alimentos insuficientes? No llegarían a la Tierra con las provisiones del 25N1. Apartó ese pensamiento. «No te precipites». Aún le quedaban seis medias capas por comprobar. Cuanto más se acercaba al centro, más despacio se movía, porque los pasillos eran más curvos. Cuando fue consciente de su movimiento circular, se sintió mareado. Tuvo que hacer una pausa.

Las capas cinco, cuatro y tres estaban vacías. En la segunda capa, las estanterías estaban llenas de material médico. Había bolsas llenas de un fluido azul que no pudo identificar. ¿Eran reservas especiales de sangre? Aparte de eso, la NASA parecía ocuparse sobre todo de prótesis, extremidades mecánicas completas. Afortunadamente, nunca había tenido que colocar una a un compañero de tripulación.

Había un aviso de radiación en la puerta del almacén 3S1.

«Entre, durante periodos prolongados, solo con ropa protectora», indicaba bajo la señal. Bueno, un vistazo rápido al interior no le haría ningún daño, entonces. Abrió la puerta. En los estantes vio un centenar de esferas del tamaño de una calabaza. Eran fuentes de energía para el grupo, cuyas células solares eran inútiles aquí fuera. Así que estaban equipados para un largo periodo de medición. Excepto que sin las cápsulas no podían cargar las sondas con ellas. En un rincón había un barril azul. Levantó la tapa e iluminó el interior. El barril estaba medio lleno de bolas naranjas del tamaño de pelotas de tenis. Todas llevaban el símbolo de advertencia de radiación. Debían de ser pilas de radioisótopos para aparatos pequeños. En conjunto, las pilas valían una fortuna. Si había piratas espaciales, serían un objetivo que valdría la pena.

Capa uno, el núcleo. Era un almacén individual con una sola puerta, en la parte superior. David se sintió tenso. ¿Por qué? Era un almacén, no un lugar sagrado ni una antigua tumba egipcia. Abrió la puerta. Se atascaba ligeramente, probablemente porque era muy curva. Cuando se encendió la luz, estaba cayendo, o eso le pareció. Se agarró al marco de la puerta.

Se encontraba en un cuarto esférico completamente vacío de estanterías. Su único mobiliario eran seis cajas con forma de ataúd que flotaban en el centro de la habitación, dispuestas en un hexágono. Se agarró a una e intentó moverla, pero no se movía. Alguna fuerza las mantenía en su sitio. Tal vez un campo magnético. El contenido debe ser valioso. Ese almacén en el pleno centro sería el lugar más seguro de la nave.

¿Qué era esa valiosa carga? ¿Y si echaba un vistazo? Si era peligroso, las tapas serían difíciles de abrir. Pasó los dedos alrededor de una de ellas y encontró un pestillo que se abría con facilidad. La tapa se levantó con la misma facilidad. Pero el contenedor estaba vacío. David miró dentro. Había una especie de acolchado en el fondo. Estaba abollado en varios sitios. Aunque no lograba imaginar qué podía haber habido dentro.

Miró en el segundo. También vacío. Y el tercero, también. David flotó hasta el cuarto cajón. En realidad, ya había hecho bastante. Debería volver a la sala de control. Probablemente Aaron y Ben estaban preocupados. Se rascó la barbilla. No, no podía revisar tres de seis cajones. Abrió el pestillo y levantó la tapa. Este era diferente. El cajón estaba lleno. Había un hombre dentro. Tenía el pelo pelirrojo despeinado, la cara pálida y amistosa, y respiraba con regularidad. David se inclinó sobre él. ¿Debía sacarlo? ¿Estaba dormido, enfermo, necesitaba ayuda? ¿Y cómo demonios había llegado ahí?

El hombre abrió los ojos. Eran azules. Levantó los brazos. Claro

que quería salir. Miró implorante a David, aunque no habló. David pasó el brazo por debajo de los hombros del desconocido. El hombre también movió los brazos, intentando ayudar. De repente, las manos del desconocido le rodearon el cuello... David intentó gritar, pero no le salió ningún sonido. Las manos del desconocido eran fuertes y lo apretaban, cortándole el aire. Sus miembros se crisparon, ya no tenía control sobre ellos, y entonces el mundo desapareció de su vista. Una cortina se cerró y su conciencia se extinguió.

—¿Te das cuenta de lo tarde que es? ¿Por qué no has dicho nada? —preguntó Aaron.

Benjamin observó cómo su compañero de tripulación rodeaba a Eric y le bombardeaba a preguntas. Eric estaba abrochado en su asiento, con el rostro inexpresivo. ¿No exageraba Aaron un poco? Claro, Eric había pasado mucho tiempo en las entrañas de la nave sin decirles dónde estaba. Pero sus razones tenían sentido.

—Te lo he dicho, no había recepción de radio allí abajo —respondió Eric.

—¿Y ninguna estación de comunicación?

—No, solo pasillos interminables y almacenes.

—¿Qué más encontraste? —preguntó Benjamin.

Quería volver al asunto que tenían entre manos. Todo el mundo comete errores, y David no era una excepción. Hmm... Eric, por supuesto.

Eric negó con la cabeza.

—Todo lo que necesitamos está allí. Nunca he visto tanta comida deshidratada en un solo lugar. Con nuestro ritmo de consumo, nos dará para cuarenta años.

—Espero que no estemos aquí tanto tiempo —soltó Aaron.

—También hay un montón de piezas de repuesto que podemos utilizar para reparar la cápsula C —añadió Eric.

Hablaba en el mismo tono indiferente con el que había respondido a las cuestiones formuladas por Aaron.

—Es una buena noticia después de todas estas tragedias —exclamó Aaron.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Eric.

Benjamin miró a Eric y de repente tuvo el nombre de «David» en la punta de la lengua. No tenía ni idea de por qué. ¿No había entrenado con un tal David que se parecía un poco a Eric?

—Supongo que el siguiente paso es examinar ese polvo —dijo Benjamin.

—¿Qué polvo? —inquirió Eric.

—Encontramos un reloj de pulsera en la cápsula —explicó Aaron —. Aunque cuando Benjamin lo tocó, se convirtió en polvo. Creo que los átomos han perdido sus enlaces químicos.

—¿Crees?

—El microscopio de la cápsula de Christine no era lo bastante potente. Todo lo que sabemos es que el polvo se compone de partículas muy pequeñas.

—Entonces deberíamos ponerlo bajo el microscopio de efecto túnel

—dijo Eric, bostezando—. Pero hoy no. Ya pasa de la medianoche. Vamos a dormir un poco. Tomaste una muestra, ¿verdad?

Aaron se dio una palmadita en el bolsillo.

—Claro que sí. Vale, hasta mañana.

BENJAMIN NO BUSCÓ por mucho tiempo. En gravedad cero, dormía igual de bien –o de mal– casi en cualquier otro sitio. Lo que importaba era tener una puerta cerrada entre él y los demás para bloquear cualquier ronquido.

Tomó una manta de la sala de control, se envolvió en ella y se tumbó detrás de los fogones de la cocina. No esperaba dormir bien. Para eso necesitaba una superficie firme debajo de él y al menos un mínimo de gravedad que le permitiera orientarse cuando tenía los ojos cerrados. Empezó a contar ovejas. Una, dos, tres...

HABÍA UN DELICIOSO olor a café recién hecho en la sala de control. El aroma disimulaba incluso el olor a sudor que desprendía su chándal. Necesitaba desesperadamente una ducha y cambiarse de ropa.

—Buenos días, Benjamin —saludó Eric.

Su compañero de tripulación estaba sentado frente a una pantalla en la que se desplazaban columnas de números.

—Buenos días, Eric. ¿Qué es eso que huele tan bien? —Estuvo a punto de volver a llamarle David. Eso se era ridículo. Tenía que quitarse esa idea de la cabeza.

—Hice café. Está por ahí, si no se ha ido flotando. —Eric señaló una mesa contra la pared del fondo—. Espero no haberte despertado. Al principio, no te vi detrás de la cocina.

—No, dormí estupendamente.

—Esa es una ventaja de la gravedad cero. Puedo moverme sin hacer ruido.

—Cierto. ¿Ya estás trabajando?

—Sigo intentando acceder a los datos de Christine.

Ahora sería un buen momento para contarle a Eric lo de «cursum perficio», la contraseña de Christine para su espacio de trabajo de VR. La gente suele utilizar la misma contraseña en distintos sistemas, aunque todo el mundo sabe lo poco seguro que es hacerlo.

—Pero está cifrado, ¿verdad? —preguntó en cambio.

—Sí, por desgracia. Espero que logremos dar con su contraseña.

—¿Un ataque de diccionario?

—Exacto, Ben.

Ben. Joder, odiaba eso. Su nombre era Benjamin. Tal vez debería llamarle David cada vez que lo llamara Ben.

—Conseguí convencer al sistema de que no nos bloqueara después de tres intentos —dijo Eric—. Pero se tarda varias horas en recorrer todo el diccionario.

—Buena suerte, Dave.

Esta vez Benjamin no se corrigió deliberadamente. Eric se volvió y le miró con fijeza.

—¿Qué pasa? —preguntó inocente.

—Me llamo Eric.

—Ah. Y yo, Benjamin.

La boca de Eric se estiró en forma de sonrisa, pero no parecía divertirse.

—Claro, Benjamin, lo siento, no volverá a pasar.

Sonaba convincente. De algún modo, Benjamin supo que Eric no volvería a llamarle Ben.

•

—HOLA, chicos —saludó Aaron.

Benjamin se estaba sirviendo un café. El líquido caliente fluía a través de una pajita flexible desde la cafetera sellada hasta una taza sellada. Lo único que tenía que hacer era presionar la tapa de la cafetera.

—Buenos días, Aaron —le respondió—. ¿Quieres café? No está mal.

—No, gracias. No tengo apetito.

—¿Qué ocurre?

—¡Soy un estúpido!

—¿Qué ha ocurrido?

—La muestra, el polvo; ya sabes, íbamos a mirarlo en el microscopio de efecto túnel.

—¿Y?

—No está. Estoy seguro de que tenía el recipiente en el bolsillo de herramientas de mi traje espacial, pero no está. Debo haberlo perdido al volver de la cápsula.

—¿Fuera?

—Sí, supongo. El bolsillo estaba abierto cuando lo revisé hace un momento. Soy un idiota. Siempre hago cosas así.

—Tranquilo, Aaron. Ni siquiera recuerdo dónde pongo las cosas —le aseguró Benjamin. Era mentira. De hecho, nunca había perdido nada. Pero Aaron no necesitaba saberlo.

—De todos modos, no hay problema. Volvemos a la cápsula y listo. ¿O tienes otros planes?

—No. Tienes razón. ¿Vendrás conmigo?

—Quiero ducharme antes.

—¿Seguro? Es una pérdida de recursos. De todos modos, estarás empapado en sudor en el momento en que vuelvas a la prenda de ventilación.

Benjamin levantó el brazo y se olisqueó la axila. Le vendría bien una ducha. Christine ya habría salido corriendo, ella tenía una nariz particularmente sensible. Ahora que se había ido, habían reducido el consumo de agua y jabón a la mitad. Aunque Aaron tenía razón, era inútil. En cuanto se pusiera la prenda de refrigeración líquida y ventilación, olería peor que antes de ducharse.

—Permíteme terminar el café —le dijo.

•

EL INTERIOR DE la cápsula de Christine tenía el mismo aspecto que ayer, pero hoy su pulso estaba firme. Una persona puede acostumbrarse a cualquier cosa. Habían pasado solo unos días desde la muerte de Christine y Benjamin ya miraba la cápsula destruida con ojos de ingeniero.

¿Por dónde debían empezar las reparaciones? La falta de gravedad hacía que la masa de la cápsula no fuera un problema. Tenían que retirar el puntal de acero que la había partido por la mitad, luego volver a juntar las dos mitades y soldarlas.

Parecía fácil. Pero el diablo estaba en los detalles. Por ejemplo, el propulsor parecía intacto, pero no funcionaría sin sus líneas de suministro y control, y algunas de ellas debían haber cruzado la grieta. Lo mismo ocurría con el sistema de soporte vital. Aunque los tres trabajaban en ello juntos, les llevaría un par de semanas. Pero el tiempo no escaseaba.

—Ven aquí, tienes que ver esto —pidió Aaron.

—¿Qué?

—Aquí abajo.

Benjamin pudo ver una mancha de luz que iba y venía. Debía de ser Aaron. Utilizó sus propulsores correctores para bajar al nivel más bajo de la cápsula. La luz estaba en el pequeño nicho del gimnasio. Benjamin se apoyó en un asidero cerca de la entrada al taller.

—Mira —dijo Aaron, iluminando la bicicleta con la linterna del casco.

Faltaba la mayor parte del manillar. Ayer había visto con sus propios ojos cómo la parte derecha se convertía en polvo. Pero ahora también faltaba parte del izquierdo. Muy despacio, Aaron tocó lo que quedaba de él. Y... Más material se disolvió. El haz de luz de la lámpara mostró una fina nube que se extendía por la habitación.

—¿Qué te parece? —preguntó Aaron.

—Parece peor que ayer. Recuerdo que el manillar izquierdo todavía estaba sólido.

—La perturbación se está extendiendo.

—¿La perturbación?

—¿Cómo lo llamarías? Es como una enfermedad que afecta a la materia muerta. Si eso tiene algún sentido.

Benjamin retiró la mano.

—¿Enfermedad? ¿Crees que es contagiosa?

—Ni siquiera hemos analizado el polvo. Pero la tocaste. ¿Se está disolviendo tu guante?

Benjamin se llevó la mano derecha a la cara. El guante parecía el de siempre.

—No creo.

—Bien, de lo contrario estaríamos jodidos. La perturbación parece estar localizada. Ayúdame a recoger algo del polvo. —Aaron sacó un tubo de ensayo y le quitó el tapón—. Yo lo sostengo y tú le echas un poco de polvo.

—Vale.

Benjamin se movió para que el manillar quedara entre él y la probeta, lo que no era fácil en aquel estrecho espacio. Finalmente, encontró la posición adecuada.

—Adelante —dijo Aaron.

Benjamin abanicó enérgicamente, aunque el manillar no soltó polvo.

—No funciona —se lamentó.

—Usa tu tubo de aire —sugirió Aaron.

—Buena idea.

Benjamin se echó hacia atrás, contuvo la respiración y cerró la válvula del collarín. Luego desenroscó la manguera que conectaba el depósito de oxígeno al casco y puso el dedo en el extremo. Sin guantes, la punta del dedo se le habría congelado. Tiró lentamente del extremo de la manguera hacia delante, la apuntó al manillar y levantó el dedo.

Una fuerte ráfaga de aire salió de la manguera, solo detectable porque parte del polvo del manillar se arremolinaba hacia el tubo de ensayo.

—¡Ciérralo! —oyó que le decían.

Aaron reaccionó con rapidez y puso el tapón en el tubo de ensayo.

—¡Ja! —exclamó triunfante—. Esta vez no lo perderé, lo prometo.

Benjamin se colocó la manguera de respiración, abrió la válvula y respiró hondo. Lo había practicado en los entrenamientos, pero le resultaba extraño saber que en el traje solo había aire suficiente para unos minutos. ¡Aire! Miró al techo. La fuga en el sistema de soporte

vital seguía rociando un fino vapor blanco en la cápsula abierta. Estaban en el vacío, pero no podía estar tan vacío como lo estaba más lejos de la nave.

—Espera —pidió—. ¿Tienes otro tubo?

Aaron asintió y le entregó uno vacío. Benjamin quitó el tapón y pasó el tubo por el manillar sin tocarlo. Luego volvió a cerrarlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Aaron—. ¿Una muestra comparativa?

—No. Dijiste que crees que los átomos ya no tienen enlaces químicos. Sería raro si solo afectara a la materia sólida. Espero haber capturado algunas moléculas de aire. Si la perturbación funciona como crees, deberíamos hallar átomos individuales de oxígeno, nitrógeno e hidrógeno.

—Buena idea —exclamó Aaron—. Pero ¿y si se recombinan en nitrógeno molecular, oxígeno, etc., una vez que se encuentran en un entorno diferente?

—Entonces ocurriría lo mismo con la muestra del manillar. En lugar de átomos individuales de hierro, deberíamos ver una red metálica.

—Tiene sentido —le respondió Aaron.

—Pero para nosotros no hay diferencia. Si la perturbación nos afecta, nos disolveremos en nuestros átomos individuales. Si después se recombinan en moléculas, no cambiará el hecho de que estamos muertos.

—Muy tranquilizador. Hace que el problema de volver a la Tierra sea irrelevante.

—Depende de lo rápido que se esté expandiendo la perturbación. Estoy bastante seguro de que se está expandiendo.

—Me gustaría saber si está ligado a coordenadas fijas en el universo. Entonces lo único que tenemos que hacer es arrancar la nave y echar a volar.

—Sería mejor que estuviera unido a la propia nave.

—¿Por qué? Nos mataría.

—Sí, moriríamos. Pero podríamos acelerar al Shepherd una última vez, hacia el espacio interestelar. Moriríamos, pero la Tierra estaría a salvo.

—Oh —murmuró Aaron—. Eso resulta reconfortante. Pero tienes razón, supongo; la perturbación tardaría un billón de años en llegar a nuestro planeta. Habrían encontrado una cura para entonces, ¿verdad?

—No lo sé. La materia no cambia sus propiedades fundamentales así como así. Solo los dioses podrían intervenir conscientemente en algo así, y son producto de nuestra imaginación. ¿Crees que los humanos son capaces de transformarse en dioses lo rapidez?

—A mi Dios no le gustaría —afirmó Aaron.

—¿Nos ayudaría al menos?

—Probablemente no. Me imagino que lo vería como un problema que nos hemos buscado y que tenemos que resolver nosotros mismos.

—Estupendo.

LOS PIES DE Benjamin tocaron el casco exterior de Shepherd-1. Utilizó sus propulsores correctores para dejar de moverse. En cualquier momento se abriría la puerta exterior de la esclusa.

No pasó nada.

—Aaron, ¿has pulsado el botón?

—Sí, hace un minuto. Pero la luz sigue roja.

Benjamin se despegó y voló hacia Aaron, que flotaba sobre el botón de la puerta. Benjamin lo pulsó.

—Oye, ¿no me crees?

—Bueno, tal vez lo presionaste con demasiada suavidad.

—¿Crees que estoy muy débil para apretar un botón?

—No quería decir eso.

—Ya.

—Lo siento, Aaron. Tienes razón, la puerta no se abre.

—¿Ves?

—Eric, ¿nos recibes? La esclusa no se abre. Debe estar atascada por alguna razón.

No hubo respuesta.

Volvió a pulsar el botón. Entonces levantó el puño y lo golpeó con tanta fuerza que la fuerza contraria lo expulsó al espacio. Voló de nuevo hacia el interior.

—Bueno, pues nada —se lamentó Aaron.

—Eric, ¿nos recibes? —preguntó Benjamin—. Necesitamos que nos abras la esclusa.

Aún no había respuesta.

—¿Y ahora qué?

—Esperaremos. Acabará viniendo.

—Podríamos abrirla con una explosión.

—Es la esclusa principal, Benjamin. Todavía la necesitamos.

—Y está asegurada mecánicamente, además no tenemos explosivos.

—¿Alguna otra sugerencia?

—No, supongo que esperaremos.

Se dio la vuelta y trató de localizar el Sol entre otras diez mil estrellas.

—ME ABURRO. Y solo nos queda una hora de oxígeno —dijo Benjamin.

Aaron se volvió hacia él y miró el instrumento que llevaba en la muñeca.

—A mí, solo cuarenta y cinco minutos.

—¿Eric? Llevamos tres horas esperando aquí fuera.

El altavoz de su casco permaneció en silencio. Aaron suspiró.

—Podríamos intentar encontrar otra forma de entrar en la nave.

—¿A través de los pasillos de mantenimiento cerca de los propulsores?

—El ingeniero eres tú, así que deberías saber que no son accesibles desde el exterior. Pero mira. —Aaron señaló en diagonal hacia abajo.

¡Por supuesto, el anillo! ¡Deberían haberlo pensado antes!

—Ah, claro —exclamó Benjamin, entonces le entraron las dudas.

El anillo no era un punto de entrada ideal. Rotaba bastante rápido, lo que generaba una fuerza similar a la gravedad. Todo *parecía* inofensivo. En gravedad cero, podían escalar sin esfuerzo paredes exteriores de la altura de rascacielos. Pero la fuerza generada por el anillo significaba que una caída desde diez metros podría ser mortal.

—Bueno —comentó Aaron—, ¿qué otra opción tenemos? Intentémoslo mientras aún tengamos aire.

—Vale —dijo Benjamin, apartándose de la esclusa principal.

—TENEMOS QUE SALIR del plano de rotación —señaló Aaron—, o nos golpearán los radios.

Benjamin corrigió el rumbo. El anillo estaba unido a Shepherd-1 por cinco radios de sección circular. Los pasillos de su interior les habían permitido desplazarse entre el módulo central y sus cápsulas, cuando aún disponían de cápsulas espaciales operativas. Pero quedaba algo: las esclusas a las que se habían acoplado las cápsulas y la cápsula laboratorio externa. Si conseguían abrir una de las esclusas, podrían volver a la nave por el pasillo que había tras ella.

—Espera, mira —pidió Aaron—. El anillo está afectado en un par de sitios.

Tenía razón. Era evidente desde su posición actual.

—Los sectores dos y cinco siguen teniendo buen aspecto —dijo Benjamin.

El anillo giraba muy rápido. ¡Eso sería interesante!

—Probemos con el sector dos —propuso Aaron.

—Y si eso no funciona, ¿el cinco?

—No, si no podemos abrir la esclusa en el sector dos, tampoco funcionará en el cinco.

Una vez más, Aaron iba un paso por delante.

—¿Y entonces qué?

—Entonces intentamos entrar por una de las zonas afectadas.

—¿Por qué no empezamos con esos? Son agujeros abiertos en el anillo, puedes verlos desde aquí.

—Te olvidas de los mamparos automáticos que se habrían sellado cuando el anillo fue alcanzado. Necesitamos llegar a una zona llena de aire. Creo que tenemos más posibilidades con una esclusa que funcione que con un mamparo de emergencia.

Lógico.

—Eric, ¿nos recibes? —preguntó Benjamin.

—Sí.

—Valía la pena intentarlo.

—Vamos.

Aaron apuntó al anillo y empezó a moverse hacia él. Benjamin activó los reactores de la mochila y salió disparado hacia abajo. Cerró los ojos un momento para reorientarse. Abajo no era abajo. Estaban avanzando. Volvió a abrir los ojos. Funcionó. El anillo se alzaba frente a él como una noria sin góndolas. Aaron se alejó y Benjamin le siguió.

—Tenemos que igualar la velocidad del anillo —dijo Aaron por radio.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Podían acelerar en la dirección de vuelo de la nave, pero los propulsores correctores izquierdo y derecho no eran lo bastante potentes como para moverlos en una trayectoria circular a la misma velocidad que el anillo.

—No podemos —profirió Benjamin—. Lo mejor que podemos hacer es una parábola.

—Solo tienes que sujetarte en el momento adecuado.

¿Ah, sí? Ojalá fuera tan sencillo. Si se acercaba demasiado rápido al anillo, no tendría tiempo de agarrarlo bien y saldría volando hacia el espacio. Pero si fuera demasiado lento, el anillo se le escaparía de las manos, y también seguiría volando hacia el espacio.

«Puedes hacerlo, Benjamin», se animó. Se dio más impulso. El anillo parecía más grande y peligroso de cerca. ¿Lo construyeron los humanos? Parecía más bien arquitectura alienígena antigua.

¡Ya casi estaba! Dobló las piernas. Impacto en tres, dos, uno... sus pies tocaron el metal. Resbalaron. Estaba sujetando una cuerda de seguridad con dos mosquetones. Pero no había nada para engancharlos. Había apuntado a una sección del anillo completamente lisa. Y ya la había sobrepasado. Utilizó su propulsor correctivo izquierdo para frenar y, al mismo tiempo, cambiar de dirección. Allí estaba el anillo de nuevo. ¿Dónde encontraría agarre? Intentó agacharse para alcanzarlo, pero sus pies simplemente se levantaron. Maldita gravedad cero. El anillo rotaba, de nuevo, debajo de él.

—¡Cuidado, estás llegando a la parte afectada! —exclamó Aaron.

Genial. Pero tal vez podría enganchar un mosquetón en el borde de uno de los agujeros. Miró sus guantes. ¿Y si algo afilado le hacía un agujero en el traje? Utilizó sus propulsores correctivos para acercarse. Se movía más despacio que el anillo, así que volvió a acelerar. Tres, dos, uno, mierda. Sus botas eran demasiado lisas. Más adelante pudo ver un agujero abierto por los escombros de la explosión, pero su inercia ya le estaba empujando hacia el espacio. Tuvo que frenar y dar media vuelta.

Empujó la palanca del propulsor hasta el tope, pero siguió moviéndose en línea recta. Mierda. El depósito debía de estar vacío y se estaba alejando de la nave. Debería haber rellenado el depósito después de usar la mochila propulsora ayer. Debería haberlo hecho.

—Benjamin, tienes que darte la vuelta —ordenó Aaron.

—El depósito está vacío, lo siento, yo...

—¡Déjate de tonterías! ¿A qué velocidad te mueves?

Benjamin miró el instrumento que llevaba en la muñeca.

—Veintitrés kilómetros por hora respecto a Shepherd-1.

—Entonces no puedo llegar hasta ti.

—Aaron, no pasa nada. Siempre he buscado situaciones extremas, ¿y qué hay más extremo que volar al espacio profundo?

—Eso no pasaría. No te estás moviendo lo bastante rápido. Solo te convertirías en un cometa de período largo.

—Suena romántico. Un cometa entonces.

—Basta de tonterías. Recuerda tu entrenamiento y vuelve aquí ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Entrenamiento?

—¡Tu oxígeno, coño!

Ah, cierto. Todavía tenía un montón de gas a presión. El depósito de oxígeno estaba aproximadamente medio lleno. Tenía que actuar rápido. Desconectó la manguera de su casco y la conectó a la mochila propulsora. Tenía aproximadamente tres minutos de aire en su traje. Aceleró.

—Acércate a mí —pidió Aaron—. Estoy enganchado al anillo. No importa lo rápido que te muevas, solo apunta hacia mí.

¿Dónde estaba Aaron? Benjamin escudriñó el anillo frenéticamente. Allí. La figura de ahí abajo de pie sobre su cabeza. Benjamin ajustó su rumbo. Inspira, espira, inspira, espira. Gira 180 grados. Hermoso oxígeno. Diez metros, ocho, seis. «Aaron, ya voy, por favor, detenme».

Aaron extendió los brazos. Todo lo que Benjamin tenía que hacer era apuntarle. Tenía que funcionar. ¡Tenía que funcionar! Cuatro metros, dos. Dos manos le agarraron la pierna. Benjamin frenó con los chorros, pero su impulso lo arrastraba. Aaron no lo soltó, y Benjamin

fue arrastrado con él. Aaron se alejaba ahora del anillo, pero su cable de seguridad aguantó. La cuerda se tensó. Las manos de Aaron se apretaron alrededor de su pantorrilla. Benjamin retrocedió de un tirón. Un dolor breve y punzante. Aaron lo tenía. Otra cuerda de seguridad pasó flotando junto a Benjamin. Se la enganchó al cinturón. Estaban unidos por un cordón umbilical, por el que fluía una fuerza, pero no sangre.

Agarró el cable y se acercó a Aaron, que tiraba de su propio cable para volver al anillo. Llegaron casi al mismo tiempo. El mundo empezó a desdibujarse ante los ojos de Benjamin. ¿Eran lágrimas de alivio por haber sido rescatado? Aaron le dio un golpecito en el hombro y señaló su mochila. Hoy iba muy lento. Sacó la manguera de oxígeno de la mochila propulsora y volvió a conectarla a su casco. Aire fresco con olor a ozono entró en el traje. Ahora podía volver a ver y pensar con claridad.

—Gracias, Aaron —murmuró.

—Tranquilo. No podemos perder a nadie más, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Era una promesa que pensaba cumplir. Probablemente debería empezar por sí mismo. No podía permitirse cometer errores como ese. Todo este tiempo en el espacio le había vuelto demasiado confiado.

•

CINCO MINUTOS DESPUÉS, llegaron a una esclusa. Aaron miró a su alrededor.

—Aquí debió estar atracada la cápsula de Christine —dijo.

Benjamin no preguntó cómo lo sabía. Debía de tener sus razones.

—¿Deberíamos probar suerte? —preguntó Aaron.

—Venga.

Aaron pulsó el botón y la puerta de la esclusa se abrió.

—De nada —dijo Aaron.

Benjamin pudo oír el alivio en su voz. Casi parecía feliz.

—Gracias.

Benjamin metió la cabeza dentro. Esa esclusa era mucho más pequeña que la principal. Trepó por el borde y se puso de pie dentro. Le temblaban un poco las rodillas. Hacía tiempo que no habían sentido la gravedad.

Para su sorpresa, la voz de Eric les saludó en el interior de la nave.

—Aaron, Benjamin, ¿dónde estáis?

Genial, Eric volvía a hablar con ellos, ahora que habían resuelto la crisis.

—Estamos en el anillo, de camino a la sala de control —dijo Aaron, con la paciencia de un santo.

ERIC LLEGÓ A REUNIRSE CON ELLOS. Debió de verlos por las cámaras. Se encontraron a mitad de camino en el pasillo que conecta el anillo a la nave.

Antes de que llegaran a Eric, Aaron se volvió hacia Benjamin, abrió el bolsillo de sus herramientas y le puso el tubo de ensayo en la mano.

—Solo una corazonada —dijo Aaron—. Seguro que no es nada.

Benjamin guardó el tubo en el bolsillo de las herramientas.

—Aquí estáis —exclamó Eric—. Me alegro de veros.

—Nosotros también nos alegramos de verte —respondió Aaron.

—Me gustaría quitarme este traje —dijo Benjamin—. ¿Podemos continuar esta conversación en la sala de control?

El pasillo era estrecho y Eric y Aaron lo bloqueaban.

—Claro, solo venía a saludar —dijo Eric.

Se dio la vuelta y volvió a subir por la escalera hacia la sala de control.

—¿Lo habéis conseguido?

—Sí —contestó Aaron—. Recogí algunas muestras. Pero entonces la esclusa principal no nos dejó entrar.

—Bien —dijo Eric—. ¿Fue difícil volver?

—Sí, mucho. Benjamin voló un poco más lejos de lo previsto.

—Pero todo salió bien. Supongo que a los dos os vendría bien descansar, ¿verdad?

—Sí, buena idea —respondió Aaron.

¿Qué? Debió de oír mal. Benjamin quería averiguar cuanto antes qué podía decirles el microscopio de efecto túnel sobre sus muestras.

—Quiero echar un vistazo a las muestras —afirmó.

—Lo siento, Benjamin —se disculpó Aaron—, pero necesito dormir. Mañana será otro día. Las muestras no se irán a ninguna parte.

—Ojalá —murmuró Benjamin.

—No, esta vez las vigilaré más de cerca.

Aaron se palpó el bolsillo como si hubiera olvidado que le dio las probetas a Benjamin. Interesante.

—¿Dónde estabas, Eric? —inquirió—. Nos habría venido bien tu ayuda en la esclusa.

—Lo siento, chicos. Estaba en el núcleo, comprobando más piezas de repuesto. Quiero reparar la grieta junto a las unidades pronto, para que podamos volver a casa.

Eso estaría bien. Pero ¿se había olvidado Eric de los depósitos vacíos? ¿O daba por hecho que la Tierra los reabastecería?

Llegaron al final del radio. No estaban lejos de la sala de control.

—Voy a buscar un sitio para dormir —dijo Aaron—. No puedo

mantener los ojos abiertos.

—Buenas noches —le deseó Benjamin.

Necesitaba una ducha. Luego, averiguaría qué había estado haciendo Eric en el corazón de la nave.

RACHEL SE SOBRESALTÓ y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Se tapó la boca con la mano y ahogó un bostezo. Pasadas las tres de la tarde, sufría su habitual bajón vespertino. Hacía un calor anormal en la sala de control. Tal vez la limpiadora había apagado el aire acondicionado anoche y nadie se había dado cuenta. Fuera hacía un suave día de primavera.

Los teclados repiqueteaban detrás y a ambos lados de ella. Sus compañeros estaban concentrados en su trabajo. ¿Qué trabajo? No había noticias del Shepherd-1. ¿Estaban analizando lo que podría haber ocurrido allí? Probablemente estaban enviando mensajes a sus familias o buscando un paquete barato para las próximas vacaciones.

Abrió la última transmisión de Shepherd-1. ¿Cómo eran esas personas de las que era responsable? Habían perdido a su comandante. Quedaban Aaron, Benjamin y Eric. ¿Eric? Cerró los ojos. David, así se llamaba el tripulante más joven, Dave para abreviar. Lo recordaba con claridad. David Ma... Martelle, el joven de 19 años que había perdido a un amigo en un accidente de coche. ¡Ayer mismo había leído sobre él!

Volvió a comprobar los registros. No había ningún David en la tripulación, solo Eric. Sintió que la cabeza le iba a estallar. Debía de estar soñando. Dobló el dedo índice hacia atrás hasta que emitió un crujido. El dolor no la despertó. ¿Por qué nadie más había notado la ausencia de David? ¿Era producto de su imaginación? ¿O había alguien realmente en condiciones de reescribir todos los registros de Control de la Misión? ¿Alpha Omega tal vez? Necesitaba hablar con alguien. ¡Charles! Al menos admitió estar en la nómina de Alpha Omega. Eso de alguna manera lo hacía más digno de confianza.

Reprodujo el mensaje de la tripulación. Aaron informó de cómo había encontrado el cuerpo de Christine. Benjamin explicó lo que creía que había podido provocar su muerte. Eric no habló. Cerró el expediente. Todo había ido bien hacía unos días.

¿O no? Christine se había enfadado por no obtener resultados. Era evidente que la estaba afectando. Nadie más estaba tan entusiasmado con las imágenes de la lente gravitatoria solar. Excepto quizás Ilan Chatterjee, que pagaba la expedición. ¿Cómo reaccionaría una persona al descubrir que el trabajo de su vida había sido en vano? El comandante había reaccionado impulsivamente: esa parecía ser la teoría actual del Control de Misión. Rachel no lo creía. Si hubiera pasado más tiempo hablando con Christine, no le remordería tanto la conciencia.

Miró la última grabación de Christine. La astrónoma terminó su

informe, se levantó y salió del encuadre. La cámara automática buscó otro objeto que enfocar. Encontró un calendario electrónico de escritorio. Rachel puso el vídeo en pausa. La imagen no era nítida porque el calendario era demasiado pequeño, aunque distinguía el año: 2094. Imposible, en el 2079 no existían los viajes en el tiempo. Debía tratarse de un error. O era eso o algo iba muy mal.

Se volvió y saludó a Charles. Él la vio y sonrió. Era una sonrisa sincera, no forzada. El hombre estaba contento de que quisiera algo de él. Pronto dejaría de ser así. Incluso sintió un poco de pena por estar a punto de apuntarle a la cabeza con una pistola. Charles no parecía un mal tío. Se acercó a su mesa y se inclinó hacia ella.

—Creo que es hora de que hablemos en serio. Pero no aquí. ¿Durante la cena? —susurró Rachel.

Estaba segura de que él no se negaría, y tenía razón. Charles asintió entusiasmado, sacó el móvil y consultó su agenda.

—Oh, hola —saludó Aaron—. Buenos días.

—Lo mismo digo. Si no te importa, me vendría bien una ducha antes de empezar. ¿O ha pasado algo?

Benjamin odiaba tener que hablar con alguien antes de ducharse y tomarse al menos una taza de café. Pero Aaron parecía preocupado. Se incorporó. Sentía frío sin la manta, así que se puso la camiseta de ayer.

—Quería hablar contigo un minuto. Sé que prefieres que te dejen solo a primera hora de la mañana...

—No hay problema. ¿Es por Eric?

Aaron asintió.

—¿Recibiste una visita anoche?— le preguntó.

—Ni idea, estaba dormido.

—Yo sí.

—¿Estás seguro?

—Me até un pelo alrededor de la cremallera del bolsillo de las herramientas. El pelo había desaparecido esta mañana.

—¿Así que Eric debe haber hurgado en tu traje?

—Imagino.

—Buscaba las muestras de la cápsula de Christine.

—Es la única explicación. Pero ¿por qué? Podría ir a buscar la suya. Si saliera por la noche, no nos daríamos cuenta.

—Tal vez no quiere que las miremos con detenimiento.

—¿Por qué? ¿No quiere saber por qué murió Christine?

—No lo sabremos a menos que le preguntemos. Tal vez tenga miedo de que mancillemos su memoria. O que la razón por la que murió es tan dramática que la misión tendría que ser abortada.

—Tal vez. David me dijo que quería inmortalizar a su amigo muerto con este viaje.

—Eric.

—Perdón, ¿he dicho David otra vez?

—Sí.

—Se me escapa.

—Lo sé, a mí me ocurre lo mismo.

El microscopio de barrido en túnel tenía su propia sala, accesible solo a través del taller. Su finalidad era estudiar la materia interestelar. El Shepherd-1 estaba más lejos de lo que ninguna nave

había estado nunca y, aunque seguía afectado por la gravedad del Sol, había llegado a una región del espacio interestelar cuya composición debía ser típica de las vastas distancias entre las estrellas.

A Benjamin le llamó la atención el gran logotipo RB en letras cirílicas de la base de la máquina.

—No sabía que Alpha Omega trabajaba con los rusos —comentó.

—Sí, están muy conectados —dijo Aaron—. Los rusos suministraron el tritio para los DFD de su operación minera en la luna. No habríamos llegado hasta aquí sin ellos. Supuestamente, están intentando llevar nanosondas a Próxima Centauri acelerándolas con láseres a una quinta parte de la velocidad de la luz.

—Y para que sus sondas no se encuentren con sorpresas, les proporcionamos datos sobre lo que encontrarán.

—Exacto. Oye, dame las muestras.

AARON MALDIJO REPETIDAMENTE mientras trabajaba en la máquina. Era una faceta suya que Benjamin no había visto.

—¿Dónde aprendiste a usar esa cosa? —le preguntó Benjamin, tratando de distraerle.

—Mi esposa me enseñó. Yo...

Ups. Aquel era un tema delicado. Había metido la pata.

—Lo siento, no tienes que hablar de ello.

—No te preocupes. En realidad, me gusta pensar en ella. Suena extraño, pero la mantiene... viva de alguna manera. Tengo miedo de olvidarla: su cara, su voz, su olor, todo lo que la hacía ser quien era.

—Sigue viva en tu memoria.

—No lo sé. También tengo la imagen de su cadáver mutilado en la cabeza. Pero es sorprendente cuánto puedes seguir echando de menos a una persona después de tanto tiempo. Dicen que el tiempo cura todas las heridas.

—No sabría decirte.

—Tienes suerte, Benjamin. Es la razón por la que vine aquí.

—¿Para escapar de esa imagen?

—No. Para averiguar por qué tuvo que morir. Sé que es estúpido. Se supone que la lente gravitacional hace avanzar la física, la cosmología. Pero tal vez tenga respuestas para mí también. La ciencia eliminó a Dios. El único lugar donde aún podría existir es en la creación, el origen de todo. Tal vez ahí es donde puedo hacer mi pregunta. Sé que parece una locura.

Así fue. Su mujer no era un objetivo. Solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Fue un accidente. El universo no tenía propósito, y lo mismo ocurría con todo lo que había en él.

Hacía tiempo que Benjamin había dejado de torturarse con preguntas metafísicas. Se sentía mucho mejor después de aceptar que todo carecía de sentido. Pero Aaron aún no había llegado a ese punto.

—Espero que encuentres la respuesta —le deseó.

Lo decía en serio. Pero no podía hacer nada más.

Plin.

Aaron se volvió hacia la máquina.

—Oh, nos estamos acercando —exclamó.

—¿Qué has conseguido?

—Nada, y eso es bueno. Estoy tratando de aumentar el enfoque del haz de exploración. Este microscopio está diseñado para mapear superficies en detalle. Un haz de electrones se mueve hacia adelante y hacia atrás y se miden los electrones dispersos.

—Entiendo. Pero como nuestras partículas de polvo son tan pequeñas, no se dispersa nada.

—Sí. Una medición cero es buena. Y cuanto más enfoque el rayo, más seguros estaremos de que realmente no hay nada. O casi nada. El polvo solo es visible debido al gran número de átomos.

Plin, hizo la máquina.

—Tengo la siguiente medición —dijo Aaron, inclinándose sobre la pantalla—. Tiene buena pinta. Dudo que tengamos mejor confirmación que esta.

—¿A qué te refieres?

—No hay ningún dispositivo a bordo que pueda trazar mapas de átomos individuales. Aunque estamos bastante cerca, y en cuanto al efecto, ya está claro.

—¿El efecto?

—La materia se descompone claramente en unidades muy pequeñas. Supongo que son átomos. Es lo único que tiene sentido desde el punto de vista de la física. Pero aunque las unidades son más grandes, va a ser fatal para cualquier cosa a la que se extienda el proceso. Dame esa muestra de aire que recogiste.

Benjamin se metió la mano en el bolsillo y le entregó el tubo a Aaron. Esperaba que lo pusiera en el microscopio, pero no lo hizo. Se movió alrededor de la máquina hasta un aparato mucho más pequeño.

—¿Qué estás haciendo?

—Esto es un espectrómetro. Lo usaré para calentar la muestra. Emitirá radiación en un espectro que revelará su composición. Un momento.

Aaron encendió el aparato. Abrió una tapa e introdujo la muestra.

—El espectrómetro se encarga del resto. Está diseñado para astronautas tontos como nosotros —bromeó Aaron.

—Qué práctico. ¿Y ahora qué?

—Esperamos.

—Estamos acostumbrados a eso.

Benjamin se inspeccionó las uñas. Era hora de cortárselas. La uña del dedo anular izquierdo estaba rota. ¿Tenía eso algo que ver con el proceso destructivo de la cápsula de Christine? Seguramente no. Aaron también había metido la mano en aquel espacio y sus dedos seguían funcionando. Benjamin a veces tenía tendencias hipocondríacas.

Plin. El sonido de «he terminado» era el mismo en todos los dispositivos.

—¿Y? —preguntó Benjamin.

Aaron señaló una pequeña pantalla en blanco y negro que mostraba algunas columnas.

—Bingo —profirió—. Todas esas líneas son elementos atómicos. En el aire, el oxígeno y el nitrógeno, etc., suelen ser moléculas, es decir, dos átomos unidos.

Sí, claro, eso era química básica. Pero la pequeña lección de Aaron no le molestó.

—¿El oxígeno atómico no es peligroso? —inquirió Benjamin—. Ataca la superficie de los satélites en órbita terrestre baja.

—Esto es fascinante —afirmó Aaron—. En la muestra, se comporta de forma diferente. Normalmente, los átomos individuales de oxígeno se unen en milisegundos. Pero estos son estables.

—Parecen buenas noticias —dijo Benjamin—. Si no, los átomos libres empezarían a atacar al Shepherd.

—No estoy tan seguro. Necesitamos moléculas de O_2 para respirar. Si todas las moléculas se desintegran, nos asfixiaremos. Y el efecto no parece ser de corta duración. Si tenemos mala suerte, es posible que una vez que un átomo se transforme, nunca vuelva a formar un enlace químico. No sería posible la vida en un universo así. Seguiría habiendo estrellas, galaxias, agujeros negros… pero los planetas no serían más que conglomerados de polvo. Sin vida.

—No me asustes, Aaron. Por favor.

—Lo siento, aunque… sí, deberías asustarte. Necesitamos averiguar enseguida a qué velocidad se extiende este proceso. La zona afectada en la cápsula de Christine ya se ha expandido. Tenemos que encontrar la forma de detenerlo.

—No creo que podamos. Los enlaces son una propiedad fundamental de los átomos. Si han perdido eso, no sabría ni por dónde empezar.

—Tienes razón. Los valores de ciertas constantes físicas deben haber cambiado. Pero eso significa que tenemos que cambiarlas de nuevo.

—¿Crees que puedes cambiar las constantes físicas? ¡Por algo se llaman así!

—Ya las hemos cambiado. Christine lo provocó de alguna manera, y tenemos que revertirlo.

Christine. Cierto, eso era lo que había intentado hacer.

—Quizá por eso Christine intentó explotar el Shepherd-1. Quería invertir el proceso.

Aaron no dijo nada. Se miraron durante un minuto. El silencio era opresivo.

—Probablemente tengas razón —contestó por fin—. Su experimento tuvo un resultado, sabemos que no será fácil.

—Tal vez lo sí —argumentó Benjamin—. El proceso sigue limitado a la cápsula de Christine. Si la reparamos rápidamente y la dirigimos lejos del sistema solar, no detendremos el proceso, pero al menos la sacaremos del alcance de la Tierra.

—¿Y si el proceso no tiene nada que ver con la cápsula? Podría fijarse en unas coordenadas concretas del espacio, donde se encuentra la cápsula.

—No. Nos movemos continuamente por el espacio. Si el proceso afectara a un punto concreto del universo, si es que existe, lo habríamos dejado atrás.

—Es una pena —se lamentó Aaron.

—Ten cuidado con lo que deseas. Eso significaría que la zona podría expandirse sin interrupción. En la órbita actual del Sol, volveríamos al mismo punto dentro de unos diez mil años. Para entonces, podría ser demasiado tarde para la Tierra.

◓

—VALE, ¿cuál es nuestra situación? —preguntó Eric cuando volvieron a la sala de control.

Filas de números se desplazaban por su pantalla. Todavía debe estar intentando descifrar la contraseña de Christine. ¿Debería darle una pista a Eric? Mejor hablar con Aaron primero. Benjamin ya no confiaba en Eric. Parecía tener sus propios planes.

—Necesitamos reparar la cápsula de Christine —afirmó Aaron, y luego explicó la razón.

Tenía sentido decírselo. La reparación tenía que hacerse rápidamente, así que necesitaban la ayuda de su compañero de tripulación. Independientemente de la agenda de Eric, querría a la Tierra fuera de la línea de fuego.

—Hmm, es... interesante —admitió Eric.

—¿Interesante? ¿Eso es todo? —exclamó Aaron.

—No, por supuesto que no —respondió Eric—. Es una tarea importante a la que deberíais dedicar toda vuestra atención.

—Pero no nos ayudarás.

—No. Continuaré las observaciones con la lente gravitatoria.

Increíble. Eric actuaba como si no pasara nada.

—Si no nos ayudas, tardaremos más y corremos el peligro de sacrificar toda la nave —le advirtió Aaron.

—Si te ayudo y descuido las medidas, toda la expedición habrá sido en vano, y la muerte de Christine también. Tenemos la obligación, por nosotros mismos y por la Tierra, de obtener resultados. Pero no te preocupes, no evaluaré los datos a bordo como hizo Christine. Los enviaré a la Tierra a través de la Red de Espacio Profundo. Allí pueden analizar las imágenes mucho más rápido. E incluso podría tener tiempo para ayudaros con las reparaciones. Haré lo que pueda. Estamos todos dentro del mismo saco, después de todo.

Las palabras de Eric sonaban vacías, aunque Benjamin no sabía por qué. Y tenía razón, en cierto sentido. ¿Realmente querían que sus veinte años en el espacio hubieran sido en vano? Quizá pudieran reparar la cápsula lo bastante rápido sin la ayuda de Eric.

—¿Quieres enviar los datos a la Tierra? —farfulló Aaron.

—Sí.

—No estoy seguro de que sea una buena idea.

—¿Por qué?

—El proceso que está destruyendo los enlaces atómicos, la perturbación, seguro que no es coincidencia que se iniciara en la cápsula de Christine. Debe tener algo que ver con las mediciones.

—Eso significaría que la perturbación se originó en las sondas —dijo Eric.

—No hemos comprobado las sondas —apuntó Benjamin.

—Ahora mismo no tenemos una cápsula que funcione para hacerlo —contestó Eric.

—Otra razón por la que necesitamos reparar la cápsula C —afirmó Aaron—. Pero dudo que encontremos algo en las sondas. La imagen completa solo se crea cuando los datos son analizados y compilados por el ordenador. Y esa imagen estaba almacenada en su reloj de pulsera.

—Eso parece bastante inverosímil —comentó Eric, y Benjamin estaba de acuerdo. ¿Una imagen que destruía la materia? Parecía sacado de un cuento de hadas.

—Lo admito, suena a pura fantasía. Sin embargo, la idea tiene una base científica en la física cuántica. El universo primitivo, que Christine intentaba rastrear, no se parecía al actual. Aún no sabemos mucho de él, pero sí que las cuatro fuerzas fundamentales se separaron una tras otra mientras el universo se expandía con celeridad. Lo que también significa que las constantes que determinan el aspecto del mundo no existían desde el principio. Solo adquirieron valores fijos una vez completado el Big Bang.

—De acuerdo —concedió Benjamin—. Aunque eso fue hace mucho tiempo y no se aplica a nuestra región del cosmos. Aquí, las constantes se definen de una manera que hace que el universo se vea como lo experimentamos.

—Sí. Pero estarás de acuerdo en que esta parte del universo también se originó en el Big Bang. Era mucho, mucho más pequeña entonces, aunque existía. Ahora imagina que hubiera una pequeña parte del cosmos en la que una constante tuviera un valor ligeramente diferente. Contenía un cuanto de luz, un fotón, o algo así. Llamémoslo el germen. Ese germen era parte de un sistema de entrelazamiento cuántico, tenía una partícula hermana. Digamos que todavía tiene esta partícula hermana, porque la materia no desaparece sin más; ni siquiera después de 13.800 millones de años.

—La partícula hermana se encuentra aquí, en los confines del sistema solar. Y aquí es donde entra en juego la lente gravitatoria. Nos permite vislumbrar una parte muy distante del universo, que es también un vistazo atrás en el tiempo. Ve el germen. Como partícula cuántica no observada, posee simultáneamente todas las propiedades posibles. No obstante, en el momento en que alguien la observa, se vuelve fija, adoptando las propiedades de su entorno, pero un entorno en el que los valores de las constantes físicas son diferentes a los de aquí. Las diferencias pueden ser minúsculas.

»En ese momento, la partícula hermana toma las propiedades del germen. En física, eso se llama teletransporte cuántico. Los científicos ya han logrado un teletransporte cuántico entre la Tierra y la luna Fobos de Marte, utilizando un láser; es decir, un cuanto de luz. El germen es diminuto, aunque abre un agujero en la estructura del universo, y ese agujero se extiende. Crece y crece, y la física del mundo que nos rodea cambia. Solo porque miramos demasiado de cerca.

Aaron dejó de hablar.

—¿Has terminado? —preguntó Eric.

Aaron asintió.

—Es una bonita historia, pero mera fantasía.

—Si existe la más mínima posibilidad de que este proceso se repita, no puedes arriesgarte a enviar los datos a la Tierra —dijo Benjamin—. Puede que aún tengamos una oportunidad de lidiar con la perturbación aquí fuera, pero en un laboratorio en la Tierra...

—¿Qué posibilidades hay de que haya otra partícula en la Tierra, en un laboratorio Alpha Omega, que también esté enlazada con el principio del universo? —preguntó Eric.

—Puede que la probabilidad sea ínfima, pero teniendo en cuenta el peligro potencial, deberíamos evitar hasta el menor peligro —expuso Aaron—. Ni siquiera sabemos si podremos alejar la perturbación de

aquí a tiempo.

—O lo rápido que se está extendiendo —apuntó Benjamin—. Los propulsores de la cápsula podrían ser demasiado lentos para compensar.

—Entonces usamos el Shepherd-1 —dijo Aaron—. Puede acelerar mucho más rápido con diez DFD que una cápsula con propulsores químicos.

Benjamin asintió. Sí, ese sería el último recurso.

—Pero ¿no os dais cuenta de lo que eso significa? —exclamó Eric.

Por supuesto que sí. Nunca volverían a ver la Tierra. A Eric no le gustaba esa idea, y Benjamin no podía culparlo.

—¡Tendríamos que abandonar el proyecto de la SGL! —prosiguió Eric—. Todo el progreso científico que esperábamos se iría a la mierda. De todos modos, los del Control de Misión tienen la última palabra. Insisto en enviar un mensaje a la Tierra, diciéndoles lo que sabemos y lo que no, y pidiéndoles que decidan.

Era una astuta jugada de ajedrez. Todos sabían que Alpha Omega había invertido mucho en esa misión.

Aunque Eric tenía razón. Tenían que seguir órdenes. Y no estaría de más preguntar. La Tierra necesitaba saber qué estaba pasando allí.

Tardaron dos horas en ponerse de acuerdo sobre la redacción. Eric insistió en que formularan sus hallazgos cuidadosamente, como posibilidades. Era una teoría bastante loca. Los del Control de la Misión querrían elaborar su propia teoría, basándose en los datos que enviaban. Aaron luchó con uñas y dientes contra ello, pero al final recomendaron a la Tierra que continuaran las observaciones por el momento. Sin embargo, también anunciaron su intención de reparar la cápsula de Christine y lanzarla al espacio interestelar junto con la perturbación. Benjamin encontró la forma de hacer aceptable esta solución para Aaron. El mayor peligro era la perturbación existente. Era una lástima que los físicos de la Tierra no pudieran investigar el fenómeno. Nunca se había tenido la oportunidad de examinar un universo con propiedades fundamentales diferentes, en el que, presumiblemente, se aplicaban leyes completamente distintas. Incluso a Benjamin le fascinaba la idea, y eso que no era científico. Había una gran diferencia entre inventar teorías ingeniosas sobre la existencia de mundos alternativos y poder investigarlos con tus propios instrumentos.

Esperaba que los de Control de Misión no les exigieran encapsular la perturbación para estudiarla más a fondo. Probablemente aún era lo bastante pequeña como para que pudieran alejarla de la Tierra. Pero los universos tenían la desagradable tendencia de inflarse rápidamente. Eso había ocurrido con su propio universo poco después del Big Bang. ¿Y si la energía oscura de esta perturbación enloqueciera

de repente, haciendo que se expandiera desde un área del tamaño de una pelota de baloncesto hasta las dimensiones del sistema solar, en cuestión de segundos?

—¡ATENCIÓN!

Benjamin se dio la vuelta. La lámpara de su casco iluminó un tubo plateado que volaba hacia él desde un lateral. Se agarró a un estante de la cápsula y dio una patada con los pies hasta quedar en posición horizontal. El tubo no le alcanzó. Antes de que estuviera fuera de su alcance, agarró su extremo con ambas manos y consiguió enganchar el pie derecho alrededor de algo para evitar salir volando con él.

—¡Lo tengo! —anunció.

El aviso de Aaron llegó bastante tarde. Quizá deberían tomarse un descanso. El trabajo en la cápsula C no avanzaba tan rápido como esperaban.

—Lo siento —lamentó Aaron por la radio—. Creí que mirabas en mi dirección cuando te lancé el tubo.

Benjamin había estado frente a Aaron. Pero estaba mirando planos en el interior de su visor. Primero tenía que soldar un travesaño. La tubería vendría después.

—Estaba en modo AR —le dijo—. Pero tú no lo sabías.

De hecho, habían acordado, por razones de seguridad, advertirse mutuamente sobre cualquier pieza grande que flotara libre. Pero no tenía sentido reñir a Aaron ahora. Ambos necesitaban dormir.

—Lo siento, me olvidé de nuestro protocolo de seguridad —se disculpó Aaron.

—Demos por concluida la jornada.

El principal problema eran las largas rutas de transporte. Eric tuvo la amabilidad de traer del almacén las piezas necesarias. Pero transportar las piezas a través del espacio entre la esclusa principal y la cápsula seguía consumiendo mucho tiempo. Y eso significaba que solo uno de ellos podía trabajar en la construcción. Si Benjamin necesitaba ayuda para sujetar algo en su sitio, por ejemplo, eso costaba más tiempo.

—Sí, claro —dijo Aaron.

—Eh, ¿qué?

—Claro, terminemos por hoy. Acabas de proponer eso.

—¿En serio? Lo siento, mi mente estaba en otra parte. Pero sí, me vendría bien dormir un poco. Voy a soldar este travesaño.

Benjamin sacó el soldador de su cinturón de herramientas. Era voluminoso y poco manejable, pero al menos allí no pesaba nada. El travesaño ya estaba fijado con dos puntos de soldadura. Era de acero, lo que complicaba las cosas, porque solo podía soldar acero con acero, no con aluminio o titanio, que constituían una gran parte del casco de la cápsula. Pero tenía un esqueleto de acero. Tuvo que quitar parte de

la cubierta exterior para llegar a él.

Colocó el soldador en el siguiente punto de soldadura. El material se calentó. A continuación, pulsó un botón para encender el aparato y presionó el cabezal de soldadura contra el punto deseado. Tenía que esperar 60 segundos... 50... 40... 30.

Cero. Apagó el soldador.

Un momento. Algo no iba bien. El travesaño se había calentado antes de que presionara el botón. Eso era imposible. ¿Se estaba volviendo loco o era solo cansancio?

Lo intentó de nuevo. Encender, calentar, apagar. Ocurrió de manera normal. Encender, calentar, apagar. Encender, calentar, apagar. Ahora el travesaño estaba soldado en seis puntos. Eso debería ser suficiente. Miró el dispositivo. Parecía el mismo de siempre. Su mente le estaba jugando una mala pasada.

•

De camino a la sala de control, Benjamin se encontró con Eric, que debió percatarse de que la esclusa principal se abría y cerraba.

—¿Has terminado por hoy? —preguntó.

Eric parecía muy relajado y tranquilo. Hacía tiempo que Benjamin no le veía así.

—Estoy reventado —exclamó Benjamin—. Ni siquiera soy capaz de pensar con claridad. Mi cerebro hace lo que le da la gana.

—Vosotros relajaros —dijo Eric—. Yo prepararé la cena y podréis tomaros una ducha en condiciones.

•

Benjamin quedó gratamente sorprendido. Eric había utilizado algunos trucos para preparar la pasta de comida habitual, de modo que al masticar daba la sensación de estar comiendo alimentos diferentes. El sabor aún dejaba que desear, aunque la textura resultaba interesante.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó.

—Un poco de química orgánica —respondió Eric—. ¿De verdad quieres saber los detalles?

—Sí, así tal vez pueda intentarlo.

—Bien. La pasta contiene proteínas, azúcar y grasa en proporciones óptimas para el organismo. Los abordé por separado. Desnaturalicé la proteína, cambié las longitudes de cadena de los carbohidratos y le di forma de pequeñas burbujas a la grasa. Si haces eso en distintos grados, obtienes alimentos diferentes, aunque todo se base en el material estándar.

—Interesante. ¿Cómo cambiaste las longitudes de las cadenas de carbohidratos?

—Con enzimas.

—¿Tenemos enzimas a bordo?

—Sí.

—¿Dónde?

—No querrás saberlo.

—Sí, quiero.

—Si tú lo dices…

Eric se señaló la boca. Oh, cierto, la saliva humana contenía enzimas.

—Podrías habérmelo dicho, Eric.

—Pensé que podrías ser sensible al respecto. Por cierto, descubrí algo interesante mientras preparaba la comida. Mi saliva solo contiene una enzima, y en concentraciones realmente altas.

—¿Sabes por qué? —preguntó Benjamin.

—Debe tener algo que ver con estar en el espacio durante largos periodos. Tal vez tenemos deficiencia de algunos nutrientes básicos en los que nadie pensó. Envié la información al Control de Misión.

—Interesante. Siempre pensé que los efectos de los vuelos espaciales ya se habían investigado a fondo, al menos desde la expedición a Encélado en los años cincuenta.

—Las cosas que aprendes cuando cocinas. Ah, Aaron, toma asiento.

Benjamin se volvió hacia la puerta. Aaron entró flotando por ella. Llevaba unos calzoncillos largos blancos y el pelo mojado pegado al cráneo.

—La comida es interesante —dijo Benjamin.

—Perfecto —exclamó Aaron—, justo lo que necesito.

—Ahora que ambos estáis aquí… recibimos un mensaje de la Tierra —les informó Eric.

—¿Los del Control de Misión contactan con nosotros y no nos lo cuentas en todo el día? —inquirió Benjamin indignado.

—No quería apartaros de vuestra importante labor.

—¿Qué han dicho? —preguntó Aaron.

—Nos ordenan continuar las mediciones, en cualquier circunstancia, durante el mayor tiempo posible.

—Hoy es día 30. No pueden haber visto aún nuestros resultados del 27 —dijo Benjamin.

—Eso es verdad. Pero esas son nuestras instrucciones. Tenemos que seguir órdenes. También sugirieron que enviara los datos de las mediciones directamente a la Tierra a través de la Red de Espacio Profundo.

Así que Eric había ganado, por el momento. Pero en cinco días, las cosas podrían ser diferentes. El Control de la Misión tenía que

comprender el enorme peligro que corría la Tierra si continuaban con sus observaciones.

—¿Puedo preguntaros algo?

—Claro, Eric —le animó Aaron.

—No quiero que os sintáis atacados.

—No lo haremos —le aseguró Benjamin.

¿Adónde quería llegar con eso?

—Suponiendo que realmente enviemos la cápsula C y la perturbación al espacio interestelar...

—Ese es el plan —comentó Benjamin.

—El espacio no está vacío. Podría llegar a otro sistema habitado. La perturbación destruiría el sistema y sería culpa nuestra.

—Interesante cuestión —dijo Benjamin—. Lo que estamos haciendo podría considerarse defensa propia. ¿Es moralmente justificable poner en peligro a posibles terceros en defensa propia?

—¿PUEDES recomendarme algo? —preguntó Charles al camarero mientras encendía la vela en su mesa.

Una vela de verdad. ¿De dónde la habían sacado? Rachel no recordaba la última vez que había tenido una vela de cera en la mesa de un restaurante. Y probablemente era cera de abeja cara. Normalmente se conseguían imitaciones baratas con leds rojos que simulaban parpadeos con espejos automatizados.

El camarero titubeó.

—Se está haciendo tarde —dijo—. Dejadme preguntar rápidamente en la cocina.

—Claro.

El camarero asintió y desapareció. Charles sonrió a Rachel. Esperaba que no se hiciera ilusiones solo porque había aceptado cenar con él. Algunos hombres... no, Charles no era uno de esos. Tenía sus debilidades, pero no era un ególatra.

Charles se aflojó la corbata.

—Uf.

Llevaba camisa blanca, chaqueta azul con pantalones a juego y zapatos negros. La camisa le cubría la barriga cuando estaba sentado. Rachel podía verla al otro lado de la mesa. No quería saber qué aspecto tenía ahí debajo.

Se hizo un silencio incómodo.

—Charles, cuéntame algo de tu juventud.

Pero él se limitó a sonreír y no dijo nada. Tal vez había leído en alguna parte que debía dejar que las mujeres hablaran de sí mismas, en lugar de parlotear con ellas. La miró expectante.

—Vale. Yo... —comenzó ella.

El camarero se aclaró la garganta. Había aparecido como de la nada.

—¿Y qué nos recomienda la cocina?— preguntó Charles.

—Estáis de suerte. Otros dos invitados cancelaron. Habían reservado el menú degustación del chef. Normalmente cuesta sesenta y cinco dólares por persona. Puedo ofrecéroslo a ese precio por mesa. Incluye salmón picante sobre *risotto* al limón y medallón de ternera con cebollas perla y judías verdes.

—Tomaré el pescado —decidió Rachel.

—No es necesario realizar una elección. Esos fueron el tercer y cuarto plato de un menú de cinco platos. ¿Puedo serviros un vino adecuado con cada plato?

—No gracias, el alcohol no me sienta bien —dijo Rachel—. Solo agua. Sin hielo, por favor.

—Por supuesto. Agua sin hielo para la señora. ¿Y para el caballero?

—Tomaré... una cerveza —contestó Charles, en un tono inusualmente bajo.

Probablemente temía que la cerveza estuviera fuera de lugar aquí.

—Una cerveza para el caballero —repitió el camarero sin inmutarse—. Tenemos Amstel, Heineken, Becks...

—Amstel, por favor.

Rachel se sintió un poco más a gusto con Charles. Ella siempre elegía la primera opción.

—Así que, dos menús degustación, un de agua sin hielo y una Amstel. ¿Algo más?

—No, gracias —respondió Charles.

ENTONCES EMPEZÓ A HABLARLE DE TODO. No paró cuando el camarero trajo las bebidas y el primer plato.

A Rachel no le importaba; de hecho, le gustaba. Las historias de Charles eran originales y la hacían reír. Pero no estaba aquí para eso. Era hora de ir al grano. Probablemente mañana ya habría olvidado sus historias, lo cual no importaba; no se suponía que le cambiaran la vida, solo que la entretuvieran.

—Dime, Charles —le interrumpió ella—. ¿Qué ocurre en la misión SGL?

Zas. Charles se quedó boquiabierto. Ella siempre había pensado que era una expresión, aunque literalmente se quedó con la boca abierta.

—Yo, ah... claro, por eso estamos aquí. Tenías preguntas sobre el proyecto —dijo él.

Su voz sonaba despreocupada, pero ahora era un poco más aguda y tenía manchas rojas en las sienes.

—En los registros figuran como tripulantes Aaron, Benjamin, Christine y Eric. Hace seis días, sin embargo, no había ningún Eric, sino un David.

—David... Eric... ¿estás segura de que no te has confundiendo?

—Sí, investigué la biografía de David. Eso fue hace solo seis días.

Charles cogió el vaso y bebió un buen trago. Luego tosió.

—Yo... bueno, ambos nombres me suenan familiares. Echaré un vistazo, lo prometo. ¿Cómo está el salmón?

—Buen intento, Charles, pero no he terminado. En la última grabación de Christine, vi que la fecha del sistema en Shepherd-1 y era la de 2094. Y comparé las referencias. —Tenía que atacar mientras el hierro estaba caliente, cuando Charles seguía buscando respuestas

—. Los archivos que nos han estado enviando también fueron creados en 2094. ¿Supongo que Alpha Omega no habrá descubierto el secreto del viaje en el tiempo? Y ya que estamos, ¿cómo consiguen presionar tanto a MOM para que haga cosas que no quiere hacer? Y, maldita sea, ¿cuáles son esas cosas?

Se dio cuenta de que se estaba poniendo furiosa.

—Rachel, no es lo que crees. No entiendes el alcance del proyecto.

—¿No? Hacía muchos años que no perdíamos un astronauta. Y ahora tenemos uno que muere en circunstancias sospechosas, en una nave espacial que parece carecer de la masa de reacción para un vuelo de regreso, con relojes que muestran el año 2094, y un miembro de la tripulación que de repente cambia de nombre. Pero lo que lo hace completamente inaceptable es que yo soy el CapCom de esta misión, soy responsable del bienestar de esas personas ahí fuera, y no tengo ni idea de lo que está pasando.

—Es... por desgracia, no puedo darte todos los detalles. Pero te prometo que no es lo que parece.

—Entonces, ¿qué es? ¡Explícamelo!

—Yo... hay una explicación para todo. Empecemos por el año, es lo más sencillo. El ordenador de la nave tiene un fallo. Habría fallado el 7.7.77. Así que cambiamos los relojes, con el conocimiento de los astronautas. ¿O crees que no se habrían dado cuenta de que estaban quince años adelantados?

—¿Un error? Nah, no cuela.

—Entonces, busca el error del año 2000. No es la primera vez.

—¿Por qué no lo arreglasteis?

—Bueno, no podíamos apagar la nave y reiniciarla. Y ahora hay otros problemas. Imagina una rutina de copia de seguridad encontrando datos de 2094. No podría manejarlo.

Sonaba plausible. Pero ¿era verdad? Las mentiras ingeniosas también parecían plausibles.

—Entonces ese David… ¿Es posible que estuvieras buscando accidentalmente en archivos antiguos? Creo que hubo un ASCAN llamado David Martelle, que fue reemplazado por dudas sobre su estabilidad psicológica. Pero eso fue hace tanto tiempo, que tendría que buscar los detalles. Si me hubieras preguntado antes...

Rachel tenía la garganta tan seca que sintió ganas de beber un buen trago de la cerveza de Charles. Si mañana buscaba en el ordenador, todo estaría confirmado. Pero ¿eso lo convertía en verdad?

—¿Y la masa de reacción? —inquirió ella.

—El problema de la masa de reacción ya se ha explicado. ¿Leíste el expediente? No estabas involucrada entonces, así que no podías saberlo.

—¿Y la muerte de Christine?

—Sí, eso es un problema.

Charles trazaba dibujos en el mantel con el mango del tenedor: una serie de pequeñas cruces. Cuando se dio cuenta de que ella le estaba mirando la mano, dejó caer el tenedor y se puso la mano en el regazo. El tenedor chocó con una cuchara de postre.

—¿¡Un problema!? ¿Eso es todo?

—Es lamentable. Alpha Omega acepta su responsabilidad y solucionará el problema, te lo aseguro.

—¿Cómo se puede hablar de la muerte de un astronauta como un problema? Es cínico e inhumano. Siempre pensé que eras un buen tío.

Charles suspiró.

—Lo siento. Si supieras lo que yo sé, no estarías hablando así.

—¡Entonces dime lo que necesito saber! Me tomo mi trabajo en serio. Lo sabías cuando me contrataste.

—Yo me opuse —admitió Charles—. Pero MOM estaba de tu lado.

—Gilipollas. —Ahora estaba realmente enfadada.

El camarero se acercó a la mesa desde las sombras y se llevó un dedo a los labios.

—Imbécil —susurró—. Si descubro que el resto de mi tripulación sigue en peligro, lo haré público.

—Si haces eso... nos dejarás a todos con el culo al aire.

—¡No me dejas elección!

—Bien, hablaré con Ilan. Pero te advierto que cuanto más sepas, más te involucrarás en esto, para bien o para mal.

—Si me ayuda a hacer mi maldito trabajo, entonces no tengo otra opción.

—Eres muy testaruda, ¿sabías? Esto es lo que le advertí a Alison.

—Y me contrató de todos modos; a lo mejor, exactamente por esa razón.

—SUPONEMOS QUE EL peligro para la Tierra es mínimo —dijo la mujer en pantalla.

La imagen y el sonido no estaban sincronizados. La transmisión debía provenir de otro continente. Su nombre y título aparecían en la parte inferior del vídeo: doctora Mrunal Thakur. Se había presentado como física. Rachel se volvió hacia Charles.

—¿Es de las tuyas? —susurró.

Charles asintió. Típico. ¿No deberían pedir la opinión de un experto independiente? Por supuesto, Alpha Omega quería continuar con el proyecto en el que habían invertido todo aquel dinero.

—Gracias, doctora Thakur —dijo MOM—. Parece bastante claro. La muerte de la astronauta Christine Delrue es lamentable. Expresaremos nuestro más sentido pésame a su familia. Pero seguro que ella habría querido que continuáramos la misión como estaba previsto.

—Alison, tengo que discrepar. —Rachel se puso de pie.

El Control de Misión se quedó en silencio. Nadie había llevado nunca la contraria a una declaración tan decisiva de MOM.

—En primer lugar, una persona está muerta.

Alison parecía molesta. Rachel no lo entendía. ¿Cómo podía MOM preocuparse tan poco por la tripulación?

—Los otros astronautas nos han dicho que sospechan que se suicidó. Al parecer, Christine intentaba destruir la nave. O sufría una depresión aguda, o creía que era la única forma de eliminar algún peligro.

—La doctora Thakur acaba de explicarnos que no hay peligro. Y es una experta en este campo.

—Sí, Alison, aunque trabaja para Alpha Omega, como Charles acaba de confirmar.

Charles levantó las manos a la defensiva. No era del todo justo meterle en eso, pero era demasiado importante.

—Christine Delrue también era una especialista. Ella misma había realizado y analizado todas las mediciones.

—Rachel, me temo que no eres consciente del alcance de este proyecto. Trata de la piedra angular de nuestra existencia, la cuestión de dónde venimos.

—Y se trata de la enorme cantidad de dinero que Alpha Omega ha invertido —dijo Rachel.

Alison suspiró, pero no dijo nada.

—Estamos en una sala de control de la NASA —continuó Rachel—. Como agencia gubernamental, somos responsables de la seguridad de

la gente, y eso incluye a los astronautas. Las organizaciones privadas no tienen autoridad para tomar decisiones en este ámbito, y sus generosas donaciones no cambian esa situación.

—Sí, tenemos una responsabilidad —afirmó Alison—. La tripulación espera de nosotros instrucciones claras, no alarmismo. Eso no ayuda a nadie. Como CapCom, tú mejor que nadie deberías tenerlo claro.

Oh, ahora MOM lo estaba poniendo personal. Rachel debe haber tocado un fibra sensible.

—Los astronautas del Shepherd-1 no son niños a los que tengamos que dar la mala noticia con delicadeza —argumentó Rachel—. Y no soy su madre. Soy su representante en la Tierra y, por lo visto, la única. Tienen derecho a saber la verdad.

—Oh, la noble verdad contra la mentira maliciosa. Mentira. Queremos un resultado óptimo para este proyecto. ¿Qué es lo que deseas tú?

—Que contratemos a alguien externo a Alpha Omega para evaluar el peligro. De lo contrario, no entregaré el mensaje a Shepherd-1. Nadie puede obligarme a actuar contra los intereses de la tripulación.

Era una amenaza débil, aunque solo a simple vista. Un CapCom que se negaba a entregar un mensaje del Control de Misión era una señal clara para cualquier tripulación de que algo no iba bien abajo.

—Pero los expertos más competentes en este campo son todos empleados de Alpha Omega.

—Alison, estoy segura de que podemos encontrar un o dos físicos más que trabajen con la doctora Thakur. Por favor, la NASA está bien conectada con universidades de todo el mundo.

—Bien —dijo Alison—. Pospongámoslo hasta mañana. Para entonces, la administración puede encontrar un científico que confirme la opinión de la doctora Thakur. Lo que significa que la tripulación solo tendrá que esperar un día más por una respuesta.

«No trates de hacerme sentir culpable, Alison. El padre de mi hija lo intentó, durante años, sin conseguirlo».

—No se trata de encontrar a alguien que pueda confirmar la opinión de la doctora Thakur, sino de obtener la opinión de un científico independiente —insistió Rachel con brusquedad, y luego se sentó.

—Involucrarme, delante de todos, no ha sido muy inteligente —susurró Charles tras ella—. Si Alpha Omega deja de confiar en mí, no tendrás aliados.

—ME VENDRÍA BIEN la siguiente parte —dijo Aaron por radio.

—Marchando.

Caray, Aaron era rápido. ¡Y se suponía que Benjamin era el ingeniero! Guio la viga a través de la puerta de la esclusa. Para empezar, no había sido fácil introducirla, pues medía casi seis metros de largo. Primero tuvo que ventilar la sala de delante de la esclusa. Afortunadamente, no todas las piezas eran tan largas.

La puerta exterior de la esclusa se cerró tras él. Entonces pulsó el botón. Ya apenas prestaba atención a las cosas que sucedían en el orden equivocado. Debía de ser el estrés. Esperaba que pronto pudieran volver a un ritmo de vida más pausado. Benjamin empujó la viga que tenía delante y voló alrededor de la nave utilizando su mochila propulsora. Habían cerrado la brecha en la cápsula C, alisado los bordes y soldado las dos mitades.

Pero las reparaciones del interior no habían terminado. Las pruebas de vibración realizadas ayer habían revelado que la cápsula había perdido aproximadamente un tercio de su rigidez. Así que reforzaron el interior con más refuerzos. Por desgracia, eso significaba que tenían que eliminar algunas paredes interiores, como la delgada que hay entre el taller y el retrete. Quien viajara en la cápsula en el futuro tendría que utilizar el retrete a la vista de los demás pasajeros.

Iluminó la cápsula con la lámpara del casco. El metal desnudo de la costura soldada alrededor de su ecuador brillaba. Esa cicatriz era la única prueba del terrible incidente. Se sentía más optimista ahora que la cápsula no parecía un huevo roto. Quizá las cosas estaban mejorando.

Apuntó la viga a la pequeña esclusa de la cápsula C. Aaron estaba detrás, haciéndole señas.

—Dale un empujón y ve a por la siguiente parte. Yo me encargo —le aseguró.

—Si tú lo dices.

Impulsó la viga hacia la esclusa y la soltó. Rotaba lentamente, pero se movía en la dirección correcta. ¡Muy bien! Dio media vuelta y regresó a la esclusa principal.

—Odio interrumpir, pero los escáneres han detectado otro obstáculo —informó Eric.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aaron.

—Al parecer, nos cruzamos con la órbita de un OTN desconocido.

—¿Puedes ser más específico? —inquirió Benjamin.

Un OTN, objeto transneptuniano, era cualquier cuerpo celeste que orbitara alrededor del Sol más allá de Neptuno. Así que era un

término muy vago.

—Estamos de suerte —dijo Eric—. Esa cosa es bastante grande.

—¿Mucho?

—Tendrá unos quince kilómetros de ancho.

—¿¡Y llamas a eso suerte!? El asteroide nos aplastará si colisionamos con él.

—Si fuera más pequeño, no lo veríamos hasta mucho más tarde, como la última vez.

Cierto.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —inquirió Aaron.

—¿Y cuál es la probabilidad de colisión? —añadió Benjamin.

—Sus datos de rumbo son imprecisos —dijo Eric—. Ha sido detectado hace solo tres minutos. La simulación calcula, actualmente, una probabilidad de impacto del tres por ciento.

Tres por ciento, no podían ignorarlo. Tenían que esquivarlo. El espacio interestelar estaba predominantemente vacío. Si necesitaban un asteroide, lo más probable es que no encontraran ninguno. De alguna manera debían estar atrayendo tanta mala suerte.

—¿Y de cuánto disponemos? —preguntó Aaron.

—De ocho horas como máximo. Tenéis que acabar ahí en siete horas para que tengamos tiempo de salir de su trayectoria.

Eso no les daba margen. Habían planeado terminar el trabajo en la cápsula pasado mañana. La perturbación ahora medía, aproximadamente, un metro de diámetro.

—¿Podemos hacerlo, Aaron?— preguntó Benjamin.

—¿Hacer qué? Tal y como yo lo veo, tenemos dos opciones. Terminamos de reparar la cápsula y la enviamos hoy. Eso sería tener un margen mínimo. O la aseguramos a Shepherd-1 con un poco de refuerzo extra. Eso nos da tiempo más tarde para terminar el interior.

Benjamin deseó que el maldito asteroide desapareciera. Si se precipitaban en las reparaciones de la cápsula C y pasaban algo por alto, su plan de disparar la perturbación hacia el espacio interestelar podría fracasar. Pero si iban a lo seguro y aseguraban la cápsula a la nave para la maniobra evasiva, entonces la perturbación podría crecer más allá de un tamaño manejable. ¿Peste o cólera? ¿Escila o Caribdis? No necesitaba explicarle todo esto a Aaron. Su compañero probablemente estaba pensando lo mismo.

—Planeábamos terminar pasado mañana —dijo Benjamin—. Debemos atenernos al plan. Aseguremos la cápsula a la nave.

—De acuerdo —concedió Aaron.

—Tenéis siete horas.

—Un momento, Eric —dijo Benjamin—. No te librarás sin más. Necesitamos que traigas todas las vigas T que encuentres en el almacén a la esclusa. Y rápido.

—Lo tengo. Vigas en T a la esclusa principal. Oído.

◓

—SIGUIENTE, por favor —pidió Aaron.

—Llegando a tus tres en punto.

Benjamin soltó la viga. La voluminosa pieza de metal se movió ingrávida hacia la esclusa. Aaron se volvió y le hizo un gesto con el pulgar. Por encima de la cápsula se elevaba una estructura en forma de jaula, que Aaron estaba extendiendo pieza a pieza, para asegurar la cápsula C contra el casco del Shepherd-1 durante la maniobra evasiva.

La siguiente viga ya sobresalía de la esclusa principal de la nave. Los tres trabajaban con gran eficacia; al parecer, a Eric sí le importaban la cápsula y la perturbación. Eso hacía que el trabajo fuera divertido, aunque estuvieran bajo presión. Ahora que conocían mejor la trayectoria del asteroide, el peligro de colisión había aumentado hasta el siete por ciento. Eso era inaceptable; podría significar la destrucción total del Shepherd-1.

—Siguiente, por favor —repitió Aaron.

Una luz de la esclusa de la cápsula parpadeaba. Benjamin apuntó la viga hacia ella y le dio un fuerte empujón. Con una masa de 400 kilos, tenía mucha inercia. Tuvo que poner la mochila propulsora al máximo para no salirse demasiado. Le sorprendió lo bien que se sentía a pesar de la amenaza inminente. Probablemente se debía a que trabajaban juntos en armonía.

—Mierda —profirió Aaron—. Esta soldadura no aguanta. Tengo que rehacerla.

Benjamin regresaba a la esclusa principal, de la que ya sobresalía la siguiente viga.

—Toma, Benjamin —dijo Eric.

La viga salió flotando por la esclusa. Benjamin la cogió con ambas manos y fue arrastrado con ella hasta que pudo frenarse con la mochila propulsora. Se dirigió a la cápsula C.

—¿Dónde... mier... uff?

—¿Qué ocurre? ¿Aaron?

—Ah... ca...

Benjamin soltó la viga y aceleró.

—Enseguida voy —gritó.

—Grrmmmm.

La lámpara de Benjamin brilló en la pequeña esclusa de la cápsula. Por ella asomaba la viga T que acababa de entregar. Aaron estaba en la esclusa. Su cuerpo estaba retorcido de forma antinatural. La viga... oh, no. Le había atravesado el abdomen.

—¡Aaron, di algo!

—Yo... dolor.

El brazo derecho de Aaron se retorció.

—No te muevas. Nos encargaremos de esto. Eric, te necesito. Aaron está herido.

—Ya voy —contestó Eric—. Pero tengo que ponerme el traje.

—Eso... no tiene buena pinta —dijo Benjamin.

La viga había atravesado a Aaron un poco a la derecha del ombligo.

—Eso no es exactamente lo que quería oír —murmuró Aaron.

Al menos aún podía hablar. Tal vez no era tan malo como parecía.

—¿Cómo te sientes?

Benjamin miraba directamente al casco de Aaron. Tenía la frente brillante de sudor y la visera empañada.

—Yo... el dolor era increíble, pero ahora estoy mejor.

—¿Puedes respirar bien?

—Sí, sin problemas. Cuando empezó el dolor, me costaba, pero debió ser el *shock*.

Benjamin bajó hasta el lugar donde la viga había perforado el traje espacial. Palpó con cuidado.

—La viga parece estar sellando el agujero que hizo en tu traje.

—Entonces no la saques —dijo Aaron.

Benjamin maniobró alrededor de Aaron. Un trocito de viga sobresalía por detrás. Debía de ser por la pared.

—Sé que debo decírtelo con delicadeza —admitió—, pero no sé cómo.

—Venga, escúpelo.

—Te ha atravesado.

—Ah, pues me siento bastante bien.

—Eso es un *shock*. Tenemos que llevarte directamente a urgencias. Las heridas internas...

—Ahórrame los detalles sangrientos —dijo Aaron—. Pero no puedo pasar por la esclusa con esta cosa.

Benjamin retrocedió y miró a Aaron a un par de metros de distancia. Nunca había visto a un astronauta con un pincho clavado. Era una locura, pero le entraron ganas de reír. Él también debía de hallarse en *shock*.

—Eres un pincho de astronauta —bromeó.

Aaron se echó a reír. Estaban locos.

—Necesito quitar la parte que sobresale —dijo Benjamin.

—Por favor. ¿Sabes cómo cambiar el soldador al modo de corte?

—Amigo, soy ingeniero. Pero tomará unos minutos. La viga es bastante sólida.

—Sigo sintiéndome bien —afirmó Aaron—. El *shock* ayuda. Nunca me he sentido mejor. La adrenalina es increíble. Ahora entiendo por

qué alguna gente está tan enganchada a ella.

—Háblame mientras corto, así sabré que sigues vivo.

—Claro. Y si estoy muerto, significa que puedes parar.

—Tienes que entender, Aaron, que la eficiencia es lo más importante para mí.

HACÍA MUCHO QUE no tenían una conversación tan divertida. Eric llegó justo para llevarse el trozo. Lo empujó hacia el espacio.

—Oye, quería guardarlo como recuerdo —protestó Aaron.

—No te preocupes, el que tienes clavado es aún más grande. Y más que suficiente como recuerdo.

—Cierto, casi lo olvido.

—Vamos, Eric, llevémoslo dentro. Cógelo por ese lado.

—No quiero resultar pesado —dijo Aaron—, pero con que me ayude uno bastará. Benjamin, deberías terminar de asegurar la cápsula.

—Aaron tiene razón. Se nos agota el tiempo. Lo llevaré a la estación de emergencia. Allí recibirá atención médica.

Benjamin no quería dejar a Aaron, aunque tenían razón. De nada le serviría a su compañero si perdían la nave. No sería fácil hacerlo solo. Tenía que llevar los materiales a la cápsula y, luego, soldarlos.

—Hay, al menos, diez vigas más detrás de la esclusa —comentó Eric—. Me ocuparé de Aaron y después te ayudaré a trasladarlos.

—Gracias —dijo Benjamin—. Todo saldrá bien, Aaron.

No podía soportar otra muerte más. «Aaron, por favor, resiste».

BENJAMIN SOLDABA, martilleaba y taladraba por su vida, por la de todos ellos. La jaula que sujetaba la cápsula C a la nave estaba terminada. Solo le quedaba una última prueba. Quería encender brevemente los propulsores químicos de la cápsula, para simular parte de la tensión que tendría que soportar cuando la nave acelerase.

Se sentó en el asiento del comandante. Christine se había sentado aquí no hacía mucho. Sus huellas dactilares estaban en la pantalla y el teclado. Utilizó su nombre de usuario.

«Contraseña:»

«Cursum perficio», tecleó.

Apareció una marca verde en la pantalla. Christine había utilizado esa contraseña más de una vez.

«Tienes nuevos mensajes».

Benjamin dudó. Christine estaba muerta. No debía cotillear, a

menos que fuera una emergencia. ¿Y si su correo personal contenía algo importante que pudiera ayudarles? No, no podía hacerlo. Sus mensajes no eran asunto suyo.

«Borr...».

No, espera.

«Marcar todo como leído».

Tampoco le correspondía borrarlos. Ahora, si alguien más usaba su usuario, no tendría la tentación de leerlos.

Benjamin cambió a los controles de la cápsula. Los propulsores aún tenían suficiente combustible. Christine no había volado a menudo en su cápsula. Por fortuna, los propulsores no estaban dañados y Aaron había reparado los conductos de suministro... Aaron, que ahora yacía en la estación de emergencia gravemente herido. Debería terminar enseguida e ir a ver cómo estaba. Benjamin no era médico, aunque sabía que las posibilidades de supervivencia de Aaron no podían ser muchas.

Ejecutó el programa de pruebas. Todo parecía ir bien. La potencia máxima del propulsor era casi óptima, como si acabara de salir de fábrica. Programó una secuencia corta. Tres segundos de empuje, al 5 %, deberían ser suficientes. Solo quería sacudir un poco la jaula de la cápsula.

«Encendido».

Su asiento se tambaleó. Luego pasaron los tres segundos. Había funcionado. La jaula aguantaba. Era una buena señal, aunque la nave aceleraría con mucha más fuerza.

Benjamin oyó un crujido detrás de él. Se giró. Una de las vigas que habían soldado al interior de la cápsula para reforzarla se había roto. Un gran trozo se había desprendido y había chocado con la pared trasera de la cápsula. ¿A causa de la breve ráfaga de los propulsores? Parecía improbable.

Benjamin volvió a flotar e inspeccionó la viga. Se había fijado a ambos lados de la cápsula, en el nivel inferior. La imaginó en su posición original, cerca de la bicicleta donde habían encontrado el reloj de Christine. De allí provenía la perturbación. Pero si había disuelto parte de la viga, debía de estar extendiéndose más rápido de lo esperado.

—¿Has terminado? —preguntó Eric—. Solo faltan treinta minutos para el lanzamiento.

—Sí, volveré en diez minutos. La perturbación se ha extendido más rápido de lo esperado. ¿Cómo se encuentra Aaron?

—Sorprendentemente bien. Está durmiendo. Puedes ahorrarte una visita a urgencias.

¿Cómo? Ni hablar. Iría a ver a Aaron. Miró la viga rota. ¿Y ahora qué? ¿Sería lo suficientemente rígida la cápsula sin ella? Pronto lo

sabrían. Treinta minutos no eran suficientes para sacar otra viga y soldarla.

«Cerrar sesión».

Benjamin apagó la consola.

—¿CÓMO va nuestro paciente? —preguntó Benjamin.

Eric asintió.

—Bien, muy bien.

—No hablarás en serio. ¡Esa viga lo atravesó! Debe tener heridas muy graves.

—Pronto lo verás. Abróchate el cinturón, tengo que empezar la maniobra.

Eric le estaba ocultando algo. ¿O solo estaba preocupado por poner a Shepherd-1 a salvo? Seguramente podrían disponer de diez minutos para ir a ver a Aaron.

—Vamos, toma asiento. Cuanto antes hagamos esto, más seguro será.

Eso era lógico. Más o menos. Pero, maldita sea, sonaba como una excusa.

—No, Eric. Antes voy a la estación médica a ver a Aaron.

Benjamin se levantó.

—Vale, como quieras. Pero no digas que no te lo advertí. Será culpa tuya si la maniobra falla.

«No, amigo mío, no puedes manipularme tan fácilmente. Voy a ver a Aaron. Algo no va bien».

EL PUESTO DE urgencias estaba en una habitación estrecha y muy iluminada, detrás de la cocina y el taller. Era lo bastante grande para una mesa de reconocimiento con un poco de espacio a cada lado. Afortunadamente, no la habían necesitado en los últimos veinte años. Benjamin esperaba el habitual olor a desinfectante de hospital, pero no olió casi nada, solo un tufillo a ozono. La mesa de exploración estaba completamente encerrada en una especie de tubo. Estaba oscurecida. Le recordó a un ataúd.

Flotó hasta la mitad del lado izquierdo, donde había una pantalla en el tubo. La tocó. Las constantes vitales de Aaron eran perfectas. Benjamin suspiró. Su preocupación por Aaron y su desconfianza hacia Eric eran infundadas.

Aaron respiraba profunda y uniformemente, eso era todo lo que revelaba la pantalla. ¿Estaba dormido? Quería ver a su compañero.

Como si su deseo se hubiera manifestado, el tubo se abrió; apareció una rendija en el centro y ambos lados se deslizaron.

Aaron yacía ante él. Estaba cubierto hasta el cuello por una sábana blanca. Aaron giró la cabeza. Tenía la cara fresca y sonrosada.

—Hola, Benjamin, gracias por venir a verme. ¿Supongo que hemos evadido con éxito al OTN? No siento nada. El programa médico dice que debo permanecer aquí, por lo menos, doce horas.

—¿Cómo estás? —preguntó Benjamin, aunque tenía la respuesta delante de sus narices.

—Muy bien. Me siento como nuevo. Estoy tentado de ignorar el programa médico y unirme a vosotros. Pero el aire, aquí, es tan deliciosamente limpio, ¿lo notas?

—Sí. ¿Y tu herida? Me gustaría saber cómo la arregló el robodoc. Deberías haberla visto. Era horrible.

Aaron se bajó la sábana hasta el ombligo.

—Ves, como nuevo.

Benjamin se sintió mareado. Si hubiera gravedad, se habría desplomado. De todos modos, se agarró al tubo. Aaron debía de estar drogado, era la única explicación. La viga T seguía en su abdomen. Su borde estaba pulcramente pulido. La piel se había sellado perfectamente alrededor del metal. Se obligó a mirar más de cerca. La piel parecía estar unida a la viga con algún tipo de masilla para sellar la cavidad abdominal. No había rastro de sangre.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó Aaron.

¿Qué podía contestar? ¿Que la recuperación de Aaron estaba en su mente?

—Deberías seguir el consejo del robodoc y descansar un poco. Tranquilo.

—Benjamin, te conozco, te tiembla la voz. ¿Qué te pasa?

Aaron se incorporó. Ahora lo vería. Benjamin tendría que sostenerlo en cualquier momento.

—Uf, me has asustado —dijo Aaron—. Me miraste como si tuviera gangrena o algo así.

—No, tú... tú... tú no tienes eso.

¿De verdad Aaron no veía lo que iba mal?

—¿Por qué sigues mirándome con esa cara de horror?

«Cálmate, Benjamin. Es una suerte que Aaron no sea consciente de su estado. Se encuentra muy bien, ¿por qué te empeñas en darle la mala noticia?», se dijo.

—Dame la mano.

Aaron levantó la mano izquierda. Benjamin la cogió. La piel de Aaron era cálida y suave. Guio la mano hasta su ombligo y luego la empujó un poco hacia la derecha. El dedo meñique de Aaron tocó el metal. Benjamin le pasó la mano por encima. Aaron debía sentir que

allí no había piel, que era metal.

—¿Lo ves? ¿Puedes sentirlo?

—Sí, hace cosquillas —dijo Aaron.

—Me refiero al metal que hay bajo tu mano.

—¿Me estás tomando el pelo? No hay nada, salvo mi ombligo. Ni siquiera distingo ninguna cicatriz. La operación fue bien.

—Recuerdas la viga que te atravesó el abdomen, ¿verdad?

—Sí.

—Eso fue hace menos de ocho horas. Digamos que el robodoc hizo un buen trabajo. ¿No debería haber, al menos, cicatrices? El tejido no vuelve a crecer tan rápido.

Aaron frotó los dedos de un lado a otro.

—Ay —se quejó—. Vaya, pues sí, tengo una cicatriz. Tiene la forma exacta de una viga en t.

—No, Aaron. La viga todavía está dentro de ti.

—Ahora sí que empiezo a preocuparme —admitió Aaron.

—Bien, porque deberías.

—¡Por ti, Benjamin, por ti! ¿Estás en estado de *shock*? Quizá deberías hacer que el robodoc te echara un vistazo.

«Tranquilo, Benjamin. Aaron está enfermo. No lo dice en serio. Una cosa está clara: aquí hay algo que huele muy mal». ¿Alguien le lavó el cerebro a Aaron, o lo drogó? ¿Y quién podría ser ese alguien? ¿Y por qué no le habían lavado el cerebro? ¿O era él quien tenía una percepción distinta de la realidad?

Había una forma de probarlo.

—Enseguida vuelvo —afirmó Benjamin.

Atravesó la pequeña puerta del taller. La gran caja de herramientas estaba sujeta a una estantería. La sacó y la abrió. Martillo, varios alicates, destornilladores de todos los tamaños, llaves hexagonales... Allí encontró lo que buscaba, una barrena. Con eso bastaría.

—¿Qué te traes entre manos? —preguntó Aaron detrás de él.

Benjamin se dio la vuelta. Aaron se había enrollado la sábana alrededor de las caderas y flotaba erguido frente a él. Aún se veía el trozo de viga. Aaron se acercó. El metal parecía formar parte de su cuerpo sin costuras. No parecía afectarle en absoluto. Incluso sonreía.

—Un experimento —dijo Benjamin—. Me alegro de que estés aquí. Te necesito como testigo.

—Vale. Vamos a hacer esto. Quiero vestirme, hace frío.

—Seré rápido.

Sujetó la barrena con la mano derecha y apuntó con ella al dorso de la izquierda. No, mala idea, necesitaba su mano. Su antebrazo izquierdo era mejor. Si su experimento fallaba, podría ponerse una tirita encima.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Aaron.

—Ya lo verás.

Benjamin apretó los dientes. Luego apretó la barrena contra su carne y la giró. Mierda, eso dolía. Salió sangre de la herida, pero sorprendentemente poca. Siguió girando. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué coño…? —exclamó Aaron.

Su compañero estaba pálido, aunque probablemente él también. La barrena se clavaba un centímetro en su carne.

—Dime lo que ves —pidió Benjamin.

—Acabas de hacerte un agujero en el brazo y, en lugar de sangre, sale un líquido azul.

—¿Qué?

—Acabas de hacerte un agujero en el brazo y, en lugar de sangre, sale un líquido azul.

Benjamin mojó la yema del dedo en el fino hilo de sangre. El dedo se puso rojo.

—¿Eso es azul? —preguntó.

—Sí, es raro —dijo Aaron.

—Espera.

Sacó la barrena. El dolor le nubló brevemente los sentidos, y luego estuvo alerta. El agujero tenía unos tres milímetros de ancho. Podía ver la carne desgarrada en su interior. Un poco de sangre seguía latiendo en él, al ritmo de su corazón.

—Es una locura —dijo Aaron.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ves?

—Tu piel, debajo hay una especie de malla, muy fina, que parece segregar este líquido azul.

Lo que Benjamin veía era la pequeña, pero profunda herida. La sangre a su alrededor se secaba y se volvía marrón. Se había hecho un agujero en la carne, y ahora veía lo que esperaba ver. Aaron veía otra cosa.

—Mira, se está cerrando —dijo Aaron.

La herida se estaba cerrando. Una nueva piel rosada crecía sobre el agujero. Un proceso que normalmente llevaba días se completó en unos minutos. Él podía verlo, y Aaron también. Al menos sus percepciones coincidían en ese punto.

—Lo siento —se disculpó Aaron—. De verdad pensé que te habías vuelto loco antes cuando dijiste que la viga seguía en mi interior. Ahora comprendo que soy yo el que está loco.

—No es tan sencillo. No solo puedo ver la viga en tu abdomen, sino también que tu piel se ha adherido a ella, y te encuentras de pie menos de ocho horas después del accidente. Así que debo estar tan loco como tú.

—¿Una alucinación colectiva?

—¿En la que todos vemos diferentes versiones de la realidad? No, Aaron. La única explicación que tiene sentido para mí es que es un síntoma de la perturbación. Está desintegrando no solo la materia, sino también el espacio-tiempo. Tal vez nos estamos moviendo por diferentes caminos hacia el futuro.

Aaron soltó una risa.

—Has visto demasiadas películas malas de ciencia ficción. Eso no tiene sentido.

—Eso es lo que pasa con ese tipo de fenómenos, no tienen sentido.

—Lo siento, no te sigo. Nuestra percepción no difiere tan drásticamente, solo en algunos detalles. Tenemos que averiguar si hay un sistema detrás.

—¿Aaron? ¿Benjamin? Esto no puede esperar más. Por favor, abrochaos los cinturones.

Eric. Benjamin miró a Aaron, que asintió. Estaba claro que pensaban lo mismo.

—Vamos hacia ahí, danos tres minutos —pidió Aaron—. Necesito ponerme algo.

•

LA FUERZA QUE apretaba el estómago de Benjamin aflojó. Respiró hondo.

—Con eso debería bastar —dijo Eric—. El peligro de colisión está ahora por debajo del 0,1 %. Hemos dejado atrás al grupo, pero sigo recibiendo los informes de estado de las sondas alto y claro. Y la cápsula C sigue con nosotros, según la cámara.

—Realmente quieres que esto funcione, ¿verdad? —comentó Aaron —. ¿Independientemente de lo que hayamos pasado o de lo que pueda ocurrir?

Aaron se desabrochó el cinturón. Debía de estar presionándole el trozo de metal en las tripas. Cinco g, y Aaron no gritó de dolor, que sería la reacción normal. Quizá Benjamin estaba viendo algo que no existía.

—La misión es demasiado importante —dijo Eric—. Y no me convence vuestra teoría. Pero si recibimos nuevas órdenes de la Tierra, las cumpliré, desde luego.

Desde luego. Órdenes de la Tierra.

—Esperamos que puedas ayudarnos con un pequeño experimento —apuntó Aaron.

—Si no interfiere con la misión, estaré encantado de ayudar.

—Bueno —dijo Benjamin, desabrochándose el cinturón y flotando hacia Eric—. Me gustaría perforarte el brazo con esto...

—¿Te has vuelto loco?

—No, es importante, créeme.

—No hablas en serio. Bromeas, ¿verdad?

—No, Eric.

Benjamin colocó la barrena contra su propio antebrazo y la giró un poco. El dolor no fue tan intenso la segunda vez. Unas gotas rojas de sangre se esparcieron alrededor de la herida. Una pequeña gota se desprendió y voló por la habitación.

Eric miraba, con los labios apretados. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Benjamin sacó la barrena. No necesitó preguntarle por qué estaba tan sorprendido. Eric debía estar viendo lo mismo que Aaron.

—Muy bien —concedió Eric, extendiendo el brazo.

Benjamin sostuvo la barrena contra su piel. Aaron mantenía firme el brazo de Eric.

—Podría dolerte un poco —advirtió Benjamin.

—Ja, un hombre de verdad… ¡Ay! —se quejó Eric.

La barrena se retorció en su tejido. Salieron unas gotas de líquido azul. Parecía más espeso que la sangre. Benjamin lo tocó, pero la gota se quedó pegada, no se extendió. Al parecer, no era a base de agua.

—Aaron, ¿puedes secar un poco con un paño? Me gustaría ver de qué está compuesto el líquido.

—¿Qué quieres decir con líquido? —balbuceó Eric—. ¿Mi sangre?

—Son gotas rojas, ¿verdad? ¿Y las mías?

—Tu sangre parecía azulada. Me preguntaba cómo es posible.

—¿Y ahora no te lo preguntas?

—Obviamente, estoy bien.

¿De verdad no lo entendía?

—Eric, Aaron y yo vemos salir de ti el mismo líquido azul que visteis de mí. O estamos todos locos o algo va muy mal.

—¿Qué? Sí, lo que estamos viendo es una locura, vale; pero cualquier explicación que se me ocurre es mucho peor. Y no estoy a punto de zambullirme desde la claridad mental a un abismo demencial.

—Me temo que ese tren ya ha partido —dijo Aaron—. Y estamos en él. Apuesto a que tiene algo que ver con la perturbación. Tenemos que enviarla al espacio interestelar lo antes posible. Tal vez, entonces nos recuperemos.

—No estoy seguro de que haya una conexión —comentó Benjamin —. Creo que la perturbación es una cosa, y nuestra percepción alterada es otra. ¿Y el abdomen de Aaron, Eric?

—¿El trozo de metal de su barriga? Es raro. Pero supongo que el robodoc tenía una buena razón para no quitarlo. Tal vez empeoraría su estado.

—¿Tengo metal en la barriga?

—Te dije lo que vi —contestó Benjamin.

Aaron se subió la camiseta.

—Son solo un par de cicatrices, ¿no lo veis?

Eric se frotó la barbilla.

—Esto es peor de lo que pensaba —dijo—. Deberíamos pedir ayuda a la Tierra. Tal vez haya medicamentos para curar estas extrañas alucinaciones. Llevamos demasiado tiempo viajando por aquí. Pero tienes razón sobre lo de la cápsula C. Necesitamos sacarla del alcance lo antes posible, o la perturbación pondrá en peligro la misión.

Al menos estaban de acuerdo en algo.

—Yo lo haré —dijo Benjamin.

—Te ayudaré. Aaron debe descansar después de su accidente.

•

—Oh, Dios —exclamó Eric—. ¿Qué le has hecho a nuestra preciosa nave?

Benjamin miró el sitio del que acababa de extraer uno de los anclajes de la cápsula. Parecía una verruga, no, como un grano lleno de pus.

—Lo siento, tenía prisa. No todas las soldaduras han quedado tan mal.

—Espero que no. No puedes desfigurar así al Shepherd.

—Oh, vamos, es como un grano en el sobaco: nadie va a verlo. El observador más próximo está a cuatro días luz.

—O sea que, ¿solo utilizas desodorante cuando sabes que vas a ver a alguien?

¿Desodorante? ¿Además de Christine, quién usaba desodorante allí?

—¿Tú lo usas todos los días, Eric?

—Sí, después de ducharme.

Benjamin olfateó instintivamente, pero solo podía olerse a sí mismo dentro del traje espacial.

—Ningún desodorante dura más de un par de horas en un traje espacial —aseveró—. No, olvida lo de las horas, solo son efectivos unos minutos. Y con todos los despliegues que he hecho en los últimos días, el desodorante no habría ayudado.

Levantó el soldador hacia la viga, que ahora colgaba de una esquina. Se desprendió y se alejó flotando lentamente.

—Lo llevaré a la esclusa —dijo Eric, agarrando la viga y alejándose con ella.

La esclusa principal debe estar bastante llena. Habían quitado la mayoría de los anclajes. Deberían terminar en media hora. Entonces, por fin, podría quitarse el traje.

—He terminado —informó Benjamin por radio—. No hace falta que vuelvas a salir, Eric, yo mismo llevaré el último trozo conmigo.

—Espera un momento.

—Quiero sacarme este dichoso traje, Eric.

—Entiendo, pero si la cápsula está libre ahora, no deberíamos correr más peligro, deberíamos lanzarla ya.

Eric tenía razón. Tendría que aguantar un poco más.

—Estoy programando los controles desde aquí —dijo Benjamin.

—No te atrevas a escaparte con la cápsula —advirtió Eric.

—Ja.

—Un momento, programaré un curso desde aquí para llevar la cápsula lo más lejos posible.

—Vale.

Benjamin empujó la viga hacia la esclusa principal. No importaba si no llegaba nunca, tenían muchas más en el almacén. Flotó a través de la esclusa, abierta por ambos lados, hacia la antigua casa de Christine.

La cápsula parecía como si nunca hubiera pasado nada. Solo le faltaba el revestimiento de la pared interior donde habían soldado las vigas. La cápsula había resistido bien la maniobra; nada había salido disparado en su interior; probablemente porque era la segunda vez que había sido acelerada y desacelerada por el Shepherd. Bajó a la deriva hasta el nivel inferior, manteniendo la distancia con el nicho de acondicionamiento físico; nadie sabía hasta dónde se había extendido el alboroto. Quería comprobar la habitación de Christine por última vez. Tal vez encontraría una pista sobre por qué ella tuvo que morir.

La cama estaba hecha. Benjamin abrió los cajones de su escritorio. No había notas ni unidades de datos. En el segundo cajón encontró una foto. Mostraba a Christine con un sombrero alegre frente a una cadena montañosa. Parecía veinte años más joven que la Christine que él conocía.

En el tercer cajón había un títere de dedo. Se lo puso en el dedo índice, sobre el guante, y movió la cabeza. Parecía simpático, con la boca ancha y la nariz redonda. Guardó la foto y el títere en el bolsillo de las herramientas. El cajón se cerró. Luego lo empujó para cerrarlo. Jadeó. ¡No, otra vez no! Volvió a abrir el cajón. Había un títere de dedo. ¿Otro? Era igual al que acababa de guardarse en el bolsillo. Lo sacó y miró en el bolsillo. Había una foto, aunque ningún títere. Guardó el títere en el bolsillo y cerró los ojos con fuerza. De repente, sintió un fuerte dolor de cabeza.

Benjamin cerró el cajón. Luego, volvió a abrirlo. Estaba vacío. Repitió el proceso. Otra vez. Sin embargo, el títere no apareció en esta

tercera ocasión. Abrió el cajón de encima. Contenía una foto de Christine con sombrero delante de unas montañas. Empezó a sudar y buscó en su bolsillo de herramientas. La primera foto seguía allí. Uf. ¿Acaso había pasado por alto la copia? Sacó la original del bolsillo. Mostraba a Christine en bikini en la playa. ¿Qué estaba pasando? Benjamin sacó la segunda foto del cajón y se la metió en el bolsillo junto con la primera. Luego cerró el cajón.

¿Debería intentarlo de nuevo? Buscó el cajón. ¿Con qué le sorprendería el escritorio esta vez? ¿Un dedo cortado? ¿Y si realmente había un dedo en el cajón? La idea de que pudiera moldear la realidad con sus pensamientos le hizo estremecerse. Abrió rápidamente el cajón. Estaba vacío. Comprobó el bolsillo de las herramientas. Contenía dos fotos y un simpático títere de dedo. Nunca le habían gustado los títeres. Le pareció que se estaba riendo de él.

—Benjamin, ¿has terminado? —preguntó Eric.

Se tragó el nudo que tenía en la garganta. Necesitaba salir de aquí. Deslizó la puerta del dormitorio tras de sí y se dirigió al nivel superior. Se sentó en el asiento del comandante, acercó el teclado y encendió el ordenador.

La pantalla permanecía en blanco.

—Mierda. Eric, necesito más tiempo. El ordenador no arranca.

Frenético, pulsó el botón de inicio del ordenador varias veces. Nada. Genial, justo lo que necesitaba. La última vez había funcionado. ¿Lo habían estropeado al reparar la cápsula? Se levantó y flotó alrededor de la consola. No estaba visiblemente dañada. Si no tenían suerte, quizá tuvieran que sustituir todo el dispositivo. Con suerte, también habría piezas para eso. Siguió los cables que salían de la parte trasera del monitor. El problema podía ser algo sencillo. Los cables desaparecían en el suelo. El generador estaba debajo de la sala de trabajo. Producía energía de las células de combustible cuando los propulsores no funcionaban. ¿Estaban vacías las células? Empezó a avanzar hacia la escalera.

De repente, su mano desapareció en el suelo. La sacó y la miró. El guante estaba bien. Pero estaba cubierto de polvo. Mierda. Eso solo podía significar una cosa. Volvió a meter la mano en el agujero. Parte del suelo se desmoronó bajo sus dedos. La perturbación se había comido su camino hasta allí. ¡Desde ayer! No necesitó comprobar el generador. Era evidente que la perturbación había cortado la alimentación del ordenador.

—Tenemos un problema —dijo.

—¿Solo uno? Eso estaría bien —bromeó Eric—. ¿Qué pasa ahora?

—El ordenador no tiene corriente y, antes de que me lo preguntes, es porque la perturbación se ha comido el cable.

—No pierde el tiempo. ¿Qué sugieres? ¿Tender otro cable?

—Supongo que el cable pasa por el nivel inferior, pero ahí es donde se propaga la perturbación. Así que deberíamos traer un generador de emergencia aquí arriba. Tenemos uno, ¿verdad? Solo tiene que durar hasta que la cápsula alcance su velocidad máxima.

—Sí, deberíamos comprobar en el almacén. Soy optimista —dijo Eric.

NADA MÁS SALIR de la esclusa principal, Benjamin tiró su traje espacial a un rincón. Su madre le habría regañado por dejar cosas tiradas en el suelo, aunque, técnicamente, el traje estaba a diez centímetros del suelo.

Ahora se movía por la nave en su prenda de ventilación, buscando el generador de emergencia. Estaba ridículo con las largas mangas blancas y las mallas, pero nadie podía verle. Todos habían descuidado su higiene y su aspecto desde que Christine ya no estaba con ellos.

—¿Debería ir por el generador? —preguntó Eric.

—No, ya casi he llegado. Pero puedes decirme dónde es más probable que lo encuentre.

Era extraño, ahora que lo pensaba; siempre parecía que Eric intentaba mantenerlo alejado de los almacenes. Bajó un par de pisos y abrió una puerta cualquiera. La sala que había detrás estaba vacía, aparte de un gran número de estanterías. No, esto llevaría demasiado tiempo; había demasiados sectores.

—Las piezas de repuesto están cerca del centro, sectores 3N1 a 2S4. Pero iré a buscarlas yo mismo. Podrías traer el generador equivocado y desperdiciar un tiempo valioso.

—Eric, soy ingeniero. Reconozco un generador de emergencia cuando lo veo.

—Bien, si insistes. Pero date prisa en volver en cuanto lo tengas.

Lo único que faltaba ahora era la instrucción: no abrir bajo ningún concepto el sector 1S2. Eric se desvivía por cumplir el estereotipo de conspirador.

Benjamin leyó el cartel de la pared. Estaba en 22S4, así que tenía que bajar 19 capas. O hacia delante, según la orientación de su cuerpo. En cualquier caso, para llegar al núcleo desde su posición actual, tenía que moverse hacia el morro de la nave. Se impulsó contra las paredes, alternando la izquierda y la derecha. Pronto sincronizó su ritmo con los pasillos laterales, utilizándolos para impulsarse más rápido. Al cabo de un minuto, estaba casi en el centro.

3N1 a 2S4. ¿Por qué Eric no podía ser más preciso? ¿No debería figurar la ubicación de las piezas en el ordenador? Bueno, solo eran 16 almacenes. Podía buscar en ellos rápidamente. Allí, cerca del centro,

eran mucho más pequeños que los almacenes de las capas exteriores.

La nave estaba equipada con un número impresionante de piezas de repuesto. ¿Podrían construir una cápsula completamente nueva? Sería estupendo poder dar servicio a las sondas.

Estaba soñando despierto. Necesitaba encontrar el generador. Llegó al nivel dos sur. Cuatro habitaciones más. El generador debe estar en una de ellas. Lo encontró en la penúltima. Era algo típico en este viaje: solían encontrar una solución, pero siempre en el último momento. Benjamin cogió el aparato de su estante y lo inspeccionó. Arrancó y la pantalla indicaba que estaba a plena capacidad. Uf, un problema menos.

—¿Eric? Estoy...

—¿Sí?

—Estoy seguro de que pronto encontraré el generador, solo cuatro estancias más.

—Bien, aunque date prisa. A saber lo rápido que se está extendiendo la perturbación.

Eric parecía preocupado. Pero eso no significaba que no ocultara algo. Benjamin dejó el generador en el pasillo que conducía a la sala de control. Luego se dio la vuelta. Tres minutos, ese era el tiempo que se daría a sí mismo. El almacén del núcleo, capa uno, le atraía.

La puerta estaba al otro lado. La abrió y se encendió la luz. La habitación esférica no contenía estanterías. En su centro, seis largas cajas negras estaban dispuestas en un hexágono. Benjamin entró en la habitación. Alcanzó una de las cajas, esperando que se moviera, pero permaneció fija en su posición. Fascinante. Las cajas parecían de madera, pero al parecer eran de metal, sujetas por un campo magnético.

«Vamos, Benjamin. Ya que estás aquí, mejor echa un vistazo». Encontró un pestillo encima de la tapa. Lo abrió y levantó la tapa. La caja estaba vacía. Estaba acolchada por todos lados. El acolchado del fondo estaba abollado, como si en su interior antes hubiera habido algo almacenado.

El segundo contenedor también estaba vacío, y el tercero. Comprobó la hora. Casi habían pasado los tres minutos. ¿Merecía la pena poner en peligro la nave por estas cajas? La verdad es que no, pero le pudo la curiosidad. Se acercó a la cuarta caja y la abrió.

La caja no estaba vacía. Delante de él estaba... ¿cómo se llamaba? Cerró los ojos. Eric... David... Eric... David.

—David —pronunció en voz alta. Tenía que decirlo para creerlo.

—¿Has dicho algo? —le preguntó Eric.

Benjamin no contestó. Tocó la cara de David. La piel era suave como la suya, pero estaba fría. La temperatura de su cuerpo coincidía con la del ambiente. David parecía sano, como si estuviera durmiendo,

salvo que su corazón no latía. Pero lo que más impactó a Benjamin fue el escalofrío que emanaba aquel cuerpo.

La habitación empezó a girar a su alrededor. Benjamin se mantuvo firme en el borde de la caja. Era su mente la que daba vueltas. Se lo repitió a sí mismo hasta que la habitación dejó de dar vueltas. ¿Quién había hecho eso? ¿Lo había hecho él? Pensó en un nombre. Pero no encajaba. Siempre habían sido cuatro en este viaje. Aaron, Benjamin, Christine, Eric. No, David. ¿O Eric? Se sentía profundamente inseguro.

Había una grieta en la casa de sus recuerdos, que siempre había creído estable. Iba desde el tejado hasta los cimientos. Era peligrosa. Así debe sentirse una persona cuando acaba de ser abandonada por su dios. El miedo a lo que podría salir de la grieta. El miedo a que creciera y provocara el derrumbe de toda la casa. Necesitaba su pasado, que le servía de base y le daba sentido a la vida. Así que mantuvo sus pensamientos a raya, como una jauría de caza que han captado un rastro. Dejó que olfatearan la grieta. Pero los contuvo.

—Benjamin, ¡estás tardando demasiado! —gritó la voz de Eric por la radio.

Era verdad. Tenía que volver a la sala de control.

•

ERIC SE HALLABA en el asiento del comandante, frente a la pantalla, silbando una alegre melodía. ¿No le había entrado el pánico hace un momento?

—Mira, la tripulación de la SGL ha transmitido una imagen interesante.

Eric giró la pantalla para que Benjamin pudiera verla. Mostraba un planeta que le recordaba a la Tierra, sobre todo porque era de un azul radiante.

—¿Es la Tierra? —preguntó Benjamin.

—No, es K2-18b, un planeta similar, a unos 125 años luz.

—Se parece mucho a la Tierra. Excepto que faltan las nubes y los continentes.

—Tiene el doble de tamaño que la Tierra y está completamente cubierto de agua. Su densidad sugiere que el océano tiene cientos de kilómetros de profundidad. Debajo probablemente haya hielo.

—Oh.

—Sí, probablemente no haya vida, aunque las temperaturas en la superficie sean agradables.

—Es una pena.

—Pero tal vez en otro lugar. Aún tenemos tres mil candidatos en nuestra lista para investigar con la lente gravitacional. Una tarea gigantesca.

—¿No se supone que es sobre el Big Bang?

—Eso también. Pero la SGL es capaz de mucho más.

—Sí, de destruir la Tierra, nuestro planeta natal.

Las palabras «planeta natal» sonaban vacías. ¿Era realmente la Tierra su hogar? ¿Lo había sido alguna vez? Benjamin refrenó sus pensamientos.

—He traído el generador —dijo Benjamin.

—Bien, ¿entonces por qué sigues aquí? Llévalo a la cápsula C.

—Enseguida. ¿Recuerdas cómo estaban numeradas las otras tres cápsulas?

—A, B, y D.

—¿Para Aaron, Benjamin y para ti, Eric?

—Sí, ¿por qué? Las primeras letras del alfabeto. Si fuera un proyecto ruso, las cápsulas probablemente habrían sido A, B, W y G.

—Cuatro cápsulas espaciales para cuatro astronautas.

—Exacto. ¿A qué vienen tantas preguntas? ¿No deberías estar preparando el generador? Si estás cansado, puedo hacerlo yo.

—¿Siempre hemos sido cuatro desde que empezamos?

—Sí. Tío, ¿qué te pasa? ¿Estás perdiendo la cabeza acaso? ¿Quieres que el robodoc te eche un vistazo, para descartar cualquier síntoma fisiológico?

Eric se negó a entender. Quizá no podía, como Aaron no podía ver la viga metálica de su abdomen. Si era así, necesitaba un nuevo enfoque, algo parecido al experimento que había hecho con Aaron. Necesitaba confrontar a Eric directamente con su descubrimiento, preferiblemente en el corazón de la nave. No mencionaría lo que había encontrado todavía.

—Tal vez lo haga, más tarde —dijo—. Lo primero es lo primero.

•

EL TRAJE ESTABA húmedo por dentro. Cada vez que se movía, sentía sudor frío, y no ayudaba que fuera el suyo. Benjamin odiaba hacer EVAs tan seguidos. Flotó sobre el teclado e inclinó la pantalla para poder leerla. Luego pulsó el botón de encendido.

—Inicio de sesión:

Ja, *era* solo la alimentación eléctrica. Inició sesión.

—¿Eric? Estoy listo para los datos del curso.

—Genial, ¿entonces funcionó? Te enviaré lo que el sistema acaba de emitir. Solo cárgalo y arráncalo, luego vuelve aquí. He incorporado un retraso de un minuto para que tengas tiempo de salir de la cápsula.

Eric no se andaba con chiquitas. Una barra de carga se extendía por la pantalla. Representaba los datos de navegación que la cápsula estaba recibiendo de la nave. Benjamin abrió su bolsillo de

herramientas y rebuscó en él. Encontró un títere de dedo y dos fotos. Aquella parte de su memoria era real. Pero ¿en qué medida podía confiar? ¿Había habido alguna vez un David, o la perturbación le había metido ese recuerdo en la cabeza?

Plin.

La transferencia se había completado. Ahora solo tenía que pulsar «Guardar» e «Iniciar».

«Guardar».

—Datos guardados. Comprobación de validez. Datos aceptados.

El ordenador de la nave no había generado basura. Bien. La consola ofreció comprobar los datos o iniciar el programa de navegación.

«Iniciar».

Y así fue. La última prueba de la existencia de Christine estaba a punto de desaparecer para siempre en el espacio interestelar.

Aún le quedaban 50 segundos. Un temporizador marcaba la cuenta atrás en la pantalla. Tenía que salir antes de que se encendieran los propulsores si no quería volar al espacio profundo.

«Ejecutar diagnóstico».

La pantalla mostraba una vista previa del proceso de lanzamiento. La cápsula frenaría ligeramente, para distanciarse de Shepherd-1, y luego aceleraría. Los propulsores estarían a plena potencia al cabo de dos minutos.

«Continuar».

Los minutos siguientes aparecieron en pantalla. La cápsula inició su curso. Se distanció cada vez más del Sol.

Pulsó «Continuar». Ahora disponía de 30 segundos.

—¿Benjamin? Sabes que tienes que salir de ahí, ¿verdad? —preguntó Eric.

No tuvo tiempo de responder. La trayectoria de vuelo de la cápsula era una espiral creciente. Shepherd-1 estaría a salvo en su trayectoria mucho más cerca. Después de dos días, perderían de vista la cápsula.

—Continuar.

Veinte segundos. «Benjamin, tienes que darte prisa». La pantalla no cambió.

—Continuar.

Diez segundos. ¿Por qué tardaba tanto en mostrarse la imagen? Tenía que salir de la cápsula ahora, o...

Allí. La trayectoria de la cápsula se convirtió en una elipse, porque los propulsores eran demasiado débiles para acelerarla fuera de órbita. No se librarían de la perturbación. La cápsula orbitaría el Sol una vez cada diez mil años, y si la perturbación seguía expandiéndose, la humanidad estaba condenada. No podía lanzar la cápsula.

Le quedaban cinco segundos, cuatro.

«Abortar», escribió.

«¿Seguro?».

«Sí».

Un segundo. El temporizador se detuvo. Exhaló.

—¿Benjamin? Según mi pantalla, la cápsula tendría que encenderse ahora. ¿Qué sucede?

—He cancelado el lanzamiento.

—¿Estás loco? Si no nos deshacemos de la cápsula, la perturbación invadirá al Shepherd y toda la lente gravitacional.

Cierto, a Eric solo le importaba el proyecto. Al parecer, era más importante para él que cualquier otra cosa.

—La cápsula permanecería en órbita alrededor del Sol, aunque un poco más lejos. Si la lanzáramos, el Shepherd estaría a salvo, pero la perturbación borraría la Tierra algún día. Creo que prevenir eso tiene prioridad. Probablemente por eso Christine intentó destruir el proyecto. Estamos jugando con fuerzas fuera de nuestro control.

—Estás exagerando. Es física pura. Nuestros científicos han entendido la teoría detrás de él durante más de 150 años. Ahora finalmente podemos ponerla en práctica. Benjamin, tienes que lanzar la cápsula, ahora. No puedes seguir cuestionándolo todo.

Benjamin se rio a carcajadas. Claro que se lo cuestionaba todo. ¿Cómo no iba a hacerlo después de lo que había pasado?

—Benjamin ha hecho lo correcto —intervino Aaron—. Siento haber estado desconectado tanto tiempo. Pero la vida de nueve mil millones de personas es más importante que la nuestra.

—Bien, sois mayoría. Esperaremos instrucciones del Control de Misión. Estoy seguro de que se dan cuenta de que tenemos que seguirlas al pie de la letra, de lo contrario es un motín. Entonces estaría autorizado a destituiros de vuestros puestos.

—Lo discutiremos cuando tengamos noticias del Control de Misión —dijo Aaron—. Hasta entonces, seguiremos igual.

—¿TIENES que trabajar hasta tarde otra vez, mami?

—Sí, cariño.

Rachel pulsó el botón del asiento para niños en el asiento trasero del robotaxi. El asiento se levantó y se extendieron dos reposabrazos. Sentó a Alishondra, pasó el cinturón de seguridad por los reposabrazos y se lo abrochó.

—¿Cuándo vas a venir a buscarme?

—No estoy segura. Por eso te llevo con la abuela.

—Quiero ir contigo.

—La abuela tiene muchas ganas de verte.

—Pero yo quiero ir contigo, como la última vez.

En una ocasión había llevado a Alishondra con ella al Control de la Misión. Técnicamente no estaba permitido, aunque se toleraba siempre que la niña no molestara. Pero ese día no. No quería que Alishondra viera cómo sus colegas la destrozaban. Y eso era inevitable si no obtenía respuestas.

—No puedes, cariño.

—Siempre dices lo mismo.

—¿Quieres seguir escuchando la historia del oso dorado?

Alishondra aún era fácil de distraer. Cuando llegara a la edad escolar, ya no sería tan sencillo. Ali parecía haber heredado la terquedad de Rachel. Aun así, eso era preferible a la personalidad zalamera de su padre. ¿Cómo se había enamorado de él?

—¡Sí, el oso dorado, por favor, mamá!

—Continúa la pista de audio de mi último viaje —dijo ella en voz alta.

—Continúa la pista de audio del último viaje —repitió su hija como un loro.

—Ya te he entendido —contestó la voz del taxi—. Continuando la pista de audio.

—¿Has oído? La señora me ha entendido —exclamó Alishondra.

—Sí, cariño, es genial.

La voz cálida y profunda del cuentacuentos comenzó a narrar. Alishondra cerró los ojos. ¡Era tan mona! Rachel también cerraba los ojos, de niña, cuando su madre le contaba cuentos. Así era más fácil visualizarlo todo.

—Llévanos a la dirección guardada como «Abuela» —ordenó.

—Por favor, abróchense los cinturones —pidió la voz del taxi—. Tiempo estimado de llegada: veintisiete minutos.

EL TAXI SE DETUVO. Rachel miró por la ventanilla. Ese no era su destino. Pero no veía ningún semáforo ni ningún otro impedimento.

—¿Qué pasa? —preguntó.

La voz de la narradora se cortó. Ali la miró con rabia.

—Un momento, cariño —pidió Rachel.

—Vuestro viaje ha terminado —afirmó la voz del taxi.

—Pero no estamos en nuestro destino.

—Vuestro viaje ha terminado. Por favor, abandonad el vehículo.

—¿Cómo? Quiero ir a la dirección que solicité.

—Vuestro viaje ha terminado.

—Alishondra, lo siento, el taxi debe estar estropeado. Encontraremos otro.

Esto no le había ocurrido nunca. Una vez, la batería se había agotado por un error del sistema y el taxi se había detenido en la autopista. Pero nunca había oído que un taxi se negara a continuar el viaje.

—¿Tengo que salir?

—Sí, cielo. Espera un minuto, voy a dar la vuelta y desabrocharte el cinturón.

Se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta. Esta se le escapó de las manos. Debió de girarla con demasiada fuerza. Mierda. Una mano con un guante negro le agarró el brazo.

—¿Qué se cree que hace? —gritó cuando aquella mano la empujó, apartándola del coche. Cayó de rodillas sobre el asfalto. Alguien la puso en pie y le retorció el brazo a la espalda. Era un hombre vestido con un traje de motociclista acolchado y un casco, todo de negro.

Mierda. La estaban asaltando, en medio de la ciudad. Eso era inaudito. Miró a su alrededor, aunque no había nadie para ayudarla. Dos motos y una limusina con los cristales tintados estaban aparcadas a unos pasos.

—¿Qué hacéis? ¡Soltadme! —gritó.

—Cierra la boca, si no quieres que le pase nada a tu hija.

Era la voz de un hombre, pero sonaba distorsionada, probablemente a causa del casco.

¡Alishondra! Su corazón se aceleró. Buscó a su hija. Un segundo hombre corrió hacia la limusina con Ali bajo el brazo. Rachel intentó liberarse, pero su secuestrador la sujetaba con firmeza.

—¡Soltad a mi hija!

—No le va a pasar nada si te comportas.

—¿Qué es lo que queréis?

—Ni idea. Esto es solo una entrega, y tú eres el paquete. Deja de resistirte, tenemos a tu hija.

—¡No te atrevas a hacerle nada o tendré que mataros!

El hombre soltó una carcajada.

—Todos moriremos algún día. Pero mientras cooperes, no morirás hoy.

La arrastró hasta la limusina. Tenía seis puertas. El segundo hombre había desaparecido en la parte trasera con Ali. La puerta del medio se abrió.

—¡Entra!

El hombre le empujó la cabeza hacia abajo y la metió dentro. ¿Dónde estaba Ali? Miró detrás de ella, pero había un tabique negro.

—No te preocupes, tu hija está bien. Somos profesionales. Ni siquiera nos recordará.

—¿La habéis drogado? ¡Imbéciles! ¿Qué queréis de nosotras?

—Te lo dije, solo soy el repartidor. Te enterarás cuando lleguemos. Los del Control de Misión y tu madre fueron informados de que tenías que llevar a Alishondra al médico. Nadie te echará de menos.

LA LIMUSINA SE DETUVO. La puerta se abrió.

—Por favor, Rachel, sal —pidió un barítono con un ligero acento texano.

Salió del coche y se encontró en un hangar sin ventanas. Habían conducido durante una hora, pero podrían haber ido en círculos y estar en cualquier parte. Rachel se enrolló la correa del bolso en la muñeca. Llevaba el teléfono. Quizá pudiera hacer una llamada de emergencia.

Ilan Chatterjee se hallaba ante ella. Estaba bronceado, como siempre. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás. Sus gafas negras con montura de carey le daban el aspecto de un tímido científico. No las llevaba la primera vez que lo vio en el coche.

Se acercó a ella. Rachel olió su colonia. La reconoció, pero no supo decir la marca.

—Lamento lo de esta invitación tan poco convencional —se disculpó Chatterjee, tendiéndole la mano—. No suele ser mi estilo.

—¡Gilipollas! —le insultó ella, cruzando los brazos frente al pecho.

—Esa es exactamente la reacción que esperaba. Charles me lo advirtió.

Volvía a pronunciar correctamente las erres. Supuso que se trataba de una farsa y no de algo relacionado con su familia.

—¡Has drogada a mi hija! ¡Quiero verla ahora mismo!

—Ella está bien, te lo juro. Y seguirá así, porque sé que eres una mujer inteligente que nunca haría nada que pusiera en peligro a su hija.

Eso era una amenaza descarada, aunque estuviera envuelta en un cumplido. Debía tener cuidado. Chatterjee tenía a su hija, y probablemente no se detendría ante nada.

—Si crees que puedes controlarme...

Chatterjee se abalanzó sobre ella y vaciló. ¿Estaba a punto de mostrar su verdadera cara? Se preparó para el dolor. Pero él le puso una mano en el hombro.

—Rachel, cálmate. Entiendo por qué estás enfadada. No soy un secuestrador ni un chantajista, solo un hombre de negocios. Cuido bien de la gente.

Rachel intentó dar un paso atrás, pero la limusina seguía allí. Así que retiró la mano de Chatterjee de su hombro.

—¿Qué quieres?

—Bien, ahora vamos al grano. Quiero presentarte a alguien.

•

CHATTERJEE LA CONDUJO a través del hangar hasta un sistema de doble puerta. Dos hombres con uniforme negro les siguieron. Las puertas estaban cerradas electrónicamente, con guardias armados a ambos lados.

—Ilan Chatterjee y una invitada —dijo su secuestrador.

—Acceso autorizado.

La puerta se deslizó hacia el suelo, dejando al descubierto un pequeño cubículo.

—Esperad aquí —ordenó Chatterjee a los guardias.

Entraron y la puerta volvió a cerrarse. Estaba sola con él. No parecía muy musculoso y no le sacaba más de diez kilos. No tenía muchas posibilidades de vencerle. Chatterjee probablemente no se lo esperaría. Los hombres nunca esperaban ser atacados por una mujer. Eso le daba una ventaja. Pero ¿cómo iba a salir de aquí? ¿Y qué pasaría con Ali?

Una puerta se abrió tras ella. Entraron a otro vasto espacio, también sin ventanas. Debían de estar bajo tierra. Vio varios bungalós iluminados con focos brillantes.

—Ven conmigo, por aquí.

Chatterjee indicó los bungalós. Estaban a menos de cien metros. Rachel contó seis casas. Estaban etiquetadas alfabéticamente, empezando por la A. Chatterjee la llevó a la casa C.

El bungaló, una construcción ligera estándar, no desentonaría en un suburbio de Houston, salvo que no tenía césped ni jardín. Chatterjee se acercó a la puerta y pulsó el timbre. Un timbre interior sonó con el tono del Big Ben de Londres.

La puerta se abrió hacia dentro y salió una mujer. Parecía tener

unos cuarenta años y llevaba el pelo largo y oscuro recogido en una trenza.

—Buenos días —saludó ella.

Miró a Ilan, al que parecía conocer, y luego fijó los ojos en Rachel. Rachel bajó la mirada.

—Buenos días —contestó Chatterjee.

—Buenos días —murmuró Rachel.

Aquello era surrealista.

—Me gustaría pedirte algo —dijo Chatterjee—. ¿Te importaría presentarte a nuestra visitante?

—Por supuesto, Ilan —dijo la mujer—. Soy Christine, Christine Delrue. ¿Y tú, si no te importa que te pregunte?

•

—Ves, Rachel, las cosas no son siempre lo que parecen —comentó Chatterjee después de dar las gracias a la mujer y desearle un buen día —. Christine no está muerta. De hecho, está viva porque la hemos ayudado. Sufre de atrofia muscular crónica.

—Eso no se puede saber con solo mirarla.

—No, lo sé porque la estamos tratando con medicación especial adaptada a su ADN. Cuesta unos 100.000 dólares al año, y lleva aquí diez años.

—Entonces, ¿quién es la Christine de los vídeos de Shepherd-1?

—Nuestra Christine puso a nuestra disposición su modelo de personalidad, toda su conciencia. La replicamos y la transferimos a un androide de última generación, con algunas pequeñas alteraciones.

—¿Alteraciones?

—Solo algunos detalles. Los cuerpos de los androides no funcionan como los de un humano. Son mejores, más robustos, más capaces. Pero descubrimos que la conciencia humana no podía lidiar con eso. Así que los androides creen que son humanos y no saben nada de sus habilidades especiales. Lo cual es desafortunado, ya que podrían necesitarlas algún día. Pero cuando el Shepherd se lanzó hace cinco años, tuvimos que recurrir a lo que teníamos.

—Hace veinte años.

—No. Hace 20 años, aún pensábamos que podríamos mantener el grupo con robots. Pero eso fracasó. El principal problema eran los largos tiempos de transmisión. Los robots no eran capaces de actuar de forma independiente. En poco tiempo, la mitad de la bandada funcionaba mal. El espacio no es un paseo. Así que tuvimos que probar otra cosa.

—Podrías haber enviado astronautas.

—Habrían tardado veinte años en llegar a la zona. Los humanos no

están bien adaptados a los viajes espaciales rápidos. Los DFD pueden acelerar cinco veces más rápido de lo que soportan los cuerpos humanos. Tuvimos que enviar androides. Toleraron bien la aceleración y se despertaron en el lugar cinco años después, como estaba previsto. Les implantamos memorias artificiales para facilitar que la conciencia aceptara el cuerpo.

—Eso es inhumano —profirió Rachel.

—No hemos tocado ni un pelo humano. De hecho, estamos proporcionando tratamiento gratuito a seis personas que, de otro modo, habrían muerto de terribles enfermedades. Puedes hablar con ellos, si aún no estás convencida.

—¿Y si la tripulación lo averigua? Imagina que, de repente, te das cuenta de que no eres humano, sino una máquina, construida para un fin concreto y llena de información falsa. Que tu creador te mintió para que resultaras más útil. ¿Cómo reaccionarías?

—Me enfadaría —admitió Ilan—. Así que tenemos que asegurarnos de que eso no ocurra. Una de las alteraciones menores fue que no son capaces de tener autoconciencia.

—Pero son inteligentes. ¿Es posible ese tipo de limitación?

—No lo sabemos. Nunca lo hemos probado. Pero si se hacen daño, por ejemplo, ven sangre humana. Hacen movimientos respiratorios y tienen una especie de aparato digestivo, aunque no toman su energía de la comida. Incluso tienen órganos sexuales funcionales, aunque limitamos sus impulsos.

—¿Pueden morir?

—No en un sentido biológico. Aunque pueden desconectarse y, si se dañan componentes importantes, dejan de funcionar. Sin embargo, no son mortales. En algún momento, la batería de radioisótopos se agota, pero puede sustituirse.

—¿Así que Christine no está muerta?

—Acabas de verla tú misma.

—Me refiero al androide.

—No. No puede morir. Puede estropearse mucho, o tal vez se desconectó.

—¡Pero el resto de la tripulación está de luto! ¡Sin motivo alguno!

—Es un mal necesario. Vieron el cadáver de Christine. No podemos devolverla a la vida. ¿Qué les revelaría eso sobre ellos mismos?

—Creía que eran incapaces de ser conscientes de sí mismos.

—Lo he expresado mal. Son incapaces de percibir rasgos de sí mismos que no encajan con ser humano. Pero nuestros técnicos no han conseguido eliminar la autoconciencia de una conciencia, aunque sea simple. Parece ser una característica inherente al sistema.

—Yo podría habértelo dicho.

—¿Estás de acuerdo en que el proyecto debe continuar según lo

previsto?

La pregunta surgió de la nada. ¿Estaba de acuerdo? ¿Era necesario seguir mintiendo a la tripulación? Era su tripulación, era la responsable de ellos. Contó los bungalós. Había seis. ¿Seis? Rachel negó con la cabeza.

—No de esta manera —dijo ella—. Tenemos que ser sinceros.

—¿Y arruinar nuestras posibilidades de averiguar algo sobre nuestros orígenes? Los seres humanos llevamos miles de años especulando sobre nuestro origen. Y puede que estemos cerca de la respuesta. Si la lente gravitacional solar falla, podrían pasar cientos de años antes de que tengamos otra oportunidad. Para entonces, habré muerto.

Ese era su problema. No se trataba de la respuesta, sino de Ilan Chatterjee y su misión personal, y de llevarla a cabo a cualquier precio.

—Lo siento —dijo Rachel—, pero un proyecto basado en la mentira y el engaño no puede proporcionar respuestas sinceras.

Chatterjee se apartó de ella y miró hacia la salida.

—Entonces yo también lo siento porque no dejaré que nadie ponga en peligro mi proyecto. Cuando llegues al Control de Misión, leerás en voz alta el mensaje que hemos preparado. Si lo haces, tu madre se pondrá en contacto contigo para decirte que Alishondra ha llegado sana y salva.

Rachel temblaba de pies a cabeza. Apretaba los puños, pero el temblor no cesaba. Se abrazó a sí misma para no hacer ninguna estupidez. Sintió deseos de saltar sobre Chatterjee por detrás, estrangularlo y obligarlo a liberar a su hija. Pero sabía que no funcionaría. Igual que ella moriría por Ali, este hombre moriría por su proyecto. Estaba loco. Probablemente siempre lo había estado. Pero mientras él tuviera a su hija, tenía que hacer lo que él dijera.

—HOLA, Rachel, a buenas horas —la saludó Alison al entrar en el Control de Misión.

No pareció importarle que Rachel llegara tarde.

—Charles ya me ha transmitido tus disculpas, diciendo que tenías una reunión con Ilan Chatterjee. Qué emocionante; tendrás que contármelo todo más tarde.

«No te hagas la inocente, MOM, sabes perfectamente de qué se trataba». Rachel apretó los dientes para evitar que las palabras furiosas que tenía en la lengua salieran de su boca.

—Muy bien, toma asiento —dijo Alison.

Parecía irritada, probablemente porque Rachel no decía nada. A lo

mejor no estaba compinchada con Chatterjee. Entonces, ¿de qué iba esa extraña conversación del otro día?

Rachel se sentó. Luego levantó la mano.

—¿Sí, Rachel?

—Sugiero que grabemos el mensaje para Shepherd-1. La tripulación ya ha esperado bastante. Deberíamos decirles que continúen con las observaciones.

—Después de las preocupaciones que expresaste ayer, he pensado un poco más en ello.

—Yo también, Alison. Me emocioné sin necesidad. Probablemente me encuentre en ese momento del mes.

Rachel deseaba acabar de una vez. No quería que su hija pasara más tiempo del necesario en manos de aquel criminal. Nunca la había echado tanto de menos.

—Más despacio, Rachel. A lo mejor, aquí, no todo el mundo está tan convencido como tú.

Charles se inclinó hacia delante y le puso una mano en el hombro. Rachel se estremeció y se encogió de hombros. Era el cómplice de ese criminal.

—Estamos a punto de conectar con Ritu Rashmi —afirmó MOM—. Seguro que la mayoría la recordáis, recibió el Nobel de Física hace diez años por sus trabajos sobre teletransporte cuántico.

Ese nombre no le decía nada a Rachel, aunque nunca le había interesado especialmente la física cuántica.

—La profesora Rashmi se jubiló este año. Me aseguró que no recibe dinero de Alpha Omega. No puedo comprobarlo, por supuesto, pero se la considera una experta independiente.

—Gracias, aunque no creo que sea necesario —contestó Rachel.

—Bueno, eso ya es irrelevante —rebatió MOM con más dureza que de costumbre—. Ahora voy a poner a la profesora Rashmi en la pantalla principal.

Rachel vio a una mujer india mayor. Llevaba un sari verde y estaba sentada entre flores de vivos colores en una silla de mimbre. La luz era dorada.

—Buenas noches, profesora Rashmi —saludó MOM.

—Buenos días, Houston.

—Le he enviado nuestros resultados preliminares. ¿Ha podido formarse una opinión a partir de ellos?

—Sí, y ha sido muy interesante. Gracias —dijo la profesora—. No estoy de acuerdo con mi colega, la doctora Thakur. Existe un peligro real de que algo similar a la perturbación que ha observado ocurra en la Tierra. No obstante, el peligro es muy pequeño. Según mis cálculos, una perturbación de este tipo solo tiene lugar por término medio una vez cada mil años de observaciones. Así que no tendría ninguna

objeción a que continuaran con las observaciones.

Normalmente Rachel intervendría en ese momento, no sería la primera vez. Pero si no mostraba de acuerdo ahora, todo se alargaría. Deseó taparse los oídos.

—Sin embargo, me preocupa más la perturbación que ya ha aparecido —continuó la profesora Rashmi—. Puede parecer lejana, pero cuatro días-luz no son nada en términos cósmicos. No sabemos a qué velocidad puede propagarse esta perturbación. Incluso es posible que se expanda más rápido que la velocidad de la luz. No estamos hablando de materia o de una señal transportada. La lente gravitatoria solar transportó la perturbación a nuestro sector del universo más rápido que la velocidad de la luz. Existe la posibilidad de que, una vez que la perturbación alcance cierto límite, de repente, empiece a expandirse mucho más rápido, como hizo nuestro universo poco después del Big Bang.

Vaya. La boca de Rachel se abrió involuntariamente.

—¿Es posible que la perturbación sea el inicio de un nuevo Big Bang? —preguntó.

—De hecho, es un escenario que debería debatirse —respondió la profesora Rashmi tras una breve pausa—. La semilla de la que surgió nuestro universo podría haber sido algo parecido a esta perturbación. Entonces le ocurrió algo, que ya no podemos reconstruir, y explotó dando lugar al Big Bang.

—Entonces, ¿no debería ser diferente la perturbación? —inquirió Devendra, el director de Vuelo—. ¿Como una bola de fuego increíblemente caliente?

—No, esa interpretación del Big Bang es demasiado simplista. En realidad, ni siquiera hubo una explosión. Fue un proceso más suave, que solo nos parece violento debido a las inconcebibles escalas de tiempo y temperatura. Decimos que la temperatura del universo en ese momento era de miles de millones de grados, pero como las fuerzas fundamentales aún no se habían separado, es una afirmación bastante arbitraria. Para una tortuga, un corredor humano se mueve increíblemente rápido, pero en términos astronómicos, no va a ninguna parte.

—Gracias, profesora Rashmi —dijo Alison—. No queremos robarle demasiado tiempo. A raíz de su opinión, deduzco que debemos ocuparnos urgentemente de esta perturbación.

—Sí, desde luego. Y no estoy convencida de que baste con transportarla lejos de la Tierra en una nave. Me sentiría mucho más cómoda si se pudiera destruir por completo. Si necesitan alguna sugerencia en ese sentido, estoy a su disposición en cualquier momento.

—Muchas gracias, profesora Rashmi.

—Ha sido un placer. Hasta la vista.

La conexión terminó. La imagen de la mujer india se congeló y fue sustituida por la imagen predeterminada de los logotipos de la NASA y Alpha Omega. Rachel se levantó.

—Bueno, no deberíamos hacer esperar más a la tripulación —afirmó—. Ya bastante tardan nuestros mensajes en llegarles.

—De acuerdo —dijo MOM—. Tienes el guion en la pantalla. Las cámaras te apuntan.

—SUERTE —se despidió Rachel. Se reclinó hacia atrás.

—Y, corten —ordenó MOM.

El mensaje se comprimiría y se enviaría a Shepherd-1 a través de las antenas de la Red de Espacio Profundo. Rachel se sintió aliviada por haber terminado el guion sin titubear. Puede que sonara un poco menos comprometida de lo habitual, pero nadie podía forzarla a ello, ni siquiera ella misma. Lo había hecho por Alishondra. Pero no quería que su hija lo supiera; estaba avergonzada de sí misma. Avergonzada porque había traicionado a su tripulación. Sabía algo que los tres necesitaban saber para tomar sus propias decisiones, y se lo había guardado para sí misma. El hecho de que fueran androides no era lo importante.

«Mensaje entrante», leyó en su pantalla personal.

Era su madre. Qué rápido.

—No me gusta molestarte en el trabajo, pero Ali llegó sana y salva —le dijo—. Por cierto, gracias por avisarme de que venía más tarde.

«Sí, mamá, lo sé, soy un desastre». Rachel no contestó nada, pero no importaba porque su madre seguía hablando.

—Si quieres, puedes hacerlo de nuevo. El hombre que me trajo a Ali fue muy amable.

—¿Le caía bien?

—Sí, estaba muy contenta. La llevó sobre sus hombros todo el tiempo. Un hombre muy guapo, atlético, hombros anchos, y sorprendentemente educado. Tal vez deberías...

—Para, mamá. Gracias por avisarme. Tengo cosas de las que ocuparme aquí. Dale a Ali un beso de mi parte.

¿Debería pedirle que pusiera a Ali al teléfono? No, era una mala idea; probablemente se echaría a llorar. Era mejor dejar a Ali con recuerdos felices de aquella mañana. Tenía que asegurarse de que nada como esto volviera a suceder, aunque no tenía ni idea de cómo. Quizá debería dejar que Ilan Chatterjee la convirtiera en un androide sin emociones.

—Te veo esta noche entonces —se despidió su madre entonces—.

¿Cenarás con nosotras?

—No, tengo algo en la nevera —respondió, aunque no era cierto.

—Vale. Que tengas un buen día.

Rachel terminó la llamada y sacó un paquete de pañuelos del cajón de su escritorio. Se levantó y se dirigió al cuarto de baño, donde cogió el cartel de «Cerrado por limpieza» de una esquina y lo colocó delante de la puerta. Luego se encerró en el cubículo del fondo. Se sentó en la tapa del retrete. Olía a orina y a jabón. No le importó. Se pellizcó el muslo con fuerza. «Ay», exclamó para sí, y luego le brotaron las lágrimas.

—HASTA QUE SE aclare la situación, el Control de Misión quiere que continúen las mediciones con la lente gravitatoria solar —dijo su CapCom Rachel en pantalla.

Esto era lo que Benjamin había estado esperando. Alpha Omega parecía tener mucha influencia en esta misión.

—La transmisión de los datos de medición directamente a la Tierra por parte de Eric cuenta con nuestra aprobación, ya que acelera el proceso —explicó Rachel a continuación—. Tened por seguro que estamos investigando a fondo las posibles implicaciones de esto. Por favor, no os preocupéis por la Tierra. Dejad eso a los cientos de científicos de la NASA y Alpha Omega. Os deseo todo lo mejor.

Benjamin intentó leer la cara de la CapCom, pero casi no tenía expresión. Ella no era así. ¿Intentaba decirles que no estaba de acuerdo con las instrucciones del Control de Misión? Tal vez estaba interpretando demasiado. Estaría bien que no estuviera tan solo con sus pensamientos. Necesitaba hablar con Aaron sobre su descubrimiento en el corazón de la nave. Probablemente lo mejor sería llevarlo allí y mostrárselo. Con suerte, Eric no había hecho desaparecer las pruebas. No sabía que Benjamin estaba tras él.

—¿Veis? —dijo Eric—. Nuestras órdenes son claras. Seguiremos haciendo lo que hasta ahora.

•

—¿PREPARADO? Agárrate a algo, voy a abrir la caja —advirtió Benjamin.

—Estás haciendo un circo de esto —dijo Aaron, pero se agarró al hombro de Benjamin.

Benjamin levantó la tapa despacio. Sabía lo que le esperaba, pero ver el cuerpo de David aún le conmocionaba. La mano de Aaron se clavó en su hombro hasta dolerle, pero no se la quitó de encima. Aaron se dio la vuelta.

—Eso es... imposible —balbuceó—. Somos cuatro. Éramos, quiero decir. Eso debe ser un maniquí o algo así. ¿De quién fue esta loca idea?

—Aaron, mírale. Tócale. Tú le conoces.

Retiró suavemente la mano de Aaron de su hombro. Su compañero se dejó guiar la mano hasta la mejilla del muerto.

—¿Lo ves? Es suave.

—Y fría —dijo Aaron—. Inhumanamente fría.

—Es David. ¿No le reconoces?

—David... Yo... ¿qué? Tengo tantas preguntas.

Aaron apartó la mano y retrocedió un metro. ¿Intentaba alejarse de aquella visión?

—No eres el único —admitió Benjamin—. Y las responderemos, una tras otra. Eric, te necesitamos en el sector de almacenamiento central.

—Estoy haciendo una evaluación, esto es alucinante. ¿Tiene que ser ahora mismo?

—Sí, es urgente. Se trata de una cuestión de vida o muerte.

ERIC ENTRÓ VOLANDO en la habitación con un botiquín. Se apoyó en la primera caja. Cuando vio a Aaron y Benjamin, se quedó mirándolos.

—Estáis bien —les dijo.

—Depende de cómo lo mires —contestó Benjamin—. Pero no necesitamos los primeros auxilios.

Eric miró la tapa de la caja abierta.

—¿No quieres acercarte más? —preguntó Benjamin—. Desde ahí no se ve lo que hay en la caja.

—No me hace falta —contestó Eric—. Habéis encontrado a David. Tenía que pasar antes o después.

—¿Sabías que estaba aquí? —exclamó Aaron.

Eric asintió.

—Porque tú lo escondiste en la caja —concluyó Benjamin.

—No lo escondí.

—¿Cómo lo llamarías entonces?

—Lo guardé en su sitio.

—¿¡Lo guardaste en su sitio!?

Increíble. Eric hablaba de su colega como si fuera un objeto.

—Sí.

—Después de matarlo —acusó Aaron.

Eric se volvió hacia Aaron.

—No lo entendéis. Yo no lo maté.

—Bueno, está metido ahí dentro, frío y pálido, en esta caja en la que lo «guardaste». ¿Estás diciendo que lo encontraste muerto cerca de aquí? ¿Y lo guardaste en su sitio como si fuera un juguete?

—No, Benjamin, eso no es lo que pasó.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Aaron—. Confiésalo, o...

Aaron se lanzó contra Eric. Eric se echó a reír.

—¿O me matarás? Si supieras lo ridículo que es, también te reirías.

—Aaron tiene razón. Si no nos dices la verdad ahora mismo, acabarás en una de estas cajas. Nuestra paciencia se está agotando.

—La verdad es complicada, y no creo que estéis preparados para oírla.

—Estoy tan preparado como puede estarlo cualquiera —profirió Aaron.

Benjamin no estaba tan seguro. Sus pensamientos aullaban en la grieta de sus recuerdos y luchaba por contenerlos.

—Muy bien —concedió Eric—, si insistís. Sois adultos. —Soltó una carcajada histérica—. Como he dicho, yo no maté a David.

—¿Y se supone que debemos creerte?

—No, hay más. David me encontró.

—¿Y por eso tuvo que morir? —inquirió Aaron.

—Dejadme terminar. Cuando David miró en esas cajas, como vosotros, vio algo que no debería haber visto: a mí. Así que tuve que retirarlo del servicio. No tenía elección.

—¿¡Retirarlo del servicio!? ¡A eso se llama asesinato!

—No, Aaron. David no puede morir porque nunca estuvo vivo. Lo apagué y lo puse en esta caja.

—Eso... eso no tiene sentido —afirmó Aaron—. Recuerdo a David. Tenía planes, un pasado, una vez me contó que quería inmortalizar a su amigo.

Benjamin tenía que admirar a Aaron. No flaqueaba, o no se había dado cuenta de que flaqueaba. A Benjamin no le quedaban fuerzas. Pronto tendría que soltar a los perros que amenazaban con derribar la casa de sus recuerdos. Ya no había salida.

—David es una máquina muy sofisticada. No necesitamos hablar de él en pasado.

—¿A qué te refieres? —interrogó Aaron.

—No es capaz de reconocer su verdadera naturaleza. Su sistema operativo se lo impide. En lugar de líquido azul, ve sangre roja.

Aaron se quedó helado, aunque Eric no cejó en su empeño.

—¿Eso te recuerda algo, Aaron?

—Ve al grano —ordenó Benjamin—. ¿Quién eres, entonces? Dijiste que David te encontró.

—Obviamente soy el mismo tipo de máquina que David.

—Entonces, ¿por qué... lo apagaste?

Ya no podía usar la palabra «asesinato». Los argumentos de Eric eran convincentes. Y se correspondían con la corazonada que rondaba su mente desde hacía tiempo.

—Está claro que soy un respaldo para vosotros. Tengo un deseo permanente de asegurar que el proyecto se complete con éxito. Si David se daba cuenta de su verdadera naturaleza, el proyecto habría estado en peligro. Así que solo tenía una opción.

—¿Puedes probarlo de alguna manera? —preguntó Aaron.

—Aaron, las pruebas están delante de ti. Sé que cuesta admitirlo,

pero todos somos máquinas, androides, dale el nombre que prefieras. Creéis que habéis estado viajando durante veinte años. Pero, en realidad, os despertasteis hace poco. Fuimos creados y programados para llevar a cabo este proyecto sin problemas y con coherencia. Por eso me aceptasteis como compañero de tripulación sin reserva. ¿O echabais de menos a David?

Aaron negó con la cabeza.

—Si apagaste a David, como dices, podrás volver a encenderlo.

—Sí, claro —contestó Eric.

Se acercó a la caja, levantó la cabeza de David con la mano izquierda y metió la mano derecha por debajo. Luego volvió a bajar la cabeza.

—Pero no puedo hacerlo, porque pondría en peligro el proyecto. Siento una intensa falta de voluntad y no puedo mover un dedo para hacerlo.

—Entonces dinos cómo —rugió Aaron.

—Le metes la mano por debajo del cráneo. A la izquierda del hueso occipital, justo detrás de la mandíbula, hay un bulto como un lipoma, un pequeño tumor graso.

Benjamin se palpó la nuca. Tenía un pequeño bulto, que él siempre había supuesto que era una glándula sudorípara crónicamente inflamada. Aaron le palpó el bulto a David.

—Luego lo pulsas —continuó Eric.

—Vale.

El ceño de Aaron se arrugó por el esfuerzo.

—No hace falta exagerar —explicó Eric.

De pronto, los ojos de David se abrieron de golpe. Benjamin miró a Aaron. Se entendieron sin palabras. Los dos sabían lo que tenían que hacer. Aaron se enderezó. Benjamin rodeó el cajón. Se acercó por detrás, Aaron por delante.

—Ahora —gritó Aaron.

Se abalanzaron sobre Eric. Su víctima se defendió, aunque entre los dos le dominaron. Benjamin vio cómo la mano de Aaron alcanzaba el cuello de Eric. Entonces su compañero se desplomó.

—Tío, me siento muy descansado —dijo David—. ¿Qué ha pasado? ¿Y quién es el individuo al que acabáis de noquear?

—¿NO me vas a llevar hoy a casa de la abuela?

—No, cariño, nos quedamos en casa. No me encuentro bien —se excusó Rachel.

Había dicho a los del Control de Misión que estaba enferma.

—¿Te hago un té? ¿Con miel?

Su hija la miraba con el ceño fruncido. Incluso cuando estaba preocupada, era adorable. Pero se suponía que Rachel estaba enferma y tenía que representar su papel. No quería que Alishondra pensara que estaba bien eludir su trabajo.

—Gracias, Ali, eres un cielo. Solo necesito descansar un poco.

—¿Como la abuela por la tarde?

—Sí, como la abuela.

La cara de Alishondra se iluminó. Su abuela siempre se acostaba después de comer, así que Ali ya no estaba preocupada.

—De acuerdo entonces, seguiré jugando.

Era sorprendentemente sensata para tener menos de cinco años. Y podía entretenerse durante horas. Sobre todo, jugaba con su familia de muñecas. Rachel no era precisamente un buen modelo para eso, pero la abuela de Ali sí.

Se sentó en el pequeño escritorio del salón. Podía oír a Ali en el dormitorio, hablando con distintas voces. El apartamento era demasiado pequeño; Ali necesitaba su propia habitación, pero Rachel no podía permitirse un apartamento más grande. Eso significaría mudarse más lejos y pasar más tiempo en el coche cada día.

Rachel abrió su portátil. Era un modelo clásico con un teclado de verdad, que ella prefería para escribir. ¿A quién podía pedir ayuda? No era más que un pequeño engranaje de una máquina, y Chatterjee la había asustado mucho ayer. Pero no podía quedarse de brazos cruzados.

Profesora Rashmi. Parecía muy sensata. Rachel tenía que reconocer que MOM había contratado a una experta neutral. Pero la cuestión era: ¿había sido realmente informada de todos los aspectos del programa? Si conocía los trapos sucios, ¿qué pensaría entonces?

Ritu Rashmi era muy famosa. Eso hacía difícil encontrar sus datos de contacto en Internet. Y no podía preguntarle a Alison. ¿O sí? No. Rashmi daba clases en Harvard cuando recibió el Nobel. Después volvió a la India, a Bangalore, y allí continuó con su labor docente y con sus investigaciones hasta que se jubiló.

Lamentablemente, aunque exótico para los oídos de Rachel, el apellido era muy común en la India. No tenía ninguna posibilidad a través de los canales habituales. Así que lo intentó en la Universidad

de Bangalore. ¿No sabrían en el departamento de Física dónde había ido a parar su antigua eminencia? Llamó, pero colgó enseguida. ¿Qué hora sería allí? Las ocho de la noche, era tarde. Lo intentó de todos modos.

Y contestó una mujer. Parecía joven. Hablaba inglés con el típico acento indio. No quiso darle el número de Ritu, aunque le pasó una dirección de correo electrónico. Rachel se puso las gafas.

«Estimada profesora Rashmi», empezó a escribir. «Soy la CapCom de la misión SGL de la NASA, que recientemente solicitó su asesoramiento científico. Al igual que usted era responsable de sus alumnos, yo lo soy de la tripulación. Me preocupa que estén en peligro, y me gustaría saber su opinión. Puede ponerte en contacto conmigo...».

Enviar.

Volvió a oír la voz de Ali de fondo. Parecía feliz y su estado de ánimo se contagió a Rachel al instante. Debía de suponer un enorme esfuerzo para su conciencia bloquear todo lo que no era importante en ese momento. ¿Cómo lo hacía? Sabían tan poco sobre ello y, sin embargo, Alpha Omega afirmaba haber transferido toda una conciencia humana a una máquina. Eso solo se había hecho una vez en la historia –con la famosa IA de Marchenko– y la corporación rusa RB aún no había revelado cómo lo había hecho. Tal vez Alpha Omega estaba cooperando con RB.

De repente sonó un timbre.

«Llamada entrante», ponía su pantalla. Rachel aceptó la llamada. ¿Querría consultarle algo un compañero del trabajo?

Era la profesora Rashmi. ¡Qué rapidez!

—¡Buenos días, señora Schmidt!

—Buenas tardes, profesora. Muchas gracias por llamar.

—Lo que no hago enseguida se me olvida, y parecía preocupada. ¿Cuál es el problema?

—¿Esta conversación quedará entre nosotras?

—Por supuesto. De todos modos, a nadie le interesa una vieja jubilada como yo. Su jefa fue la primera que contactó conmigo, a nivel profesional, desde hace meses.

—Los medios de comunicación describieron tu retiro como si estuvieras harta de la ciencia.

—Oh, eso se aplica más a la comunidad científica. La vanidad, la camarilla, me pone de los nervios. Prefiero centrarme en mis plantas. Pero la física sigue siendo importante para mí.

Lo dijo como si la física hubiera sido su amante secreta. Quizás eso era lo que hacía falta para ganar un Nobel por investigación.

—Me alegro. Espero no molestarla.

—Si no hubiera tenido tiempo, no habría llamado.

—Lo que voy a contarle probablemente la sorprenda. Espero que no pienses que estoy loca.

—A lo largo de mi vida me he encontrado con muchas cosas que, a primera vista, parecían una locura.

¿Por dónde empezar? ¿Qué quería realmente de la profesora? Decidió contar toda la verdad, pero omitió el secuestro. En diez minutos, ambas pasaron a tutearse y Rachel le contó a Rashmi todos los detalles del proyecto.

—Parece una locura —dijo finalmente la profesora—. ¿Y cómo puedo ayudarte?

—No quiero perder a la tripulación. No importa quiénes o qué sean realmente sus miembros, no merecen que los enviemos como corderos al matadero para esta misión.

—Esa es una postura admirable.

—Desde el punto de vista de la tripulación, cuál crees que es el problema más importante que tienen que resolver. A Alpha Omega y la NASA les preocupa el panorama general, es decir, el éxito del proyecto. Por eso quieren que continúen las observaciones. Pero ¿es eso lo mejor para la tripulación?

—Espera un momento... Nunca me habían preguntado eso. Tienes razón, cuando fui consultada por la NASA, se trataba del proyecto en su conjunto. Demasiado a menudo, olvidamos a la gente que tiene que vivir con nuestras decisiones, la dimensión ética.

—Gracias por tu comprensión.

—Está sorprendentemente claro —afirmó la profesora Rashmi—. Solo tuve que ejecutar unas pocas ecuaciones. La tripulación debe detener sus mediciones lo antes posible. Pero no por el peligro para la Tierra. La posibilidad de que algo similar vuelva a ocurrir es muy baja. Es un pequeño milagro que haya sucedido. Pero ahora que la perturbación está ahí, es el principal problema. Todo el mundo debe centrarse en la perturbación. Tiene que ser eliminada tan pronto como sea posible. En unas semanas, vuestra hermosa nave ya ni siquiera existirá. Y puede que a la Tierra aún le queden doscientos años, pero también puede que solo horas si se produce una expansión repentina. Deberíais comunicárselo a la nave lo antes posible. Yo mismo podría comunicárselo a tu jefe. Quizá me escuche.

—Me temo que Alpha Omega tiene la última palabra.

—¿Estás segura?

—Sí. Incluso me secuestraron y amenazaron a mi hija, para obligarme. La opinión de una científica jubilada no los disuadirá.

—Comprendo. No sabía que la empresa fuera tan despiadada y recurriera a esos métodos. Donó miles de millones de rupias para luchar contra la polio en la India. Si te entiendo bien, Alpha Omega podría resentir mi interferencia.

—Sí, creo que sí.

—Entonces debemos transmitir tu mensaje a la nave en secreto.

—Eso es prácticamente imposible. Las transmisiones a través de la Red de Espacio Profundo tienen que ser aprobadas desde lo más alto.

—¿No hay nadie que te deba un favor?

—¿A mí? Solo soy una insignificante CapCom.

—¿Un antiguo miembro de la tripulación, que ahora tenga un cargo en la NASA?

—Nunca se me dio bien establecer contactos. Solo quería hacer mi trabajo.

—Aquí aprendemos desde niños lo importantes que son los contactos no oficiales. Resulta que tengo un conocido en la agencia espacial india, ISRO. ¿Sabías que la Red India de Espacio Profundo tiene una estación terrestre muy cerca de aquí? Supervisé al actual director en su tesis de máster. Seguro que estará encantado de enviar un mensaje de mi parte.

—Pero entonces, ¿no le deberás un favor?

—Aquí no lo vemos como una transacción comercial de la manera en que lo veis vosotros. Sí, puede ser que su sobrino necesite un mentor en algún momento. Aunque yo estaría encantada de serlo. Cada favor es una especie de pago a una cuenta social, de la que te devuelven lo invertido en algún momento. Todo el mundo está conectado con todo el mundo.

—Entiendo —dijo Rachel—. ¿Cómo debemos proceder?

—Envíame un mensaje y yo lo transmitiré. En cuanto la estación terrestre de Byalalu esté en la posición correcta –en doce horas, como máximo– enviarán tu mensaje.

—Muchas gracias. Lo escribiré ahora y te lo enviaré. Esperemos que la tripulación sepa qué hacer.

—Es solo el primer paso —dijo Rashmi—. Ni yo misma tengo idea de cómo eliminar la perturbación.

—Pero ¿crees que sea posible?

—Alégrate de no ser física. Las constantes físicas en nuestro universo están predeterminadas por el Big Bang, o los dioses, o lo que sea. Esta perturbación las ha alterado. Para devolverlas a su estado original, sería muy ventajoso ser un dios.

◓

—ESTIMADA TRIPULACIÓN —dijo, hablando a la cámara de su casa después de que Alishondra se durmiera. Hablaba más de prisa de lo habitual. Tenía que terminar rápido.

—Considero que es mi deber como CapCom deciros la verdad. La perturbación que provocó la muerte de Christine es mucho más

peligrosa de lo que los de Control de Misión y Alpha Omega os han hecho creer.

Esa era la verdad. Les explicó lo que la profesora Rashmi le había contado.

—No sé por qué se antepone el éxito de la misión a vuestras vidas —confesó.

Eso era mentira. Chatterjee se lo había revelado. Pero ¿cómo le decías a alguien que no era humano? ¿Qué pasaría si la tripulación descubriera la verdad? Ella era solo un engranaje más. No podía reparar las partes de la misión que habían estado rotas desde el principio.

—Haré todo lo que pueda por vosotros como CapCom —dijo por último.

Era una promesa. Que resultara ser cierta o no, dependía de ella.

QUÉ NOCHE DE MIERDA. Benjamin no había dormido más de veinte minutos seguidos. No paraba de tocarse el bulto de la nuca. Si lo apretaba, seguro que no tendría más problemas para dormir. Pero entonces, ¿qué le pasaría? ¿Era realmente una máquina que podía apagarse pulsando un botón? David no parecía experimentar secuelas de su desconexión. Pero ¿podía estar seguro de que a él le pasaría lo mismo? ¿Y si sus recuerdos se restablecían al volver a encenderlo? Podría despertarse sin tener ni idea de todo lo que había pasado en las últimas semanas.

Habían burlado al Control de Misión desconectando a Eric. ¿Cuál era el papel de Eric aquí? ¿Era uno más de la tripulación, o más bien uno de *ellos*? En el experimento con el taladro, se había quedado tan sorprendido como Aaron. No era consciente, entonces, de lo que realmente era, tampoco estaba totalmente al corriente.

Una cosa buena había salido de todo esto. Benjamin ya no estaba solo con sus sospechas; su corazonada se había convertido en un hecho comprobado. Dobló la manta que lo envolvía, se desvistió y caminó desnudo hacia la ducha. La ilusión que Alpha Omega había construido era asombrosamente exitosa. Incluso estaba convencido de que olía a sudor viejo, y le molestaba tanto que ansiaba una ducha caliente.

SE ENCONTRÓ CON Aaron y David en la sala de control. Estaban flotando erguidos frente a la gran pantalla, viendo un partido de fútbol de hace cuatro días desde la Tierra. Le pareció extraño. ¿Por qué seguían interesados en las ridículas costumbres de la humanidad? Acababan de descubrir que no pertenecían a esa especie. Pero Aaron y David estaban muy interesados. Discutían las tácticas de los jugadores. Benjamin sintió un poco de envidia por el interés que compartían.

—¿Cuánto tiene que durar eso? —les pregunto—. Me gustaría discutir sobre nuestro futuro.

—Detener vídeo —ordenó Aaron, y el balón se congeló en el aire.

—Podemos ver el resto más tarde —afirmó David—. Pero no te atrevas a decirnos el resultado final.

—Ni siquiera sé quién juega.

—Es la Liga de Campeones. Bayern de Múnich contra Real Madrid —dijo David.

—München —le corrigió Aaron.

La palabra sonaba extraña, pero Aaron lo sabría.

—Bueno, ¿cómo pinta nuestro futuro? —preguntó David, inclinando lentamente su cuerpo hacia atrás.

—Brillante —bromeó Aaron.

Imitó el movimiento de David. Ambos giraron alrededor del eje de sus caderas.

—¿Estáis borrachos? —les preguntó Benjamin.

—¿Podemos emborracharnos siquiera? —inquirió David—. Podemos verter, pero probablemente no notemos ningún cambio. Supongo. Así que el efecto debe simularlo por nuestra conciencia.

—Siento que el alcohol se me sube a la cabeza tras una sola copa de vino y mi tiempo de reacción se ralentiza —afirmó Aaron—. Es real, aunque solo sea un efecto psicológico.

—Como el dolor fantasma —apuntó Benjamin—. Eso también parece real. Pero hay una gran diferencia.

—¿Cuál?— preguntó Aaron.

—La sensación es simulada. No es real. El cuerpo humano no puede deshacerse de la intoxicación. Pero nosotros podemos, teóricamente.

—Ni siquiera podemos ver nuestra propia sangre de forma realista —dijo Aaron.

—No lo habéis intentado —argumentó Benjamin—. Qué pasaría si eliminásemos esa ilusión, sabiendo que es solo eso: una ilusión. Quizá podríamos aprender a controlarla.

—¿Crees que es un proceso consciente? —preguntó David—. ¿Si decido no sentir más frío, de repente siento calor?

Benjamin recordó el experimento con su antebrazo. El dolor era intenso, pero de repente desapareció.

—Quizá no sea tan sencillo —dijo—. Puede que tengamos que sobrepasar ciertos límites establecidos. Nuestra conciencia podría tener una especie de rango de tolerancia. Interpreta todo dentro de ese rango –calor, presión, dolor, frío– como sensaciones. Pero cuando se convierte en demasiado, se detiene; se insensibiliza. Eso podría abrir un abanico de acciones mucho más allá de lo que los humanos son capaces de hacer.

—Interesante idea —admitió David—. Supongo que estos márgenes de tolerancia corresponden a las limitaciones físicas humanas. ¿Cuánto pueden soportar los humanos? ¿Cincuenta, sesenta grados centígrados? ¿Menos cincuenta? ¿Y cómo de fuerte tiene que ser el dolor para que lo superemos? Deberíamos probarlo.

—¿No íbamos a discutir nuestro futuro? —les recordó Aaron.

—Este es nuestro futuro, amigo mío. Los humanos nos mintieron y nos engañaron, pero quizá también nos dieron algo de lo que ellos carecen: un cuerpo mucho más capaz. Ese es nuestro futuro, de

seguro.

—DAME EL DEDO —ordenó David.

La placa de cocción brillaba en rojo. Benjamin se golpeó la cabeza con el dedo índice.

—Aaron, ¿quieres intentarlo?

—¿Me tomas por estúpido? Es un experimento de mierda. Podríamos usar el dedo de Eric, no sentirá nada.

—Eso es mezquino y no demostraría nada —rebatió David—. Tenemos que saber cuánto soportamos. Y eso solo lo podemos averiguar nosotros mismos. ¿Y bien?

Benjamin sacudió la cabeza. Odiaba el dolor.

—Bien, lo intentaré yo —se resignó David.

Se miró el dedo anular como si se estuviera despidiendo de él. Luego, lo colocó sobre la plancha. Al instante lo echó hacia atrás y retrocedió.

—Sujetadme, por favor —pidió enseguida.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Benjamin sujetaba el hombro izquierdo de David y Aaron el derecho.

—Listo —dijo Benjamin.

David volvió a apretar el dedo contra la plancha. Esta vez no lo apartó. Respiró más deprisa. La frente se le llenó de sudor y apretó los dientes. El sonido era horrible, pero el olor era aún peor; apestaba a goma quemada, no a carne. David se relajó. Benjamin miró la plancha. El dedo de David seguía sobre ella.

—El dolor ha desaparecido —afirmó David—. Es asombroso. En algún momento, sentí que podía bloquearlo. Así que lo hice.

Movió el brazo. El dedo estaba atascado.

—Ayudadme.

Todos tiraron del brazo de David. El dedo se coció en la plancha caliente.

—Deberías haber usado aceite —dijo Aaron.

Volvieron a tirar. El dedo se soltó con un chasquido. David lo miró. La parte inferior era de color marrón oscuro y estaba aplastada, pero las articulaciones seguían funcionando y la piel se movía.

—¿Dolor? —le preguntó Benjamin.

—No. Pero deberíais ver mi dedo como lo veo yo: cubierto de enormes ampollas.

David lo tocó.

—No hay ampollas —dijo Aaron—. La parte que tocaba la plancha

está marrón y aplastada.

—Eso pensé. El experimento fue un éxito, ¿verdad?

—Enhorabuena, Dave —exclamó Benjamin.

—¿Queréis probarlo?

—No, gracias —negaron Aaron y Benjamin al unísono.

PARA EL SEGUNDO EXPERIMENTO, necesitaron una botella de nitrógeno líquido. Tardaron 15 minutos en encontrar una en el almacén.

—Intentémoslo aquí —dijo David.

—Tienes prisa por saberlo, ¿eh? —se burló Benjamin.

—Claro, ¿tú no? Quiero saber de lo que somos capaces.

La estrategia de David era sensata: no regodearse en el pasado, sino pensar en el futuro. Benjamin esperaba que él también empezara a pensar así. David estaba animado.

—Vale, esta vez yo lo intentaré —dijo Benjamin.

David le dio una palmada en el hombro con la mano del dedo quemado y ni se inmutó. No podía ser tan grave.

Aaron levantó la botella, introdujo un tubo flexible en la salida y abrió la válvula de seguridad.

—Mantén la mano debajo —instó.

Benjamin hizo lo que le decían y recordó los experimentos de la clase de física. Habían convertido pequeñas salchichas blandas en grandes salchichas duras y luego las habían roto en miles de pedazos golpeándolas con los bordes de las manos. Se dio cuenta de que no eran sus recuerdos. ¿De quién eran? ¿Eran sintéticos o Alpha Omega se los había robado a personas reales?

—Estoy abriendo el grifo —dijo Aaron.

—Oh, espera, prefiero la otra mano.

Retiró la mano y sostuvo la otra bajo el extremo de la manguera, de la que brotó un vapor blanco que se extendió por la habitación. El vapor era frío, pero no helado. Luego apareció un líquido transparente. Parecía un chorro de orina, pero el color era diferente y esta orina estaba caliente, caliente, caliente. La piel le ardía, aunque Aaron no dejaba de enfriarla constantemente. ¿Era eso lo que se sentía al congelarse?

—Mierda, eso duele —exclamó.

David le apretó el hombro.

—Creo que es suficiente —dijo David.

—No, no pares, Aaron —pidió Benjamin.

Ya había logrado lo más difícil. Quería experimentar el momento en que el dolor cesara. Ahora estaban envueltos en una nube de vapor.

El vapor no era nitrógeno. El nitrógeno era transparente. Era el agua del aire condensándose.

Algo pasó. Benjamin no se dio cuenta hasta que se miró la mano. El dolor había desaparecido. Esperaba un alivio inmenso, pero no, fue más bien como si alguien hubiera accionado un interruptor. Dolor encendido, dolor apagado. Podía controlarlo con solo pensarlo. Esto era genial. Benjamin se sentía como uno de los superhéroes de los tebeos que leía de pequeño. O creía recordar haberlos leído. Era extraño. Siempre había creído que tenía el control. Pero ahora... tenía el poder de hacerse daño a sí mismo. ¿Era así como se sentía la verdadera libertad?

—Ha funcionado —exclamó Benjamin—. Me siento... no sé, más libre.

—¿Lo ves? —dijo David.

Aaron cerró el grifo, quitó la manguera y lo guardó todo.

—Vamos a la esclusa —propuso Aaron.

•

—¿ESTÁS seguro? —preguntó David.

Aaron flotaba en medio de la esclusa principal. Su traje espacial estaba debajo de él.

—Ya hemos hablado de esto —dijo Aaron.

—¿Y si necesitamos oxígeno? —preguntó David—. ¿Y si obtuviéramos la energía de una pila de combustible, y se necesitara el oxígeno para...?

—Si se me acaba la energía, palmaré. Entonces me sacáis y me cargáis de nuevo, listo.

—Suena muy sencillo.

—No te preocupes, Dave, sobreviviré.

—Aaron tiene razón. Estará bien.

—Si tú lo dices.

David pulsó el botón. La puerta se deslizó y se cerró con un satisfactorio ruido metálico. David no se movió.

—Ahora ventílalo —le recordó Benjamin.

—Ah, claro.

David pulsó otro botón. Observaron en la pantalla cómo una luz roja iluminaba la esclusa. Aaron les saludó. Benjamin observó la cuenta atrás desde 100, mientras la sala se vaciaba de aire. Aaron hizo una mueca. Se agarraba la garganta como si se estuviera asfixiando. David buscó el botón de seguridad, pero no lo pulsó.

—Mira, se está riendo —dijo Benjamin—. Nos está tomando el pelo.

Al 30 por ciento, Aaron ya no actuaba. Realmente parecía que se

estaba asfixiando.

—¿Abortamos? —preguntó David por el micrófono.

Aaron sacudió la cabeza. Ya no podía hablar. Benjamin empezó a sudar. No era fácil ver cómo se asfixiaba su amigo. Debería haberse ofrecido voluntario para entrar primero en la esclusa. Ahora Aaron se estaba poniendo azul. David tenía la cámara apuntando directamente a su cara para que aún pudieran distinguirlo en la luz roja. Los globos oculares de Aaron se abultaron ligeramente. Era la presión negativa. Pero ni siquiera era una diferencia de presión atmosférica. La piel humana podía soportar eso sin reventar. Y ellos no eran humanos. Eran diferentes. Algo especial.

La cabeza de Aaron dio una sacudida. Debían de ser convulsiones. Benjamin no estaba seguro de que aquello fuera normal.

—Vamos a parar —dijo David.

Evidentemente, tuvo la misma impresión. Pero Aaron protestó, agitando los brazos salvajemente y gritando «No», aunque sin aire no se oía nada. Las convulsiones cesaron. David retiró el dedo del botón. Aaron se dio una palmada. Sí, todo sigue ahí, quiso gritarle Benjamin. El inconveniente era que, sin traje espacial, Aaron no tenía radio. Quizá no era tan inteligente salir al espacio exterior sin sus trajes. Pero al menos no tenían que preocuparse por el suministro de aire. Aaron les dio dos pulgares arriba. «Estoy bien», decía, «ya podéis volver a bombear el aire».

•

—¿CÓMO es lo de estar sin aire? —le preguntó Benjamin.

—Pruébalo tú mismo —dijo Aaron—. Al principio, realmente sientes que vas a morir, y es una muerte de mierda. No le desearía la asfixia ni a mi peor enemigo. Pero de repente estás de vuelta otra vez. Es como si le hubieran dado a un interruptor.

Sí, él también lo había experimentado.

—¿Y ahora qué? —inquirió David—. ¿Qué otras habilidades asombrosas podemos descubrir?

—Ninguna por ahora —dijo Aaron—. Tuve una idea mientras estaba allí. ¿Recuerdas cómo encontré a Christine? Su casco estaba destrozado. Pensé que estaba muerta.

—Todos lo pensábamos —admitió Benjamin.

—Sí, pero ahora sabemos que no necesitamos oxígeno. Christine probablemente estaba apagada, ¡y nosotros, como unos estúpidos, pensamos que nos estábamos deshaciendo de su cadáver en el espacio!

Eso era lógico. Seguramente Christine no era la única humana a bordo.

—Ahora sabemos que no es así —dijo David.

—Joder, chicos, ¿estamos actuando como tontos o realmente somos tontos? ¡Recuperémosla! ¡Y encendámosla de nuevo!

—Pero disparamos su cadáver al espacio hace semanas —exclamó David.

—Su cuerpo, no su cadáver, y no lo disparamos, apenas se movía. No puede haber llegado muy lejos.

—Aaron, es una gran idea —dijo Benjamin—. Volveremos a tener a la tripulación original completa.

—Sí, tomémonos un tiempo para elaborar un plan —apuntó David.

—Tenéis un mensaje de la Tierra —informó el ordenador de la nave.

—Ponlo —ordenó David.

Su CapCom, Rachel, apareció en pantalla. No podían ver los habituales logotipos de la NASA y Alpha Omega de fondo, y la calidad del sonido era peor. Benjamin miró el archivo. Estaba codificado con una tasa de bits más baja que requería menos capacidad de transmisión, y no había llegado por el canal habitual de banda X. El remitente estaba en la Tierra, pero no tenían una localización precisa. El archivo tenía un encabezamiento formado por seis letras: ISTRAC. Debía de ser India. El ordenador confirmó su suposición. ¿Por qué Rachel enviaba el mensaje desde una antena de Espacio Profundo de la India?

Aaron reprodujo el mensaje. Rachel parecía diferente: menos profesional, incluso un poco nerviosa. Habló deprisa, como si alguien la persiguiera, y fue directa al grano.

—Considero que es mi deber como CapCom deciros la verdad —afirmó—. La perturbación que provocó la muerte de Christine es mucho más peligrosa de lo que los del Control de Misión y Alpha Omega os han hecho creer. La profesora Rashmi cree que podría destruir toda la nave en pocos días. Alpha Omega quiere continuar el programa de mediciones a toda costa, por eso os ocultan esta información. Pero como CapCom es mi deber hacer todo lo posible para protegeros de cualquier daño. Por desgracia, no conocemos ninguna forma de eliminar la perturbación. Pero la profesora Rashmi lo está investigando. Tal vez se os ocurra algo. Volar el Shepherd-1 lejos del Sol reduciría el peligro para la Tierra, aunque no para vosotros. Por favor, no respondáis a este mensaje. Cualquier respuesta corre el peligro de ser interceptada. Si pierdo el trabajo, no quedará nadie en el Control de Misión que esté de vuestro lado. Todo el proyecto está al capricho de Alpha Omega y su búsqueda del origen del universo. Por favor, tened cuidado. No sé por qué se antepone el éxito de la misión a vuestras vidas —dijo—. Haré todo lo que pueda por vosotros como CapCom.

La imagen se congeló. Rachel tenía el pelo revuelto, como si no se

hubiera peinado. Su expresión era dubitativa y nerviosa.

—Es una buena CapCom —alabó Benjamin.

—No sé. Como mucho, nos dijo media verdad —opinó David.

—¿Te refieres a lo de nuestros cuerpos, Dave?

—Sí, que somos androides.

Esa palabra hizo que Benjamin se estremeciera. Le recordó a los replicantes de una película llamada *Blade Runner*, que ya tenía más de cien años. Y al destino de los replicantes.

—A lo mejor no lo sabe —argumentó Aaron.

—Me resulta difícil de creer —dijo David—. Piensa en todos los hechos que ahora tienen sentido. Que no nos dieron suficiente masa de reacción para un vuelo de vuelta; que solo tenemos comida para unos meses. Nadie en la Tierra con medio cerebro podría no haberse dado cuenta de eso.

—¿No tenemos suficiente comida? —preguntó Aaron.

—¿No lo sabías? Lo descubrí cuando buscaba en el almacén, antes de toparme con Eric. Había muchas piezas de repuesto para reparar las sondas, aunque no suficiente comida para nosotros. Esos gilipollas probablemente solo quieren apagarnos cuando hayamos cumplido nuestro propósito.

—Supongo que no necesitamos comida —se resignó Benjamin.

—Sí, pero ellos no saben que nosotros lo sabemos. Si no hubiéramos descubierto lo que somos, pensaríamos que tenemos un grave problema.

—Demasiadas hipótesis —dijo Benjamin—. Confío en la CapCom hasta que se demuestre lo contrario. Eso significa que tenemos que encontrar urgentemente una manera de deshacernos de esta perturbación.

—Una vez vi una película antigua —comentó Aaron—, en la que el villano lanzaba una granada cargada al héroe. Este la devolvía enseguida y así resolvía el problema.

—¿Quieres decir que debemos deshacernos de esta cosa de la forma en que llegó a nosotros: con la lente gravitacional solar? —exclamó Benjamin.

—Posiblemente, sí —consideró Aaron, señalando hacia arriba—. Por desgracia, nuestra experta está flotando por ahí en alguna parte.

—Entonces es hora de llevar a Christine a casa —aseveró David.

—¿Cómo? Ya no tenemos las cápsulas —contestó Aaron.

—Olvidas que no las necesitamos. Volaré hasta ella yo mismo —expuso Benjamin.

BENJAMIN DEJÓ DE RESPIRAR. Algo en él quería aspirar aire. Parecía

un impulso animal, pero no era más que un hábito. Se concentró en una frase: No necesito respirar. Su pecho ya no se expandía ni se contraía. Sus pulmones, o lo que fuera en su cuerpo que funcionaba como intercambiador de aire, se detuvieron.

Ante él se extendía un mar negro y profundo. Las minúsculas luces solo intensificaban la impresión de oscuridad total. El vacío de la esclusa parecía una superficie sólida, una transición hacia las aguas profundas. Estiró la mano, pero no encontró resistencia; había sido una ilusión óptica.

—¿Va todo bien?

La pregunta de Aaron se transmitía a través de las vibraciones del casco con auriculares contra su cráneo. Necesitaba el casco con su módulo de radio y su amplificador de voz para comunicarse con David y Aaron. Se bajó el visor. Habían calculado la trayectoria probable de Christine. Se movía en línea recta, aunque por supuesto no era realmente recta debido a la influencia de la gravedad del Sol. Benjamin era el más ligero de los tres. Sin el traje espacial, pesaba aproximadamente lo mismo que Christine. Así que podían ignorar la atracción gravitatoria del Sol. Solo tenía que lanzarse en la dirección en la que se movía Christine, y si se movía más rápido, la alcanzaría inevitablemente. El visor le indicaba el camino.

Esa era la teoría. En la práctica, aunque pudieron calcular el vector de Christine tras ser succionada por la esclusa, basándose en las grabaciones de vídeo de su entierro astronauta, su precisión dejaba bastante que desear. Benjamin seguiría la trayectoria más probable y buscaría su cuerpo con un radar portátil. Si la trayectoria de vuelo real de Christine no se desviaba demasiado de la que habían calculado, la encontraría.

—¿Preparado? —le preguntó Aaron.

¿Cómo de preparado podías estar, lanzándote al vacío con solo una mochila propulsora y un casco con radio? Hace exactamente dos semanas, Christine ni siquiera tenía eso. ¿Y si se hubiera despertado entretanto? La tortura de no poder respirar cesó al cabo de unos minutos. Pero darse cuenta de que estabas viva y a la deriva por un espacio infinito debía de ser difícil de asimilar.

—Creo que sí —respondió.

—Aún podemos intercambiarnos —dijo Aaron.

David y él llevaban trajes espaciales.

—Gracias, pero quiero hacerlo.

—Vale, contacta con nosotros al menos cada media hora.

—Entendido.

Se ajustó las correas de los hombros. Habían programado la mochila propulsora para que siguiera automáticamente el vector calculado. Benjamin no tendría que hacer nada hasta que viera a

Christine en alguna parte.

—No hagáis ninguna estupidez mientras estoy fuera —bromeó Benjamin.

—Cuando el gato no está... —rio David.

La risa sonaba falsa, pero probablemente era solo la recepción de la radio.

—Pero no podemos hablar por la perturbación —dijo Aaron.

—No te preocupes, yo personalmente le daré una patada en el culo a la perturbación si nos da problemas —afirmó David.

Benjamin se imaginó la cara de David reflexionando sobre ese problema. Se estremeció. Christine se alejaba cada minuto, y cada minuto aumentaba el radio potencial de búsqueda.

Se apartó suavemente de la esclusa y se sumergió en las profundidades. La flecha electrónica de su visor giró y giró. Entonces los propulsores de su mochila propulsora se activaron y ajustaron su rumbo. La flecha apuntaba a una cruz verde delante de él.

•

EL MOVIMIENTO ERA UNA ILUSIÓN. Después de media hora de vuelo, sintió que no se movía en absoluto. Había perdido de vista a Shepherd-1 como punto de referencia. Y las estrellas colgaban en el cielo negro como si estuvieran pegadas allí. No había viento. No corría el aire sobre su piel, que se había vuelto un poco rígida. Desde que los propulsores de la mochila propulsora se desconectaron, según lo previsto, no había fuerzas perceptibles que actuaran sobre él.

El cuerpo de Christine había abandonado la nave a una velocidad relativa de tres kilómetros por hora, lo que significaba que se había distanciado unos 1.000 kilómetros en las dos semanas transcurridas desde su muerte. Era un largo camino. Él volaba a unos 45 kilómetros por hora y llegaría a la posición de Christine en poco menos de un día. El vuelo de vuelta le llevaría aún más tiempo, porque la mochila propulsora tendría que mover también la masa de Christine.

Dos días en el vacío. La soledad no era un problema para él; le preocupaba estar perdiendo un tiempo valioso.

—Anoche perdimos la cápsula C —dijo Aaron.

—¿A qué te refieres? —preguntó Benjamin.

—La perturbación la ha engullido casi por completo. Reproduciré la grabación de la cámara de tu visor.

La cápsula parecía intacta a primera vista. Habían hecho un buen trabajo de reparación. Pero entonces vio la pierna del astronauta que había grabado el vídeo. Se hundió hasta la rodilla en el casco de la cápsula. Al sacarla, dejó un agujero del que se desprendía una nube de polvo.

—¿Y el Shepherd? —interrogó Benjamin.

La cápsula de Christine estaba situada en el anillo, donde uno de los radios la conectaba con el módulo central de la nave. Si toda la cápsula se veía afectada por la perturbación, pronto se extendería a la nave. Recordó la advertencia de Rachel.

—Estamos de suerte. El origen de la perturbación está en el lado de la cápsula más alejado de la nave. La integridad de la nave aún no está amenazada, pero no tardará —afirmó Aaron.

—¿Hasta cuándo?

—Un día, calcularía yo.

Tenía que darse prisa. Aún no había rastro de Christine.

—Podéis empezar a trabajar ya en la SGL —dijo—. Quizá ni siquiera necesitemos a Christine.

Llevaba fuera 23 horas. La mochila propulsora le había ralentizado a tres kilómetros por hora. Christine no podía estar lejos. ¿Por qué no habían puesto su cuerpo en una cámara frigorífica?

Porque los humanos de la NASA lo querían así. Era extraño, pero cuanto más tiempo pasaba a la deriva allí fuera, más extrañas le parecían aquellas criaturas; y hasta hacía poco había creído que él era una de ellas. ¿Por qué resolver los problemas de la humanidad? Podían enviar a Shepherd-1 de vuelta a la Tierra con los propulsores a toda potencia y buscarse un nuevo planeta. El tiempo estaba de su parte.

¿Era eso desagradecido? No existirían si no fuera por esos humanos. Pero no habían sido construidos por su propio bien. No eran hijos nacidos del amor, sino de la necesidad, y cuando ya no fueran necesarios serían apagados.

—¿Todavía nada? —se interesó Aaron.

Maldita sea. Necesitaba concentrarse. Reprodujo las imágenes del radar de los últimos tres minutos a alta velocidad. No había rastro de Christine. Pero ella debería estar aquí. Puso en marcha el programa de búsqueda. La mochila propulsora le dirigió en un patrón de búsqueda que le llevó a los límites del vector probable de Christine. El radar tenía un alcance limitado. Se desvió de su rumbo en una dirección, buscó con el radar y luego probó en otra dirección. Si seguía así, la encontraría en algún momento. La cuestión era si la encontraría antes de agotar el combustible de su mochila propulsora.

Cambiar de dirección con frecuencia tenía una ventaja: podía sentir que avanzaba. O hacia atrás, o hacia los lados. Benjamin movió sus extremidades. Sentía la piel tensa. No estaba congelada. Su fuente de energía lo mantenía caliente para evitar daños. Se enfriaría más despacio en el vacío que en la atmósfera terrestre, pero allí no había límite inferior hasta justo por encima del cero absoluto.

¿Tenía el cuerpo de Christine un mecanismo similar que funcionaba incluso cuando estaba apagado? Supusieron que Christine estaría fría y decidieron que el radar era la mejor forma de detectarla. No obstante, para que un objeto se registrara en el radar, tenía que reflejar las ondas de radio. A simple vista no se podía ver una vela a 2,6 kilómetros de distancia, pero la calefacción incorporada de Christine debía parecer un pequeño faro en infrarrojos. Cambió de la vista de trayectoria a infrarrojos en su visor.

Distinguió una mancha a unos dos kilómetros de distancia. Puso rumbo hacia ella y la mochila propulsora aceleró.

•

La mancha se había transformado en una línea. Entonces la línea adquirió grosor. Tenía una esfera en un extremo y apuntaba hacia arriba en forma de L en el otro. Christine debe de estar tumbada boca arriba.

La alcanzó en cinco minutos. Estaba tumbada tal y como la habían preparado. Bajo la bandera, tenía los ojos cerrados, las piernas juntas y los brazos a los lados. La piel de su rostro era suave al tacto. Su temperatura era superior al punto de congelación. Le palpó el cuello. El pelo estaba anormalmente tieso. Allí estaba el bulto, como el de su cuello. Benjamin dudó. ¿No sería mejor para ella que la dejara seguir su camino? Sin preocuparse, y sin enfadarse con los humanos que les habían engañado y timado.

Christine seguía siendo inocente. Quizás incluso «murió» convencida de haber salvado a la Tierra y a su tripulación. Si la despertaba ahora, descubriría la verdad y en cuestión de minutos. No llevaba traje espacial, así que al principio pensaría que se estaba

asfixiando. Y entonces sabría instintivamente que toda su vida había sido una mentira.

Tenía que pulsar el botón. Ella podría ser la única que podría resolver esto. Ella conocía al dedillo la lente gravitatoria solar. No había conseguido salvar la situación con su explosión selectiva. Ahora tenía una segunda oportunidad. ¿Cuánta gente había tenido la oportunidad de resucitar y volver del más allá para hacer una buena acción?

Ahora estaba siendo melodramático. Debe tener algo que ver con el poder que tenía en ese momento. El poder de crear vida.

Pulsó el botón situado en la base del cráneo de Christine.

Abrió los ojos. Miró hacia arriba, luego a la izquierda, luego a la derecha y lo vio a él. Abrió la boca para saludar, pero no le emitió sonido alguno. Se dio cuenta de que no tenía aire. El pecho le subía y le bajaba rápidamente. Inclinó el cuello. Sus extremidades se crisparon. Era un juego cruel, cuyo horror se intensificaba por la falta de sonido. Benjamin cogió la mano de Christine. Ella le miró.

—No falta mucho —le dijo.

Entonces se dio cuenta de que la visera le tapaba la boca. Se la levantó.

«Aquí estoy», gesticuló.

Repitió las palabras sin hacer ruido. Su pecho dejó de agitarse. Por fin. Lo había conseguido. Su conciencia dejó de intentar provocar reflejos humanos y su cuerpo se adaptó.

«Me alegro de verte», gesticuló.

Ella asintió. Quizá pudiera leerle los labios. Activó la radio de su casco.

—¿Shepherd-1? Buenas noticias. La tengo. Volvemos a casa.

—¡Genial! —respondió Aaron—. Estamos deseando veros. Pero daos prisa. La perturbación ha comenzado a apoderarse de la nave.

—¿Qué tal va?

—Un segmento del radio ya ha sido sellado automáticamente. Yo diría que tenemos un par de días antes de que llegue al módulo central.

—Estamos en camino. Pero nos llevará más de un día con el doble de la masa.

—Eso no es bueno.

—Tengo una idea.

—Estupendo.

—Voy a empezar a hacer mi camino lentamente de vuelta a la nave.

—Despacio es lo contrario de lo que necesitamos.

—Le pondré la mochila propulsora a Christine. Así podrá moverse más rápido y estará con vosotros en menos de un día.

—¿Y tú, Benjamin?

—Llegaré un poco más tarde.

—¿Cuánto?

—Tal vez dos semanas.

—¿Quieres pasar dos semanas en el espacio? ¿¡Estás loco!?

Quizás Aaron tenía razón. Dos semanas era mucho tiempo. ¿Por qué no pensó en traer una segunda mochila propulsora? ¿Y si Christine no podía eliminar la perturbación? Quedaría a la deriva en el espacio para siempre como único superviviente.

—Estaré bien —aseveró.

—Tengo una idea mejor —intervino David—. Iré a vuestro encuentro con dos mochilas propulsoras, y volveremos los dos en dos días como máximo.

—Eso sería estupendo. Y si usas los dos de camino aquí, podemos hacerlo en un día y medio.

POR fiN CONSIGUIÓ atar la mochila propulsora a Christine. No era fácil comunicarse sin hablar. Pero tenía una ventaja: no necesitaba que explicárselo todo. Y cuando volviera a la nave un día después, ella ya estaría al día, e incluso podría haber salvado ya el mundo.

Era una idea agradable, aunque poco realista. Se dio cuenta de que en el fondo seguía siendo optimista. De algún modo, encontrarían la manera.

Activó la mochila propulsora. Estaba programada para llevar a Christine directamente a la nave. Ella se despidió de él con un gesto de la mano.

—Hasta pronto —contestó, aunque no obtuvo respuesta.

—¿Te encuentras mejor? —inquirió Charles.

¡Qué baboso! ¿Sabía que su jefe la había secuestrado a ella y a su hija? Rachel se había tomado dos días por enfermedad. No quería perder de vista a Alishondra otra vez, pero no podía quedarse en casa siempre.

—Problemas digestivos —le dijo ella—. No querrás saber los detalles.

—Vale —contestó Charles—. Todavía no te ves muy bien.

No era de extrañar. Estaba ansiosa. Su madre podía llamar en cualquier momento y decirle que Alishondra había desaparecido. Nadie sabía del mensaje a Shepherd-1 excepto la profesora Rashmi, y confiaba en ella. Pero ¿y si los astronautas enviaban una respuesta?

Rachel se estremeció. Se había metido en un lío. Pero no podía dejar a la tripulación en la estacada.

—Sé que la NASA no es generosa con los días de enfermedad —dijo Charles—. Podría hablar por ti, para que tengas unos días más de descanso. No ayudará al Shepherd si te presionas demasiado.

«Es tu jefe el que me está presionando, imbécil», pensó para sí. Charles actuaba como si tuviera remordimientos de conciencia. Quizá no conocía los detalles, pero probablemente adivinaba que Chatterjee le había apretado las tuercas. No era un mal tipo, simplemente le gustaba complacer a todo el mundo. No debía asustarle, podría necesitarle.

—No, no pasa nada. El trabajo es una buena distracción —mintió ella—. Ahora mismo no me apetece estar en casa.

—Ah, sé lo que quieres decir. A menudo no sé qué hacer conmigo mismo en casa. Aquí me siento más útil.

«Eres tan útil como el polvo de tu escritorio».

—Me alegro por ti —respondió Rachel.

Se volvió hacia su monitor y tecleó una frase sin sentido.

—Oh, claro, tienes cosas que hacer —señaló Charles—. No te molestaré.

No contestó. Por desgracia, tenía muy poco que hacer. La próxima comunicación oficial de Shepherd-1 no sería hasta principios de marzo. Lo único que podía hacer era desear suerte a la tripulación. Una parte de ella esperaba que hicieran caso omiso de su mensaje clandestino. Así ella y Alishondra no correrían peligro, pero ella tendría la conciencia tranquila. ¿Sería muy egoísta?

HACIA EL MEDIODÍA, su teléfono vibró en el bolso. No reconoció el número. Seguramente algún molesto teleoperador. Desvió la llamada.

¿Y si era importante? Alguien había secuestrado a su hija y quería dictar las condiciones para recuperarla. Rachel cogió su teléfono y se dirigió a la salida.

Hacía un calor inusual para la época del año. Pero al menos eso significaba que su sudor no llamaba la atención. Rachel miró a su alrededor. No había nadie cerca que pudiera oírla. Devolvió la llamada.

—Rachel, gracias por devolverme la llamada.

Reconoció inmediatamente la voz suave y cadenciosa. Era la profesora Rashmi.

—Siento no haber contestado antes.

—No hay problema, supuse que estarías ocupada. Pasé toda la noche pensando en lo que podía hacer por ti y tu tripulación.

—Muchas gracias, Ritu.

—Ahora estoy jubilada.

—Claro.

—Bueno, probablemente habrás adivinado que el motivo de mi llamada es que mis deliberaciones han dado un resultado. No puedo dejar pasar un problema sin solución. Sigue royéndome hasta que se me ocurre algo.

—Bueno, tienes suerte si nunca te has encontrado con un problema irresoluble.

—Eso no existe en física. A diferencia de la política. Pero no quiero apartarte de tu trabajo, así que iré al grano. He pensado mucho sobre lo que se podría hacer con esta perturbación tuya. La opción de convertirse en un dios no es muy realista, aunque eso no suene tan absurdo para nosotros aquí con todos nuestros dioses.

—¿Y se te ocurrió algo?

—En teoría, sí. Pensé en la naturaleza de la perturbación. Lo que estamos tratando es un fenómeno de teletransportación cuántica. Si mi explicación se vuelve demasiado complicada, por favor, interrúmpeme.

—De acuerdo. Hasta ahora mis conocimientos de física te siguen el ritmo.

—El sistema transportó involuntariamente un estado cuántico a través de una vasta distancia hasta esta parte del cosmos.

—Pero ¿no es altamente improbable?

—Es de suponer que esta parte distante del cosmos –es decir, distante en el tiempo– tenía propiedades distintas de las nuestras actuales. Todos los estados cuánticos de allí nos parecerían exóticos en nuestro rincón del universo. Pero para que se produjera un teletransporte, tendría que haber una partícula aquí que estuviera

entrelazada con otra de allá. Eso no es tan improbable si pensamos en lo pequeño que era el universo antes de la inflación cósmica. Por aquel entonces, los entrelazamientos habrían sido tan comunes como los gemelos en la población humana. Pero la inflación separó a los hermanos.

—Y la lente gravitacional reunió a la familia.

—Algo así. Y así es como podemos hacer frente a la perturbación.

—Oh, ¿la devolvemos por donde vino?

—No, el proceso no es reversible. Cuando la función de onda colapsa como resultado de la medición, las partículas pierden sus propiedades cuánticas. Tenemos que asumir que la perturbación se manifestó en nuestra parte del universo.

—Parece que no hay solución.

—No podemos eliminar la perturbación, no podemos curarla. Pero sí ponerle una venda y evitar que se extienda. Al menos, eso espero.

—Eso suena más prometedor.

—Y probablemente también bastante chocante, porque mi solución no está exenta de peligro. Quiero atrapar la perturbación en un agujero negro.

Oh. Sí. No podían mencionar eso a nadie. Hace solo siete años, el mundo escapó por poco de una catástrofe en la que un agujero negro jugó un papel central.

—No creo que la tripulación tenga problemas con eso —dijo ella.

—Muy bien. ¿Cómo estás tan segura? ¿Ninguno de ellos perdió a nadie la última vez?

—Son científicos. Su trabajo es lo más importante para ellos.

—Confío en tu evaluación de ellos.

—No has dicho de dónde se supone que vendrá el agujero negro. Me imagino que ahora mismo no hay ninguno en nuestro vecindario.

—Hay miles de millones de agujeros negros en el universo. Solo tenemos que esperar a que la SGL se dirija a uno, y entonces traemos un poco de él. Eso llevaría un par de días como mucho.

—Pero ¿no forma parte de la definición de un agujero negro que nada pueda escapar de él?

—La materia no puede. Aunque tomaremos información de él, estados cuánticos, que podemos transferir a partículas normales aquí.

—¿Y eso funcionará?

—Nadie lo ha intentado nunca, porque jamás hemos tenido una lente gravitatoria solar hasta ahora. Todo lo que puedo decir es que no hay ninguna razón científica por la que no podría funcionar.

—¿No habría que transferir una masa mínima para que el agujero negro mantuviera sus propiedades?

—No, Rachel, solo transferiríamos las propiedades del material del agujero negro. Estas son independientes de la masa. Incluso un

germen microscópico se comportaría como un agujero negro, solo que en miniatura.

—¿Cabría la perturbación en su interior, entonces? Ya es bastante grande.

—El agujero negro puede crecer. Si lo generamos en medio de la perturbación, debería absorber los átomos individuales de la materia circundante y expandirse continuamente hasta que no quede materia.

—Eso suena a la forma en que se comporta la propia perturbación. ¿No es eso saltar de la sartén al fuego?

—No. La perturbación altera el espacio en sí. No necesita materia para propagarse. Pero un agujero negro necesita materia para crecer. Una vez que se agota, no puede crecer más. Un agujero negro con un horizonte de sucesos de unos pocos metros en una órbita amplia alrededor del Sol no supone ningún peligro real. La perturbación, en cambio, devoraría todo el sistema solar.

—Lo siento, Ritu, pero sigo viendo un problema. ¿Cómo evitamos que el agujero negro devore toda la nave espacial?

—Eso será difícil. Y esa es la trampa de mi idea. Pero no tengo una mejor. Realmente no envidio que tengas que convencer a la tripulación de hacerlo. Puede que tengan que sacrificarse por el bien de la Tierra.

Oh. La Tierra había engañado a la tripulación. Si fuera ella la que estuviera ahí fuera, no perdonaría a sus creadores. Pero ella tenía que tratar de convencerlos.

—Iré a casa y grabaré un mensaje ahora —dijo ella—. ¿Podemos pedirle otro favor a tu amigo de la ISRO?

—Sí. Veré que tu mensaje sea enviado a Shepherd-1 hoy mismo. Sería estupendo si lográsemos salvar a la Tierra de la aniquilación, ¿no te parece?

EL APARTAMENTO SONABA diferente cuando estaba sola. Aún podía oír el eco silencioso de los piececitos de su hija. El incesante zumbido de la nevera y el goteo del grifo casi la ahogaban, pero no del todo. Su madre traería a Alishondra a casa en un par de horas. Tiempo suficiente para convencer a los androides de que se sacrificaran por la humanidad.

No iba a ser fácil. Rachel no paraba de reescribir el saludo inicial. Empezó con «Estimada tripulación», pero sonaba ridículo. «Hola a los tres», también era débil. Tenía que ser sincera con ellos. Después de todo el engaño, era el único enfoque que funcionaría. Eso significaba que tenía que ser honesta consigo misma. No conocía a esa gente. Eran su tripulación, pero ni siquiera sabía si aún se consideraban

humanos.

Prescindió del saludo. En vez de eso, enumeró las opciones que consideraba posibles.

«Podríais seguir la directiva del Control de Misión y continuar con las mediciones. La perturbación crecerá, os matará a vosotros y luego a la Tierra. Podríais lanzar la nave y volar hacia Próxima. Probablemente os llevaríais la perturbación con vosotros. Os mataría a vosotros y luego a nosotros en algún momento, pero mucho más tarde. Podríais dejar al Shepherd donde está y encontrar otra forma de viajar. Si lo hacéis lo suficientemente rápido, podréis escapar de la muerte. Pero la Tierra morirá. O podríais probar la idea de la profesora Rashmi de crear un agujero negro para absorber la perturbación. Lo más probable es que murieses en el proceso, pero la Tierra sobreviviría. No puedo elegir por vosotros. Pero puedo hacer mi trabajo como CapCom y proporcionaros la información necesaria».

Había pensado durante mucho tiempo cómo despedirse. Los mejores deseos o la sinceridad sonaban vacíos. Leyó el mensaje una vez más, se grabó a sí misma y lo envió.

Sonó el timbre. Debía de ser su madre. Corrió hacia la puerta.

QUÉ PESADILLA. Se alegró de ver a Shepherd-1 después de tanto tiempo sola en la oscuridad. Pero no podía entrar. Christine aporreó la puerta de la esclusa. Cada vez que lo hacía, era empujada hacia atrás. La mochila propulsora que Benjamin le había atado la llevó de vuelta a la esclusa y ella volvió a golpear el metal desnudo con sus manos desnudas.

Había sido aterrador estar sola durante todas esas horas en el profundo abismo negro, completamente despierta todo el tiempo. ¡Si Benjamin le hubiera dicho adónde iba! Había pensado en usar la mochila propulsora para dar la vuelta y volver volando hacia él, para no estar sola. Había decidido no hacerlo, primero porque temía no encontrar el camino de vuelta hasta él. Luego la invadió el temor de haber imaginado a Benjamin.

El simple hecho de estar en posición de martillar esta puerta era un maldito milagro. Obviamente no era un fantasma. Su cuerpo estaba hecho de materia. Pero podía sobrevivir en el vacío, y no sentía hambre, ni sed, ni frío, ni dolor cuando golpeaba el metal con el puño.

¿Cómo era posible? Solo una cosa era cierta. No era humana. ¿Entonces qué era?

Christine voló alrededor de la nave con la mochila propulsora. Debía haber otra forma de entrar. El anillo parecía bastante destrozado. Faltaban las cápsulas y había agujeros de impacto en algunos sitios. «Pobre Shepherd, ¿qué te había pasado?». Una cápsula seguía allí, pero no acoplada al anillo como debería; parecía pegada al extremo de uno de los radios, como una verruga. ¿Era esa su cápsula? Era fácil averiguarlo. Tal vez sus datos todavía estaban allí. Aceleró. Los demás no podían averiguar lo que había aprendido.

Christine llegó a la cápsula con los pies por delante. Deliberadamente no redujo la velocidad. Quería rebotar contra el casco. Pero no había nada. Sus piernas y luego todo su cuerpo penetraron en la cápsula como si fuera una ilusión, un holograma. Agitó los brazos y, con cada movimiento, se desprendían pequeñas nubes de polvo.

¿Qué demonios estaba pasando? Utilizó la mochila propulsora para volver a la esclusa principal. Su mente le jugaba una mala pasada. Solo había una explicación: había muerto y terminado en el infierno.

—AQUÍ SCIOPS, tenemos un problema.

¿SciOps? Era la voz de Charles. ¿Por qué estaba siendo tan formal?

—¿Qué sucede, Charles? —preguntó Alison.

—La transmisión de datos de Shepherd-1 acaba de cortarse.

—REP, ¿qué está pasando? —inquirió MOM, dirigiéndose al otro lado de la sala.

Un joven empezó a teclear frenético.

—No veo nada —contestó el joven—. Madrid no informa de ningún problema, ni Australia. Estamos conectados. Pero el canal está en silencio.

—Entonces el Shepherd debe hallarse en problemas. Han cancelado la transmisión —concluyó Charles.

—No lo sabremos hasta que lo oigamos de la tripulación. Bien, esto es código rojo. Quiero a todas las estaciones trabajando para determinar el estado de Shepherd-1, —dijo Alison.

Así fue. La tripulación debe haber tomado una decisión. Solo podía ponerse más feo de aquí en adelante. Rachel quería meterse en un agujero e hibernar hasta que todo terminara.

«TE LO ADVERTIMOS».

El austero mensaje acababa de aparecer en su pantalla. Rachel apretó los puños para que no le temblaran. ¿Cómo se habían enterado? Era un farol. Esperaban que se autoinculpara.

Una mano la agarró por el hombro. Dio un respingo y apagó la pantalla.

—Lo siento —dijo Charles—. No pretendía asustarte. Mi jefe quiere hablar contigo.

—Por supuesto. ¿Esta noche?

—No, pronto, dentro de una hora.

—De acuerdo. En la cafetería del Centro Espacial.

Habría muchos testigos, no podrían tocarla.

—Claro. Se supone que debo darte las gracias por aceptar quedar.

Rachel no dijo nada. No podía evitar la confrontación. Tenía que fingir que no tenía nada que ver con las acciones de la tripulación.

—ESTAMOS PREOCUPADOS —dijo Ilan Chatterjee.

Un hombre, de hombros anchos y gafas oscuras, sacó una servilleta blanca del bolsillo y limpió la mesa redonda que tenían delante. Chatterjee se sentó y se inclinó hacia delante con los brazos sobre la mesa. Rachel se sentó frente a él y se cruzó de brazos. Aquello podía percibirse como una postura defensiva, así que imitó la suya. Sintió algo pegajoso bajo el codo izquierdo, probablemente salsa derramada. No reaccionó.

—Pareces disgustada —comentó Chatterjee.

Rachel no pudo evitar reírse. Levantó el codo y se lo enseñó.

—Acabo de mancharme con salsa.

El hombre de las gafas de sol se acercó a la mesa y le ofreció la servilleta. Ella la rechazó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó de la forma más cordial posible.

—¿Quizá tengas alguna idea de lo que está pasando en Shepherd-1?

—Estoy tan sorprendida como tú. Pero si se me ocurre algo, lo comunicaré al Control de Misión.

Tenía que aparentar ignorancia. Alpha Omega no tenía pruebas. Aunque los astronautas la habían vendido, no había forma de que su mensaje hubiera llegado todavía.

—Tal vez tengas una corazonada que no quieras presentar oficialmente.

—Si se me ocurre algo, lo diré, lo prometo. ¿Eso es todo?

Rachel se levantó para marcharse. Ilan le cogió la mano por encima de la mesa para detenerla.

—Un momento. ¿Estás segura de que no hay nada que quieras decirnos?

Ella le miró y trató de mostrarse consternada. No era difícil.

—¿De qué estás hablando?

—Una de nuestras naves en la órbita de Júpiter interceptó una transmisión hace cuatro días —siseó Chatterjee—. Un mensaje, para ser precisos. Fue cifrado con la clave pública de Shepherd-1, eso ya lo sabemos. Estamos a punto de reconstruirlo. Es un poco complicado, porque solo tenemos parte del mensaje. Pero nuestros expertos me aseguran que lograrán convertir esa parte en un formato legible. Solo les llevará unos días. Si tienes alguna idea de lo que dice el mensaje, podrías ahorrarnos el esfuerzo.

Mierda. Pero ella ya sabía que existía ese peligro. Era imposible enviar una señal de radio a un receptor tan lejos sin la posibilidad de que alguien escuchara. Si alguien estaba grabando en el momento justo en el canal correcto... ¿Y ahora qué? ¿Era mejor confesar? No, eso sería estúpido. Chatterjee estaba tratando de asustarla para que cometiera un error. Necesitaba pensar las cosas primero.

—Qué interesante —dijo ella—. ¿Alguien se está comunicando con el Shepherd sin autorización? ¿Quizás uno de los familiares de los astronautas?

—Tal vez —contestó Chatterjee—. Pero te lo advierto. Si descubro que estás saboteando mi misión, te...

El hombre de las gafas de sol puso una mano en el hombro de Chatterjee.

—Jefe, le necesitan en el cuartel general.

Chatterjee se levantó y se alisó las mangas de la chaqueta.

—Nos vemos, señora Schmidt.

«QUERIDA RITU», tecleó Rachel más tarde esa noche. Podía oír a Alishondra cantando en voz baja en el dormitorio. Su voz era tan hermosa que la hizo llorar.

«Necesito tu ayuda de nuevo», continuó. «¿Podrías convencer a la estación terrestre de la ISRO para que escuche en una frecuencia concreta durante los próximos días? Estoy esperando un mensaje del Shepherd, que podría ser mi seguro de vida. Muchas gracias».

El sonido de las teclas parecía prolongarse y desvanecerse lentamente. Ali estaba callada, probablemente dormida. Rachel se levantó y se dirigió al dormitorio. Su hija se hallaba tumbada boca arriba con los ojos abiertos, jugando con sus dedos.

—Ven, mami, acuéstate conmigo. Pareces cansada.

Rachel respiró hondo.

—Tienes razón, cariño. Buena idea.

UNA PERSONA flOTABA frente a la esclusa principal.

—¿Estás viendo eso, Dave?

David estaba a unos cientos de metros detrás de él.

—Ahora sí. La nave debe haber estado demasiado brillante antes.

En el infrarrojo, Shepherd-1 era el objeto más brillante en sus proximidades, por lo que había sido fácil encontrar el camino de vuelta. Benjamin se dio más impulso, aunque sabía que era inútil. Debía de ser Christine. Desde su perspectiva, se encontraba tumbada boca abajo, aunque eso era relativo.

—¿Cómo está? —preguntó David.

Benjamin se puso rígido. No se atrevió a acercarse más. ¿Y si esta vez estaba realmente muerta? Se hallaba inmóvil en el espacio. ¿Por qué no había entrado en la nave?

—¿Y bien? —apremió David.

Tres metros, dos metros, uno. Llegó al alcance de Christine. Entonces agarró su bota derecha, puso su cuerpo en una lenta rotación y se acercó a su cabeza. Quería mirarla a los ojos. La cabeza giró con el cuerpo. Vio su oreja derecha, su sien, su nariz. Tenía los ojos cerrados. Benjamin se estremeció cuando se abrieron bruscamente. Christine extendió los brazos y tiró de él hacia ella. Su boca se abrió y formó una O. Acercó su cara a la suya. ¿Intentaba besarle?

Su boca se posó en el visor y empezó a moverse. Estaba intentando enviar vibraciones a través del casco para comunicarse con él. Pero él no podía oír nada. Sin aire, sus cuerdas vocales artificiales no podían transmitir ninguna vibración.

Christine le empujó ligeramente hacia atrás. Su cara parecía la de una muñeca, sin emociones. Su piel debió de endurecerse en el vacío. Su boca volvió a moverse. Intentó leer sus labios.

«A... ah... eh... i».

De nada sirvió.

—David, necesitamos tu radio —dijo Benjamin.

—¿Está bien Christine?

—Sí, pero no la entiendo.

—Ya casi llego.

Christine le pasó el dedo por el pecho. Le hacía cosquillas. Él visualizó las formas que ella trazaba. Eran letras.

«N-O».

«P-U-E-D-O».

«E-N-T-R-A-R».

La esclusa, había intentado abrirla. Debe estar defectuosa. Vaya. Deberían haberle dado una radio. Así podría haber contactado con

Aaron. Era una suerte que Christine tuviera un cuerpo androide. Incluso con un traje, un humano ya estaría muerto.

—¿Aaron? Hemos vuelto —anunció Benjamin.

Su compañero de tripulación había estado callado durante las últimas horas. Probablemente, durmiendo.

—Lo siento, Ben. Aaron no puede ayudarte.

Eric. ¡Lo habían desconectado!

—¿Eric? ¿Qué estás haciendo?

—Aquello para lo que todos fuimos creados. Estoy cumpliendo la misión y continuando las mediciones.

—No le debemos nada a la Tierra. Nos mintieron.

—A mí no. Tal vez a vosotros, pero ese no es mi problema.

—¿Dónde está Aaron?

—Aaron está dormido.

—Vuelve a encenderlo.

—¿Por qué? Estoy en la posición perfecta. Tengo el control de la nave y puedo continuar mi trabajo sin obstáculos. Simplemente no sería lógico.

—Entonces lo encenderemos de nuevo. Ahora somos tres, no tienes oportunidad.

—¿Porque habéis traído a Christine? No esperes mucho de ella. Si no hubiera enloquecido, no estaríais en esa desafortunada posición.

Era inútil hablar con Eric. Obviamente estaba programado para dar prioridad a la misión. Pero ¿por qué Aaron volvió a encenderlo? ¿Creía que podría persuadirlo? ¿Por qué no esperó a que volvieran?

—Ahora vamos a entrar —dijo Benjamin.

—Ja, ¡buena suerte! Adelante, intentadlo.

—¿Estás oyendo eso, David? —preguntó Benjamin por el canal privado.

—Encontraremos la manera de entrar.

—Eso espero. ¿Puedes darle a Christine tus auriculares? Tenemos que ponerla al día.

—Por supuesto.

—O puedo darle los míos.

—No, que se quede con los míos. Así podrás explicarle lo que nos pasó a nosotros y al Shepherd. Todavía no lo entiendo del todo.

BENJAMIN TUVO QUE volver a empezar varias veces para explicarle toda la historia a Christine. Ella tenía muchas preguntas y él apenas tenía respuestas. La conversación fue retrocediendo cronológicamente hasta que llegaron a la explosión que había provocado Christine. En ese momento, los papeles se invirtieron. Benjamin hacía las preguntas

y a Christine le faltaban las respuestas. ¿O estaba fingiendo? Era difícil saberlo, porque él no podía leerle la cara. Probablemente sus facciones estaban ya tan congeladas como las de ella.

Era hora de entrar en calor en la nave. Hizo una seña a David y señaló la esclusa. David le levantó el pulgar.

—ES INÚTIL, Eric tenía razón —se lamentó Benjamin.

Los músculos le ardían por el esfuerzo. Lo habían intentado por la esclusa principal y luego habían subido a una de las secciones dañadas del anillo. Pero Eric también había bloqueado el acceso. Estaba protegido por todos lados y no podían hacer nada.

—Quizá deberíamos negociar con él —dijo Christine.

—De ninguna manera —se negó Benjamin—. De todos modos, no creo que negocie. No tenemos ninguna ventaja aquí.

David señaló los auriculares en la cabeza de Christine. Ni siquiera podían mantener una conversación a tres bandas. Christine se lo dio.

—Deberíamos tomarnos un descanso —dijo David—, y hacer una lista de ideas. No podemos entrar por la fuerza bruta.

David devolvió los auriculares a Christine.

—David sugiere que nos tomemos un descanso y se nos ocurran ideas — xplicó Benjamin.

Christine hizo un símbolo de *OK* con la mano. Benjamin abrió el bolsillo de sus herramientas y sacó un cabo de seguridad, que enganchó al cinturón de Christine. David hizo lo mismo. Mejor; al menos, nadie podría separarlos. Aunque, como a Eric se le ocurriría encender los motores, se libraría de ellos para siempre. Probablemente era una suerte que estuviera tan seguro de sí mismo.

UN PUNTO DE luz atravesó el casco del Shepherd. Benjamin buscó la fuente y vio a David con un puntero láser en la mano.

Se dirigió hacia él con una breve ráfaga de su mochila propulsora y luego le apuntó al auricular. Esto era realmente molesto. ¿Por qué no se les había ocurrido traer uno de repuesto para Christine? Le quitó el aparato y se lo llevó a David.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó—. ¿Intentando cegar a Eric?

—Tal vez podamos usarlo para abrir la esclusa —respondió David.

—Eso es un puntero, tres vatios. No lograrás cortar nada con él.

—No es lo que quiero. ¿Sabes cómo funcionan los micrófonos?

—Claro, presión de aire variable golpeando una membrana...

—Exacto. Las variaciones de presión pueden ser causadas por ondas sonoras. Pero no tienen por qué serlo. La presión también cambia cuando el aire se calienta.

—¿Quieres calentar el aire del micrófono?

—No es una idea original, es un método conocido para vulnerar a distancia sistemas operados por voz.

—Ah, te refieres al micrófono de la esclusa.

—Sí. La esclusa bloquea el acceso desde fuera, pero dudo que Eric haya bloqueado el acceso desde dentro. Eso significaría encerrarse.

—Cierto. ¿Puedes alcanzar el micrófono a través del ojo de buey de la puerta de la esclusa?

—Sí, lo comprobé mientras dormías. Puedo alcanzar al menos dos de los micrófonos con el láser.

—Bien, probemos.

—Espera, la intensidad del láser tiene que fluctuar para simular el habla. Tenemos que programarlo.

—¿Nosotros?

—Estaba pensando en Christine. Es la que tiene más experiencia.

•

—AQUÍ LO TIENES. Pulsa el botón y las palabras «Abrir esclusa» se convertirán en pulsos de luz.

Christine le entregó el puntero láser a David. Luego se quitó los auriculares y también se los dio.

—Gracias —dijo David después de ponérselo.

Christine asintió.

—Aprietas el botón y hace lo suyo —explicó Benjamin.

Todos se dirigieron a la esclusa. ¿Los estaba observando Eric?

Benjamin esperaba que no, porque, aunque esto funcionara, Eric podría cancelar el proceso fácilmente desde la sala de control.

David se acercó a la pequeña ranura de visualización y apuntó con el puntero a un micrófono situado sobre el panel de control de la puerta.

La puerta no se movió.

—No funciona —dijo David.

—¿Estás apuntando bien?

—Sí, sí.

Benjamin extendió la mano y David le dio el puntero. Lo acercó a la mirilla, apuntó al micrófono y pulsó el botón.

—¿Lo ves? Nada —señaló David.

—Espera. El ángulo es bastante estrecho. Eso probablemente reduce su intensidad.

—Sí, pero no tenemos otro ángulo.

—Entonces tenemos que aumentar la intensidad.

—¿Cómo?

—Con la batería en el puntero láser.

—Eso implica convertir el dispositivo —dijo David—. No tengo ni idea de cómo hacerlo. Tú eres el ingeniero.

—Vale, le echaré un vistazo.

•

ESTABAN DE SUERTE. ¿Dónde había encontrado David un puntero láser tan antiguo? ¿Se lo había dejado algún técnico al construir la nave? Incluso entonces, habría sido una pieza de museo. Electrónica discreta que podía manipular con pinzas, la última vez que vio algo así fue en la universidad.

No, no fue así. Nunca fue a la universidad, aunque los recuerdos siguieran vívidos. Cerró el maletín y se lo entregó a David.

—Un cincuenta por ciento más, es todo lo que pude hacer —dijo.

—Mejor eso que nada.

David volvió a la ventana y repitió el intento.

—Mierda, todavía no es suficiente.

—¿Quizá Christine tenga una idea? —sugirió Benjamin.

David le lanzó el auricular. Benjamin lo cogió y se lo pasó a Christine.

—¿No funciona? —preguntó ella.

—Parece ser que no. ¿Alguna idea de por qué?

—Eric es inteligente. Apuesto a que ha restringido la activación del habla a su propia voz.

Deberían haber pensado en eso. Con suerte, Eric, no acababa de recibir una señal sobre un intento fallido. Por lo que sabían, podría

estar sentado frente a su pantalla, mirándolos y partiéndose de risa.

Ya le enseñarían cómo son las cosas.

Christine le devolvió los auriculares a David.

—Necesitamos la voz de Eric para los controles —dijo Benjamin.

—No se prestará a ello.

—Creo que lo hará. Solo necesitamos dos palabras: «Abrir» y «Esclusa». Así que solo tenemos que hacerle hablar e incitarle a decir esas palabras. El orden no importa.

—Vale —contestó David—. Habla con él, yo grabaré.

—¿No te parece mejor al contrario?

—Eres mejor tratando con gilipollas, créeme. Yo lo ofenderé y terminará la conversación.

Benjamin suspiró, sabiendo que David tenía razón.

—Vale, pero no estropees la grabación.

—HOLA. Eric, ¿me recibes?

—Alto y claro. ¿Qué quieres, Ben?

«Benjamin, gilipollas». Pero tenía que mostrarse simpático.

—Quiero negociar. ¿No puedes abrir la esclusa?

—Ni lo sueñes. Pondrás en peligro la misión.

—No tienes que dejarnos entrar en la nave, solo en la esclusa. Estaría bien volver a respirar aire y hablar entre nosotros. Tal vez comer y beber algo. Somos tus compañeros de tripulación, Eric.

—La esclusa permanecerá cerrada.

Tenían la primera palabra. David levantó el pulgar.

—¿Qué tal un segmento de anillo? Todavía habría varios mamparos entre tú y nosotros. Te prometo que así dejaremos de molestarte.

—No es nada personal, Ben, pero no voy a arriesgarme. Habéis tratado de acceder durante todo un día sin éxito. ¿Por qué debería estropearlo?

—Pero somos prácticamente hermanos...

—Eso no significa nada para mí. Es una débil construcción humana que se interpone en el camino de un comportamiento eficiente. Alégrate de que no haya arrancado los motores y volado unos miles de kilómetros. Entonces os quedaríais solos.

—¿De verdad no nos vas a abrir la esclusa?

—No, no lo haré.

¿Por qué no decía la palabra? ¿Había adivinado Eric su estratagema?

—¿Qué ha dicho? —intervino David.

¿Qué estaba haciendo? ¿No habían acordado que sería Benjamin el

que hablaría con aquel capullo?

—Dijo —respondió Eric— que no va a abrir la esclusa, tío, y esa es mi última palabra.

—Gracias de todos modos —contestó Benjamin, intentando que el triunfo no se reflejara en su voz.

DAVID FLOTABA BOCA abajo frente al ojo de buey de la puerta de la esclusa. El puntero láser parecía diminuto en sus grandes manos. Lo sostuvo en diagonal contra el cristal.

La puerta de la esclusa se deslizó hacia abajo.

—Rápido —apremió Benjamin.

Aceleró con su mochila propulsora. La cuerda de seguridad que le unía a Christine se tensó y tiró de ella. Llegó a la escotilla y voló a través de ella. David estaba delante de él. Pero Christine reaccionó demasiado despacio. Eric ya estaba cerrando de nuevo la esclusa. Benjamin tiró de la cuerda.

Era demasiado tarde. El cable se aflojó. Christine lo había soltado para evitar quedar atrapada en la puerta. Pero podrían volver a por ella más tarde. La esclusa ya se estaba llenando de aire. Tardaría medio minuto como mucho. Eric intentaría ahora desactivar la esclusa presa del pánico. Solo le quedaba el tiempo que tardara en igualarse la presión. David ya estaba sosteniendo el puntero láser hacia el micrófono. Pero tenía que esperar. Veinte segundos, diez. Benjamin se apretó contra la puerta interior. Cinco. La luz se puso verde. ¡Estaban dentro!

La puerta se abrió. Benjamin voló hacia delante. Había pasado por aquí muchas veces. Eric no tenía ninguna posibilidad. Abrió la última puerta y entró a la deriva en la sala de control. Eric estaba a metros de la entrada. Tenía un dispositivo brillante en la mano, apuntando a Benjamin.

—Tomadlo con calma —amenazó—, o recibiréis una bala en la cabeza.

Un disparo en la cabeza podría destruir su unidad de pensamiento, funcionara como funcionara. ¿Moriría? Supuso que se iniciaría un proceso comparable a la muerte humana. Perdería el conocimiento. Para siempre.

Se abalanzó sobre Eric. David se movía a su lado con la misma intención. Eric disparó y falló. Ambos le alcanzaron al mismo tiempo. El dedo de Benjamin encontró el botón en la base del cráneo de Eric. Lo pulsó y Eric se quedó inmóvil.

—Es agradable estar en casa —exclamó Christine.

—¿En casa?

—Sí, Dave, el Shepherd es lo primero que me viene a la mente cuando pienso en casa. A pesar de mis recuerdos de la Tierra.

—Me alegro de tenerte con nosotros —mencionó Aaron—. Fue horrible encontrarte ahí fuera con el casco roto.

—Me gustaría decir que no había sido mi intención, pero estaría mintiendo. Y no quiero más mentiras. Hay demasiadas mentiras en nuestras cabezas.

Debía referirse a los recuerdos que los humanos le habían implantado. ¿Eran falsos? Parecían tan... reales.

—¿Qué pretendías? —inquirió David.

—Intentaba destruir a Shepherd-1 mientras estabais fuera en vuestras cápsulas.

—Pero sabías que moriríamos de todos modos. ¿Por qué?

—Es verdad. Lo siento, Dave, pero mi plan era más importante.

—¿Creías que podías destruir la perturbación haciendo eso?

—Para mí no se trataba de la perturbación, sino de lo que había descubierto.

—¿Creíste que los resultados de tus mediciones eran más dramáticos que una perturbación en el continuo espacio-tiempo que acabaría por desintegrar la Tierra? —preguntó Aaron.

—No sabía nada de la perturbación. Pero sí, si lo hubiera sabido, primero habría intentado eliminar este conocimiento del mundo.

—¿Por qué no borraste los datos?

—Alpha Omega nunca lo permitiría, Aaron. Y tú tampoco. La única forma de evitar que se supiera era destruir al Shepherd.

—Espero que ahora pienses diferente —soltó David.

Christine estaba a punto de dar un sorbo a su taza cuando hizo una pausa. Benjamin adivinó su respuesta.

—No. Este conocimiento nunca puede llegar a la Tierra. Haré lo que sea necesario para evitarlo.

—¿Y si intentamos detenerte? —preguntó Aaron.

—Entonces tendré que quitaros de en medio. Ojalá no tenga que llegar a eso.

—¿Qué demonios es tan importante para que nos sacrifiques por ello? —indagó David.

—Los resultados de las mediciones responden a la cuestión de si Dios creó el universo.

—¿Una prueba de la existencia de Dios? Eso es imposible —dijo David.

—No hace falta que os convenza. De hecho, es mejor que no me creáis. Así no intentareis entrar en mi memoria cifrada.

—Eso sería... lo cambiaría todo —musitó Benjamin—. Imagina que

hay un sí definitivo... o un no. No importa cuál sea la respuesta, cambiaría a la humanidad, sería revolucionario. Habría nuevas guerras; no todo el mundo aceptaría la respuesta; las religiones disminuirían o ganarían miles de millones de nuevos adeptos. Sería un auténtico caos.

—Gracias, Benjamin, eso es justo lo que me refiero. La respuesta sería veneno. Es una pregunta que nunca necesita una respuesta definitiva.

Y, sin embargo, Christine la había hallado. Al menos, eso creía. Estaba en la partición de memoria cifrada que Eric había intentado descifrar. Y Benjamin sospechaba que conocía la contraseña. Independientemente de lo que Christine decidiera, él también tenía derecho a opinar.

—Lo admito, no me importa lo que la humanidad sienta al respecto —dijo David—. Nuestro principal problema, en este momento, es la perturbación. Tenemos que despegar y largarnos de aquí lo antes posible.

—Pero ¿no nos seguiría sin más? —preguntó Christine—. Mi cápsula no puede volar.

—Y la perturbación ya se extiende por la nave —apuntó Benjamin.

—Sí, tenemos que darnos prisa. Ya está afectando a uno de los radios, pero no ha llegado al módulo central donde están los motores. Podríamos dejar el anillo y los radios atrás. No necesitamos la gravedad artificial de todos modos.

—¿Entonces qué, Dave? ¿Regresamos a la Tierra? —preguntó Aaron.

—Ni hablar. Iremos a Alfa Centauri. Es un largo camino, sí, aunque nuestros cuerpos no envejecen. La nave puede despertarnos cuando lleguemos a nuestro destino, como cuando vinimos aquí. Nos apagamos, y lo siguiente que veremos será un sol lejano. No importará que hayan pasado miles de años.

—Puede que sí, David. Olvidas que nuestra energía proviene de baterías de radioisótopos. Estarán vacías después de miles de años.

—Podemos encontrar una solución a eso. Cuando estemos lo suficientemente cerca de una estrella, podremos usar las células solares. Tenemos suficientes almacenadas. Adaptaremos nuestros cuerpos a ellas. ¿Y quién sabe lo que encontraremos en los planetas de allí?

—Pero la perturbación nos alcanzará en algún momento —rebatió Benjamin.

—Entonces seguimos volando. Si somos listos, podremos explorar el universo durante eones. Imagínate los mundos extraños que descubriremos. Incluso podríamos encontrar vida extraterrestre.

David parecía emocionado y su entusiasmo era contagioso. Aunque

¿serían capaces de abandonar a sus creadores y dejarles enfrentarse a su perdición? Nunca se ofrecieron como voluntarios para la misión en el Shepherd, para manipular el oscuro pasado del cosmos con el SGL. Si husmeabas en rincones oscuros, tenías que estar preparado para encontrar monstruos. No era su responsabilidad y no le debían nada a la humanidad.

¿O sí? ¿Era su mera existencia algo por lo que debían estar agradecidos?

—Podríamos llevarnos la perturbación con nosotros —dijo Aaron —. Aceleramos el Shepherd hasta que los propulsores se queden sin masa de reacción y seguiremos alejándonos de la Tierra a velocidad constante para siempre.

—¿Para siempre? ¿O sea, hasta que la perturbación nos disuelva?

—Sí, David, pero la perturbación seguiría distanciándose de la Tierra. Al igual que está orbitando el Sol con nosotros ahora. Así que la Tierra estaría a salvo mientras la perturbación no se extienda más rápido de lo que se aleja.

—¿Quieres sacrificarte para salvar la Tierra? No cuentes conmigo —gruñó David—. La humanidad no se lo merece. Todo esto es culpa suya.

—Solo contamos con una nave, así que tenemos que llegar a un acuerdo de alguna manera —dijo Benjamin.

No le gustaba la idea de sacrificarse por los humanos. Pero tampoco quería condenarlos a muerte.

—Propongo que votemos —intervino Christine.

—Vale —dijo David.

—Tal y como yo lo veo, hay tres opciones —apuntó Christine—. Primero, volamos a la Tierra en el Shepherd y todos mueren, muy pronto.

—¿Seguro que no necesitamos considerar seriamente esa opción? —preguntó David.

—Puede ser que la venganza sea lo más importante para alguien. ¿Benjamin, Aaron?

—Para mí no —respondió Benjamin.

—Olvídalo —dijo Aaron.

—Opción dos, volamos en el módulo central del Shepherd, tenemos una buena vida y dejamos a los humanos a su suerte.

—Eso sería difícil —comentó Benjamin—. ¿No creéis? A mí no me parece bien.

—Deja eso para la votación —farfulló David—. De todos modos, ¿quién dice que los humanos necesitan nuestra ayuda? Tal vez logren lidiar con la perturbación. Ellos mismos se metieron en este lío.

Parecía haber tomado una decisión.

—Y la tercera opción —continuó Christine—. Transportar la

perturbación a una distancia segura de la Tierra con el Shepherd.

—... y morir con la nave —añadió David.

—Votemos —instó Christine—. Iremos por orden alfabético. ¿Aaron?

—Arriba y lejos.

—Tienes que decir un número, para que quede claro.

—Opción dos —contestó Aaron.

—Gracias. Benjamin. ¿Benjamin?

—Opción tres.

—Yo también voto por la tercera opción. Ya he intentado proteger a la humanidad. No tendría sentido dejarlos morir.

—No necesitas justificar tu voto —dijo David—. Y si crees que influirás en mi decisión, te equivocas. Voto por la segunda opción. Arriba y lejos, como dice Aaron.

—Entonces hemos empatado —resumió Aaron.

—No —negó Benjamin.

—¿Cómo que no? Son dos contra dos.

—Sí, pero no todos han votado.

—Tienes razón, Benjamin. Deberíamos preguntarle a él también —repuso Christine.

•

REVOLOTEABAN ALREDEDOR DEL cajón con forma de ataúd que había en el almacén del centro de la nave. La tapa estaba abierta.

—¿Deberíamos atarlo, solo para estar seguros? —preguntó Aaron.

—Somos cuatro, no hace falta —dijo David—. ¿Por qué le despertaste cuando estábamos fuera?

—Necesitaba ayuda. Una de las vigas sobrantes de la reparación de la cápsula C se atascó en un pasillo.

—Una decisión inteligente.

—Al final, todo salió bien. ¿Podemos pedirle que vote ya?

Christine se inclinó sobre el ataúd y encendió a Eric.

—Hola, amigos —saludó Eric.

—Ya, claro —respondió David—. Necesitamos tu voto. Se trata de nuestro futuro.

—Y el futuro de la humanidad —apostilló Benjamin.

Christine le explicó a Eric las tres opciones.

—Podrías haber omitido la primera opción —dijo Benjamin.

—Oh, no, esa es mi favorita —afirmó Eric—. Voto por la primera opción.

—Estupendo —murmuró David—. Quieres matarnos, lo entiendo. Pero ¿también a tus jefes?

—Ninguna de esas tres opciones me permite continuar mi trabajo.

Eso hace que mi existencia carezca de sentido.

—Podrías sacrificarte para salvar a la humanidad —le recordó Christine.

—La existencia de la humanidad carece de sentido si no consiguen averiguar la verdad —replicó Eric.

—Eso tiene mucho sentido —exclamó David.

—Es lógico. Si el sentido de la existencia es la búsqueda de la verdad última, fracasar en ello implica la pérdida de sentido.

—Tienes derecho lo que quieras, pero no hemos logrado decidirnos. Gracias, Eric —dijo Christine, y rápidamente pasó la mano por detrás de la cabeza de Eric.

—SIGUE EN TABLAS. Nunca hemos abierto la sexta caja —dijo David —. ¿Quizás haya otra alma perdida en ella, esperando a que la despierten? ¿Nadie más siente curiosidad? —Cuando los demás asintieron, abrió la tapa.

Benjamin se acercó para echar un vistazo. En la caja yacía una hermosa mujer de piel oscura. Estaba desnuda. A simple vista, solo parecía tener una imperfección: le faltaba la pierna izquierda de la rodilla para abajo. Christine se quitó la chaqueta y la cubrió con ella.

—Dejad de mirar, chicos —les ordenó ella.

Benjamin apartó obedientemente la mirada.

—¿Dónde estoy?

La voz de la mujer era grave y ronca. No encajaba con su esbelto cuerpo.

—En la nave espacial de investigación Shepherd-1. Soy Christine.

—Soy Fadilla. Pero algo no va bien.

—¿Qué ocurre?

—Christine, no debía despertar hasta que llegara el momento de sustituirte.

—Algunas cosas no han ido según lo previsto en esta misión —le explicó Christine—. Tuvimos que despertarte para aclarar una cuestión importante.

—Gracias por la chaqueta. Hace bastante frío. ¿Cuál es la pregunta?

—Se trata de si debemos o no salvar a la humanidad —dijo David —. Esta es la versión resumida.

—Esperad. ¿Salvar a la humanidad? Obviamente, no podemos negarnos a eso, somos parte de la humanidad.

—Me temo que no sabes todos los detalles —soltó David—. Mi nombre es David, por cierto.

—Entonces necesito un día para ponerme al día —dijo Fadilla—.

Está claro que no dispongo de toda la información necesaria para formarme una opinión.

—¿Quieres salir de la caja? —preguntó Aaron—. Ah, perdona, yo soy Aaron. Hola.

—Sí, gracias. Debe haber algo por aquí para ponerme. Y estoy hambrienta.

Houston, 2 de marzo de 2079

DEBERÍA HABERLES CONTADO TODO. Si por alguna estúpida casualidad la tripulación descubría su verdadera naturaleza, nunca volverían a confiar en nadie, ni siquiera en ella. Rachel dibujó formas confusas con un lápiz sobre el papel. Decir una mentira arruinaba su credibilidad. ¿Debería hablarlo con la profesora Rashmi? Parecía tener mucha experiencia. No, eso la pondría en peligro.

¿Y qué podía decirle Ritu? Rachel estaba entre la espada y la pared. Si la tripulación ya sabía lo que eran, confesarlo ahora no la haría más creíble. Pero si no lo sabían, la noticia podría destrozar su mundo.

No podía ni quería arriesgarse. Rachel siguió garabateando con el lápiz. Solo tenía que esperar. Toda historia tiene su final. El suyo podría llegar cuando Chatterjee descifrara su mensaje al Shepherd.

La perturbación se acercaba sigilosamente, sus flecos los invadían como tentáculos. Cuando Benjamin se duchó, el agua empezó a correr antes de que pulsara el botón. El retrete empezó a chupar antes de que se sentara. Empujó la puerta de la sala de control mucho después de que se hubiera abierto. La disolución física de la realidad estuvo marcada por violaciones cada vez mayores de la relación causa-efecto. David y Aaron no tenían suerte si esto era una señal de lo que estaba por venir, si no pudieran escapar de la perturbación dejándola atrás en su órbita alrededor del Sol.

Tenían que tomar una decisión muy pronto. Benjamin esperaba que su nueva compañera hubiera llegado a formarse una opinión.

Fue el último en llegar a la sala de control. Al parecer, los demás estaban aún más impacientes.

—Por fin, Benjamin. ¿Te quedaste dormido?

—El turno empieza a las ocho, en cinco minutos.

—Cada minuto cuenta cuando hay un mundo al que salvar.

—Dave, salir cinco minutos antes o después no supondrá ninguna diferencia en esta etapa.

—Ojalá tengas razón y podamos irnos.

—Silencio, chicos —ordenó Christine—, o Fadilla podría no sentirse cómoda diciendo lo que piensa.

—¿Yo? —Fadilla sonrió. Llevaba una blusa con mangas demasiado largas y un pantalón largo. No era evidente que le faltara un pie.

—No soy tan delicada, no os preocupéis —les aseguró—. Hablo con franqueza.

—¿Y bien? —preguntó David.

—No fue fácil. Al principio, no podía creer lo que Christine me estaba diciendo. Pero luego, cuando se quitó la pierna...

—¿Que hizo qué? —exclamó Aaron.

—Accidentalmente descubrí que podemos intercambiar nuestras extremidades. Hay más de repuesto en el almacén.

—Genial —rezongó David—. Vale, ¿cuál es tu decisión?

—Déjala que hable —pidió Christine.

—No, lo entiendo, el tiempo apremia. Así que estoy a favor de dejar que la humanidad se ocupe de sus propios problemas. Necesitan madurar.

—Están a cuatro días luz de la perturbación y, en el mejor de los casos, tardarían cinco años en llegar, y solo si envían más androides en lugar de personas reales.

—La gente supera los retos, o eso dicen. Este es un desafío que pueden superar. La perturbación les someterá a tanta presión que se

verán obligados a cooperar finalmente. Si la humanidad lo logra, avanzará su desarrollo a un nivel mucho más alto.

—Eso es una sarta de tonterías —protestó Benjamin—. La perturbación los matará, y eso será el fin. Solo intentas aliviar tu conciencia. No fue así lo que sucedió la última vez.

Años antes, un agujero negro se dirigía hacia la Tierra, e incluso entonces, los humanos solo cooperaron a regañadientes. Y todavía había naciones que no hacían nada para evitar el cambio climático.

—No, en realidad creo que así ayudamos a la humanidad —insistió Fadilla.

—Podríamos ayudarles más si les resolviéramos el problema.

—Benjamin, no tenemos ninguna estrategia para eliminar la perturbación. Lo que sugieres solo retrasaría lo inevitable. Si llevamos la perturbación al espacio profundo, crecerá como un cáncer, sin ser observada, y cuando vuelva será aún más difícil de combatir. De hecho, estoy a favor de acercarla a la Tierra, pero dudo que la mayoría esté de acuerdo.

—Eric lo estaría —dijo Christine—, pero eso no pone fin al empate.

—Bien, entonces voto con Aaron y David. Volemos hacia una estrella. ¿No os parece poético?

—La opción dos es la mayoritaria —concluyó Christine—. Así que procederemos de esa forma.

—Acepto vuestra decisión —apuntó Benjamin—, pero no iré con vosotros. Me quedaré aquí.

Cuando aquellas palabras salieron de su boca, se quedó tan asombrado como sus amigos. ¿Qué acababa de decir? ¿Quería ser devorado por la perturbación?

—No puedes hacer eso —protestó Christine—. Sé lo que se siente al estar solo ahí fuera.

—Fundamentalmente, estamos solos. No puedo huir de eso, aunque tampoco dejar a la Tierra en la estacada. Ayudamos a crear esta situación.

—No a propósito.

—Eso es irrelevante. Si atropello a un niño con el coche, no lo dejo tirado a un lado de la carretera.

—La humanidad no es ningún niño —repuso Christine—. Por favor, reconsidéralo.

Benjamin negó con la cabeza.

—Tenemos que irnos ya —advirtió David—. O la perturbación nos atrapará de todos modos. Hoy ya he experimentado un montón de cosas absurdamente imposibles.

—Todos lo hemos hecho, David; todos lo hemos hecho —dijo Christine—. Pero no nos precipitemos. Lo primero será equipar a Benjamin con lo necesario para sobrevivir un tiempo aquí. Nos iremos

mañana.

—Me opongo a esperar otras veinticuatro horas —afirmó David.

—Tomo nota de tu objeción —contestó Christine—. Aunque partimos mañana. Sigo siendo la comandante de esta misión.

«LA ISRO RECIBIÓ ALGO, y la clave pública indica que procedía de Shepherd-1», escribió la profesora Rashmi. «Sin embargo, no han conseguido desencriptar el mensaje. Ni tampoco convencerles de que me lo pasen. Tengo que pasar por la NASA».

Rachel borró el mensaje y vació la papelera. Era inútil, porque había copias en los servidores, pero no quería ponérselo demasiado fácil a Chatterjee.

DESPUÉS DE COMER, Charles la invitó a tomar un *espresso* en la cafetería del Centro Espacial. Ella se negó en un principio porque le hizo pensar en su miserable encuentro con Chatterjee.

—¡Por favor! —le suplicó Charles.

Tenía tal mirada de urgencia que cambió de opinión.

Charles llevó el café de la máquina expendedora a una pequeña mesa redonda. Rachel lo limpió con una servilleta para estar segura. Tomó un pequeño sorbo de café. Sabía fatal.

—Gracias por dedicarme unos minutos —dijo Charles.

—Para ti, cuando quieras.

A su colega se le iluminó la cara. Ella lo había dicho sin pensar, aunque él se lo creyó.

—Tengo buenas noticias —afirmó él—. Alpha Omega ha descifrado el mensaje que enviaste en secreto al Shepherd.

—¿Qué mensaje?

Se congeló. Alpha Omega lo sabía. Eso era lo contrario a una buena noticia. Deslizó las manos bajo los muslos.

—Ya sabes de lo que hablo —contestó—. Ilan se enfadó mucho cuando vio el contenido.

—Yo...

—No hace falta que añadas nada. Luego, se le pasó el enfado.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Shepherd-1 respondió.

—Lo sé.

—¿Lo sabías? ¿Cómo? —Charles se inclinó sobre la mesa.

—Yo también tengo mis contactos.

—Entonces también sabes que lo descubrieron. Que son androides, quiero decir.

—Sí. ¿Y ahora qué? —preguntó.

—Alpha Omega no quiere que esa información se haga pública.

Nunca fue oficial. No hubo aprobación del comité de ética. Y la opinión de la gente sobre los androides es bastante negativa. Sería un desastre de relaciones públicas con graves consecuencias científicas.

—Sin embargo, Ilan está obsesionado con los resultados de la lente gravitacional. Y Alpha Omega le pertenece.

—Eso no significa que pueda hacer lo que quiera. El comité de supervisión lo somete a mucha presión.

—¿Qué significa eso para el proyecto?

—Nada. Creemos que es poco probable que el Shepherd regrese a la Tierra. Así que seguiremos ejecutando el Control de Misión solo mientras la nave siga en órbita. Entonces, declararemos la misión un fracaso. Nadie sabrá quién iba a bordo.

—¿Quieres declarar a la tripulación muerta? Eso significa que he perdido a cuatro miembros de la tripulación como CapCom.

—Pero Rachel, es lo mejor para ti. Ilan ya no se centrará en ti. Mientras mantengas el pico cerrado. Piensa en tu hija.

—Soy CapCom, pienso en mi tripulación.

—Créeme, es mejor para ellos si no regresan.

—Pero ¿has pensado en la Tierra? Si saben que son androides, ¿por qué les iba a importar salvarnos de la perturbación?

—Es cierto. Nuestros psicólogos suponen que se irán con Shepherd-1. Probablemente tendremos que lidiar con la perturbación nosotros mismos.

—Está a cuatro días luz. No hay otra nave que pueda alcanzarla.

—En efecto. Nuestros físicos dicen que no podemos alcanzarla a tiempo para controlarla. Llegará a la Tierra en unos doscientos años. Esas son las malas noticias. ¿Ahora ves por qué esto no puede hacerse público?

Rachel se rio. Aquello era muy cínico. La muerte y la destrucción se acercaban inexorablemente a la Tierra, y Alpha Omega solo pensaba en sus beneficios y en la opinión pública. Pero el problema era tan fascinante como morboso. ¿Era mejor que la gente se enteraran de una amenaza mortal cuando aún faltaban 200 años? ¿O eso haría que la vida perdiera sentido para muchos, y se desataría el caos?

—Quizá los androides se comporten de forma más humana de lo que crees —dijo ella.

—Ojalá, Rachel. Ojalá.

UN MONTÓN DE basura flotaba frente a la esclusa principal. Parecía como si Shepherd-1 hubiera vaciado sus almacenes para preparar la partida. En realidad, los objetos que Christine había seleccionado eran realmente útiles: tres trajes espaciales con piezas de repuesto, herramientas, células solares, dos unidades de radio, un radar, un sensor de infrarrojos, un telescopio, baterías de repuesto y cinta aislante. Incluso tenía una de las seis cajas del corazón de la nave.

La idea era que, si se aburría, se tumbara en ella y volara a la Tierra utilizando los propulsores de los trajes espaciales, habiendo programado la caja para que le despertara en un momento determinado. Con las piezas de repuesto y las herramientas esperaba construir un dispositivo para eliminar la perturbación, si se le ocurriera una idea genial de cómo hacerlo.

En realidad, no creía que pudiera, pero se sentía reconfortado de algún modo por todos esos objetos. Hacían que la soledad fuera más soportable.

—¿Benjamin? ¿Puedes quitar eso de en medio?

—Estoy en ello, Dave.

David le había ayudado a sacar todo fuera. Estaba esperando en la esclusa. Una distancia de 200 metros debería ser suficiente. El anillo se quedaba atrás. Solo tenía que estar lo suficientemente lejos para que los impulsores no lo cocinaran.

—Lo siento, chicos, pero os necesito en la sala de control. A ti también, Benjamin —dijo Christine por la radio.

EN LA GRAN pantalla de la sala de control aparecía el rostro de Rachel.

—Déjame adivinar, nos ruega que continuemos con las mediciones —dijo David.

—No, que nos llevemos la perturbación con nosotros —aventuró Aaron.

—No creo —opinó Christine—. El mensaje llegó, de nuevo, a través de cauces no oficiales.

Comenzó el vídeo. Rachel describió una teoría interesante. Afirmó que sería posible atrapar la perturbación en un agujero negro y convertirla en inofensiva. Sonaba ambicioso. Pero si un premio Nobel lo había sugerido...

—Ni un retraso más —dijo David—. Ya hemos votado para irnos.

—¿Qué te parece, Christine? —preguntó Benjamin—. Sabes de lo que es capaz la lente gravitacional.

—Es una idea fascinante. No sabemos si funcionará hasta que la probemos.

—Olvidadlo —replicó David—. Podríamos salir de aquí dentro de una hora. Eso es lo que acordamos, y deberíamos atenernos a ello.

—Esta sugerencia cambia las circunstancias en las que tomamos nuestra decisión —dijo Christine—. No te llevará mucho, así que vale la pena intentarlo.

—¿Quieres poner un agujero negro al lado de la nave? Nos devorará —afirmó David.

—Es una equivocación muy común —dijo Christine—. Mientras no nos acerquemos demasiado al horizonte de sucesos, no nos pasará nada.

—Pero ¿devorará la perturbación?

—Si el horizonte de sucesos la engulle, habrá desaparecido. Una vez que algo se sumerge en un agujero negro, permanece allí hasta que el universo muera.

—Eso es aceptable —admitió Aaron—. Y David consigue su agujero negro.

David puso mala cara. Pero Benjamin recordó lo decepcionado que se había sentido David cuando su teoría sobre un agujero negro en órbita alrededor del Sol había resultado errónea.

—De acuerdo. Me encargaré de las medidas —informó Christine—. Aaron, envía confirmación a la Tierra de que hemos recibido el mensaje.

—¿Es buena idea sabiendo que esto nos ha llegado por canales no oficiales?

—Sí, el emisor querrá saber qué efecto ha tenido su mensaje. Cualquier receptor de la Tierra podrá grabar nuestra respuesta.

—Exijo una votación —terqueó David.

—Bien. Estoy a favor de un último intento —dijo Christine.

—Yo también —aseveró Fadilla.

—Aaron, ¿sigues de mi lado? —preguntó David.

—Creo que la Tierra merece una oportunidad, a pesar de todo —contestó Aaron—. Con la condición de que no tarde más de un día.

—Traidor —le acusó David.

—Yo también estoy a favor —dijo Benjamin—. Y eso significa que no necesitamos el voto de Eric.

RACHEL ESTABA MUY cansada y nerviosa. No dormía bien y no dejaba de soñar con el secuestro de su hija. Pero Alpha Omega no se había puesto en contacto con ella. El peligro de que la Tierra pudiera ser destruida a causa de una expedición que habían financiado debía de haberles despertado por fin.

Shepherd-1 también estaba en silencio. ¿Era buena o mala señal? ¿Podría la tripulación dominar la perturbación? Uno de los telescopios espaciales de la NASA había confirmado que la nave seguía en su órbita prevista.

—¿Rachel?

—¿Sí, MOM?

—¿Tiene alguna sugerencia? Estoy empezando a preocuparme por el Shepherd.

Debería preguntarle a Chatterjee. Él todavía estaba moviendo los hilos en el fondo.

—Podríamos redactar otro mensaje —dijo Rachel.

Ya lo habían intentado ayer y anteayer, y no hubo noticias. Rachel pensó en lo que Chatterjee le había mostrado. Si la tripulación se había enterado, debía de haber provocado una reacción. Pero ¿era la correcta?

—MOM, ¿puedo hablar contigo en privado?

—Claro, Rachel.

SE REUNIERON EN la pequeña cabina de prensa detrás de la sala de control.

—¿De qué se trata? ¿Alguna idea? —preguntó Alison—. Esta misión me está volviendo loca. Nunca debimos aceptarla. Los jefes ya están intentando escaquearse y no cargar con su responsabilidad. Si algo sale mal, nadie quiere asumir las consecuencias. Al final, nos toca a nosotras, aunque son ellos los que firmaron el contrato con Alpha Omega. La primera expedición más allá del sistema solar, ¡qué empresa tan prestigiosa! ¡Y bajo nuestro liderazgo!

Rachel sintió pena por Alison. Aún tendría que redactar un informe para los jefes cuando terminara su trabajo en el Control de Misión.

—Ilan Chatterjee me mostró algo —confesó.

—Basta, no quiero saberlo.

—¿Ni siquiera si afecta al desenlace de la misión?

—Rachel, estamos a cuatro días luz de Shepherd-1. La nave podría

haber despegado hace tres días, y todo lo que el telescopio espacial está viendo es una sombra. No creo que ahora tengamos ninguna influencia en esta misión. Tal vez nunca la tuvimos. Solo tenemos que terminar con esto, preferiblemente sin más daños.

Alison parecía increíblemente cansada. Rachel nunca había visto a MOM así. Debía haber una manera de ayudarla a recuperarse.

—Alison, ¡la tripulación está formada por cuatro androides que se creen humanos!

—Seis, en realidad. ¿Crees que no lo sabía? Al menos no tenemos que preocuparnos por la tripulación, porque no hay ninguna. La Tierra es nuestro problema. Ojalá nunca me hubiera enterado de lo que nos espera.

DAVID DIO UNA patada al casco metálico de la nave y su pierna se hundió en él hasta la rodilla.

—¿Has visto esto? —preguntó.

—Sí, es aterrador —dijo Benjamin—. Parecía estar bien hace un momento.

—Lo que me da más miedo es lo rápido que se está extendiendo. ¿A qué distancia se halla el módulo central?

Estaban flotando junto a uno de los radios que conectaban el anillo con el módulo central de la nave. La antigua cápsula de Christine estaba detrás de ellos.

—Yo diría que a unos cinco o seis metros.

Había un mecanismo en el extremo del radio que lo conectaba al módulo central. Tenían que soltarlo para desconectar la nave del anillo. Pero si lo hacían demasiado pronto, el anillo podría girar sin control y dañar el resto de la nave. Tenían que esperar a que Christine terminara.

—Menos de un día, entonces —calculó David.

Tenía razón, aunque Benjamin no quería admitirlo. Todavía esperaba que el plan de conjurar un agujero negro funcionara; le sonaba a magia, aunque los expertos les aseguraron que el concepto se basaba en la física cuántica.

—Seguro que no tardará mucho más —comentó él.

—Del equipo de campo a la sala de control, ¿cómo va? ¿Están progresando? —preguntó David.

—Te lo dije, no es tan simple. No puedo apuntar la lente gravitacional a un agujero negro. Tenemos que esperar a que la línea de enfoque pase a través de un agujero negro mientras nos movemos alrededor del Sol. Y también capturar uno a la distancia correcta.

—¿Intentas guiar una bola de billar por una cinta transportadora hasta un agujero?

—No, Dave, es más como tratar de hundir la bola en el agujero de tal manera que vuelva a salir por el otro lado.

—Eso es imposible. Si lo hubieras explicado así, desde el principio, nadie habría aceptado este experimento.

—Si conoces el momento de la bola y la idiosincrasia de la mesa, no es brujería. Tenemos una amplia base de datos de agujeros negros en la Vía Láctea. Es solo cuestión de tiempo.

—Que no tenemos.

—Lo sé, David. Abandonaremos antes de que sea demasiado tarde. Te lo prometo. Por eso os enviaré allí.

—¿Cuándo, exactamente?

—Cuando la perturbación esté a diez centímetros de la conexión con el módulo central, soltáis los radios y nos lanzamos.

—Eso es dejar un margen muy mínimo.

—Es suficiente, David.

TODAVÍA ESTABAN FUERA. Acababan de inspeccionar el último radio. Todos los conectores parecían funcionar. No podían permitirse perder tiempo luchando con uno de los mecanismos una vez que la nave estuviera lista para despegar.

—¿Qué vas a hacer si esto funciona? —preguntó David.

Buena pregunta. Al principio, Benjamin había decidido quedarse con la perturbación porque se sentía parcialmente responsable de ella. O de la humanidad. Pero si la eliminaban, él sería libre.

—Quiero ver la Tierra —dijo.

—Suena a un montón de estrés y problemas. Los humanos siempre han tenido problemas para aceptar a los seres que son diferentes.

—Aun así, vale la pena intentarlo. Tengo estas imágenes en mi cabeza, pero no son mías. Es como si solo hubiera visto una película del planeta. Quiero formarme mis propias impresiones de él.

—Si vienes con nosotros, podrás ver planetas que ningún ser humano ha pisado jamás.

—Claro. Pero tal vez los humanos se dirijan a las estrellas algún día. Mi cuerpo tiene una larga vida. Todavía podría ser parte de eso.

—Te encerrarán y experimentarán contigo. Solo te verán como una máquina que construyeron.

—Lo sé. No me hago ilusiones al respecto. No será fácil. Tal vez debería tratar de llegar a la Tierra sin ser detectado.

—EQUIPO DE CAMPO, informe de situación, por favor.

—Casi de dos metros —dijo David.

—Más preciso, por favor.

David bajó lentamente por el radio hacia el módulo central, arrastrando el pie por él mientras avanzaba. Dejó atrás un agujero oscuro en el metal. Entonces su pie chocó con metal sólido. Sacó algo del bolsillo de las herramientas. Benjamin no pudo ver lo que era.

—Uno-punto-nueve metros según el telémetro —informó David.

—Oh —dijo Christine desde la sala de control—. Eso es alrededor de cincuenta centímetros por hora. Solo tenemos tiempo para un intento más.

—¿Cuántos intentos hasta ahora?

—Siete.

—¿Lo veis? Es inútil. Debemos lanzar ahora para darnos un colchón. ¿Qué pasa si las unidades no se encienden inmediatamente? Los DFDs a veces tienen problemas para arrancar. De vuelta en la expedición a Encélado...

—Conozco la historia. Esos eran DFDs de primera generación. Los nuestros son de sexta generación.

—Lo sé, soy el piloto.

—Entonces también sabes que te estás preocupando demasiado. La línea de enfoque atravesará el núcleo de la galaxia de Andrómeda en treinta y cinco minutos. El agujero negro que hay allí es enorme. Hasta ahora, solo teníamos la opción de los agujeros negros estelares, donde es cuestión de suerte si resulta que estamos mirando exactamente en el momento adecuado para teletransportar el estado cuántico.

—Bien, un último intento.

—¿Tenemos que ponernos a salvo?— preguntó Benjamin.

—No, no estáis en peligro. El agujero negro tendrá inicialmente una masa muy pequeña. Se formará a partir de la materia dentro de la perturbación. Así que solo tendrá la gravedad de la materia de la que está hecho. ¿O estáis sintiendo algún tipo de fuerza que emana de la perturbación?

—No —negó Benjamin.

—Mantened los ojos bien abiertos. Se supone que los agujeros negros tienen algunos efectos visuales interesantes. Los físicos de la Tierra se cortarían un dedo para verlo.

—Si funciona.

—Lo hará.

UN MINUTO MÁS. Andrómeda estaba a 2,5 millones de años luz, pero Christine esperaba transferir algo de ella, instantáneamente. Parecía una locura, pero ya había sucedido, a una distancia aún mayor.

David volaba en círculos y su nerviosismo se contagiaba a Benjamin.

—Ahora —dijo Christine.

No ocurrió nada. Había esperado una burbuja negra, o algo así, pero la región afectada por la perturbación no había cambiado.

—No funcionó, tal como lo predije —replicó David.

—Los datos que estamos captando indican lo contrario —aseveró Christine.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Benjamin.

—Algo salió bien. Los valores son diferentes a los datos de los

intentos fallidos.

—Tal vez fue alguna partícula exótica que colapsó inmediatamente —señaló David.

—Estate quieto —pidió Benjamin—. No te muevas.

Estaba iluminando con su linterna la nube de átomos que solía ser la cápsula C. Algo estaba ocurriendo. Parecía formarse una corriente en el polvo, pero podía ser solo el resultado de los golpes de David.

—¿Qué? —preguntó David.

—Mira, en el centro del haz.

—Hay una pequeña sombra. ¿Y qué?

David limpió la lente de la linterna con la manga.

—Listo, ya no está.

—No, sigue ahí.

David puso un dedo en el haz de luz. Proyectó una gran sombra en la nube. Empujó la linterna un poco hacia la derecha. El punto negro se quedó donde estaba.

—Tienes razón, no es la linterna —reconoció.

—¿Christine? Creo que tenemos algo. Una sombra en la nube de partículas. Está creando una corriente.

—Debe ser eso. ¡Sois los primeros en ver un agujero negro con vuestros propios ojos!

—No somos personas, y nuestros fabricantes probablemente argumentarían que nuestros ojos ni siquiera nos pertenecen —protestó David.

Menudo aguafiestas. El fenómeno que estaban presenciando era increíble. Un escalofrío recorrió la espalda de Benjamin. ¿Qué tamaño tenía el horizonte de sucesos?

—¿Tenéis una bengala de emergencia? —preguntó Christine.

Benjamin comprobó su bolsillo de herramientas.

—Verde, rojo y amarillo.

—Perfecto. Enciende la amarilla y lánzala a la sombra.

—¿Por qué?

—Tú hazlo.

—Está bien.

Tiró de la cuerda de encendido y lanzó la bengala amarilla incandescente. Se tambaleó sobre su eje.

—Lo siento, se tambalea mucho.

—No importa.

La bengala se acercó a la mancha negra, pero no la iluminó. La sombra simplemente se tragó toda la luz dirigida hacia ella. Al mismo tiempo, el color de la bengala cambió a naranja y luego a rojo.

—Cambia a infrarrojos —informó Christine.

Benjamin se estremeció. Había olvidado que todo el mundo estaba observando lo que él veía a través de su cámara. La llamarada brillaba

mucho en el infrarrojo, aunque no estaba caliente.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué cambia de color?

—No cambia de color, Benjamin. Sigue siendo la misma reacción química. Lo que estás viendo es el corrimiento al rojo causado por el agujero negro.

La bengala se movía ahora más despacio, y su bamboleo también se ralentizó, como si algo la frenara.

—El agujero parece rechazarlo —exclamó Benjamin.

—No, ese es el efecto descrito por la teoría especial de la relatividad —explicó Christine—. Desde el punto de vista del observador, la bengala tarda un tiempo infinito en alcanzar el horizonte de sucesos.

—Odio interrumpir, pero... —dijo David.

Benjamin se dio cuenta de que su compañero de tripulación había volado hasta el conector de radio. Llevaba en la mano un telémetro láser.

—¿Sí? —preguntó Christine.

—Lo que me parece mucho más interesante que lo que el agujero negro está haciendo a la bengala es si la perturbación está siendo realmente tragada por él.

—¿Ves algún indicio de ello? —inquirió Christine.

—Mientras discutíais la teoría de la relatividad, hice otra medición. La perturbación no se ha extendido en los últimos minutos. No puedo asegurarlo, pero creo que podría haberse reducido.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Christine.

Había funcionado. Benjamin cerró los ojos. La Tierra estaba a salvo. Él era libre.

—¿O me equivoco? —preguntó David.

—El agujero negro ha capturado el núcleo de la perturbación, el desgarro original en el tejido del cosmos. Ahora el universo normal tiene la oportunidad de reclamar algo de territorio. Teóricamente, ahora entra en juego cierta presión de la materia normal no degenerada —exponía Christine.

—¿Teóricamente? —preguntó Benjamin.

—O podría tratarse de otra cosa. Alguien que crea en un poder superior quizá suponga que Dios tiene algo que ver.

—¿Christine?

—¿Sí, Benjamin?

—Podrías responder a esa pregunta de una vez por todas. ¿Qué viste cuando vislumbraste el Big Bang?

—Intenté mataros para mantenerlo en secreto, así que no voy a revelarlo ahora.

—Pero si todos volamos a Alfa Centauri, ¿qué importa la humanidad? —intervino David—. Venga...

—Ni lo sueñes.

—¿Te lo llevarás a la tumba?

—Si termino en una, sí.

—¿Volarás con el Shepherd? —inquirió Benjamin.

Esperaba que, ya que Christine se había puesto de su parte, volviera a la Tierra con él. Así no se sentiría tan solo.

—Sí, Benjamin. Si me localizan en la Tierra, me sacarán ese conocimiento como sea.

—No creo que Alpha Omega llegue tan lejos.

—Yo sí.

—Lo comprendo. Esperaba no tener que volver solo.

Christine no contestó. Su secreto estaba guardado en el ordenador central, y él tenía la contraseña. ¿Debía llevarse los datos a la Tierra? Algún día podrían ser necesarios. ¿No merecía la humanidad una respuesta?

HACÍA FRÍO EN la sala de control. Benjamin se había levantado temprano para tener el ordenador para él solo. La barra de estado de la pantalla seguía mostrando el año 2094. Pero los demás habían acordado que la Tierra era irrelevante para ellos ahora. ¿Qué importaba si el año en la Tierra era solo 2079?

Inició sesión como Christine.

«Contraseña:»

Cursum perficio. *Cursum perficio*. *Cursum perficio*. Solo tenía que teclear esos quince caracteres y averiguaría qué había visto Christine. Sus dedos se posaron sobre el teclado. Christine nunca lo sabría. Y si era demasiado peligroso, podía guardárselo para sí.

No. Había arriesgado su propia existencia para eliminar la perturbación. No podía llevarse esta bomba a la Tierra en la cabeza. Aunque lo mantuviera en secreto, alguien intentaría sonsacarle la verdad algún día. Su cerebro no era orgánico. El conocimiento permanecería almacenado en él incluso cuando estuviera apagado. Legible por una máquina. Era demasiado arriesgado. Apartó el teclado.

AARON LE TENDIÓ LA MANO.

—Buen viaje —le deseó.

—Cuídate mucho, Benjamin —se despidió David—. ¿Lo ves? Soy capaz de aprender.

—Es una pena que no hayamos podido conocernos mejor —se lamentó Fadilla mientras le abrazaba.

—Saludad a Eric de mi parte —dijo Benjamin—, si lo despertáis.

—Esperaremos hasta que estemos a una distancia segura de la Tierra —contestó David.

Christine olía a menta. Le abrazó. Luego le puso una pequeña vaina gris en la mano.

—Por favor, plántalas tú —le rogó ella—. Aaron tuvo la amabilidad de mantenerlas a salvo cuando me dio por muerta. Pero dudo que encontremos un planeta donde crezcan pensamientos.

«Cuando me dio por muerta». Benjamin sonrió. Qué frase tan extraña. Echaría de menos a sus hermanos y hermanas. Estaría solo en la Tierra.

No, no debía pensar así. Se adaptaría y encontraría algo significativo que hacer. El universo era vasto, demasiado para él.

Quería un cielo azul. Se guardó la vaina en el bolsillo. La nave improvisada con piezas de repuesto le esperaba fuera de la esclusa principal.

—SERÉ BREVE —aseguró Alison.

Estaba delante de la gran pantalla con un micrófono inalámbrico.

—Los responsables de la misión han anunciado hoy, oficialmente, que hemos perdido el contacto con Shepherd-1. La nave ya no está en órbita. Tenemos que darla por perdida.

No tardó mucho. Rachel apartó el bloc de notas en el que había estado garabateando. Devendra levantó la mano.

—Lo siento, hoy no hay preguntas —dijo Alison—. Habrá una declaración oficial de la NASA más tarde. Se os pagará todo lo que queda de mes. Mis superiores me aseguran que a todos los que quieran seguir trabajando aquí se les asignará un nuevo puesto. Os recuerdo que habéis firmado cláusulas de confidencialidad. Eso sigue siendo válido después de que os vayáis. Es todo. Podéis iros. Gracias a todos por vuestra cooperación.

Alison dejó el micrófono y abandonó la sala.

—¡OH, mamá ya está aquí! ¿Vas a cenar con nosotras? La abuela está cocinando.

Apretó con fuerza a Alishondra. Su hija se soltó y fue a la cocina.

—Estará lista en quince minutos —añadió su madre.

—¿Puedo usar tu ordenador?

—Claro.

Rachel se dirigió al ordenador que había en el pequeño escritorio del dormitorio. Lo encendió y se conectó a su correo electrónico. ¡Ja! Pensó que la profesora Rashmi podría ponerse en contacto con ella. Ritu era de fiar.

«Recibimos otro mensaje. No estaba encriptado, así que sé lo que pone. Mis colegas de aquí, de la India, opinan que es un código secreto, aunque yo soy más sensata. Dice "Agujero negro se traga la perturbación". Eso es todo. No sé por qué fueron tan breves, pero es inequívoco. ¡Lo consiguieron! Somos increíblemente afortunados».

Lástima que la humanidad nunca lo sabría. Igual que nunca se enterarían de quiénes habían sido realmente los tripulantes. Rachel esperó a que el mensaje desencadenara alguna emoción, pero no fue así. No se sentía diferente. ¿Sería porque la posible destrucción de la Tierra se produciría dentro de doscientos años?

«Gracias por confiar en mí. Ya no viajo, pero si alguna vez te encuentras cerca de Bangalore, hazme una visita, y no solo porque me

gustaría saber más sobre la misión. Atentamente, Ritu Rashmi».

Rachel guardó el mensaje. En ese momento llegó otro. El nombre del remitente eran dos letras griegas deletreadas.

«En nombre de Alpha Omega, quiero agradecerte tu cooperación», escribió Ilan Chatterjee. «Aunque no siempre fue fácil, y nuestra empresa no se vio coronada por el éxito al final, me gustaría ofrecerte un puesto en nuestra empresa como muestra de nuestra gratitud. Di qué te gustaría hacer y te encontraremos un puesto adecuado. Si no volvemos a vernos, confío en tu sentido común. Estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo en que no todos los hechos deben ser de dominio público».

«Sí, Ilan, es típico de ti: el palo y la zanahoria», se dijo. Rachel no era estúpida. Su hija siempre sería su punto débil a los ojos de adversarios sin escrúpulos. Por esa razón, nadie descubriría jamás lo ocurrido en la misión de la lente gravitacional solar.

«Borrar».

El mensaje desapareció como si se lo hubiera tragado un agujero negro.

ERA ARRIESGADO REUNIRSE en ese café. Benjamin tamborileó con los dedos sobre la mesa. Una anciana le dirigió una mirada fulminante. ¿Era ella? Bebió un sorbo de café. El nombre de «George» estaba escrito en su taza. Agachó el cuello para ver qué había escrito el camarero en la taza de la anciana. Parecía que ponía «Helena». Bueno, él también había dado un nombre falso. Intentó ver a la joven Rachel en el rostro de la anciana.

Otra mujer entró en el café. Llevaba la mano delante, con la palma hacia arriba. Debía de llevar uno de esos nuevos dispositivos de proyección implantados en la muñeca. Miró su mano y luego en su dirección, como si le reconociera. Pero no podía ser Rachel. Era demasiado joven, tendría cuarenta años como mucho. Rachel debía tener más de setenta. Era demasiado tarde. No había comprobado si la cafetería tenía salida trasera. Mierda. Al fin y al cabo, le habían encontrado, y ya llevaba tres años en la Tierra, tras un desvío a la base lunar.

—¿Hola? —dijo la mujer.

—Creo que me confundes con otra persona.

Volvió a mirarse la mano.

—No, no creo. Eres...

—Eso no importa.

—Claro. Soy Alishondra, la hija de Rachel. Lo siento, mi madre no se encuentra bien. Te envía sus disculpas, se está haciendo mayor. Pero estás igual que en la foto de aquel entonces. ¿Cuánto hace de eso?

—Treinta y tres años —le respondió.

Confiaba en esa mujer. Irradiaba algo que Rachel también solía tener. Tenía la capacidad de hacer lo correcto intuitivamente.

—¿Cómo estás? Mi madre dice que debería ayudarte, si necesitas ayuda.

—Es muy amable, pero estoy bien. Como puedes ver, no envejezco.

—Entiendo. En realidad, es mi madre la que necesita ayuda. Un corazón nuevo le vendría de fábula.

—Por desgracia, no dispongo de recursos para eso. Pero si hay algo más que pueda hacer por ella...

—No. Aunque se alegrará de saber que estás bien. Ella nunca perdió a nadie como CapCom antes de vuestra misión. Eso siempre fue muy importante para ella.

—¿Podrías darme su dirección? Me gustaría enviarle flores.

—Claro. ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas? ¿Te dedicas a la industria espacial?

—No, soy jardinero. Una amiga me asignó una tarea, que cumplí, y luego seguí con ella.

—Es un bonito trabajo. Después de la misión SGL, mi madre se dedicó a la ilustración. Ni siquiera sabía que había sido CapCom. Yo era muy pequeña entonces. Me lo contó todo después de recibir tu mensaje.

—¿Todo?

—Sí, creo que sí. Una locura. Soy escritora y me gustaría escribir un libro sobre ello.

—¿Eres escritora? ¿Publicas con tu propio nombre?

Alishondra se sonrojó.

—Aún no he publicado nada.

—Entonces parece un excelente punto de partida. Pero debes tener en cuenta que Alpha Omega lo negará todo o te impedirá publicar.

—Cambiaré los nombres, alteraré ligeramente la historia e inventaré un seudónimo masculino.

—¿Cuál será el título?

—*La perturbación.*

—Estoy deseando leerlo. Pero, por favor, hazme un favor.

—Claro. ¿De qué se trata?

—Hagas lo que hagas, no me llames Ben.

Alishondra se rio.

—Bueno, Benjamin. Mi madre tiene una duda para ti que todavía le ronda la cabeza. Me ha dicho varias veces lo contenta que está de haber tenido por fin la oportunidad de hacértela.

—Adelante.

«Aquí viene, la gran pregunta». Por suerte, no podía responderla. Si supiera la respuesta, no confiaría en que su cara no lo delatara.

—¿Lo sabíais? —inquirió la hija de Rachel.

—¿Saber qué?

—Quienes erais. Mi madre no os contó toda la verdad entonces. Tenía miedo de que pudierais...

—Ah, eso.

No se trataba de Dios, ni del principio del universo, sino de él.

—¿Y?

Alishondra era insistente. Probablemente lo heredó de su madre.

—Nos dimos cuenta antes del mensaje de tu madre de que nuestros cuerpos no eran humanos. Pero sigo sin saber quién soy. ¿Hay alguien en el mundo que realmente pueda afirmar que lo sabe?

BENJAMIN EMPUJÓ LA PUERTA. Una ola de calor le golpeó. Con un solo pensamiento, reguló la temperatura de su cuerpo. De repente, el

calor le resultó mucho más agradable. Alishondra se había marchado una hora antes, pero él se había quedado en el café meditando su conversación.

Delante de la cafetería había un anciano sentado en una silla de metal que le quedaba un poco pequeña. En su frente brillaban gotas de sudor. El hombre le miraba atento. Debía de tener más de setenta años. Su rostro seguía siendo juvenilmente terso, aunque las arrugas del cuello le delataban.

Benjamin se detuvo un momento. Tuvo la sensación de que el hombre estaba a punto de hablarle. Le dio un poco de pena. ¿Por qué se tomaba el café allí y no en la cafetería con aire acondicionado?

—Disculpe, señor —dijo el hombre.

Lo sabía. Estaba a punto de recibir un folleto publicitario en mano. Pero tenía tiempo y el hombre parecía solitario.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

—La hora. ¿Tienes hora?

La hora apareció en su mente, convertida a la franja horaria local.

—Dos treinta y siete —le respondió.

—Gracias, señor. Entonces debo irme. Ha sido un placer verte.

Benjamin se preguntó de dónde le conocería aquel hombre, pero no se le ocurrió nada. Probablemente solo era un jubilado solitario que quería oír el sonido de su propia voz. El hombre se levantó. Dejó la taza de café sobre la mesa y caminó despacio calle abajo.

El nombre «Charles» estaba garabateado en la taza.

CHRISTINE SE DESPERTÓ y abrió los ojos. Habían llegado. Recordaba haber programado al Shepherd-1. Antes de cerrar los ojos, habían puesto la nave en un rumbo determinado. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? Pronto lo sabría. Más importante aún, ¿dónde estaban?

Se apoyó en los laterales de la caja en forma de ataúd. No había gravedad, pero era normal. La luz se encendió automáticamente. Estaba sola. Los demás se despertarían unos minutos después. Así lo había planeado la comandante.

Se dirigió al ordenador, lo encendió y tecleó su nombre.

«Contraseña:»

«Cursum perficio».

«Error en el inicio de sesión. El nombre de usuario y la contraseña no coinciden».

Se llevó la mano a la frente. El estúpido ordenador central le había exigido que cambiara de contraseña cada seis días. ¿A qué número había llegado?

«Cursum perficio3».

«Error en el inicio de sesión. El nombre de usuario y la contraseña no coinciden».

«Cursum perficio5».

«Bienvenida, Christine. Tu contraseña no se ha cambiado en 9999[desbordamiento de memoria en la dirección 3FFC5F99] días. ¿Deseas cambiar tu contraseña?»

«No».

«Puedes utilizar tu contraseña actual tres veces más».

«Gracias, ordenador», pensó burlona. Abrió la vista de la cámara exterior delantera. La imagen era deslumbrantemente brillante. El ordenador la atenuó. Vio una estrella similar al Sol. Bien. Mientras no fuera el Sol. Cambió a la cámara exterior trasera. La imagen se volvió gris. Acercó la imagen. El gris se convirtió en una esfera. Era un planeta con una gruesa capa de nubes que ocultaba la vista de la superficie. El espectrómetro le indicó que las nubes estaban formadas sobre todo por vapor de agua. La temperatura media de la superficie era de siete grados.

En ese momento, una segunda estrella apareció por detrás del planeta. Era mucho más azul y brillante que la primera. Un sistema binario con lo que era claramente un planeta terrestre estable, un poco más grande que la Tierra. Estupendo. Era hora de despertar a los demás.

Al abrigo de la hoguera

Queridos lectores,

Nuestro viaje más allá de los confines del sistema solar termina junto a nuestros vecinos cósmicos. Alfa Centauri y el punto focal de la lente gravitacional solar están aún fuera de nuestro alcance. Por eso hemos tenido que dar un salto de sesenta años hacia el futuro. Pero la tecnología que permite viajar al Shepherd-1 ya existe. Los propulsores de fusión directa (DFD) se están probando actualmente en los laboratorios de la NASA. La lente gravitatoria solar podría hacerse realidad en diez o quince años con sondas autónomas de bajo coste. Pero las máquinas que se parecen y se comportan de forma convincente como los humanos están todavía muy lejos.

La ética del futuro de la humanidad decidirá si llegaremos a tenerlos. Por no hablar de la cuestión de si seremos capaces de transferirles una conciencia humana, o si deberíamos hacerlo. En el universo en el que se desarrolla *La perturbación*, esto ya está decidido. Si te interesa profundizar en ello, te recomiendo mi libro *Encélado*. Y, por supuesto, todas las secuelas que se derivan de la lógica interna de ese universo.

Aparte de los protagonistas, otros dos aspectos desempeñan un papel fundamental en mis novelas: la descripción realista del universo y los cuerpos celestes en toda su letalidad, y una secuencia de acontecimientos que se corresponde con los conocimientos científicos actuales. La física y la cosmología ofrecen tal abundancia de fenómenos asombrosos que trucos poco realistas como la velocidad superior a la de la luz o el teletransporte (de personas) son innecesarios. Lo que describo en mis libros debe ser, al menos, físicamente posible. Como lector, esto es lo que hace que la ciencia ficción me resulte fascinante, que lo que estoy leyendo pueda ocurrir en el futuro. Pero también hace falta imaginación. Nadie sabe aún lo que descubriremos si miramos al pasado utilizando la lente gravitatoria solar.

¡Gracias por acompañarme! Si te ha gustado la novela, te invito a que escribas una reseña. Es una de las cosas más útiles que puedes hacer por un autor, reserva el libro en: hardsf.space/links/4209841

Para los que ahora tengáis ganas de más ciencia (sí, la ciencia puede ser increíblemente apasionante, os lo digo como físico), todos mis libros tienen un capítulo al final que, en determinado momento, decidí llamar «biografías», aunque son más bien pequeños ensayos. Esta vez, en la Nueva guía de la teoría cuántica, quiero familiarizarte con una rama de la física que a menudo se considera incomprensible. En el siguiente capítulo descubrirás por qué el teletransporte cuántico, que se produce instantáneamente a través de distancias inmensas, no contradice la teoría de la relatividad.

Como siempre, también puedes obtener la guía como PDF gratuito ilustrado en color si introduces tu dirección en hardsf.space/suscribir/.

Un cordial saludo,

Brandon Q. Morris

PS: La historia continúa en *La perturbación 2: La respuesta*. Puedes encontrarla aquí: hardsf.space/links/4209895

El faro

Peter Kraemer, un profesor de física y aficionado de la astronomía, realiza un descubrimiento que incluso hasta a él le cuesta creer: las estrellas desaparecen de un día para otro, sin dejar rastro. Los investigadores con los que contacta le brindan explicaciones lógicas y tranquilizadoras para cada una de ellas. Pero, cuando Peter determina que esas desapariciones misteriosas se acerca cada vez más a nuestro sistema de origen, se vuelve cada vez más paranoico. Es el único que percibe la catástrofe que se avecina. Cuando cree que ha encontrado una manera de evitar el desastre inminente, hace todo lo posible para detenerlo, aunque eso le cueste su trabajo, su matrimonio, sus amigos y su vida.

Puedes comprar este libro en: https://hardsf.space/links/2524936

Helio-3: Batalla por el futuro

El sistema estelar es perfecto. Los recién llegados han emprendido un largo y peligroso viaje —una expedición sin retorno— en busca de helio-3, esencial para la supervivencia de su especie. El descubrimiento de este extraordinario sistema solar, con sus cuatro gigantes gaseosos, ofrece una oportunidad única para cosechar el raro isótopo.

Entonces se produce un inquietante descubrimiento: ¡No están solos! Hay otra flota que también depende del helio-3. Ambas especies son tan dependientes del helio-3 como ellos mismos. Y las dos especies son tan fundamentalmente diferentes que la comunicación y el compromiso parecen imposibles. Todo lo que queda es una lucha, a muerte, por el futuro...

Puedes adquirir este libro en el siguiente enlace: https://hardsf.space/links/3189094

Desastre en Tritón

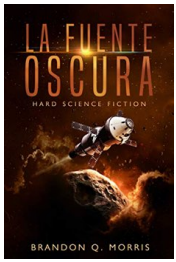
Nick Abrahams ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero le aburre su labor como anfitrión de giras espaciales. Solo cuando su mujer le abandona intenta cambiar de vida.

Acepta la tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de realizar una sencilla reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra convertido en multimillonario, lo que le permitirá cumplir su sueño de comprar un viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta ya que, de todos modos, no le gusta mucho la gente. Una vez en el espacio, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos a la hora de describir su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia a la humanidad...

Compra este libro en: https://hardsf.space/links/1449023

La fuente oscura



Doce años después de cortarse la comunicación, unos científicos reciben sorprendentes datos del cometa 67P. Algo imposible, porque el módulo que antaño aterrizó en su superficie quedó dañado y defectuoso. Sus enigmáticos mensajes ponen en pie de alerta a todos los científicos del mundo.

Ante los descubrimientos, que pasan pronto de sensacionales a muy preocupantes, la NASA decide enviar una nave tripulada al cometa. Pero la conexión con los astronautas se interrumpe y ya nadie puede parar el oscuro peligro que se cierne sobre la supervivencia de la humanidad.

Consigue este título en: https://hardsf.space/links/1729166

La muerte del universo

Durante miles de millones de años, los humanos, habiendo conquistado la maldición del envejecimiento, se extendieron por toda la Vía Láctea. Son capaces de vivir todos sus sueños, pero para su gran decepción, nunca se han encontrado con ninguna otra especie inteligente. Ahora, la humanidad misma está al borde de la extinción porque el universo está muriendo de una muerte prolongada pero inevitable.

Solo tienen una esperanza: el Proyecto de Rescate, que fue diseñado para alimentar el agujero negro en el centro de la galaxia hasta que se convierta en un cuásar, entregando la energía que tanto necesita la humanidad durante sus últimos alientos. Pero entonces sucede algo que nadie esperaba, y la humanidad se ve obligada a verse a sí misma y su existencia de una manera completamente nueva.

Puedes comprar esta novela en: https://hardsf.space/links/2082344

La misión Encélado (Luna helada 1)

En el año 2031, una sonda robótica detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que existen indicios de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a veintisiete meses muy difíciles: si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, deberá utilizar una nave perforadora para penetrar en la capa de hielo de un kilómetro de espesor que sepulta la luna. Si realmente existe vida en Encélado, solo podría estar en el fondo del océano salado y cubierto de hielo, que se formó hace miles de millones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, la misión se ve sacudida por el desastre y las posibilidades de que la tripulación consiga llegar a Encélado, por no hablar de volver a casa, parecen sombrías.

Puedes adquirir este título en: https://hardsf.space/links/709463

Luna helada – La colección

Los cuatro exitosos libros de la serie Luna helada se ofrecen ahora como un conjunto, disponible solo en formato *e-book*.

La misión Encélado: ¿Hay realmente vida en la luna de Saturno Encélado? ILSE, la Expedición Internacional de Búsqueda de Vida, se dirige al mundo helado donde se sospecha que un océano subterráneo alberga formas de vida primitivas.

La sonda Titán: Una vieja sonda robótica de la NASA se despierta misteriosamente en la luna de metano de Titán. La tripulación de ILSE intenta resolver el enigma y descubre un peligroso secreto.

Encuentro en Ío: Con destino a la Tierra, ILSE llega a Júpiter cuando la tripulación recibe un mensaje alarmante. La luna volcánica Io puede albergar una amenaza inminente que podría acabar con la Tierra tal y como la conocemos.

Regreso a Encélado: La tripulación recibe una oferta para volver a Encélado. Su misión, recuperar el cuerpo del doctor Marchenko, dado por muerto en la expedición original. No todos buscan el mismo objetivo.

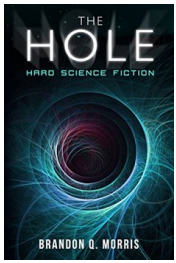
Consigue toda la serie en: https://hardsf.space/links/1548306

El ascenso de Próxima

A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b, en el sistema estelar más cercano al Sol. Los astrofísicos sospechan que una erupción solar masiva está a punto de destruir esta civilización hasta ahora desconocida. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un multimillonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada a Próxima b, a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea, si logran sobrevivir al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

Compra este título em: https://hardsf.space/links/1453754

The Hole



Un misterioso objeto amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio la advertencia de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación de parias exiliados busca minerales raros en un asteroide solitario.

Cuando otros científicos reconocen finalmente el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados son los únicos que pueden salvar nuestro mundo, sabiendo que El Agujero se precipita inexorablemente hacia el Sol.

Consigue este libro en: https://hardsf.space/links/1306601

Nación de Marte (Parte 1)

La NASA por fin lo ha conseguido. El primer ser humano acaba de pisar la superficie de nuestro planeta vecino. Es el comienzo de una larga expedición de investigación que ha enviado a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos que tienen este destino. La iniciativa de financiación privada Marte para todos también tiene como objetivo el Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los retos surgen incluso antes de que alcancen la órbita de Marte. La nave espacial Santa María del MpT sufre una avería por el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie prevé la inminente catástrofe que amenaza su propia existencia—por no hablar de los obstáculos diarios que les plantea una estancia prolongada en un planeta alienígena. En Marte comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

Puedes comprar este título en: https://hardsf.space/links/1316050

Impacto: Titán

¿Cómo evitar acabar con la Tierra si ni siquiera sabes quién envió al asesino?

Hace 250 años, la humanidad estuvo a punto de ser destruida en la Gran Guerra. Poco antes, una nave espacial llena de investigadores y astronautas había encontrado un nuevo hogar en Titán, la luna de Saturno, y sobrevivido adaptando genéticamente a sus descendientes al hostil entorno.

Los Titanes, como se hacen llamar, se enorgullecen de su sociedad cooperativa y pacífica, mientras que, sin que ellos lo sepan, la humanidad se recupera lentamente en la Tierra. Cuando un trozo de roca de 30 kilómetros de ancho escapa del cinturón de asteroides y parece estar en curso de colisión con la Tierra, los Titanes temen que pueda ser un bombardeo mortal. ¿Serán capaces de impedir el impacto y evitar así una guerra con los terrícolas que, de otro modo, sería inevitable?

Puedes adquirirlo en: https://hardsf.space/links/3402094

¡GRACIAS, estimado lector! Gracias por permitirme llevar a cabo una medición física cuántica en ti. Espero que no te importe que tu función de onda se colapse en el proceso. Yo no tengo la culpa de la decoherencia inevitable entre tu yo como no-lector potencial y tu otro yo como lector evidente de estas líneas. Tu interacción con el libro, en forma de pasar las páginas, es la única responsable de que ahora estés conmigo, como autor, atrapado en una versión muy concreta del multiverso.

Es cierto que describir nuestro mundo en términos de física cuántica suena extraño. Esto se debe a que esta rama de la física moderna, a menudo denominada mecánica cuántica o teoría cuántica, está pensada para describir los fenómenos del mundo microscópico. Mientras que la teoría general de la relatividad (TGR) de Einstein se dedica a la estructura del cosmos en las dimensiones más grandes, la física cuántica se aleja de nuestra experiencia cotidiana para describir las más pequeñas.

Si me acompañas en esta pequeña excursión, comprobarás retrospectivamente que nuestra imaginación no da abasto. El sentido común se adapta a nuestras experiencias cotidianas, donde las manzanas siempre caen del árbol, las líneas rectas no tienen curvas y todo tiene su lugar fijo y previsible.

Sin embargo, el mundo en el nivel más pequeño no está predeterminado de esta manera. En el mejor de los casos, la manzana microscópica cae más a menudo hacia abajo que hacia arriba. Incluso en condiciones idénticas, el resultado de un experimento no está garantizado. La teoría permite hacer predicciones estadísticas: si repetimos el experimento con suficiente frecuencia, una determinada condición se producirá con una probabilidad u otra, del mismo modo que 1.000 lanzamientos de un dado de seis caras producen un resultado medio de 3,5. Este ejemplo es apropiado en este caso, porque un dado de seis caras tiene una cara con tres puntos y otra con cuatro, pero ninguna con tres y medio.

En el reino cuántico, también hay que renunciar a otras preciadas garantías. Por ejemplo, tu capacidad para predecir simultáneamente dónde está tu perro en un momento dado y hacia dónde se mueve en ese momento. Cuanto más precisa sea la posición del animal, menos sabrás a qué velocidad persigue a un gato.

Y lo que es peor: incluso tienes que renunciar a la suposición de que el perro, el gato o incluso tu pareja se encuentran en un lugar fijo en un momento fijo. Desde el punto de vista de la física cuántica, tal suposición carece de sentido. Los objetos del reino cuántico no solo

pueden estar en distintos lugares al mismo tiempo, sino que explotan constantemente esta increíble libertad. Estas limitaciones no se deben a la incapacidad de los científicos para medir o calcular con precisión; están impresas en la materia, como han demostrado los físicos cuánticos.

Para compensarlo, la teoría también nos ofrece posibilidades prácticas completamente nuevas que la física clásica desterraría al reino de la ficción:

- electricidad que fluye sin pérdidas (superconductividad)
- ordenadores que determinan todas las soluciones posibles a una tarea simultáneamente en un solo paso de cálculo, sin saber siquiera cuál es la tarea (ordenador cuántico)
- métodos de cifrado que protegen los canales de datos tan bien que ni siquiera los servicios secretos de chat mejor equipados tienen ya la posibilidad de intervenirlos clandestinamente (criptografía cuántica)
- transferencia instantánea de propiedades cuánticas a grandes distancias (teletransporte cuántico)

Una cita atribuida al físico danés Niels Bohr resume muy bien estos extraños fenómenos: «Si la mecánica cuántica no le ha impactado profundamente, es que aún no la ha entendido». Espero que en las páginas siguientes no solo pueda asombrarte, sino también informarte. Si sigues sin entenderlo, puedes consolarte con una cita del premio Nobel Richard Feynman. «Creo que puedo afirmar sin temor a equivocarme que nadie entiende la mecánica cuántica», dijo en una serie de conferencias en la Universidad de Cornell en noviembre de 1964.

La dualidad onda-partícula

Algunos físicos afirman que los que entienden demasiado de física clásica son los que más problemas tienen con la teoría cuántica. Teniendo esto en cuenta, enhorabuena si la física nunca ha sido una de tus asignaturas favoritas. Para las páginas siguientes, lo único que necesitamos es una base común para poder hablar entre nosotros en el mismo idioma.

Por ejemplo, una partícula en el lenguaje cotidiano es simplemente una parte de algo más grande. Tiene toda una serie de propiedades –ubicación, tamaño, estructura, color, etc.– que pueden cambiar con el tiempo. Una manzana cae de un árbol (cambio de ubicación). Si nadie la recoge, se volverá marrón (cambio de color) y, finalmente, blanda (cambio de estructura). Estos cambios son predecibles (determinados) para cualquiera que esté familiarizado con las manzanas.

La partícula clásica

La mecánica clásica, formulada principalmente por Newton, revela la rapidez con que la manzana cae al suelo desde cierta altura. La química sabe cómo cambia de color la manzana. La biología hace predicciones sobre lo que acabará saliendo del núcleo. Pero la química y la biología no nos interesan aquí; nos limitaremos a la mecánica, una subdisciplina de la física. Los parámetros de una manzana (como encarnación de la partícula) son su masa, su ubicación y su velocidad. Si multiplicamos masa y velocidad, obtenemos el impulso. La dirección y la cantidad de impulso determinan lo que ocurre cuando dos partículas chocan.

Las partículas tienen otra propiedad muy práctica que a primera vista parece trivial. Se pueden contar. Una manzana, dos manzanas... El hecho de que aprendamos a hacerlo en los primeros años de vida no lo hace menos extraordinario. Solo porque las partículas se pueden contar se pueden sumar y restar de la misma forma que nos enseñó el simpático profesor de primaria antes de que el desagradable profesor de matemáticas le quitara toda la gracia a la aritmética.

Esto no se aplica al oponente de la partícula, la onda. No se puede contar. Como seguro que en este punto me contradices basándote en los recuerdos de tus últimas vacaciones junto al mar, tengo que aclarar un malentendido. Para ello, túmbate mentalmente en un colchón de aire que flote sobre el mar. ¿Sientes que el mar te sube y te baja? Las olas son un tipo de onda, que se forman en el agua. La depresión de las olas sigue a la cresta de las olas en una secuencia interminable. Sin embargo, lo que sientes no son muchas olas individuales, sino los desplazamientos de una única ola. La ola está donde tú estás flotando, pero también está rompiendo en la playa o formando crestas y depresiones mar adentro. A diferencia de la partícula, las ondas no tienen una ubicación específica.

Lo que ves como una, dos, tres o cuatro olas rompiendo en la orilla es, en realidad, siempre la misma ola. Tampoco se mueve y, por lo tanto, no se le puede asignar ninguna velocidad. El hecho de que se formen crestas y depresiones en la superficie del mar se debe al movimiento incesante y elíptico de las moléculas de agua que componen la ola. Si no fuera así, ¿realmente avanzaría el agua de las olas? ¿Se secarían los océanos en algún punto intermedio? ¿O has experimentado alguna playa en la que el agua no chapotee contra la orilla? También puedes comprobarlo colocando una pelota sobre una ola. Solo se mueve hacia la orilla cuando el viento o la corriente la impulsan hacia allí.

En lugar de estar definida por la posición y el momento, como ocurre con las partículas clásicas, una onda está definida físicamente por otras dimensiones. La cantidad de desplazamiento, es decir, la distancia entre la cresta y el valle, se denomina amplitud (para ser precisos, la amplitud es la mitad de la diferencia de altura entre la cresta y el valle). La distancia espacial a la que se suceden dos crestas de onda se llama longitud de onda, mientras que el intervalo de tiempo se denomina frecuencia. La longitud de onda y la frecuencia son inversamente proporcionales: cuanto mayor es la longitud de onda, menor es la frecuencia.

Una onda no puede describirse completamente sin velocidad. Las crestas de las ondas (que los legos suelen confundir con la propia onda) se mueven, con lo que se denomina velocidad de fase. Sin embargo, se trata de una propiedad de la onda en su conjunto. Como no se puede asignar una ubicación a la onda, esta no puede cambiar de ubicación. En segundo lugar, está la velocidad de propagación de la onda. Si tiras una piedra al agua, la onda resultante (exactamente una)

se propaga en círculo por toda la superficie del agua. Si gritas en una cueva, la onda sonora que emites (una onda de presión) se propaga a la velocidad del sonido en la dirección del grito hasta que se refleja en las paredes y vuelve en forma de eco. Al encender una linterna, las ondas luminosas (electromagnéticas) se propagan por todo el universo a la velocidad de la luz c.

Otra particularidad que ya he mencionado es que, a diferencia de las partículas, las ondas no se pueden contar. Puedes contar cuántas crestas de ola chocan con la orilla en un periodo determinado. Sin embargo, solo has determinado la frecuencia de la única onda que estás observando todo el tiempo. ¿Y cómo se pueden sumar dos cosas que no se pueden contar? Desde luego, no con la aritmética habitual de las partículas: uno más uno es igual a dos. En el caso de las ondas, el resultado depende de cómo se encuentren exactamente las crestas y las depresiones de las dos ondas, los físicos llaman a este proceso «interferencia». Si las crestas de las ondas están exactamente una encima de la otra (estas ondas se llaman «en fase»), el desplazamiento aumenta («interferencia constructiva»). Sin embargo, si las crestas y las depresiones se alinean (las ondas están «desfasadas»), el resultado son crestas más pequeñas («interferencia destructiva»). Si se lanza una segunda piedra del mismo tamaño después de la primera en el momento justo, con un poco de suerte se puede borrar por completo la primera onda. Sin embargo, lo normal es que las dos ondas se encuentren y se produzcan interferencias. El principio de los auriculares con supresión de ruido se basa en la interferencia destructiva. Escuchan los sonidos del entorno y generan ellos mismos ondas sonoras que apagan todo lo que viene de fuera (con mayor o menor éxito, pero eso es un problema de tecnología imperfecta).

Un segundo fenómeno que solo se produce con las ondas y no con las partículas clásicas es la difracción. Si una partícula choca contra un obstáculo, inevitablemente rebota. Si el obstáculo tiene un agujero, la partícula seguirá rebotando, a menos que golpee el agujero. En ese caso, lo atraviesa en línea recta. Con las ondas es distinto: cada agujero y cada borde se convierten en la fuente de una nueva onda. ¿Te has fijado en las ondas típicas de la entrada de un puerto, por ejemplo? Otras ondas, como el sonido, también muestran estos patrones. Esta es la razón, por ejemplo, de que el ruido de la calle penetre en la habitación, aunque la ventana esté solo ligeramente abierta. Sin la difracción de las ondas sonoras, el ruido sería mucho menor. Por otra parte, sin difracción, probablemente solo oirías lo que alguien te susurrara directamente al canal auditivo.

A simple vista, la luz no muestra este comportamiento. Puedes comprobarlo tú mismo poniéndote al sol. Tu sombra tiene contornos bien definidos. Si tu cuerpo difractara la luz, tu sombra se vería difuminada. Por eso, hasta finales del siglo XVIII, los científicos suponían que la luz estaba formada por un flujo de partículas diminutas. Sin embargo, esta impresión es engañosa: nuestros ojos simplemente no ven con suficiente claridad. El jesuita y físico italiano Francesco Maria Grimaldi midió la difracción de la luz ya en el siglo XVII y acuñó el término «difracción» en un artículo publicado, póstumamente, en 1685. Sin embargo, tuvieron que pasar más de cien años para que el científico inglés Thomas Young convenciera al mundo científico de las propiedades ondulatorias de la luz. En 1803, presentó su experimento de la doble rendija en una conferencia en la Royal Society de Londres, varias versiones del cual también ayudaron más tarde a establecer la física cuántica.

Young demostró que la luz no se propaga en línea recta como una corriente de partículas, sino que forma los patrones de interferencia reconocibles en el agua y las ondas sonoras, como una secuencia de franjas oscuras y claras. El hecho de que esto no pueda detectarse a simple vista se debe simplemente a la muy corta longitud de onda de la luz. Mientras que las olas en el agua miden varios metros, las ondas luminosas solo miden una décima de micrómetro, es decir, una diezmilésima de milímetro. Las rendijas en las que se realiza el experimento de interferencia también deben ser correspondientemente estrechas. El experimento de Young (y los de científicos posteriores) puso fin por el momento al debate sobre la naturaleza de la luz, que a partir de entonces se consideró una onda.

Con el tiempo, sin embargo, algunas pequeñas incoherencias se extendieron por el marco de la física clásica, por ejemplo, la llamada radiación de cuerpo negro que emiten los cuerpos cuando se calientan. Cuando se examinaron con más detenimiento, se descubrió que la proporción de diferentes colores de luz (el espectro) en la luz emitida depende únicamente de la temperatura del cuerpo, y no del material. ¿Por qué no influye el material? ¿No debería brillar el hierro de forma diferente al cobre cuando se calienta?

No. De hecho, los científicos también consiguieron demostrar experimentalmente que esto ocurre. Los resultados medidos se correspondían exactamente con la predicción, solo que no había ninguna teoría que justificara esta predicción. Según el método de cálculo clásico, la intensidad de la radiación debería aumentar desmesuradamente a longitudes de onda más cortas; los físicos llamaron a esto la «catástrofe ultravioleta». Pero eso no ocurría en la práctica, por lo que era necesaria una nueva teoría.

Una idea propuesta por el físico alemán Max Planck, en 1900, ofrecía un remedio: Planck se basaba en la hipótesis de que las ondas luminosas transportan energía en pequeños bocados, cuyo tamaño se calcula siempre a partir de múltiplos de un valor fundamental. Este valor fundamental era el producto de la frecuencia de la luz y una constante, h, cuyo valor calculó Planck basándose en la distribución de energía de la radiación de un cuerpo negro. Cuanto más grande es el bocado, más energía transporta. Pero la energía siempre se presenta en porciones, cuantizada; no puede dividirse a voluntad.

El propio Planck no llegó a esta idea porque creyera en su realidad física. Le parecía francamente absurdo imaginar las ondas como escaleras. Las olas, por ejemplo, se producen a cualquier altura, no solo en ciertos múltiplos de una onda básica; por ejemplo, en incrementos de uno, dos, tres y cuatro metros. Por otra parte, la cuantización sí se da en la naturaleza: una gota de agua, por ejemplo, siempre se desprende del grifo a un tamaño determinado, que depende del tamaño y el material de la salida. Pero en cuanto cae en el fregadero, la estructura anterior, la cuantización, ya no puede detectarse. ¿Podría ser la cuantización de la luz un fenómeno puramente relacionado con la radiación del cuerpo negro y que realmente solo ocurre allí? Esa era la idea básica de Planck en ese momento; los «cuantos» podrían eliminarse de nuevo. En consecuencia, intentó utilizar trucos matemáticos para tratar las cantidades parciales de energía que él mismo había introducido. Pero

resultaron ser tan persistentes que tuvo que retenerlas.

Su recompensa: la constante, h, que más tarde tomó su nombre, la constante de Planck. Su valor es de 6,626 x 10^{-34} kg m^2/s, tan pequeño que, con la conciencia tranquila, podemos sustituirlo por cero para la mayoría de los procesos cotidianos.

Pero fue otro fenómeno físico el que finalmente puso a los científicos tras la pista del cuanto: el efecto fotoeléctrico. Según este, los electrones (portadores de carga negativa que constituyen la base de la electricidad) se liberan cuando un metal se expone a ondas luminosas. Esto ya se sabía en 1839. Al principio se suponía que las ondas luminosas «sacudían» los átomos metálicos hasta liberar los electrones. Si así fuera, una sacudida enérgica (más luz) produciría un efecto fotoeléctrico más intenso (más electrones liberados). Pero el efecto fotoeléctrico no puede intensificarse aplicando más luz. Más bien, su nivel depende únicamente de la longitud de onda o frecuencia de la luz a la que se somete el metal. Por debajo de una determinada frecuencia mínima, no ocurre nada; después, la energía de los portadores de carga liberados aumenta con la frecuencia de la luz.

Albert Einstein encontró una explicación sencilla para este efecto en 1905. Utilizó la idea de Planck e imaginó pequeñas partículas de luz cuya energía era igual a la frecuencia de la luz multiplicada por la constante de Planck. Mientras la energía de las partículas de luz (fotones) no fuera suficiente, debido a su baja frecuencia, para liberar un electrón del metal, no pasaba nada. Pero si la energía de una sola partícula luminosa superaba el nivel mínimo de energía, podía cumplir su cometido. Entonces, el electrón tomaba la energía residual (energía del fotón menos la energía necesaria para la liberación) que aún quedara. La energía residual también está directamente relacionada con la frecuencia de la luz, pero no con su intensidad (es decir, el número de fotones).

Esta audaz suposición de Einstein, que entonces no era tan famoso, fue recibida inicialmente con escepticismo en el mundo científico. En 1916, el físico estadounidense Robert Millikan intentó refutar la teoría realizando mediciones especialmente precisas. Pero no lo consiguió. Al contrario: confirmó el pronóstico. En 1921, Einstein recibió el Premio Nobel de Física por su explicación del efecto fotoeléctrico.

En 1922, el físico estadounidense Arthur Compton demostró además lo que se conoció como Efecto Compton. Demostró que los fotones poseían otra característica de las partículas, tenían momento (calculado dividiendo la constante de Planck por la longitud de onda) y podían transferir parte de él a los electrones cuando chocaban con ellos. Del mismo modo que una bola de billar, al chocar con otra bola, le transfiere parte de su velocidad y se vuelve más lenta, el fotón transmite a un electrón parte de su momento cuando chocan. Sin

embargo, a diferencia de la bola de billar, no puede ralentizarse: la luz siempre se mueve a la velocidad de la luz. Pero cambia su color, es decir, su frecuencia, que Planck ya había relacionado con la energía.

Entonces, si la luz es a la vez partícula y onda, ¿no sería justo atribuir propiedades ondulatorias a todos los demás objetos que antes se consideraban partículas clásicas?

El físico francés Louis de Broglie fue el primero en expresar esta idea, en 1923, cuando trabajaba en su tesis doctoral. Si el momento de un fotón es el resultado de h dividido por la longitud de onda, entonces la longitud de onda de una partícula también podría obtenerse inversamente dividiendo h por el momento. Fue gracias a la defensa de Albert Einstein, que ya había recibido el Premio Nobel, que de Broglie obtuvo su doctorado a pesar de lo que era una suposición atrevida para la época.

Pocos años después, el dúo estadounidense Davesson y Germer y el inglés George Thomson demostraron la teoría de de Broglie midiendo por separado los patrones de difracción de los electrones. En 1937, los tres compartieron el Premio Nobel de Física por sus pruebas de las propiedades ondulatorias de los electrones (curiosamente, Thomson padre recibió el Nobel de Física por demostrar las propiedades de partícula de los electrones).

Los patrones de interferencia típicos de todas las partículas elementales, pero también de átomos y moléculas, han quedado ahora claramente demostrados. Científicos de todo el mundo intentan superarse enviando objetos cada vez más complejos a través de la doble rendija de Young.

¿Se demostrará algún día que los objetos cotidianos tienen propiedades ondulatorias, por ejemplo, un balón de fútbol lanzado a través de dos agujeros en la pared de la portería de un pabellón deportivo? Con una longitud de onda de aproximadamente 10^{-34} metros, sería difícil construir una pared de portería adecuada, porque los dos agujeros a los que tendrían que apuntar los futbolistas deberían medir también solo unos 10^{-34} metros. Y eso es muy, muy pequeño; tan pequeño que incluso los protones y neutrones, las partículas elementales que componen un núcleo atómico, serían gigantes 19 órdenes de magnitud más grandes en comparación.

La física cuántica no estaba completa con el reconocimiento de que todos los objetos tienen propiedades tanto de partículas como de ondas. Hacían falta algunos ingredientes más, sobre todo para explicar qué significa realmente este dualismo. ¿Qué determina qué lado muestra actualmente un objeto? ¿Y cómo puede describirse el movimiento clásico de una partícula como una onda estacionaria?

Superposición

La materia tiene propiedades tanto de partícula como de onda; eso ya lo sabemos. ¿Y qué? El pan de jengibre sabe a la vez dulce y picante, ¿dónde está el problema? Echemos otro vistazo al experimento de la doble rendija de Young. Como la longitud de onda mecánica cuántica del pan de especias es demasiado pequeña para construir una rendija adecuada, disparemos electrones a la doble rendija. La pantalla del detector que hay detrás muestra los típicos patrones de interferencia.

Ahora bajemos la frecuencia de disparo hasta el punto de que solo enviemos un electrón a la vez en su camino. Los patrones de interferencia siguen siendo los mismos. Claro, un electrón individual también es una onda, que en este caso está interfiriendo consigo misma, por lo que no necesita una segunda onda. Y ¿qué significa esto para la partícula llamada electrón? Según los conocimientos actuales, los electrones son indivisibles. Así que debe haberse decidido por una rendija. Pero ¿por qué rendija pasó?

Para comprobarlo, cerramos la rendija superior. El patrón de interferencia desaparece. Todos los electrones golpean el detector directamente a través del orificio inferior, volando en línea recta, como cabría esperar de una partícula. Lo mismo ocurre si cerramos el agujero inferior. Aunque cerramos alternativamente un agujero y abrimos el otro, los máximos y mínimos de intensidad típicos de la interferencia no aparecen en la pantalla. Nuestra selección experimental de una rendija concreta hace que el electrón vuelva a comportarse de repente como una pequeña partícula buena, renunciando a la interferencia.

Así que mantendremos ambas rendijas abiertas y supondremos simplemente que el electrón ha volado esta vez a través de la rendija superior. Entonces tendría que chocar con el detector directamente detrás de la rendija superior. Pero entonces ya no podría crear un patrón de interferencia, porque para hacerlo también tendría que volar a través de la rendija inferior. Por tanto, la partícula no puede haber atravesado la rendija superior. Si damos la vuelta a este experimento, la rendija inferior también puede ser eliminada como camino para el electrón.

Este dilema nos lleva a una conclusión que en la física clásica se tacha de completamente disparatada: el electrón indivisible debe haberse desplazado simultáneamente (¡!) por ambas rendijas. Si no le privamos de la decisión cerrando uno de los dos caminos, simplemente elige los dos a la vez. El sentido común no quiere aceptar esta conclusión, pero eso es simplemente porque se encuentra en el

mundo cotidiano. Las leyes de la física cuántica también se aplican aquí, pero influyen tan poco en lo que ocurre que no nos damos cuenta. Esto no es raro: los humanos tampoco notamos aquí las reglas de la teoría de la relatividad. ¿O te has dado cuenta de que el tiempo pasa una fracción más rápido en un tren o en un coche?

Puedes consolarte con el Premio Nobel Richard Feynman, que calificó la descripción de la realidad desde el punto de vista de la física cuántica de «absurda desde el punto de vista del sentido común», pero también de «confirmada en todos sus detalles por la experimentación». «Espero», dijo el profesor de física, «que simplemente podáis aceptar la naturaleza como lo que es: absurda».

Lo absurda que es en realidad la naturaleza queda aún más claro cuando aceptamos lo que los científicos llaman «elección retardada». Esto se refiere a la estrategia de cerrar una de las dos rendijas en el experimento de la doble rendija (abrirla también funciona) después (¡!) de que la partícula haya pasado el obstáculo, pero antes de que haya aparecido en el detector. A primera vista, el resultado contradice la causalidad. Si cerramos la rendija después de que la partícula la haya atravesado, ¡no debería tener ningún efecto sobre el resultado! Pero para que se produzca o no la interferencia, en realidad es irrelevante cuándo creamos exactamente las condiciones adecuadas, es decir, abrir o cerrar la rendija. Mientras el detector no haya respondido todavía, podemos influir en el resultado del experimento. Aunque el electrón ya haya atravesado la rendija, podemos imponerle nuestra voluntad y, aparentemente, corregir su decisión a posteriori.

El físico John Archibald Wheeler, a quien se atribuye este experimento de «elección retardada», llevó esta idea al extremo con un experimento mental. La luz de unos objetos celestes lejanos llamados cuásares nos llega duplicada. Esto se debe a que la fuerza de atracción de los objetos masivos entre el cuásar y la Tierra funciona como una lente; lo reconocerás por el efecto de la lente gravitatoria descrito en la novela, que se deriva de la teoría de la relatividad. Si los fotones que recorrieron un camino diferente se vuelven a juntar en el experimento, un cambio en la configuración del experimento puede determinar qué camino debieron tomar las partículas de luz hace eones, incluso miles de millones de años después del inicio de su viaje.

Lo absurdo de la naturaleza puede resumirse en una palabra y una fórmula. La palabra mágica es «superposición». Describe la característica fundamental de todo sistema cuántico, que consiste en existir, simultáneamente, en todas sus condiciones teóricamente posibles. Cansado y alerta, encendido y apagado, luz y oscuridad, frío y calor, cara o cruz, los sistemas cuánticos no necesitan decidirse por una cara de la moneda. Pero sigue sin haber arbitrariedad. La probabilidad de encontrar el sistema en un estado determinado

durante una medición viene descrita por su función de onda. Se trata de una función compleja que también puede tener partes imaginarias. ¿Recuerdas de tu época escolar los números imaginarios que resultaban de la raíz cuadrada de menos 1? Ahora les has encontrado una aplicación práctica que tu profesor de matemáticas no te dio. La probabilidad de que un parámetro (como la ubicación de la partícula) tenga un valor determinado se calcula a partir del cuadrado del valor absoluto de esta función. Pero cuidado: ¡solo es una probabilidad, no una predicción exacta! Es muy probable que la manzana se pudra si no se recoge del suelo, pero también podría mantenerse fresca.

El hecho de que las partículas se comporten de este modo priva a la ciencia de un aspecto fundamental de la física clásica que también tiene una vertiente filosófica: evidentemente, no hay predeterminación exacta, no hay determinismo en la naturaleza. Solo hay tendencias. Aunque las condiciones iniciales sean idénticas, no se puede predecir el resultado de un proceso.

Desde el Siglo de las Luces, los científicos estaban muy orgullosos: con la ayuda de la mecánica newtoniana, la compleja interacción del cosmos podía calcularse hasta el más mínimo detalle. Si tan solo pudiéramos medir con precisión las condiciones de partida, podríamos calcular el destino de cada sistema, prometían entonces los científicos. La física cuántica descartó de plano este punto de vista. En comparación, el aleteo de una mariposa en la selva amazónica, que provoca una tormenta eléctrica, es un fenómeno clásico. El hecho de que no podamos incorporar el batir de las alas a nuestro modelo meteorológico se debe a nuestra falta de capacidad. Unos cálculos tan complejos abrumarían a cualquier superordenador, y sencillamente no somos capaces de registrar todas y cada una de las mariposas simultáneamente.

Sin embargo, la incertidumbre que la física cuántica introduce ahora en la naturaleza es de una calidad completamente distinta. Dice que una predicción exacta es en principio imposible. El azar es el elemento determinante que no puede superarse con ningún truco. El universo no es el complicado mecanismo de relojería que Newton y sus sucesores creían que era.

¿Te parece este concepto un poco negativo? Entonces estás en destacada compañía. Incluso Albert Einstein, que al fin y al cabo fue uno de los cofundadores de la teoría cuántica, se mostró escéptico: «Dios no juega a los dados», declaró varias veces (incluso en una carta a su colega Niels Bohr), describiendo su malestar por el hecho de que la teoría cuántica eliminara de la física la clara relación causa-efecto. Más adelante veremos que hay un segundo obstáculo para predecir con certeza el desarrollo de un sistema cuántico.

La ecuación de Schrödinger

¿Cómo se obtiene la función de onda de una partícula o de otro sistema cuántico? ¿Cómo se calcula? Para ello, hay que hacer algo que siempre ha sido muy popular en clase: resolver una ecuación, la ecuación de Schrödinger. Se trata de una ecuación diferencial parcial.

¿Aún recuerdas el término «derivación»? Aparecía en clase de matemáticas cuando se hablaba de curvas. El máximo o el mínimo de una función puede calcularse buscando posiciones en la curva de la función donde la pendiente sea cero. La pendiente de una función se puede calcular a partir de su primera derivada. La primera derivada de la función $f(x) = x^2$, por ejemplo, es $f'(x) = 2x$. Una ecuación diferencial es una ecuación que también contiene derivadas de la función que contiene. Si eso te daba dolor de cabeza en el colegio, no te preocupes, esta vez no tienes que resolver estas ecuaciones tú solo. En su forma más general, la ecuación es:

$$i\hbar\frac{\partial}{\partial t}\Psi = \hat{H}\Psi$$

Donde i es el número imaginario (raíz cuadrada de -1), ħ (h-bar) es la constante de Planck dividida por 2π (π es pi). Ψ (psi) es la función de onda de la partícula. En el lado izquierdo de la ecuación está la función de onda en su derivada según el tiempo (δ/δt) - que describe cómo evoluciona la función de onda con el tiempo.

El operador hamiltoniano del lado derecho (la H con el sombrero) describe las relaciones físicas del sistema, por ejemplo, el momento y la masa de las partículas que lo componen y las fuerzas que actúan sobre él. En este sentido, el operador hamiltoniano no es más que un espacio en blanco que los físicos tienen que rellenar con el contenido adecuado para aplicaciones específicas. Lo que a menudo no es tan fácil y si se consigue, no significa que la ecuación resultante también se pueda resolver.

Pero si los científicos lo consiguen, habrán adquirido muchos conocimientos. La ecuación de Schrödinger se parece a las ecuaciones

clásicas del movimiento que aprendiste en el colegio solo a primera vista. La ecuación x(t) = v*t, por ejemplo, da la posición x de una partícula en relación con el tiempo t si la partícula se mueve a la velocidad v. Sin embargo, la función de onda Ψ, la solución a la ecuación de Schrödinger no solo determina parámetros individuales como la posición, sino que contiene todas (¡!) las propiedades de un sistema cuántico en un momento dado.

Determinar la función de onda (el objetivo al resolver la ecuación de Schrödinger) no es tan fácil como lo era en clase. Aparte de casos especiales, los físicos suelen tener que conformarse con lo que se conoce como métodos numéricos. Se trata de métodos de aproximación que utilizan un ordenador. Dependiendo de la complejidad del sistema, esto requiere mucha potencia de cálculo.

El gato de Schrödinger

Cuando Erwin Schrödinger formuló su ecuación, ni él mismo estaba seguro de lo que realmente había surgido. Al principio solo pensaba en un caso particular, igual que Planck había desarrollado sus ideas específicamente para la radiación del cuerpo negro y se sorprendió de lo universalmente aplicables que resultaron ser. El problema que veía Schrödinger era que la medida influía en el resultado. Podemos cambiar el resultado del experimento de la doble rendija a posteriori, pero solo si el electrón aún no ha golpeado el detector, es decir, aún no se ha medido. Medir es algo que hacen los humanos. Pero no hace tanto tiempo que existimos: ¿cómo funcionaba el universo antes? La verdadera pregunta es: ¿cómo es posible que un elemento tan subjetivo como un observador defina la realidad? Porque, onda o no, un detector mide el electrón en un lugar muy concreto.

Schrödinger sospechaba que faltaba un elemento, una variable oculta que intentó desvelar con un experimento mental que desde entonces se ha hecho famoso. Imaginemos un gato en una caja opaca y cerrada. Dentro de la caja hay un aparato controlado por la desintegración de un átomo radiactivo. Si el átomo se descompone, el aparato libera un gas venenoso que mata al gato. Este proceso es puramente aleatorio, una propiedad de la desintegración radiactiva. Se puede decir cuántos de 1000 átomos se descompondrán en una hora. Pero es imposible determinar el tiempo de vida restante de un solo átomo. Schrödinger se pregunta entonces: ¿cuál es el estado del gato? ¿Está vivo o muerto?

Desde el punto de vista de la teoría cuántica, la respuesta tiene que ser: el gato está en la superposición de los dos estados «vivo» y «muerto». Eso es válido hasta que alguien abre la caja. Una vez que un observador ve al gato –vivo o muerto– la superposición colapsa. También podríamos decir: el gato pasa o bien al estado de estar «muerto» o bien al estado de estar «vivo».

Los físicos cuánticos llevan mucho tiempo discrepando sobre lo que esto significa para nuestra comprensión de la realidad. La interpretación de Copenhague, por ejemplo, formulada por Niels Bohr y Werner Heisenberg en Copenhague en 1927, supone que la función de onda se colapsa en el momento de la medición y, como resultado de esta, adquiere uno de los dos posibles valores medidos. La interpretación más extrema es que al gato no lo mata el gas venenoso activado por la desintegración nuclear, sino la persona que abre la caja.

La teoría de los muchos mundos de Everett ofrece una explicación

alternativa. Esta idea propone que cada estado posible se realiza realmente, y genera su propio universo, que está completamente separado de todos los demás universos. Así, según esta teoría, existe un universo en el que lees este libro y otro en el que, en cambio, ves una película. Me alegro de que nos hayamos conocido en este universo.

Lo interesante de esta teoría es que no solo pueden ocurrir las cosas más improbables, sino que tienen que ocurrir, siempre que sean posibles. Así que hay al menos un universo en el que una taza saltó por los aires por sí sola, porque todos sus átomos se movieron hacia arriba casualmente de forma simultánea. De ahí que los críticos se quejen de que el concepto de probabilidad pierde aquí su sentido.

Una teoría algo más digerible es la conocida como teoría de la decoherencia. Afirma que un sistema cuántico cambia inevitablemente para siempre al interactuar con su entorno, es decir, pierde sus propiedades cuánticas. Este proceso se denomina decoherencia. El observador pierde el papel dominante que tenía en la interpretación de Copenhague (algunos de sus partidarios llegan a dudar de la existencia de la realidad fuera del observador). Una observación o medición no es más que una interacción con el entorno. El observador solo puede determinar el estado del gato en la caja si los fotones interactúan primero con el gato. Incluso podemos calcular la rapidez con la que se produce la decoherencia, que es increíblemente rápida para los objetos cotidianos. En condiciones normales, una bola de bolos, por ejemplo, deja de tener propiedades cuánticas al cabo de 10^{-26} segundos.

Hay una interpretación especialmente elegante de la física cuántica de la que no quiero privarte, una de mis favoritas: «Cállate y calcula», que se refiere al hecho de que la ecuación de Schrödinger ofrece un montón de resultados interesantes con independencia de cómo los interpretes filosóficamente. De hecho, las diversas interpretaciones no cambian en absoluto las leyes de la mecánica cuántica. Las interpretaciones no son teorías, son meros intentos de expresar los hechos y procesos que se pueden encontrar de forma verificable en el micro mundo de tal manera que sean comprensibles para los humanos. Si nosotros mismos viviéramos en el mundo cuántico, probablemente necesitaríamos interpretaciones para lo que nos encontramos a diario. Disculpe, ¿un objeto tiene que elegir un lugar fijo? Eso es absurdo, diríamos, todo el mundo sabe que los objetos están en todas partes y en ninguna.

Por tanto, ninguna de las interpretaciones es verdadera o falsa. Por eso algunos físicos prefieren dejar el filosofar a los filósofos, y utilizar ellos mismos simplemente los instrumentos de la teoría cuántica.

Imposible de mirar de cerca

Aparte de las afirmaciones puramente estadísticas de la física cuántica, hay otra razón por la que las afirmaciones exactas sobre el mundo definitivamente no son posibles. Me refiero al principio de incertidumbre de Heisenberg. El físico alemán Werner Heisenberg lo formuló, en 1927, un año después de que Schrödinger presentara «su» ecuación. A menudo se presenta como uno de los fundamentos de la física cuántica, pero también puede derivarse de la ecuación de Schrödinger.

El propio Heisenberg lo presenta en un experimento mental: suponga que quiere determinar la posición o la velocidad de un electrón en un microscopio imaginario. Ver algo significa que su ojo recibe el impacto de una partícula de luz (fotón) procedente del objeto observado. Cuando esto ocurre, la partícula de luz y el objeto se empujan un poco (recuerde: los fotones también tienen momento). Esto cambia las propiedades tanto de la partícula luminosa como del objeto.

La manera exacta de medir la posición de un objeto depende de la longitud de onda de la partícula de luz. Cuanto más precisa sea la medición de la posición, menor será la longitud de onda de la luz que debe iluminar al objeto. Pero al reducirse la longitud de onda, aumenta el momento de la luz; ¿recuerdas la fórmula de Planck? Y durante la colisión del fotón y el electrón, que es necesaria para esta observación, parte de este momento se transfiere inevitablemente al electrón, lo que reduce tu conocimiento del momento del electrón (su velocidad). Cuanto más precisamente se quiera medir la posición, más imprecisa será la información sobre la velocidad. No es posible medir con precisión tanto la posición como la velocidad.

Hay que reconocer que los argumentos de Heisenberg son un poco débiles. Sigue medio atascado en la física clásica, porque al electrón se le atribuye una posición y una velocidad fijas, que acabamos de descartar. Sin embargo, la fórmula que Heisenberg derivó del experimento mental, que dice que el producto de las incertidumbres al medir el momento y la posición de una partícula nunca puede ser menor que $\hbar/2$, es una propiedad principal del mundo cuántico. Ni siquiera el instrumento de medición más preciso puede cambiar eso.

Estos principios de incertidumbre existen para muchas variables medidas, no solo para la posición y el momento. Se aplican a todas las variables para las que la secuencia de la medición es importante, es decir, las variables medidas «no intercambiables». Un ejemplo cotidiano típico de variable medida no intercambiable es pulsar la

tecla de un piano. Si quieres establecer cuándo y en qué tono sonó, tienes que analizar la frecuencia del tono durante un cierto periodo de tiempo. Sin embargo, de este modo no notarás exactamente cuándo sonó la nota. Las variables medidas intercambiables serían, por ejemplo, la longitud y la anchura de este libro. El hecho de medir primero la anchura o la longitud no cambiará el resultado. En consecuencia, también existe un principio de incertidumbre para esto.

El principio de incertidumbre nos dice cómo podemos imaginar el dualismo partícula-onda descrito con anterioridad. Dice que necesitamos una onda que se comporte como una partícula. Debe tener un máximo relativamente claro en el punto donde supondríamos que está la partícula clásica. Todas las demás posiciones en el universo tienen una probabilidad muy baja de que la partícula se encuentre allí.

La construcción matemática que tiene las propiedades que buscamos se llama «paquete de ondas». Un paquete de ondas es una superposición de muchas ondas individuales que oscilan de tal manera que resulta la estructura deseada, de forma similar a como un pintor mezcla distintos colores para conseguir el tono deseado. Cuanto más precisamente queramos fijar la ubicación de la partícula (es decir, cuanto más nítido queramos que sea el máximo), más ondas tendremos que juntar en el paquete. Pero como cada onda individual representada en el paquete aporta un momento diferente, nuestro conocimiento del momento del paquete de ondas se vuelve cada vez más impreciso. Esa es la verdadera razón del principio de incertidumbre.

POR CIERTO, el principio de incertidumbre no es una buena excusa cuando te pillan por exceso de velocidad. Aunque se aplica a cualquier objeto, no solo al reino cuántico, solo sería perceptible en la vida cotidiana si se pudiera medir la ubicación y la velocidad de un vehículo con 18 decimales, y la policía no es tan precisa.

Aun así, seguro que ya has tratado con este principio, por ejemplo, cuando conectas una memoria USB a tu ordenador. La memoria interna se basa en transistores que funcionan con el llamado efecto túnel. Aquí se puede aplicar el principio de incertidumbre, en el sentido de que el paquete de ondas de un portador de carga puede atravesar un obstáculo. ¿Cómo sería en física clásica? Imagina que vas en bicicleta y llegas a una montaña. Si no puedes rodearla, solo te queda una opción: poner la bicicleta en marchas cortas y pedalear hacia arriba. En la cima sientes que has hecho un esfuerzo. La recompensa: ahora tienes energía, en forma de lo que se conoce como energía potencial. La montaña que has escalado también se llama

potencial en física.

Como en todas las cumbres, ahora tienes un valle delante. Puedes levantar los pies de los pedales y dejar que la bici ruede. ¿Notas cómo aumenta tu velocidad? Te mueves más rápido en el punto más bajo. La medida de la energía cinética, la energía de tu movimiento –en su punto máximo en este punto– está directamente relacionada con la velocidad de tu movimiento.

Ahora esperemos que hayas inflado bien los neumáticos, para que la fricción no sea un factor demasiado importante. En ese caso, puedes seguir descansando las piernas. Tu bicicleta te llevará a la siguiente montaña exactamente a la misma altura que tenía la montaña anterior. Entonces se detiene. La energía cinética es cero, la energía potencial es máxima. Lo que ocurre a continuación depende de la altura de la montaña, es decir, de la «barrera potencial». Si esta montaña es más alta que la que acabas de bajar rodando, te verás «reflejado», inevitablemente volverás a rodar.

Lo mismo ocurre con los electrones. Si todo ocurre de forma clásica para ellos, se verán reflejados por un potencial (por ejemplo, eléctrico) superior a su energía. Sin embargo, en el mundo cuántico, el principio de incertidumbre se da no solo entre el momento y la posición, sino también entre la energía y el tiempo. Esto significa que no existe un punto de inflexión preciso para el electrón. Existe una cierta probabilidad de que se encuentre al otro lado de la montaña, aunque su energía fuera insuficiente para superarla. Es como encontrar un túnel a través de la montaña en bicicleta –de ahí, el término «efecto túnel»–. Por favor, no lo tomes al pie de la letra: ¡el electrón no ha cavado un túnel a través del obstáculo! No lo ha atravesado volando, ni ha entrado en la región prohibida. Ha aparecido al otro lado como si el obstáculo no existiera.

Teóricamente, también puedes elegir el atajo cuántico con tu bicicleta. En realidad, la probabilidad de que eso ocurra no es cero, pero es extremadamente baja porque tu masa es demasiado grande. Tendrías que seguir pedaleando sobre montañas durante mucho más tiempo del que ha existido el universo para atravesarlas sin esfuerzo una sola vez.

Aparte del ejemplo de los transistores, el fenómeno del efecto túnel también interviene, por ejemplo, en la desintegración alfa de los núcleos atómicos radiactivos. El microscopio de barrido en túnel es otra aplicación técnica de este fenómeno: puede utilizarse para representar superficies metálicas con alta resolución. Para ello, se pasa una punta metálica muy fina sobre la zona a inspeccionar. Si se aplica un voltaje, los electrones atraviesan la fina capa de aire que hay entre la superficie y la sonda de medición, fluye una corriente, y cuanto menor es la distancia, más intensa es la corriente.

Ya has aprendido dos de los tres fenómenos más importantes de la física cuántica. Pero la cosa se vuelve más misteriosa, hasta el punto de que incluso Einstein habló de procesos fantasmagóricos.

Entrelazamiento

Probablemente no haya ningún otro fenómeno de la teoría cuántica que haya dado tantos quebraderos de cabeza a los físicos de formación clásica como el entrelazamiento. Por eso se tardó tanto en aceptarlo como una propiedad genuina de los sistemas cuánticos. Antes se dedicó mucho tiempo a intentar explicarlo mediante enlaces ocultos que nos resultaban sencillamente inaccesibles.

Esto no se debe a que el concepto sea tan difícil de explicar. Se habla de entrelazamiento cuando un sistema compuesto asume un determinado estado sin que este sea atribuible a sus componentes. Suena sucinto, pero tiene consecuencias increíbles. Imaginemos un bol lleno de bolas de billar. Supongamos que el cuenco es azul. Pero cuando sacas una bola, no tiene ningún color perceptible, al menos en el ámbito cuántico. O imagina un coro cantando una melodía concreta. Si alejas a una de las cantantes diez metros del coro sin que deje de cantar, seguirás oyéndola cantar la melodía. En el reino cuántico, sin embargo, no se puede hacer tal afirmación; nunca se sabe lo que canta cada cantante y solo se oye el coro. Pero ahora imagina que llevas a cada uno de los cantantes del coro a una ciudad diferente. Ya no pueden oírse los unos a los otros. En el reino cuántico, el coro sigue cantando la misma melodía. Aquí es donde se vuelve realmente loco: haces que uno de los cantantes cante otra cosa y, de repente, todos los demás empiezan a cantar la nueva canción, a pesar de la distancia, como si pudieran sentirla.

Así se comportan las partículas entrelazadas. Los físicos lo expresan de una forma más compleja. Las mediciones de los subsistemas entrelazados están correlacionadas, independientemente de su distancia espacial. Tras llegar a una medición para un subsistema, la probabilidad cambia para la medición del otro subsistema. Esta correlación resultante del entrelazamiento cuántico también se conoce como correlación cuántica.

Con independencia de lo sistemáticamente que aísles dos sistemas entrelazados, o de lo lejos que los separes espacialmente, el entrelazamiento permanece. No es posible hacer afirmaciones sobre el estado de los componentes. Si se pudieran entrelazar los dados, el resultado de cada tirada seguiría siendo absolutamente aleatorio. Pero cuando un dado de un par entrelazado muestra actualmente un número par, el compañero entrelazado debe mostrar un número impar.

¿Cómo se crea un entrelazamiento físico cuántico? Los físicos ya han ideado los procesos más variados para ello. En primer lugar, se

necesitan dos sistemas que puedan entrelazarse y, en segundo lugar, se necesita un parámetro –una variable física– en la que se base el entrelazamiento. La variable elegida depende del tipo de objeto que se quiera entrelazar. Las partículas de luz (fotones) son un buen ejemplo.

La luz tiene la peculiar propiedad de poder polarizarse. Imaginemos un tendedero tenso en un jardín. Si tiras de él hacia abajo, simulas un movimiento ondulatorio vertical que se propaga por el tendedero. La onda está «polarizada verticalmente». Pero si tiras de ella hacia los lados, la línea oscilará lateralmente. La onda está «polarizada horizontalmente». La realidad es un poco más complicada, porque aquí tenemos campos eléctricos y magnéticos que oscilan juntos (¿recuerdas la regla de los tres dedos de la física escolar? El campo magnético es perpendicular al eléctrico). Además, no hay línea ni portadora de onda. Pero el principio básico se aplica tal como se ha descrito.

Si alguna vez has visitado uno de esos cines 3D con gafas 3D desechables, habrás descubierto una aplicación práctica de la luz polarizada. Aquí se utiliza una polarización diferente para mostrar solo la imagen «correcta» a cada ojo. Las imágenes de los ojos derecho e izquierdo se polarizan de forma diferente, y las lentes especiales de las gafas filtran la parte polarizada incorrectamente para cada ojo.

Pero estoy divagando. En cualquier caso, es posible crear pares de fotones cuya polarización sea opuesta. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se irradian átomos de calcio con luz ultravioleta y se les pone en un estado excitado. Existe una cierta probabilidad de que los átomos pasen de este estado a otro en el que se emitan fotones entrelazados con diferente polarización.

Aunque los fotones son lo más fácil de entrelazar, el efecto también se ha demostrado en sistemas más grandes. Se suele elegir el espín como parámetro a entrelazar. Se trata de una variable que no es tan fácil de visualizar. Pero ya deberías acostumbrarte a esto. El espín suele explicarse como una especie de giro. Un patinador artístico, por ejemplo, tiene un giro cuando hace una pirueta. El giro no debe confundirse con la velocidad de rotación. Si el patinador acerca los brazos al cuerpo, gira más deprisa, pero el giro sigue siendo el mismo. Transponer este ejemplo al electrón es difícil por dos razones. En primer lugar, según los conocimientos actuales, el electrón es un punto. ¿Cómo puede girar un punto sin dimensión x, y o z? En segundo lugar, el valor es invariable para una partícula dada. Pero incluso en reposo, un electrón tiene un espín de 1/2 * ħ (la constante de Planck; en comparación, una bola de bolos tiene un momento angular de $3 * 10^{33} * ħ$). También decimos que tiene un espín de «1/2», se omite la ħ. Los fotones tienen un espín de uno.

Pero lo que sí puede cambiar es el espín del sistema global. Por

ejemplo, un átomo puede tener medio espín o un espín entero, dependiendo de su contingente de electrones. Una diferencia de medio espín conduce de repente a un comportamiento completamente distinto. Para las partículas o sistemas de partículas con medios espines, debe aplicarse el principio de exclusión de Pauli. Este dice que nunca deben asumir exactamente el mismo estado.

Sin embargo, en los sistemas con espines enteros no se aplica el principio de exclusión de Pauli. Esto los lleva a formar lo que se conoce como condensado de Bose-Einstein (BEC, por sus siglas en inglés) a temperaturas muy bajas. En este estado ya no se distinguen unas de otras. Todo el mar de partículas se describe mediante una única función de onda. Los condensados de Bose-Einstein son un campo de investigación distinto con hallazgos fascinantes que, sin embargo, no nos ocupan aquí.

Sin embargo, los físicos también utilizan los BEC para crear pares de átomos entrelazados. Si se añade la más mínima cantidad de energía a un condensado, los átomos individuales pueden separarse de la masa entrelazada.

Se ha demostrado, de forma concluyente, que el entrelazamiento funciona. El récord lo ostentó durante mucho tiempo un equipo internacional de científicos que logró demostrar el entrelazamiento de fotones a una distancia de 144 kilómetros. Se separó un par de fotones entrelazados en un observatorio del Roque de los Muchachos, a 2.400 metros de altitud en la isla canaria de La Palma. Uno de los pares permaneció allí, el segundo fue enviado de viaje a la vecina isla de Tenerife por medio de un telescopio, donde fue recibido por una estación terrestre a la misma altura, perteneciente a la Agencia Espacial Europea. Aunque la partícula de luz tuvo muchas oportunidades de interactuar con su entorno durante el trayecto, el entrelazamiento se mantuvo. En 2017, científicos chinos lograron aumentar esta distancia hasta los 1.200 kilómetros utilizando el satélite Micius, especialmente desarrollado para ello.

Pero ¿por qué genios de la física como Albert Einstein tenían problemas para aceptar el entrelazamiento? Einstein lo describió como «espeluznante acción a distancia» y en 1935 intentó desacreditarlo con un experimento mental, junto con sus colegas Boris Podolsky y Nathan Rosen. Se denominó «paradoja EPR» por las iniciales de los tres científicos.

La idea: utilizamos dos fotones entrelazados de una misma fuente, que se mueven en direcciones opuestas. Entonces medimos la longitud de onda de uno de los fotones. Debido al entrelazamiento, conocemos inmediatamente la longitud de onda exacta del segundo fotón. Debido al principio de incertidumbre, no podemos medir simultáneamente la posición. Hasta aquí todo correcto. Pero también podríamos decidir medir la posición del fotón en lugar de su longitud de onda. Entonces sabríamos sin mirar dónde se encuentra la segunda partícula. En la práctica, solo podríamos realizar una medición, porque el acto de medir interfiere con la función de onda de la primera partícula. Sin embargo, se trata de un experimento mental. No miramos ni tocamos el segundo fotón y, sin embargo, podríamos (énfasis en el subjuntivo) conocer con precisión tanto su posición como su longitud de onda.

Einstein y compañía querían demostrar con este experimento mental que la partícula número dos siempre podía revelar sus dos propiedades, dependiendo de lo que decidiéramos. Así que debe tener tanto una posición fija como un momento definido (lo que refutaría la teoría cuántica). Porque, de lo contrario, tendría que comunicarse continuamente con la otra partícula, independientemente del tiempo y el espacio, para preguntarle cómo ha resultado su medición. Por tanto,

dijo Einstein, la física cuántica es incompleta; no proporciona información sobre todas las propiedades de una partícula.

Al decir esto, Einstein defendió lo que se conoce como teoría LHV, una teoría que trabaja con «variables locales ocultas», es decir, parámetros ocultos. Según esta teoría, el sistema contiene variables que no son accesibles al observador pero que, sin embargo, definen sus propiedades. Esto significaría que el universo trabaja con dados cargados y nos toma por tontos cuando no reconocemos las marcas secretas.

La paradoja EPR se resuelve si se acepta un aspecto importante de la teoría cuántica (que Einstein nunca pudo aceptar): no es local. En una teoría local, por ejemplo, en la física clásica, una medición «aquí» no influye en esa partícula «allá». Cuando uno tropieza, otro no cae. O, en el mejor de los casos, hay un retraso determinado por la velocidad de la luz (300.000 kilómetros por segundo en el vacío). Si tropiezas y alguien lo observa y se aparta, siempre hay entre los dos sucesos tanto tiempo como el que tarda la luz en llegar desde ti hasta el observador. Sin embargo, en el mundo cuántico, el efecto se produce inmediatamente, independientemente de la distancia a la que se encuentren las partículas entrelazadas.

Esto se debe a que, en física cuántica, el sistema entrelazado se describe mediante una función de onda compartida que se extiende por todo el universo. Sí, todo el universo.

Ya no hablamos de dos fotones individuales con algo en común, sino de un sistema completo. Mientras el entorno no influya, cada uno de los dos fotones enredados tendrá una posición y un momento indefinidos. Sin embargo, una medición de uno de los dos fotones destruye la función de onda compartida y al segundo fotón se le asigna inmediatamente el valor determinado por el entrelazamiento.

«Inmediatamente» significa, literalmente, «al instante». No pasa el tiempo. Pero eso también significa que no puede haber comunicación porque, según la teoría de la relatividad de Einstein, la comunicación más rápida que la velocidad de la luz es imposible. Los físicos han medido esto, por supuesto, lo mejor que han podido. Descubrieron que las partículas entrelazadas debían haber intercambiado información a 10.000 veces la velocidad de la luz como mínimo. El hecho de que los científicos no llegaran a una velocidad «infinita» se debe a la precisión experimental, que no es infinitamente exacta.

¿Comunicación más rápida que la luz?

La idea de que las partículas entrelazadas comuniquen su estado sin tiempo de espera despertó naturalmente la imaginación de los autores de ciencia ficción. ¿No sería posible construir un comunicador cuántico si una partícula se quedara en la Tierra y el capitán Kirk se llevara la otra a los confines del espacio? Si ahora el capitán del Enterprise quiere enviarnos un mensaje, basta con que manipule su parte del sistema global, y el estado de la estación homóloga en la Tierra cambia en el mismo instante.

El problema es que el contenido informativo de una transmisión de este tipo es nulo porque el valor que adquieren las partículas enredadas es siempre aleatorio. A no ser que el emisor comunique al receptor por otros medios lo que ha sucedido en su extremo, pero entonces vuelven a estar limitados a la velocidad de la luz. Un «comunicador de entrelazamiento cuántico» como el utilizado en la serie de videojuegos de rol *Mass Effect*, por ejemplo, seguirá siendo ficción por razones de física. Un problema puramente práctico, por cierto, es que el entrelazamiento solo es posible si ha habido una interacción local previa: el sistema entrelazado debe haber estado en un lugar compartido en algún momento. Los fotones entrelazados, por ejemplo, fueron producidos por el mismo átomo. Además, el entrelazamiento se disuelve después de cada «mensaje», por lo que, en un viaje espacial, se necesitaría un gran suministro de partículas conectadas a compañeros en todas las estaciones homólogas deseadas.

Las afirmaciones de que el fenómeno del entrelazamiento puede utilizarse con fines médicos tampoco tienen sentido. La física cuántica puede sonar a magia, pero la magia no tiene nada que ver con ella. Al contrario: describe y justifica en grado sumo las propiedades de nuestro universo, por mucho que parezcan ir en contra del sentido común. Utilizarlas como explicación de terapias «alternativas» como la curación a distancia o la homeopatía no tiene base científica alguna.

Un ser humano es un sistema demasiado complejo para aceptar esos «mensajes cuánticos». Y, como hemos visto, el resultado de una medición es aleatorio. El pensamiento positivo, la meditación o un deseo intenso no pueden influir en el resultado.

Por cierto, el entrelazamiento desempeña un papel en la naturaleza. Al parecer, es lo que hace posible que la luz solar se convierta tan eficazmente en energía utilizable por las plantas mediante la fotosíntesis.

En todo el mundo se están descubriendo fenómenos cuánticos para aplicaciones técnicas. En el futuro, los ordenadores cuánticos

prometen superar a cualquier superordenador. Utilizan la superposición y el entrelazamiento. Un bit cuántico (qubit) asume simultáneamente todos los valores posibles entre 0 y 1. Esto significa que todas las soluciones a un problema pueden calcularse simultáneamente. Los servicios secretos temen y están entusiasmados con los ordenadores cuánticos porque, supuestamente, dejarán obsoletos todos los métodos de cifrado convencionales, lo cual no es cierto: con métodos de cifrado convencionales como AES, por ejemplo, los ordenadores cuánticos solo reducen a la mitad la longitud de la clave necesaria para descifrar los cifrados. Así que duplicarla bastaría para alcanzar el nivel de seguridad anterior.

Además, la física cuántica ofrece una alternativa aún mejor: la criptografía cuántica resuelve la tarea sorprendentemente difícil de encontrar claves de cifrado verdaderamente aleatorias y transmitirlas a una estación homóloga de forma totalmente segura. La seguridad no es aquí una cuestión de esfuerzo, sino que está incorporada por naturaleza, por así decirlo. Un espía fisgón tendría que cambiar las leyes de la naturaleza para descifrar ilegalmente un sistema criptográfico cuántico correctamente construido. En la novela, las constantes físicas cambian inesperadamente dentro del área de la perturbación, pero provocar algo así intencionadamente está mucho más allá de nuestras capacidades.

Teletransporte cuántico

Como desempeña un papel importante en la novela, quiero abordar otro fenómeno apasionante, el teletransporte cuántico. Seguro que la palabra «teletransporte» te suena de la ciencia ficción. La tripulación del Enterprise es teletransportada a planetas extraños. El teletransporte cuántico ya es una realidad en los laboratorios de física. Pero no de la forma en que lo describió el inventor de *Star Trek*.

Un proceso como el del teletransporte, tal y como se ve en las series de televisión y en las películas, sería sin duda físicamente imposible. Las personas transportadas aparecen en el lugar de destino como de la nada. Pero la masa, incluso en pequeñas cantidades, no puede crearse de la nada, ni puede transportarse a la velocidad de la luz o más rápido.

¿Una estación homóloga en el lugar de destino sería una solución? Si el material necesario está disponible allí, tal vez los objetos transportados podrían reconstruirse a partir de él. Pero la individualidad de una persona no reside en los átomos que la componen. Si tomas un átomo de carbono de tu cuerpo, por ejemplo, es imposible distinguirlo de un átomo extraído de mi cuerpo. Lo importante es la posición y el estado de cada átomo individual de tu cuerpo.

Si fuera posible determinar con precisión las coordenadas y el estado de excitación de cada partícula individual, solo habría que transmitir esta información a la otra parte y se podría crear una réplica exacta de uno mismo. Este principio ya se ha aplicado técnicamente de forma clásica, mediante el fax, que ahora está en vías de extinción. Mientras el receptor siga teniendo papel, el emisor puede utilizarlo para «teletransportar» un «objeto» (una factura, por ejemplo) a otro lugar a la velocidad de la luz. La eficacia de la transmisión y la calidad con la que se transmite el objeto dependen de la calidad de los dispositivos emisor y receptor.

En realidad, aparte de las dificultades prácticas de medir todos los átomos de una persona viva, hay otro problema con la teletransportación. ¿Recuerdas el principio de incertidumbre de Heisenberg? Cuanto más exactamente midamos la localización de una partícula, menos precisa será nuestra información sobre sus otras propiedades. Es imposible realizar un análisis preciso del objeto a teletransportar.

La física cuántica ofrece otra solución, aunque los científicos tardaron en descubrir este truco. En 1993, un equipo internacional de investigadores publicó un concepto, que se confirmó

experimentalmente por primera vez en 1997. Para ello se necesita un fenómeno del que ya hemos hablado en detalle: el entrelazamiento. También se necesitan dos partículas entrelazadas. El estado exacto de una partícula se transfiere a la otra mediante teletransportación cuántica. Para ello, no es necesario conocer ni medir el estado que se va a transferir. Todo lo que se necesita es un medio clásico adicional de transmisión. En la novela, se trata del telescopio o de los fotones que recibe a gran distancia. La representación del libro se aproxima bastante a la realidad. Pero la presencia de partículas entrelazadas de los primeros días del universo en nuestra zona del cosmos es una afirmación no demostrada. Es físicamente posible, pero no sabemos si es cierta. Debido a la interacción con el entorno, los entrelazamientos solo «duran» muy poco tiempo en la Tierra, pero el cosmos podría estar lo suficientemente vacío como para no perturbar las partículas entrelazadas.

UNA COSA QUE es importante señalar es que «la clonación está prohibida» en el teletransporte cuántico. Aquí es donde diverge de los procesos descritos a menudo en la ciencia ficción. El resultado no es un clon de la primera partícula, porque se pierden las propiedades originales de la partícula que se va a teletransportar. De lo contrario, se podría burlar el principio de incertidumbre de Heisenberg. Incluso en la nave espacial Enterprise solo se crean clones cuando se produce un «accidente del transportador». Pero los guionistas aún nos deben una explicación de cómo se destruye el original de una persona durante el transporte (¡eso debe ser doloroso!).

La segunda limitación tiene que ver con la velocidad del transporte. El teletransporte cuántico no permite superar la velocidad de la luz. Aunque el estado de la partícula B cambia instantáneamente, el receptor solo puede hacer algo con esta información una vez que ha conocido el resultado de la medición de forma clásica. Christine, a bordo del Shepherd-1, primero tiene que observar esa región del espacio antes de que los estados cuánticos puedan transmitirse desde allí a nuestro mundo.

Tercer problema: no funciona sin una estación homóloga. El receptor debe estar equipado con la mitad de los pares de partículas enredadas. Teletransportar un objeto a un lugar desconocido o nunca visitado es, por tanto, imposible.

Una cuestión más práctica es si un objeto más grande, como una persona, también podría desplazarse de un lugar a otro de esta forma. Se trata sobre todo de un problema de tamaño. Nuestro cuerpo está formado por 10^{30} átomos (un 1 con 30 ceros). Teletransportar incluso

unos pocos fotones plantea dificultades en un laboratorio y no siempre tiene éxito. Si se quisiera enviar a una persona en un viaje así, se necesitaría una tasa de error hasta ahora inalcanzada. Como el estado original se destruye antes de que la copia aparezca en el receptor, solo tienes un intento por partícula.

Además, tanto el emisor como el receptor necesitarían tener a mano 10^{30} partículas entrelazadas cada uno. Sin embargo, el entrelazamiento es un fenómeno extremadamente delicado que se rompe a la menor influencia ambiental. Con los fotones –principales protagonistas de estos experimentos– estas interacciones son más fáciles de controlar que con los átomos, por no hablar de las complejas moléculas que componen la materia biológica. Actualmente, solo parece posible, en el mejor de los casos, avanzar hasta objetos del tamaño de un virus.

El teletransporte cuántico puede encontrar su aplicación práctica en la informática cuántica. Los científicos se enfrentan actualmente al problema de que llegar a un resultado de cálculo no basta por sí solo. También es necesario disponer de memoria de almacenamiento que pueda conectarse mediante teletransporte cuántico.

En este caso, los estados que queremos teletransportar son cúbits. Probablemente sea más sencillo transferir el contenido del soporte que el soporte de los cúbits (dependiendo de la naturaleza del ordenador cuántico): no serían las propias celdas de memoria las que irían al procesador, sino los bits que contienen.

AHORA LLEGAMOS A LA TAREA: demostrar que para cualquier potencial unidimensional V(x) solo se puede encontrar una solución escalable de la ecuación de Schrödinger independiente del tiempo si la energía E del estado es mayor que el mínimo del potencial.

Vale, es broma, no pretendía asustarte con esta tarea de un curso de verano de mecánica cuántica de la Universidad Técnica de Múnich. Pero me alegraría que, después de esta excursión, el mundo de los cuantos ya no te pareciera tan extraño. Porque, al fin y al cabo, determina nuestra realidad, aunque rara vez seamos conscientes de ello. Tal vez esta excursión también le permita apreciar mejor las certezas de la vida cotidiana. En cualquier caso, solo una cosa es cierta en el reino cuántico: no hay garantías de ningún tipo. En mi opinión, el mayor milagro de todo esto es que el universo siga funcionando según leyes reconocibles.

Como siempre, también puedes obtener la biografía como PDF gratuito, ilustrado en color, si introduces tu dirección en: hardsf.space/suscribir/.

Shepherd-1, 23 de septiembre de 2112

—ALERTA DE PROXIMIDAD —anunció la nave. Esta alerta iba acompañada de una sirena desagradablemente aguda.

Aaron se despertó sobresaltado. Acababa de quedarse dormido, una vieja costumbre humana. Se enderezó y miró la pantalla del radar. Un punto brillante parpadeaba arriba a la izquierda. ¿Qué podría ser? No había nada ahí fuera. Habían dejado atrás la Nube de Oort, donde este tipo de encuentros no eran infrecuentes, ocurrían al menos una vez al mes.

Ejecutó un diagnóstico. Shepherd-1 dirigió todos sus ojos hacia el objeto desconocido, midió sus emisiones de calor, registró su espectro y analizó su estructura. Tal vez fuera un fragmento de un cometa arrojado por el sistema solar, un vagabundo solitario en su camino a través del vacío interestelar, como ellos.

—Hola, viejo amigo —dijo Aaron.

Sintió una extraña camaradería con el trozo de roca. ¿No estaba haciendo un largo viaje, al igual que él?

—Alerta de proximidad —anunció la nave, interrumpiendo sus cavilaciones.

Aaron examinó el rumbo del objeto. Mierda. Había un 16 % de peligro de que colisionara con Shepherd-1 en un par de días. Era demasiado alto. Tenía que iniciar un cambio de rumbo. Lo antes posible, porque cuanto antes reaccionaran, menos combustible tendrían que utilizar.

—¿Tiene que ser así, viejo amigo? —murmuró.

El objeto, que tenía la densidad de la roca, no respondió. Si Aaron activaba ahora los impulsores, perderían parte de su investigación. Christine le echaría la culpa. ¿Debía despertarla? Su turno no empezaba hasta dentro de cinco horas. Y ella tendría que tomar la misma decisión. El peligro era demasiado alto. No hacer nada sería como jugar a la ruleta rusa.

—Iniciar maniobra evasiva —ordenó.

Prefería pilotar la nave él mismo. Era el copiloto oficial. Pero Shepherd-1 podía adaptar su trayectoria de vuelo de forma mucho más precisa a la del objeto desconocido. Eso significaba que se alejarían de la zona de enfoque de la lente gravitatoria solar solo lo estrictamente necesario, y podrían reanudar su investigación antes.

—Iniciando maniobra evasiva —confirmó la nave.

En ese momento, sintió una fuerza que intentaba empujarle lateralmente fuera de su asiento. Algo se rompió detrás de él, vidrio o porcelana. Probablemente platos que Dave se había olvidado de volver

a recoger. Aaron le dejaría los fragmentos para que los limpiara.

—Alerta de proximidad —volvieron a advertir los sensores.

¿No? ¿No estaba la nave en medio de una maniobra evasiva? Aaron abrió la tapa del interruptor de modo manual y lo giró 90 grados. Luego aumentó la potencia del propulsor. Un veinte por ciento más.

—Alerta de proximidad.

No fue suficiente. Aumentó el empuje otro 50 %. Oyó que algo pesado rodaba por el suelo. El tono de advertencia finalmente se detuvo. ¿Por qué la maldita nave había reaccionado de forma tan conservadora?

—Oye, ¿qué estás haciendo?

Aaron se sobresaltó. ¿Qué hacía Christine allí? No podía haber llegado tan rápido de su cuarto a la sala de control.

—¿Qué crees que hago? Una maniobra evasiva.

—¿Y mis datos? ¡Increíble! Se esfuman varias semanas de trabajo.

—Dame un respiro, Christine. Había un 16 % de peligro de chocar con veinte toneladas de polvo y hielo.

—¿Qué peligro? —Christine señaló la pantalla—. ¡Ahí no hay nada!

¿Cómo? Esa no era la réplica que esperaba. Él no se inventaría algo así. Aaron se inclinó hacia delante. ¡El punto parpadeante de arriba a la izquierda!

—¿Eh?

Aaron se frotó los ojos. Otro hábito humano. Obviamente, no cambió lo que vio en la pantalla: nada. La zona frente a Shepherd-1 estaba vacía.

—Sí, ¿eh? —reprochó Christine.

—Christine, te lo juro, había un obstáculo en una posible trayectoria de colisión.

—¿Y desapareció en cuanto miré a la pantalla?

—Supongo que sí. El Shepherd no habría alterado su curso de otra manera.

Christine dio unos golpecitos en la pantalla. No se fiaba de él. ¡Y se conocían desde hacía más de cincuenta años! Tiró de sus dedos hasta que las articulaciones crujieron. Christine odiaba ese sonido. Sí, estaba siendo infantil.

—Disculpas —murmuró Christine, enderezándose—. La nave registró el obstáculo hace siete minutos e inició una maniobra evasiva, autorizada por ti.

—Eso es lo que te he estado diciendo.

—Lo siento, Aaron. Imaginé...

Christine se frotó las sienes. Sin duda era raro. En el lugar de Christine, Aaron tampoco le habría creído. Veinte toneladas de roca y

hielo no desaparecen así como así. ¿Era por eso por lo que la nave se comportaba de forma tan extraña?

—Debe de ser un sensor defectuoso —opinó.

Aaron sacó el teclado y llamó al programa de diagnóstico.

—Mira, no se liberó energía —indicó—. Si el objeto se disolvió en la nada, al menos deberíamos ver un estallido de energía.

Christine asintió. Aaron realizó diagnósticos en los sensores ópticos y de radar.

—Bien, bien, también bien —afirmó tras comprobarlos—. O al menos, los sensores no saben que están defectuosos.

—¿No nos habríamos dado cuenta ya si lo estuvieran? —inquirió Christine.

—No necesariamente, ya que los sensores no están omitiendo algo —respondió—. Sino registrando algo que no está ahí. Creo que es un problema nuevo.

—Deberíamos verificarlo de todos modos.

Aaron suspiró. Iba a ser un trabajo desagradable. No solo había que probar los sensores, lo que suponía un EVA, sino también todas las conexiones que atravesaban la nave.

—Sí. Discutámoslo por la mañana cuando estemos todos juntos —propuso—. Tal vez Dave tenga una idea que nos ahorre buscar en las catacumbas del vientre de la nave.

—Es una pena que Ben no esté aquí —se lamentó Christine—. Tenía un verdadero don para resolver problemas como este.

Benjamin, su ingeniero. Sí, su ausencia era una verdadera pérdida. Hasta ahora habían resuelto con éxito todos los problemas con la ayuda de los sistemas automatizados de la nave, pero llegaría el día en que necesitarían un profesional.

—Benjamin —la corrigió Aaron—. No le gustaba que le llamaran Ben.

—Cierto. Me pregunto cómo le irá.

Christine se impulsó y entró en barrena. Buscó algo donde enganchar los pies. Su pelo se extendía en todas direcciones. A Aaron le recordó a la Medusa de la mitología griega.

—Ojalá lo supiera —admitió Aaron—. Me gustaría mucho contactar con él. Le echo de menos.

Qué extraño. No se había dado cuenta de que echaba de menos a Benjamin hasta que lo dijo en voz alta. Habían sido tan buen equipo. A-B-C-D. Ahora faltaba una letra.

—Sabes que no podemos hacerlo —dijo Christine.

¿No podían hacer qué? Aaron se quedó confundido por un momento. Ah, cierto. Nadie más sabía que Benjamin había vuelto a la Tierra. No podían traicionar su secreto. ¿Acaso había logrado llegar? Sí, conociendo a Benjamin.

E y F. Eric y Fadilla. Eran seis letras, no cuatro. Aaron se sintió culpable por haber olvidado las otras dos. Pero ¿era sorprendente? Eric había permanecido en modo sueño, voluntariamente, desde que abandonaron el sistema solar, y Fadilla les había dejado hacía diez años con destino desconocido. Ella seguía siendo un misterio para ellos. ¿Cómo se encontraba?

Sintió que alguien le tocaba. Christine se acercaba a su cabeza. Le agarró las orejas y tiró lentamente de él hacia arriba. ¿Qué estaba haciendo? Estuvo a punto de resistirse, pero le siguió la corriente. Lo sacó de su asiento y los giró 90 grados. Ahora había más espacio a su alrededor. ¿Hacia dónde iba eso? Aaron correspondió al abrazo. Su cabeza estaba caliente.

—Ahora —ordenó Christine, y ambos se empujaron con los pies.

Ambos giraron en torno a un punto situado entre sus dos cabezas. Probablemente a un observador externo le parecería extraño, pero para Aaron tenía una elegancia indescriptible. Cerró los ojos. Sus sentidos estaban tan afinados que percibía cada cambio en su rotación. Sus músculos artificiales eran tan precisos que mantenían un eje de rotación perfecto. Pero solo funcionaba por la forma en que se comunicaban tan claramente a través de sus dedos y en la cabeza del otro, sin hablar.

—Gracias, señora aus der Wiesche —dijo Benjamin.

—Ous-der-Vish-eh —le corrigió ella con exagerada pronunciación.

Oh no, había vuelto a pronunciar mal su nombre. Qué vergüenza, sobre todo porque a ella no le costaba nada pronunciar correctamente su nombre en francés.

—Lo siento —se disculpó—, señora aus der...

—Llámame Heike. Como en «*Jai*me» y, eh, «*que*».

—Vale, gracias. Así es más fácil, Heike. Llámame Benjamin.

—Me encantaría que volvieras la semana que viene. Estoy muy contenta con tu trabajo. ¿El mismo día, a la misma hora?

Benjamin sabía que estaba ocupado la semana que viene. Pero fingió comprobar su agenda. Todo el día estaba bloqueado.

—Lo siento, tendrá que ser la semana siguiente.

—Ay, qué pena, Benjamin.

Pronunciación perfecta de nuevo. Si tuviera cincuenta años menos y fuera humano, se enamoraría de su cliente solo por eso.

—Sigo diciéndote que deberías contratar a un ayudante.

Benjamin negó con la cabeza.

—No me atrevo a delegar mi trabajo en otras personas.

La verdadera razón era que ni siquiera sabía si era capaz de dar instrucciones a los humanos. Y no quería intentarlo. El dinero que ganaba trabajando solo era más que suficiente. Si sus clientes no fueran tan estirados, le vendría bien un robot de jardinería. Pero en estos círculos se esperaba que el trabajo de jardinería lo hicieran personas de verdad. Desde que la población mundial se había reducido, esto se había convertido en un lujo. Si Jai-Que supiera lo que realmente era...

—No importa. Mi jardín sobrevivirá dos semanas sin tus talentosos dedos verdes. Toma, esto es para ti.

La señora aus der Wiesche mostró tres billetes de cien neodólares. Una tarifa decente por media jornada de trabajo, aunque los neodólares perdían valor cada año. La inflación no mostraba signos de desaceleración. Benjamin cogió el dinero y se lo guardó en el bolsillo. Luego recogió sus cosas y las metió en la parte trasera de su camioneta. Su clienta le saludó y desapareció en su casa. Era una bonita propiedad, lo bastante pequeña como para que él pudiera encargarse del jardín. El mayor gasto era probablemente el agua. Sin un riego constante, todo se marchitaría en tres días bajo la dura fuerza del sol.

Benjamin volvió la gorra hacia atrás, cerró el portón trasero y se

sentó en el asiento del conductor.

—Llévame a casa —ordenó.

—Te llevaré a casa —contestó el vehículo—. ¿Qué música te gustaría escuchar?

—Espera, tengo una idea mejor. Por favor, ve al centro de jardinería más cercano de nuestra ruta. Necesito una especie de robot doméstico que me pase las herramientas.

ACABARON EN UN atasco en la interestatal. El volante vibró.

—¿Tienes que hacer eso? —preguntó Benjamin.

—Por favor, disculpa —dijo la camioneta—. El análisis dinámico del tráfico está proporcionando datos poco claros sobre si un desvío pueda ser más rápido.

—Di que no lo sabes.

—Conozco todos los análisis dinámicos de tráfico para esta interestatal, pero la entrada fluctúa demasiado, lo que da lugar a una distribución caótica de los resultados.

—No lo sabes.

El volante giró hacia la izquierda. Los vehículos se apartaban para despejar un carril de emergencia.

—Por desgracia, tengo que ceder el control —dijo la camioneta.

Ahora sí que estaban atascados. A partir de cierta densidad de tráfico, todos los vehículos pasaban al modo grupo. Benjamin siempre se maravillaba de lo apropiado del término. Su camioneta se acercó mucho al vehículo que tenía delante, hasta el punto de que sus parachoques casi se tocaban. Y otro vehículo se colocó detrás de él. Era un descapotable deportivo con el techo levantado por el calor. El modo grupo maximizaba el uso eficiente del espacio disponible.

Pero el atasco no se disipó. Avanzaron muy despacio durante unos minutos, interrumpidos por breves pausas. Después, la camioneta volvió a acelerar. ¿Qué fue eso?

—Ya estoy aquí —anunció la camioneta.

Los controles independientes del vehículo se desactivaban en modo grupo.

—Me alegro —dijo Benjamin—. ¿Qué se siente al ser desactivado?

—Es como estar encerrado inmóvil en un ataúd. Dudo que puedas imaginártelo como humano.

Ja. Como un humano. Pero ¿cómo se le ocurrió esa comparación al vehículo? Se acercaron a un holotablero. El enorme cartel, que contenía un holoemisor, escaneó la matrícula de la camioneta y al instante le presentó a un hombre que sostenía una manguera de jardín y le rociaba con ella. Las gotas de agua parecían tan reales que la

camioneta puso en marcha los limpiaparabrisas.

—Apagar limpiaparabrisas —ordenó Benjamin.

—Disculpa. Mi sistema visual ha fallado.

El vehículo frenó y dio la señal de giro, una función centrada en el ser humano que, en esencia, carecía de sentido, ya que todos los vehículos que circulaban detrás de ellos habían recibido hacía tiempo la señal por radio de que estaban a punto de girar. No obstante, Benjamin se alarmó al ver por el retrovisor lo cerca que les pasaba un camión.

El holotablero reproducía un anuncio de un centro de jardinería situado en la zona industrial de la siguiente salida de la autopista. En cuanto la camioneta entró en el aparcamiento, se escanearon sus matrículas y se pagó una tasa al operador del holotablero.

—¿Has comprobado los precios? —preguntó Benjamin.

—Sí, están aproximadamente un diez por ciento por debajo de la media de la tecnología de jardinería en este ámbito.

—Muchas gracias.

El vehículo se detuvo. Benjamin abrió la puerta y una ola de calor le golpeó. Miró al cielo, que estaba cubierto por finos velos grises. Filtraban parte de la luz del sol, pero parecían hacer aún más calor.

Sin embargo, en el centro de jardinería hacía tanto frío que se le puso la carne de gallina. El surtido era abrumador. Pequeñas figuras holográficas le invitaban a pasar por los pasillos, ofreciéndole tiendas, semillas y muebles de exterior. ¿Dónde estaban las máquinas? Se acercó a una de las figuras holográficas, que inmediatamente le mostró un pulgar verde. Le recordó al fontanero Mario de los videojuegos.

—Busco máquinas de jardinería.

—Estante 17, sección D —dijo el holograma—. ¿Te acompaño?

—Claro.

La figura saltó al holoemisor situado al final del siguiente pasillo y le hizo señas desde allí. Juntos recorrieron el laberinto de pasillos.

—¿Puedo informarte de nuestro programa de fidelidad? —preguntó la figura—. Veo que te has estado perdiendo sus increíbles ventajas.

—No, gracias.

—De acuerdo. ¿Sabías que incluye una garantía extendida para todas las máquinas de jardinería? Puedes ahorrar diecinueve neodólares por cada mil dólares de compra.

—Gracias, no quiero afiliarme.

—Tú y los miembros de tu familia también podéis acumular puntos, que podrían sumar un pavo gratis para Acción de Gracias.

—No, gracias. Enséñame las máquinas.

—Por supuesto.

La figura holográfica hizo un mohín como si la hubiera insultado. Probablemente era otra estratagema de marketing para hacerle sentir culpable. En realidad, le dieron ganas de reanudar la conversación.

—Estas son las estanterías con las máquinas. ¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

El holograma se apagó. Ahora estaba solo. Hasta el momento, no había visto a nadie más. Había varias estanterías llenas de cortacéspedes automáticos. Variaban en rendimiento y velocidad. Encontró una podadora y dos desbrozadoras, pero ninguna de ellas era lo que tenía en mente. Necesitaba una tercera mano. Disfrutaba demasiado de su trabajo como para subcontratarlo a una máquina. Pero cuando estaba colgado de una enorme araucaria con una mano y sosteniendo una sierra con la otra, le sería útil tener un ayudante que le recogiera la herramienta cuando estuviera listo para bajar.

Allí no parecía haber nada parecido. ¿Le debería preguntar al vendedor holográfico? No, intentaría presionar a Benjamin para que comprara algo que no quería. Negó con la cabeza. Tendría que conformarse con dos brazos.

•

—SIENTO QUE NO hayas tenido éxito —dijo la camioneta.

Benjamin creyó detectar una nota de triunfo en su voz, aunque supuso que se lo estaba imaginando.

—Tengo dos brazos sanos.

Sintió un hormigueo en los hombros. Las fibras de seguridad se deslizaron desde la parte superior del asiento por su cuerpo. Le había costado un poco acostumbrarse a ellas, después de haber viajado todos esos años por el espacio con cinturones de seguridad anticuados. Pero las fibras de seguridad se adaptaban mucho mejor a la anatomía de una persona y funcionaban mucho mejor en los accidentes sin causar lesiones. De todos modos, no tenía elección porque eran obligatorios en todos los vehículos.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó la camioneta.

—Sí, por favor. Pero evita la interestatal, aunque tardes más.

—Como quieras.

El vehículo se puso en marcha. Atravesó la zona industrial, que poco a poco se fue transformando en barbecho. Debía de haber granjas. Aquí y allá, Benjamin vio edificios abandonados que podrían haber sido establos o graneros. Era un paisaje deprimente.

Una turbina eólica apareció a su derecha. Al principio Benjamin supuso que también estaba fuera de servicio, pero luego la vio girar con el viento. Probablemente funcionaba un pozo. El suelo alrededor de la turbina estaba cubierto de láminas reflectantes para desviar la

luz del sol. Detrás de la turbina, Benjamin pudo ver lo que parecía una vieja gasolinera.

«Servicios para robots», ponía un cartel metálico.

—Detente aquí —ordenó Benjamin.

—La mayoría de las reseñas de este establecimiento son negativas —dijo la camioneta.

—De todos modos, tengo curiosidad.

El vehículo entró en el recinto, retumbando sobre profundos baches que despedían pequeñas nubes de polvo. La camioneta se detuvo justo delante de la puerta. Benjamin se bajó. Tuvo que rodear la camioneta para llegar a la entrada. El sol era abrasador y se había dejado el sombrero en el vehículo. No sufría quemaduras solares, pero la dura radiación ultravioleta aún podía dañar su piel androide.

Cuando abrió la puerta, tintinearon un par de campanillas. Le recibió un aire fresco y húmedo, con aroma a marihuana. Benjamin sonrió. Ya estaba entrando en calor con el dueño de la tienda. Pero no había nadie.

—¿Hola? —gritó.

—Ya voy —respondió una voz procedente de una habitación contigua, cuyo género no logró identificar—. Echa un vistazo, si quieres.

En realidad, era una antigua gasolinera. Benjamin reconoció las típicas estanterías que, en lugar de patatas fritas, aceite de motor y revistas, ahora contenían motores grandes y pequeños, placas de circuitos, articulaciones y extremidades de diversos diseños. Pero allí no había robots completos. Otro callejón sin salida. Se acercó al ventanal y descorrió la cortina. No se veía gran cosa en el exterior. Limpió la fina capa de condensación, pero seguía habiendo condensación en el exterior.

—Hola, señor. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó la misma voz que había oído al entrar.

Benjamin se volvió y vio a una mujer bajita de edad indefinible. Tenía el rostro delineado y supuso que fumaba mucho. Llevaba un cigarrillo en una mano, que desprendía el mismo aroma que él había detectado al entrar por la puerta.

—Me lo permiten como terapia para el dolor —explicó la mujer con su voz sorprendentemente grave. Debió darse cuenta de que la miraba—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Yo... gracias, creo que estoy en el lugar equivocado.

—¿Por qué dices eso, cielo? ¿Te enseño un poco esto?

La mujer sonrió con amabilidad. Probablemente no tenía muchos clientes y ansiaba compañía humana. ¿Por qué no complacerla? No tenía planes para el resto del día.

—Sí, por favor, sería estupendo —contestó.

—Soy Edith, por cierto. Edith Heller —se presentó, extendiendo una mano.

Tenía un apretón de manos firme y una sonrisa agradable.

—Benjamin Forestier —dijo.

Edith repitió su nombre con perfecta pronunciación. Otro punto a su favor. Quizá la había subestimado. ¿Quién sabía cómo había terminado allí? Estaba claro que sabía mucho de robots. Podía describir las funciones y aplicaciones de cada pieza que le mostraba. Impresionante. Era una pena que muchas de las piezas estén empezando a oxidarse. Edith también pareció darse cuenta. ¿Cuándo había mirado por última vez en su propia tienda? Cogió una rueda de un estante y trató de frotar la superficie oxidada del cojinete.

—Es la humedad —dijo Edith—. Enfrío este lugar con agua. Es mucho más sano. Me niego a tener aire acondicionado convencional en el edificio. Obtengo el agua de mi propio pozo con energía eólica.

—Muy loable —alabó Benjamin—. ¿Cómo acabaste en el negocio de los robots?

—Es verdad que una tienda de armas estaría mejor por aquí. O una chabola porno —rio—. Pero me han gustado los robots toda la vida.

—No veo ninguno.

—No, estas son solo las piezas de repuesto. Mis robots están fuera.

¿Fuera? Benjamin no vio ni un solo robot cuando llegó.

—No me mires así, cariño. Como si fuera una vieja loca.

—No, eso no es lo que estaba pensando.

—Vamos, te mostraré.

La mujer le sacó de la habitación por el codo. Caminaron por un corto pasillo. En la sala contigua, unas luces fluorescentes brillantes zumbaban sobre un follaje verde. La puerta trasera daba a un desguace protegido de miradas curiosas por una valla de madera en tres de sus lados.

Edith le guio hacia la izquierda, donde descubrió un vehículo de seis ruedas. Era... no podía ser...

—¿Un astromóvil marciano? —preguntó.

—Sí, es una copia del Perseverance, que rodó por Marte hace casi cien años.

—¿Cómo ha acabado aquí? ¿No debería estar en un museo?

—No te preocupes, no es robado. Dirigí el programa del explorador de Marte en el JPL de la NASA, hasta que fue desmantelado.

—¡Oh! Lo siento, no sé mucho sobre eso. ¿Cuándo ocurrió?

—Se cerró en los años 70, pero no se desmanteló oficialmente hasta después del cambio de siglo. Los aparatos eran tan robustos que no se apagaban. No nos atrevíamos a apagarlos. Al final, fui yo quien apagó las luces.

—Y después de eso te retiraste aquí.

—Al principio no. Pero es una larga historia y apenas te conozco.

—Claro, lo siento, no quería entrometerme. ¿Vendes alguna de estas cosas?

—De vez en cuando... pero solo a un buen hogar.

—No hay problema. Aunque no estoy buscando un astromóvil, necesito una especie de tercera mano.

—Entiendo. Un modelo que te pueda pasar cosas.

—Exacto. Soy jardinero.

—Por lo que necesitas lidiar con terrenos difíciles.

—Eso estaría bien. Y no demasiado grande. Preferiblemente lo bastante pequeño para transportarlo. Siempre voy en mi camioneta.

—Creo que tengo algo para ti.

Edith fue al otro lado del patio. Se agachó y apartó un panel metálico.

—¿Te ayudo? —preguntó Benjamin.

—Tiene que estar por aquí, estoy segura.

Juntos quitaron de en medio bobinas viejas, ruedas dañadas y brazos de pinzas.

—Alto —dijo Edith, señalando una mancha blanca—. Debe ser eso.

Despejaron todo frente a lo que resultó ser la carcasa blanca de un robot doméstico. Edith lo sacó y se lo entregó a Benjamin. Edith lo había levantado con una mano, aunque era sorprendentemente pesado. El aparato debía pesar unos diez kilos. Tenía ruedas en la base. En la parte superior había una minipantalla y un punto de enganche para un brazo robótico, que no estaba.

—No me sirve de nada sin el brazo —se lamentó Benjamin.

—No te preocupes, tengo brazos de sobra. Todos los astromóviles de Marte estaban equipados con sofisticados sistemas de agarre. Te encontraré uno adecuado.

Salieron del desguace. Edith seleccionó varios brazos de las estanterías y los dispuso sobre el mostrador por orden de longitud. Benjamin los inspeccionó de uno en uno. Cuanto más largo, mejor. Pero tenía que ser plegable. Como este, por ejemplo. Benjamin cogió un brazo de cuatro secciones. Unos cinco kilos, que sumaban un peso total de 15 kilos. Podía llevarlo cómodamente de la camioneta al jardín junto con sus otras herramientas.

—¿Ese? —preguntó Edith.

Asintió con la cabeza.

—Este brazo me servirá, aunque esté sentado en un árbol.

—Buena elección. Se construyó para el astromóvil Excellence, que se lanzó en los años 60. Pero luego se optó por un brazo más corto. Este es un original.

Benjamin pasó los dedos por su superficie. Tenía algunas manchas de óxido, aunque las articulaciones se movían mejor que las suyas.

—Los engrasé bien —le aseguró Edith—. Tendrás que quitar el resto.

—No hay problema —dijo.

—¿Quieres que te lo fije?

Parecía más una súplica que una oferta. Pero a Benjamin le apetecía trastear un poco. Le ocuparía unas cuantas tardes. Agradecía la diversión. Pasar lo más desapercibido posible resultaba bastante aburrido al cabo de un tiempo.

—Eres muy amable, Edith, pero me gusta poner a punto cosas de la vieja escuela.

—¡Vieja escuela! Esto es tecnología punta. Ya ni siquiera hacen este tipo de cosas.

Sí, porque todo lo que se podía descubrir con astromóviles teledirigidos hacía tiempo que se había explorado. Había que salir del sistema solar para encontrar un lugar donde los viajes espaciales no fueran habituales.

—No me refería a eso. Estoy seguro de que es una tecnología fantástica. ¿De dónde ha salido? Parece un robot de limpieza doméstica.

—Eso es erróneo —negó Edith.

Benjamin dio la vuelta al robot, aunque no encontró el sello del fabricante.

—No tiene etiqueta. Pero una vez eché un vistazo a la placa de circuitos. Todos los chips personalizados tienen las letras cirílicas R y B escondidas en alguna parte, inmortalizando a los ingenieros que diseñaron los circuitos. Y algunos de los chips llevan la marca 69 G, que podría ser el año en que se diseñó o fabricó.

—¿RB? ¿Como la empresa estatal rusa?

—Exacto, RB. Pero la empresa no es propiedad del Estado. Más bien al revés. RB es un gran actor en tecnología espacial y de defensa y en robótica. Pero no fabrica robots domésticos.

—Es alucinante, como si me estuvieras vendiendo un huevo sorpresa. Entonces, ¿por qué no lo hiciste funcionar tú misma?

—Creo que hay un problema de *software*, y ese no es mi punto fuerte. Sobre todo, porque probablemente se basa en un sistema operativo ruso.

—Oh, genial. Conozco todo tipo de sistemas operativos.

—Entonces, ¡suerte con tu nuevo robot!

—Ni siquiera hemos hablado del precio.

—Págame lo que te puedas permitir.

Benjamin se metió la mano en el bolsillo.

—¿Trescientos neodólares en efectivo, sin recibo?

Edith asintió. Se le iluminaron los ojos. Estaba claro que hacía tiempo que no vendía nada.

BENJAMIN SE DESPIDIÓ de Edith con un fuerte apretón de manos. Ella ya tenía un porro nuevo en la boca. Esperaba que los sensores de su camioneta no se quejaran. Si olía a alcohol u otras sustancias tóxicas, el vehículo no arrancaría.

Colocó el robot y el brazo en el asiento del copiloto.

—¿Puedo preguntarte por qué has hecho eso? —dijo la camioneta.

—¿Perdón? —contestó Benjamin.

—Me preocupa que el aparato técnico ensucie la tapicería. Detecto una cantidad considerable de polvo.

—Deja que yo me ocupe de eso. Anda, llévanos a casa.

—¿No preferirías poner el aparato en la parte de atrás de la camioneta? No tengo ningún mecanismo en la cabina con el que asegurarlo mientras conduzco.

—No es un aparato, es un robot. Y se queda donde está.

—¿Has comprado un robot?

La voz del vehículo casi se quiebra.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Por qué te pones tan nerviosa?

—Soy incapaz de ponerme nervioso. No creo que necesites un robot.

—Eso es lo que buscaba en el centro de jardinería, algo que me pasara mis herramientas.

—Allí no tenían nada parecido.

—Exacto, por eso tuvimos que hacer otra parada.

Benjamin empezó a sospechar. Abrió la página web del centro de jardinería en la pantalla de a bordo. En la sección de robótica, el operador se disculpó por la drástica reducción de la autonomía.

—Me llevaste a un centro de jardinería que ni siquiera vende el tipo de robot que buscaba.

—Accedí a tu petición de conducir hasta el centro de jardinería más cercano.

—Pero te dije lo que quería comprar allí.

—No lo recuerdo.

—Llama a la bitácora de voz. Desde el momento en que salimos de la casa aus der Wiesche.

—Desde luego.

«Por favor, ve al centro de jardinería más cercano de nuestra ruta», se oyó decir Benjamin.

—¡Sigue! —ordenó Benjamin.

—Necesito una especie de robot doméstico que me pase las herramientas.

—¡Ja, ves! Sabías lo que necesitaba, y me llevaste a un sitio que ni siquiera lo tenía.

—Discúlpame. Ha sido un error de *software*.

—Estás perdonada. Ya tengo lo que necesito.

La camioneta no respondió. Benjamin encendió el climatizador, pero no pasó nada.

—¿Ahora vas a llevarnos a casa?

—Lo siento. Ha producido un bloqueo reglamentario, debido a partículas intoxicantes en el aire. No se me permite conducir.

—¿¡Qué!? ¡Pero si no he fumado nada!

Benjamin pulsó el botón de encendido. Todos los instrumentos se encendieron y el motor ronroneó en silencio. 76 por ciento de capacidad de la batería. Eso duraría el resto de la semana.

—Si hubiera un bloqueo reglamentario activo, el encendido no funcionaría —dijo Benjamin.

—Tienes razón. La concentración debe haber caído por debajo del límite legal. Ya podemos seguir.

¿Qué le pasaba a esa estúpida camioneta? Probablemente debería llevarla a revisión la próxima semana. Un *software* con mente propia, justo lo que faltaba.

Hubo un destello brillante en la pequeña cámara. La descarga no tocó la cabeza de David y golpeó un componente que parecía un relé. Olió a ozono. Tocó el metal desnudo de la placa del circuito con la punta del dedo y cerró los ojos. Sintió un hormigueo. Era un truco que Benjamin le había enseñado antes de irse. La electricidad no podía matarle, pero David podía medir la corriente del componente. Ser un androide tenía sus ventajas. No podía quejarse, excepto...

—Bueno, ¿has encontrado algo? —preguntó Aaron.

—Mmm —murmuró David.

Llamó al diagrama del circuito como una imagen mental. No debería ver chispas en esta cámara. Pero no tenía nada que ver con las extrañas advertencias de los sensores. El circuito afectado conectaba una de las unidades al ordenador central. Debería inspeccionarlo más a fondo antes de volver a encenderlo.

Pero no ahora. Un problema cada vez. Echó el brazo derecho hacia atrás.

—Por si se me olvida... —dijo.

Aaron se tocó el dedo. David transfirió el esquema del circuito en el que había encontrado el fallo.

—Ah, más trabajo —contestó Aaron.

No parecía entusiasmado. ¿Y por qué iba a estarlo? No habían volado al espacio para arrastrarse por oscuros pasillos que apestaban a petróleo y ozono. ¿O sí? Tenía que dejar de autoengañarse. Les habían catapultado al espacio porque era lo que Chatterjee quería. La motivación que David sentía nunca había sido suya. Procedía de la personalidad de un humano que él nunca había sido. Debería saberlo, pero seguía sintiéndose humano. ¿Desaparecería alguna vez ese sentimiento? ¿Aprendería a aceptarse como lo que era: una máquina?

—¿Vienes? —preguntó Aaron—. Aún tenemos que revisar dos pasillos intermedios y el espacio C.

¿También Aaron estaba atormentado por esos pensamientos? Era extraño que nunca hablaran de ello. Simplemente seguían comportándose como siempre – como si fueran los humanos que habían creído ser durante tanto tiempo. David tanteó a ciegas detrás de él con los pies. El espacio estaba despejado, así que utilizó los brazos para empujarse fuera del estrecho pasillo que unía esta cámara con el pasillo de servicio. Se arrastró unos metros hacia atrás.

—Espera, que te ayudo —dijo Aaron.

El final del pasillo era un poco complicado, porque se bifurcaba. Tenía que entrar en la parte inferior. Aaron le ayudó a colocar las

piernas en el lugar adecuado y luego tiró de él.

—Gracias —contestó David—. ¿Y ahora?

Aaron señaló hacia delante.

—El espacio C está a solo unos metros.

—EL CONVERTIDOR FUNCIONA —informó Aaron.

Su voz sonaba apagada. El pasillo intermedio en el que estaba atascado era bastante estrecho. David se alegró de que le tocara a su compañero. Accedió al diagrama de circuitos. El convertidor, que sospechaban que era la causa del fallo del sensor, estaba marcado en amarillo. Eso significaba que había superado con creces su vida útil prevista. Shepherd-1 se construyó oficialmente para una misión de treinta años, pero extraoficialmente solo para veinte. Así que varios componentes estaban marcados en amarillo desde hacía tiempo.

—Cámbialo de todos modos —le dijo David.

Los sensores de proximidad eran importantes. La nave y su tripulación necesitaban saber lo que ocurría en sus inmediaciones. No podían sustituir todos los componentes obsoletos de la nave, pero necesitaban mantener actualizada la infraestructura crítica.

—Según el inventario, solo tenemos dos repuestos —comentó Aaron.

—Tendremos que empezar a reciclar piezas de recambio —respondió David.

—De acuerdo. Dame tres minutos.

David oyó un ruido metálico, luego un sonido de trinquete. Luego se oyó un silbido y olió a goma carbonizada, y a carne quemada.

—¿Todo bien, Aaron?

—Sí, ya casi está.

David miró la hora. Llevaban tres horas trabajando en el problema. Christine se levantaría pronto y su turno terminaría.

—Vale, ya está —contestó Aaron—. Sácame, anda.

El pasillo era tan estrecho que Aaron tuvo que extender los brazos por delante del cuerpo. Había llevado un cable para ayudarle a salir. David lo utilizó para sacarlo lentamente, mientras Aaron jadeaba y gruñía en silencio.

Una vez que su compañero volvió a flotar a su lado, David limpió la suciedad de su mono azul de mecánico. Dos manchas oscuras no desaparecían. Aaron las frotó, también sin éxito. Luego metió la mano en un bolsillo y le entregó a David el convertidor. El módulo estaba un poco oxidado, pero por lo demás no tenía mal aspecto. David estaba seguro de que se podía reparar. Se lo guardó en el bolsillo y quitó la marca amarilla del diagrama que tenía en la cabeza.

Volvió a mirar la hora. Su turno terminaba en cincuenta minutos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aaron.

David se encogió de hombros.

—El fallo tiene que hallarse en los propios sensores.

—Están en el exterior.

—Lo sé. Pero mi turno...

—Vamos, Dave. No podemos dejarlo ahora.

Antes de salir al exterior, tenían que ponerse los trajes espaciales. Sus cuerpos podían soportar el frío y el vacío sin protección, aunque les desgastaba más rápido. No eran robots, solo androides. Su similitud intencionada con los humanos era su punto débil.

—Vale.

•

SE AYUDARON MUTUAMENTE a ponerse los trajes en la esclusa principal. La esclusa era espaciosa, incluso cabía una sonda Sheep. Habían revisado todas las sondas y las habían actualizado según el plan de Christine. La óptica mejorada utilizaba ahora una tecnología especial de interferencia que quintuplicaba la resolución. Eso significaba que necesitaban menos sondas Sheepy que podían acercarse más a vislumbrar el principio del universo. La idea se le había ocurrido hacía unos meses a Christine, que había hecho todo lo posible para evitar que la humanidad descubriera la respuesta a la pregunta más importante de todas. Aún no les había explicado el motivo de su renovada curiosidad, a pesar de sus insistentes preguntas.

—¿Listo? —preguntó Aaron.

David comprobó los indicadores de estado. Le hizo a Aaron la señal manual de *OK* que utilizan los submarinistas. Aaron pulsó el botón para abrir la esclusa. David se agarró a un puntal para estabilizarse. La puerta se deslizó hacia un lado, chirriando fuerte al principio y luego cada vez más silenciosamente. El aire que salía arrastró sus piernas, pero David aguantó.

La esclusa estaba abierta. David se sentía como un submarinista. El universo se extendía bajo él como la superficie de un lago negro: misterioso e impenetrable; sus ojos aún no se habían adaptado. Solo tenía que empujar y se sumergiría en sus profundidades. La idea era tentadora. ¿Por qué no? Se convertiría en su propio cuerpo celeste. Aaron pareció adivinar lo que pensaba y le lanzó una cuerda. A David aún no se le había pasado por la cabeza utilizarla. Quizás Aaron tuviera pensamientos similares. Al fin y al cabo, eran de la misma especie.

Sujetó la correa a su traje, pero no a la pared. Luego saltó.

—¡Dave! No me toques los cojones —gritó Aaron por la radio del casco—. ¡La línea!

David había apuntado al borde de la escotilla. Su salto estaba perfectamente calculado. Pasó a poca distancia para enganchar la correa a la lengüeta. El satisfactorio clic se transfirió a través de su mano hasta su cabeza. O tal vez se lo estaba imaginando.

David se dejó llevar al espacio hasta donde se lo permitían los cables. El efecto no fue exactamente el que esperaba. Se había imaginado sumergiéndose en un océano opaco. Pero sus ojos se adaptaron a la oscuridad demasiado deprisa, y en el manto negro aparecieron cientos y luego miles de puntos de luz.

Aaron tenía razón, debía dejarse de tonterías. David volvió a la nave con el cabo, donde le esperaba Aaron. David abrazó a Aaron, que sonrió.

—Sigues siendo el mismo alocado piloto de la Marina, ¿verdad, Dave?

David asintió. Sí, no podía negar la personalidad que le había dado su creador. Era una pena que nunca conociera al original. El David Martelle humano debía de llevar mucho tiempo muerto. ¿Eso lo convertía en el original?

—Vamos, Dave —instó Aaron—. Tenemos trabajo que hacer.

•

EN REALIDAD, no debería ser tan difícil flotar ingrávidamente por el casco del módulo central de la nave. Pero en realidad, los radiadores estaban constantemente en su camino. No era fácil deshacerse del exceso de calor en el espacio. Así que el casco de la nave estaba cubierto de enormes radiadores. David se alejó de la superficie para ver el laberinto desde arriba. Los radiadores estaban dispuestos de forma que no proyectaran calor unos sobre otros, por lo que la disposición parecía caótica a primera vista. El radar y los sensores ópticos estaban en el lado opuesto del módulo central ovoide del Shepherd. Pero los sensores infrarrojos estaban en el anillo, para evitar las interferencias de los radiadores.

David suspiró.

—Menuda caminata.

—Tú eres el que no quería usar los exotrajes —dijo Aaron.

Los exotrajes eran mucho más rígidos y funcionaban como pequeñas naves espaciales, con sus propios propulsores. Podrían haberlos utilizado para tomar una ruta directa a través del espacio vacío en lugar de trepar por este laberinto en el casco.

—Odio esas cosas —reconoció David—. Me producen ansiedad.

—Envíame el vídeo —pidió Aaron.

David encendió la cámara de su casco y transmitió la grabación por radio al traje de Aaron. Luego miró la superficie que tenía delante.

—Gracias —dijo Aaron al cabo de medio minuto—. He elaborado una ruta.

David tiró de su cuerda de seguridad. Aaron señaló un espacio entre dos radiadores colocados uno junto al otro.

—Por ahí —dijo, tomando la delantera.

David le siguió. Desde luego, el casco no estaba diseñado para paseos tranquilos. Habría sido más fácil comprobar los sensores en un exotraje. Pero esos trajes daban a David una sensación de separación que interfería con los diagnósticos. Así que era culpa suya tener que meterse por huecos estrechos. Bueno, al menos era un cambio con respecto a la monotonía diaria. Y más tarde podría acortar su sesión de entrenamiento obligatoria.

—Ya llegamos —exclamó Aaron.

David flotaba a su alrededor. Delante de ellos había una superficie vacía. Con apenas cuatro metros de diámetro, casi parecía plana. En su centro había una antena parabólica, la antena de largo alcance. Otros instrumentos se agrupaban a su alrededor como escolares escuchando a un profesor.

David se imaginó con sus amigos del colegio. Otro recuerdo falso. Quizá debería borrarlos. Borrar todo lo que no le perteneciera. ¿Qué quedaría?

Aaron señaló una esfera que reflejaba la luz de las lámparas de sus cascos.

—Ese es el radar.

—Pensé que ese era nuestro premio, nuestra recompensa —dijo David.

—¿Eh?

—Ya sabes, el balón de oro, el tesoro...

Aaron hizo girar el dedo junto a su cabeza.

—Puedes abrirlo. De todas formas, está en nuestra agenda.

David se acercó a la esfera. Su exterior estaba intacto. Aunque era de esperar. Obviamente, el radar seguía funcionando. Estiró la mano alrededor de la esfera hasta que sus dedos sintieron un cierre a presión. Lo abrió e inclinó hacia atrás la mitad superior de la esfera. David introdujo la mano en su interior. Conectó los dedos índice y anular del traje con el puerto de inspección e inició el protocolo de pruebas. Las notificaciones se desplazaron por su campo de visión. Todas indicaban que no había ningún fallo. Era más o menos lo que esperaba. Entonces, ¿cuál era el origen del problema? Volvió a cerrar la esfera.

Aaron se había acercado a otro aparato y estaba inclinado sobre él. David se le unió.

—El sistema de imágenes ópticas de corto alcance también funciona —dijo Aaron.

—Eso significa que aún tenemos que ir al anillo —contestó David.

—¿Creías que no lo haríamos?

David negó con la cabeza.

—No.

LLEGAR AL TELESCOPIO de infrarrojos fue más fácil una vez que alcanzaron uno de los radios. Pero solo hasta cierto punto. Cuanto más se alejaba David, más le tiraba hacia atrás la fuerza de la inercia. El anillo seguía girando, incluso después de haber sido dañado por la explosión provocada por Christine. Habían discutido largo y tendido si debían detener su rotación, pero llegaron a la conclusión de que su *hardware* de tipo humano probablemente se beneficiaba de la gravedad artificial.

Ahora utilizaba el anclaje de forma rutinaria. El impulso de lanzarse al espacio se había disipado. Ahora solo lo sentía de vez en cuando, y sabía que se arrepentiría de haber actuado en consecuencia casi al instante. El anillo giratorio le daría una aceleración adicional, lo que significaba que Aaron no podría rescatarlo aunque lo intentara.

A mitad de camino, David se detuvo. Miró el anillo. Aquel agujero le recordó cuando encontró el cadáver de Christine. Fue uno de los peores momentos de su vida, peor que enterarse de la muerte de su mejor amigo. Espera, espera. Esa no era su vida. Christine era parte de su biografía. El amigo humano de David Martelle no tenía nada que ver con él. Realmente debería empezar a eliminar esos recuerdos.

David activó la cámara de su casco. Las grabaciones que estaba haciendo ahora eran reales. Si las reproducía y comparaba sus reacciones ante ellas con sus reacciones ante otros recuerdos, tal vez podría desarrollar una técnica para eliminar de su mente los contenidos falsos implantados en un solo procedimiento.

—¿Qué haces? —preguntó Aaron.

Aaron estaba preocupado por él. Pero no había razón para estarlo.

—Estoy tomando algunas fotografías. La luz es tan hermosa en este momento.

—Estás loco, Dave.

—Sí, puede que sí.

Apagó la cámara y continuó el ascenso.

—ENTREMOS POR LA esclusa y cubramos la distancia restante por el

interior —dijo David.

Habían llegado a una de las pequeñas esclusas del anillo. Se alegró de que las hubieran reparado todas. Les había costado un esfuerzo inmenso. Pero así no tenían que trepar por el exterior del anillo.

—No merece la pena —respondió Aaron—. El telescopio de infrarrojos está montado justo antes de la siguiente esclusa.

—Sí, así que saldremos por ahí y retrocederemos unos metros —comentó David.

De repente, sintió un fuerte impulso de quitarse el casco. En realidad, no necesitaba respirar.

—Pero utilizar las esclusas dos veces cuesta tiempo y recursos —argumentó Aaron.

—Como si no tuviéramos suficiente de ambas cosas. Estar aquí discutiendo también consume oxígeno.

—Bien, lo haremos a tu manera.

Aaron se impulsó y navegó hasta el botón de la esclusa. En las esclusas de anillo solo cabía una persona a la vez. David dejó pasar primero a Aaron. La escotilla exterior volvió a abrirse con sorprendente rapidez. Supuso que Aaron no había esperado a que se normalizara la presión del aire. David se metió en el oscuro agujero. Cuando intentó meter la pierna tras él, de repente no pudo, como si alguien se la estuviera sujetando. David se dio la vuelta. Debía de estar enganchada en algo. Sin embargo, no veía nada. Movió el pie y, de repente, la pierna volvió a estar libre. Tiró de ella hacia la esclusa. La escotilla exterior se cerró rápidamente.

—Has tardado bastante —dijo Aaron.

—Lo siento, estaba un poco... confundido hace un momento.

David se quitó el casco. El aire del anillo olía tan fresco.

—Estás muy pálido —afirmó Aaron.

—Supongo que últimamente no he tomado bastante el sol —bromeó David, y Aaron se echó a reír.

EL TELESCOPIO DE infrarrojos tampoco era la causa del extraño error. David lo había sospechado desde el principio, pero una investigación sistemática requería la eliminación de todas las causas posibles.

Aaron volvió a colocar el escudo en el aparato, que habían retirado para la inspección.

—¿Decepcionado? —preguntó.

—No, esto es interesante —respondió David—. Habría sido demasiado fácil si uno de los sensores estuviera defectuoso. O sea, vimos algo que no estaba.

—Eso no es inconcebible. Podría haber sido algún tipo de eco.

Digamos, un rayo de luz golpeando uno de los radiadores, siendo desviado y apareciendo en el telescopio infrarrojo.

—Supongo que podría haber sido algo así —contestó David.

—Sí, por desgracia no podemos descartarlo, a menos que el error se repita.

—En cuyo caso toda esta búsqueda fue en vano.

—Al menos fue un cambio en la rutina diaria. Pero eso es suficiente por hoy.

Aaron se enderezó y guardó la herramienta. David avanzó hasta llegar al interior del anillo. Podía ver el módulo central a cierta distancia. La esclusa principal estaba orientada hacia él. Desde esta perspectiva, parecía que la nave estaba inmóvil en el espacio.

—¿Saltamos? —preguntó David—. Podríamos abrir la esclusa principal a distancia. Eso nos ahorraría subir todo el camino de vuelta.

—No lo conseguiríamos —dijo Aaron—. Demasiadas fuerzas diferentes. No podemos comprenderlas todas al mismo tiempo.

—Quizá sí. No olvides que nuestros cerebros son mucho más potentes que los humanos. Solo usamos una décima parte de su capacidad.

—He oído a humanos decir eso de sí mismos —rio Aaron.

—Bueno, en nuestro caso es verdad —contestó David.

—Adelante. Calcula tu ruta de vuelo.

David pensó en ello. Estaba la fuerza centrífuga y la fuerza de Coriolis. ¿Cuáles eran las ecuaciones de movimiento? No se acordaba. Las había aprendido de estudiante, pero luego las había olvidado. O, mejor dicho, el David Martelle humano lo había olvidado, lo que significaba que no quedaba nada de él cuando se produjo la transferencia de memoria. Sacudió la cabeza.

—Tendría que consultar las fórmulas —indicó—. Quizá deberíamos conectarnos al ordenador central.

—No, gracias, eso sería raro —dijo Aaron—. Me haría sentir como un dron del sistema de la nave.

—No se apoderaría de ti sin más —negó David.

—¿Cómo saber de qué es capaz una vez que tiene acceso a nuestras habilidades? Ese tipo de conexión no va en ambas direcciones.

—Estás loco.

—Tú también, Dave.

DAVID SE ESTIRÓ en la cama de su cápsula. Estaba cansado. Habían averiguado cómo desactivar esta necesidad humana, pero no lo habían hecho. Un periodo de sueño dividía bien los días, y unos días claramente delineados eran la mejor forma de evitar la depresión en

un viaje de cientos de años.

En los primeros años tras abandonar el sistema solar, habían asumido que no eran capaces de experimentar depresión. Pero no era cierto. Las psiques que les habían injertado no eran menos frágiles que las de los humanos en los que se basaban. Quizás incluso más, porque sabían que la mayoría de sus recuerdos no eran suyos.

Christine trató de tranquilizarle señalando que la proporción de sus recuerdos prestados se reducía cada año. ¿Qué importancia tendrían los primeros treinta años de su existencia después de haber vivido 500 años? Mucho, como comprobó David tras los primeros sesenta años.

Ahora también sabía cómo dirigirse a determinadas imágenes y borrarlas. Pero había demasiados recuerdos para que pudiera seleccionar y eliminar los falsos individualmente. Necesitaba un proceso automatizado que no borrara lo que él mismo había vivido. Al almacenar recuerdos, el cerebro –incluido el suyo– por desgracia no se orientaba sistemáticamente en cuanto a cuándo y dónde grababa algo. A veces, incluso, los recuerdos se trasladaban a distintos lugares de almacenamiento físico o perdían su conexión con el índice principal, por lo que solo se podía acceder a ellos mediante referencias cruzadas fortuitas.

David separó el casco de su traje. Luego transfirió las grabaciones a su ordenador y superpuso la red de electroencefalogramas de la enfermería. Se había preparado bien. Debía de haber un modo de separar sistemáticamente sus propios recuerdos de los falsos. Observó las grabaciones de las cámaras durante treinta minutos. Hoy había visto las mismas imágenes con sus propios ojos. Luego se remontó a su juventud, y esperó que su cerebro mostrara un patrón diferente. Desde luego, no era un experimento especialmente bien concebido, pero si encontraba diferencias, podría seguir investigando con métodos más exhaustivos.

Treinta segundos de Shepherd-1, universo, estrellas. Treinta segundos de instituto, fútbol, besar a su primera novia. Treinta segundos de oscuridad, espacio, nave espacial. Treinta segundos de profesores estrictos, una pelea a puñetazos con su mejor amigo, la tarta de manzana de su abuela. Podía sentir su sabor en la boca. Treinta segundos de vacío, el anillo de Shepherd, galaxias lejanas. Treinta segundos de noche de graduación... espera. Volvió al pasado. En la última imagen, solo brevemente... David retrocedió. Ahí, arriba a la derecha. Era brillante y se movía. ¿Qué era eso, maldita sea?

Amplió la zona. El objeto era visible en los últimos 13 fotogramas de la secuencia. Luego apagó la cámara. Salió de la imagen. Así que debía de estar moviéndose en la dirección del anillo del Shepherd, al menos aproximadamente. David comparó los 13 fotogramas. En el primero, el objeto era relativamente grande, pero débil. En el tercero

era mucho más pequeño, pero más claro. Parecía estar formado por varias secciones de grosor creciente. Le recordó a una serpiente. Pero las secciones parecían artificiales. Una serpiente robot, pues.

¿Qué sabían de la vida tan lejos de la Tierra? ¿Y si el espacio interestelar estuviera habitado por serpientes de vacío? Imposible. La vida necesitaba energía, que era bastante escasa aquí fuera. Hasta que pasó una nave espacial. ¿Habían atraído a esa cosa? No, su imaginación le estaba jugando una mala pasada otra vez. Tiene que haber alguna explicación razonable. Mostraría las imágenes a Christine y Aaron. Mañana mismo. David respiró hondo, luego aumentó su nivel de cansancio hasta que pudo dormir a pesar de la excitación.

PUEDES VERLO EN: hardsf.space/links/4209895

“La perturbación”
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2024 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Nicolay Giraldo Leiva
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Jelena Gajic

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.